Libros.com

TÁMARA, LA LEYENDA

FRANCISCO CAVIA RUIZ

Primera edición digital: enero 2023
Campaña de crowdfunding: equipo de Libros.com
Composición de cubierta: equipo de Libros.com
Ilustraciones interiores: Mirjan Cavia Martín
Maquetación: Álvaro López
Primera corrección: María Luisa Toribio
Revisión: Ana Briz

Versión digital realizada por Libros.com © 2023 Francisco Cavia Ruiz
© 2023 Libros.com

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-19174-70-3

Francisco Cavia Ruiz

Támara, la leyenda

A Mabel. A Mirjan.
A los contadores de leyendas, custodios de la tradición oral, que, a través de las historias, crearon en mí la ilusión y el entusiasmo por profundizar en ellas.

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios, excepto los históricos.

Índice

Portada
Créditos
Título y autor
Dedicatoria
El viaje
El pueblo
Almanzor
La pesca
Bachiller
El descubrimiento
Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén
Rex Vermudo III
Las paces de Támara
Mecenas
Contraportada

Capítulo 1: Támara de Campos

Agosto de 2037

En esta tarde estival, después de haber soportado una dura jornada de trabajo bajo un sofocante calor, siento que el sudor y el polvo inundan mi cuerpo de la cabeza a los pies. Mi única compañía es el canto de las chicharras.

Me encuentro sentada bajo la sombra de un álamo, con la espalda pegada en un mojón de la carretera comarcal que une dos pequeños pueblos, Frómista y Támara de Campos.

Estoy inmersa en este infinito paramo de Tierra de Campos en la provincia de Palencia. Me hago preguntas: ¿por qué estoy aquí?, ¿qué es lo que estoy haciendo aquí, quién fue el que hizo nacer en mí la pasión y la curiosidad, para lograr que después, a lo largo de los años, esto se convirtiera en una necesidad vital?

Ha sido tan grande esa fuerza, ha ejercido tal atracción en mí, que ha logrado que toda mi vida gire alrededor de estos campos de Castilla, en una época granero de España.

En verano los veremos yermos, estériles y sin ningún atractivo. En la época de primavera, aparecen como un inmenso mar dorado con grandes olas que se van perdiendo en el horizonte. Por eso dicen: «Hay que ser terracampino para llegar a amar de verdad este paisaje». ¡En cualquier caso este es un lugar mágico! Y aquí me encuentro escarbando, o mejor dicho excavando, sin saber todavía si encontraré lo que busco.

¿Servirán mi pasión por la historia y mis estudios de Arqueología para desentrañar un misterio al que, a día de hoy, cuando se cumple su milenio, la historia todavía no ha sido capaz de dar una respuesta definitiva? ¿Dónde se desarrolló, hace mil años, la batalla entre el reino de León y el condado de Castilla en la que perdió la vida combatiendo el último rey de León, Vermudo III, apodado el Mozo? ¿En cuál de los pueblos, Tamarón de Burgos o Támara

de Campos de Palencia, ocurrió la batalla?

Esa batalla causó que Fernando, condestable de Castilla, hijo de Sancho III el Mayor de Navarra y súbdito del rey leonés Vermudo III, en el momento de la muerte de su rey, se autoproclamara soberano de Castilla y León. Así nació ese reino… A él se le conoció después como Fernando I el Magno.

Este acontecimiento fue el germen para que, a partir de ahí y tras siglos de luchas internas e intrigas políticas, todos los reinos cristianos fueran capaces de lograr la reunificación e iniciar la verdadera reconquista de al-Ándalus.

EL VIAJE

Capítulo 2: Madrid

Junio de 1960

En la pequeña vivienda de Madrid la actividad esos días era frenética, sobre todo para Martín, que entonces contaba diez años. Durante todo el año esperaba con ansiedad que llegara el mes de junio: ese mes, para él, era el que marcaba el inicio de aventuras y experiencias fantásticas que lograban excitar todos sus sentidos después de haberse pasado parte del año estudiando por obligación y jugando al fútbol por pasión. También participaba en otros juegos infantiles de la época, como la pídola —con este se podía dar *tabaca* o *lique*—, el pañuelo, el salto del moro, la madre que es tonta, el tacón, las bolas, las chapas y un largo etcétera.

Cuando más disfrutaba era los fines de seman a, pues, al disponer de más tiempo libre, aparte de jugar al fútbol podía, junto a sus amigos y algunos de los muchos perros callejeros que había en el barrio, hacer excursiones por la ribera del río Manzanares.

Los perros no solían vivir en las casas, porque no había sitio para tenerlos ni tiempo para pasearlos, y la comida no sobraba. Ellos se cuidaban solos, se paseaban solos y además no tenían dueño, eran de todos, aunque cierto es que los perros seleccionaban de acuerdo con su instinto y al cariño que les dieras cuáles eran sus mejores amigos. Esa devoción se amplificaba si, además, compartías con ellos tu bocadillo de la mañana o la merienda de la tarde.

Martín tenía buena mano para los perros. Cuando salía de casa para ir al colegio siempre había uno o dos, como mínimo, para acompañarlo, aunque él tenía pasión por uno de color negro al que llamaban Tizón. Este animal era de una alzada más grande de lo normal. En esos tiempos se decía que era de raza callejera, que en los suburbios era la única conocida.

En casi todas las excursiones los perros acompañaban a los chicos, aunque en ocasiones, dependiendo de lo que fueran a hacer, los obligaban a quedarse en el

barrio.

La zona donde vivían les permitía a Martín y a sus amigos hacer multitud de recorridos. Uno subía hacia el norte siguiendo el cauce del río Manzanares: partían desde el puente de Toledo y llegaban hasta el puente de los Franceses.

Según iban siendo mayores las rutas se alargaron más. Llegaron hasta el Parque Sindical, obra realizada para que los madrileños se pudieran remojar en su gran piscina y se olvidaran de sus penas. El parque era conocido en aquellos tiempos popularmente como *«el charco del obrero»*. Años más tarde se aventuraron hasta El Pardo, morada del Generalísimo.

La del río, sin embargo, fue durante unos años la aventura más querida. En aquellos tiempos el río tenía una canalización que les permitía bajar hasta el agua, poder tocarla y, algunos días calurosos de verano, darse un chapuzón. Estoy segura de que las personas de cierta edad recordarán esto con cariño y nostalgia.

Sí…, sí…, esta excursión era muy importante para Martín y sus amigos, pues les permitía disfrutar del baño y empezar a practicar la pesca con unas rudimentarias cañas.

¿Increíble? Pues no. En el río Manzanares era normal que en la década de los 50 y primeros años de los 60 hubiera peces de la familia de los ciprínidos, como barbos y bogas. El río todavía mantenía unas aguas aceptables, sobre todo en la parte norte, y se podía practicar la pesca, así como disfrutar del baño con los perros. Paradojas de la vida, a estos nadie les llamaba la atención por meterse en el agua con la gente.

Había una zona, situada entre el puente de los Franceses y el antiguo puente de Piedra de la carretera de La Coruña, muy cerca de Puerta de Hierro, que era fantástica tanto para pescar como para baños. Siguiendo el curso del río, un poco más arriba, si tenían suerte y no los veían los guardas, podían entrar sin pagar en el Parque Sindical. Si lo conseguían, los perros los esperaban fuera.

También en ocasiones subían aguas arriba, hacia la desembocadura del arroyo del Fresno. Esta zona se habilitó en el año 1932, durante la Segunda República, como una playa. Se construyó una presa para poder bañarse y se habilitaron grandes arenales. Todo el recinto estaba equipado con vestuarios, tumbonas, parasoles y barcas de remos. El complejo se completaba con un conjunto de edificios. Algunos todavía se conservan. Uno de ellos es el que daba entrada al complejo. Es de una gran belleza. Lo diseñó el arquitecto Manuel Muñoz Monasterio. Toda esa zona a partir de entonces se conocería como la Playa de Madrid. Para llegar a ella ya se sabía, tenías que coger la carretera de la playa. Amén de presumir de que Madrid, desde ese mismo momento, tuvo playa. Una pena que este fabuloso recinto público, construido para el ocio, disfrute y esparcimiento de los madrileños se perdiera por culpa de una guerra civil y que los sucesivos gobiernos no hicieran nada por recuperarlo[1].

En pocos años, por el aumento exponencial de la densidad de población y

por los vertidos de aguas sin depurar al río, la contaminación de estas fue en aumento. La corriente de agua se transformó en una cloaca fétida y nociva para la salud. Se acabó la posibilidad de pescar y de bañarse. La única zona que quedó para disfrutar fue cerca del Pardo.

Más adelante se hizo una nueva canalización del río a su paso por Madrid, y se instalaron grandes colectores paralelos a las márgenes del río que llevaban las aguas residuales de la ciudad hasta las depuradoras colocadas en el sur de la ciudad.

La canalización del río iba desde el puente del Rey hasta el puente de la Princesa. El paramento de la orilla se chapó de mampostería de granito. Entre el recorrido de los dos puentes se construyeron cinco puentes nuevos, dotados de compuertas de hierro fundido huecas y móviles.

En el centro de los puentes se construyeron unas casetas, también de mampostería con tejado de pizarra en forma piramidal, que servían para albergar los mecanismos manuales y eléctricos que subían y bajaban las compuertas. Con esto se conseguía regular el nivel del caudal de agua en el río. Cuando se cerraban las compuertas el río aparentaba tener un gran caudal, pero eso era solo en apariencia, ya sabemos el dicho: «El Manzanares es un aprendiz de río».

Esta nueva canalización les servía a Martín y sus amigos para vivir nuevas experiencias, pues entre la mampostería de granito de las orillas del río y la plancha metálica fijada para sujetar el eje de la compuerta había hueco suficiente para que un chico se deslizara hasta colocarse dentro del armazón de la compuerta, y pasando de un perfil metálico a otro podían alcanzar la caseta. Esto normalmente lo hacían cuando la compuerta estaba cerrada y rebosaba el agua cayendo como una cascada a la otra parte. Tenían la impresión, como en las películas, de estar en una cueva dentro de la cascada.

Sin embargo, los problemas no se solucionaron, sobre todo en verano, cuando el río tiene menor caudal de agua, pues al estar embalsada, sin un caudal continuo importante de renovación, los olores seguían siendo insoportables.

Al final, para que los madrileños perdieran totalmente el esparcimiento en las riberas del Manzanares, a las mentes brillantes del Ministerio de Obras Públicas se les ocurrió, debido a la densidad de tráfico que se movía por el centro de Madrid y para aliviarlo, proyectar un tercer cinturón, construyendo con gran desacierto la M-30 en superficie. ¡Con esta actuación ya acabaron con la posibilidad de acercarse sin peligro a las orillas del río y disfrutar de él!

Ha habido que esperar cincuenta años para que con la última actuación, llamada Madrid Río, llegaran el soterramiento de la M-30 y la verdadera regeneración del río. Esto ha supuesto que el río tenga en la actualidad unas aguas claras y se hayan recuperado las riberas convirtiéndolas en un gran parque, con un pasillo verde para el disfrute y esparcimiento de los ciudadanos,

con playas artificiales y fuentes para que se pueda disfrutar del baño. Se han colocado también puestos para pescar entre el puente de San Antonio de la Florida y el puente de los Franceses. También se ha dotado al río de nuevos puentes para peatones, alguno de ellos, como el de la Arganzuela, de estilo vanguardista y de una gran belleza arquitectónica. Este tiene una longitud de doscientos setenta y ocho metros, y lo conforman dos tramos: uno vuela sobre el río y otro sobre el propio parque. Ambos tramos son conos metálicos realizados en espiral. Este diseño del arquitecto francés Dominique Perrault se ha convertidos en uno de los iconos de Madrid Río. Justo al lado se encuentra el fantástico puente de Toledo, construido en el siglo XVIII, de un estilo arquitectonico totalmente distinto; este es de estilo barroco y fue proyectado por el arquitecto Pedro de Ribera.

El soterramiento es la obra faraónica del Madrid del siglo XXI. Fue llevada a cabo por un gran alcalde que posteriormente sería denostado y que tuvo como enemigo a casi todo el clientelismo del aparato del partido, todo por las envidias y a la lucha de egos por acumular poder. Siendo esto así, sabes que la partida la tienes perdida de antemano y te comen sin remedio tus propios tiburones, sin necesidad de que sean los tiburones de otro partido. Y todos tan contentos.

Esta obra para recuperar el río ha sido un gran acierto, aunque nos ha costado a los madrileños un riñón, pero ya se sabe: si te hipotecas es pensando que cuando acabes de pagar esa hipoteca tu activo se habrá revalorizado, y esta revalorización está asegurada para los madrileños, siempre que el área se cuide y se mantenga en buen estado. Seguro que habrá madrileños dentro de unos siglos que se acordarán de ese alcalde, pero ninguno recordará a los tiburones que lo devoraron.

Otra zona de juegos para Martín y sus amigos era el matadero municipal, que estaba en el margen izquierdo del río hacia el sur, entre el puente de Praga y el puente de la Princesa, llamado también de Legazpi. Al matadero llegaba un desvío de las vías del ferrocarril que unía la estación de Atocha con la estación de Príncipe Pío, antigua Estación del Norte. Este enlace entre estaciones contaba con dos estaciones, la del paseo Imperial y la de Peñuelas.

De la del paseo Imperial salía un ramal que entraba en los grandes almacenes de carbón situados en el mismo paseo y que estaban al aire libre. Allí, los trenes se desprendían de su carga de carbón, acumulándolo en grandes montañas. Esta zona era llamada la Carbonera de Madrid. Desde esta gran carbonera se surtía de carbón a muchas de las carbonerías de la ciudad. La del carbón era una energía necesaria e imprescindible en esos tiempos, se podría decir que era la única fuente de energía existente. Ese carbón era necesario para todo: para cocinar, para calentarse y para tener agua caliente, aunque no era fácil poder disponer de todos estos servicios, que solo estaban al alcance de las personas pudientes que vivía en las barriadas lujosas de la capital. Esas fincas disponían

de una caldera para quemar carbón situada en una zona del sótano del edificio, con otra habitación anexa donde almacenaban el carbón. La caldera calentaba agua y la suministraba a las viviendas para poder bañarse y calentar la casa con grandes radiadores de hierro fundido. Para cocinar, esos hogares contaban con grandes cocinas de las llamadas Bilbaínas, bien alimentadas por carbón o, más modernas, ya por gas, aparte de contar cada casa con una gran despensa para almacenar los víveres.

Como es lógico, para todo esto el servicio era fundamental. Contaban con un portero para atender y vigilar la finca. Este vivía en un pequeño piso en la planta baja que contaba con una dependencia de cristal abierta para poder ver quién salía y entraba a la finca. En casi todos esos pisos contaban con dos o tres personas para realizar cualquier tipo de tarea, y en algunas ocasiones tenían alguna persona más; hay que tener en cuenta que el servicio resultaba baratísimo.

Martín pudo conocer este tipo de casas cuando acompañaba a su padre al barrio de Salamanca para visitar a un conocido.

⋆

Su padre fue uno de esos españoles que tuvo que emigrar después combatir en la Guerra Civil durante tres años y pasar por diversos frentes desde Vizcaya a Teruel, viendo y sintiendo la muerte de cerca; perdió a varios compañeros de su compañía en la contienda.

Una noche totalmente estrellada, cerca de Peña Gorbea, cuando su padre estaba tirando junto con cuatro compañeros alambradas de espino en la parte alta de un cerro para proteger la posición, vieron de pronto cómo unas bengalas iluminaban totalmente el cielo. Su padre rápidamente soltó el rollo de alambre y se echó rodando cuesta abajo por donde habían subido. Enseguida empezó a oír el tableteo de las ametralladoras del ejército republicano tirando a las cuatro siluetas recortadas en lo alto del pelado monte. Sus compañeros no fueron tan rápidos y murieron, él tuvo la suerte de vivir y conseguir llegar a su posición, aunque perdiera el fusil en la huida.

Perder el fusil le granjeó una gran regañina del comandante de la compañía. Como decía su padre, encima de sufrir luchando, llega alguien que siempre está escondido, te echa la bronca y te amenaza con un consejo de guerra, sin dejarte tiempo de llorar la pérdida de tus compañeros ni duelo para recordarles.

En otra ocasión, combatiendo en una loma cubierta de una espesa niebla, le hirieron en la espalda unas esquirlas de metralla. Fue lo mejor que le pudo pasar, pues le dieron de baja dos meses y le permitieron ir al pueblo para recuperarse.

Cuando acabó la guerra y volvió a su pueblo, Támara de Campos, la primera sorpresa que se llevó fue que el patrón cuyas tierras había trabajado antes de la guerra no le daba trabajo. La justificación fue que, al estar en la guerra, su

puesto ya lo había cubierto con otro joven.

Su padre, sin pensárselo dos veces, marchó a la diputación de Palencia y expuso el caso, rellenando los formularios que le dijeron. De regreso al pueblo pensaba que no le harían ni caso; sin embargo, al cabo de pocos días le avisaron para que volviera.

La primera sorpresa que se llevó fue al llegar a la estación de tren de Piña de Campos, que está a tres kilómetros de Támara: en ella estaba su patrón, que cogió el mismo tren. Cuando llegaron a Palencia, su padre se encaminó a paso rápido a la Diputación, y mientras aguardaba a ser recibido llegó también el patrón. Los dos fueron recibidos a la vez por don José Antonio Girón de Velasco, insigne político, delegado nacional de la Falange, que llegó posteriormente a ministro de Trabajo.

El delegado les instó a que expusieran el problema y los argumentos de cada cual, pues quería encontrar una solución satisfactoria para ambos. Ambos expusieron sus motivos con la creencia de que tenían razón. Él estuvo escuchándolos en silencio hasta que terminaron y después dio su veredicto, breve y conciso.

Dirigiéndose al patrón, le dijo: «Mientras usted estaba en su casa tranquilamente, durmiendo y comiendo, este joven muchacho se estaba jugando la vida en una guerra para proteger su patrimonio y su hacienda, así que tiene dos posibilidades. Una, este joven vuelve a trabajar para usted y despide al otro. Y la otra es que se quede con los dos, que bajo mi punto de vista sería lo mejor, porque usted tiene hacienda y patrimonio para permitírselo, así que asunto zanjado, y no quiero verlos más por aquí para hablar de esta cuestión».

Esto parece mentira, pero es verdad. Le dio la razón al débil y se la negó al poderoso. Eso solo lo puede hacer alguien justo, con criterio y sobre todo con más poder.

De vuelta al pueblo en el tren fueron hablando, y el patrón le indicó al que después sería el padre de Martín que podía ir a trabajar al día siguiente y que pensaría qué hacía con el otro joven, si se quedaba o lo despedía. Y lo que pasó fue que lo despidió, y este hecho causó en su padre un sentimiento de culpa. Cierto es que contaba siempre que aparte de este incidente nunca tuvo ningún problema en ninguna de las casas en las que estuvo sirviendo, pues todas las familias le dieron un trato respetuoso.

Viendo su padre que en el pueblo no tenía ningún futuro, animado por uno de sus hermanos mayores, pidió y rellenó el formulario para el ingreso en la Renfe. Ese hermano lo había solicitado anteriormente y lo había conseguido, debido, en parte, al enchufe que tenía con sus primos hermanos, que estaban en los Maristas. Este país se convirtió en el país del enchufismo.

Antes de que le llamaran de la Renfe estuvo dos años más en el pueblo. Habiendo conocido a una joven de un pueblo cercano, se casó con ella. Esa

joven fue la madre de Martín. La pareja vivió felizmente junta hasta que la muerte la separó.

El primer destino de trabajo en la Renfe fue en la ciudad de Valencia. Vivieron a allí durante cuatro años, su puesto era mozo de tren y en ocasiones simultaneaba también con el trabajo de guardafrenos. Esta labor era de bastante responsabilidad, pues el guardafrenos era el encargado de accionar los frenos de los vagones de cabecera y finales del convoy ante cualquier emergencia, pero según iba evolucionando el ferrocarril quedaron estas funciones en manos de los maquinistas.

El vagón en el que iba el padre de Martín era el destinado a llevar las mercancías. Su responsabilidad consistía en vigilarlas y controlarlas. De acuerdo con la hoja de ruta que le facilitaban, en la que figuraba la estación de destino de cada mercancía que había sido previamente facturada, estas debian de estar colocadas correctamente en el vagon. Así, las más cercanas a la puerta eran las primeras que tendrían que ser descargadas en cada estación por donde iba parando el tren. Allí, se depositaban en el andén para que unos mozos al momento se las llevaran a la consigna de la estación, para que posteriormente fueran retiradas por el destinatario o llevadas por Renfe a su destino final.

Su padre decía que lo importante del trabajo era que no se extraviara ninguna expedición y que no se quedara sin bajar ninguna mercancía en la estación de destino.

El convoy del tren estaba compuesto primero por la locomotora con su carbonera y depósito de agua, después por el vagón de las mercancías, posteriormente iba el vagón de Correos y después el resto de los vagones, destinados a los viajeros. Los vagones de viajeros eran de distintas clases: primera, segunda y tercera.

En algunas ocasiones, su padre también iba en trenes con vagones exclusivamente de mercancías. Este trabajo resultaba ser mucho más duro, pues solía ir en la garita de los vagones, aguantando muchas veces el viento, la lluvia y la nieve en la época invernal.

Pasados tres años, su padre vio la oportunidad de solicitar el destino de Madrid, lo pidió y consiguió el traslado. No pidió Madrid porque se encontrara a disgusto en Valencia, sino porque Madrid estaba más cerca del pueblo. Además, el destino en Madrid iba a ser la Estación del Norte. Tendría que ir de servicio continuamente en los trenes que se dirigían al norte y al noroeste, lo que le daba la oportunidad de pasar por Piña Campos y tener noticias directas de su familia.

En sus viajes su padre tenía la ocasión de poder colaborar con la familia y algunos amigos del pueblo, intercambiándose artículos de primera necesidad que escaseaban. Solía llevarles latas de aceite, de las de cinco litros. Ellos a cambio le daban sacos de harina. En Castilla aceite no había, pero harina de trigo sobraba, pues los patronos para los que trabajaban parte del salario se lo

pagaban en trigo. Su padre, una vez en Madrid, colocaba esa harina a un amigo suyo que tenía una churrería en el barrio.

Lo que era complicado era llevar latas de aceite. Su padre las llevaba en la cesta, metía en ella dos o tres latas. Estas cestas las usaban los ferroviarios para, cuando estaban de servicio, llevar dentro sus herramientas de trabajo, que consistían en una gran llave inglesa, un martillo, un farol de aceite y un pequeño mástil de madera con un paño rojo enrollado que servía para ondearlo; todo esto lo usaban si durante el trayecto ocurría cualquier emergencia. También iban en la cesta las viandas que su madre le cocinaba y le ponía en fiambreras para los días que estuviera fuera de casa.

Una vez en la estación, su padre guardaba las latas de aceite en el almacén de los arcones, pues en ese almacén cada ferroviario tenía asignado un arcón grande donde guardaba sus herramientas y enseres.

Cuando acumulaba unas diez latas y tenía que ir de servicio en algún tren con parada en la estación de Piña, subía al tren el aceite o cualquier otro producto que llevara; eso sí, metido en la cesta y haciendo varios viajes desde el almacén de arcones al tren estacionado en el andén desde el que iba a partir.

La familia sabía en qué trenes iba, pues el padre de Martín les comunicaba de mes en mes los días que iba de servicio, que eran alrededor de dos de ida y vuelta al mes. Él iba más veces, pero estos trenes eran los que paraban en Piña, pues al ser una pequeña estación no todos paraban allí. También sabían la hora aproximada de llegada a la estación, salvo algún imprevisto…, y, en aquellos tiempos, los imprevistos eran lo habitual.

Cuando llegaba el tren de ida a la estación de Piña siempre había alguien del pueblo esperando que su padre abriera la puerta corredera del vagón para bajar el aceite u otros artículos. También charlaban durante un rato, preguntándose mutuamente por la familia y por las últimas noticias y cotilleos del pueblo.

Esta conversación acababa cuando el jefe de estación de Piña tocaba el silbato de salida del tren. Entonces la máquina de vapor rugía, iniciaba lentamente la marcha y a la vez también ella contestaba al pitido del jefe de estación con su pitido mucho más estridente.

En el trayecto de vuelta del tren a Madrid, cuando este llegaba a Piña, se repetía la operación al revés: siempre había alguien del pueblo en el andén con los sacos de harina y en alguna ocasión algo de la matanza que habían hecho del gorrino. Esto no era para vender ni revender, esto era para ser degustado en casa.

A su padre le esperaba el churrero con un carro en la estación de Peñuela. Esto les venía como anillo al dedo, pues les pillaba muy cerca de sus casas, y juntos transportaban los sacos a su churrería, que ocupaba la planta baja de la vivienda que tenía, cercana a la calle donde vivía Martín.

Este trabajo le permitía a su padre practicar el pluriempleo, muy normal en esa época. Era necesario para sacar un suplemento y así mejorar la vida de la

familia.

El pluriempleo de su padre consistía en buscar artículos que en ese tiempo escaseaban o era difíciles de adquirir. Muchos de ellos, de primera necesidad, como la comida, estaban racionados, por lo que si alguien quería más cantidad del cupo que tenía asignado en la cartilla de racionamiento tenía que comprarlos en el mercado negro.

Su padre, en sus viajes, compraba artículos que iban desde comida —como carne, café, harina, aceite, etc.— hasta otros bienes que, aunque no eran de primera necesidad, se hallaban también muy demandados, como el tabaco, el chocolate, todo tipo de lencería y cosmética.

Dentro de la lencería, las medias de cristal con costuras y las combinaciones de nailon eran muy deseadas, debido a su textura y tacto suave. En cosmética, los perfumes y pintalabios en particular eran los más requeridos por las mujeres. Los hombres también los compraban para regalárselos a sus señoras, novias o amantes.

⋆

El conocido del padre de Martín, que trabajaba de portero en una de esas lujosas fincas del barrio de Salamanca, era al que le vendía algunos de los artículos que traía. Después, él los revendía a los señoritos y señoritas de dicho barrio. Esto le permitió a Martín conocer lo mollar de la vida en esos barrios y compararla con la otra realidad, la de los suburbios.

En alguna de esas visitas, Martín tuvo la oportunidad de subir a alguna de esas viviendas; eso sí, por la escalera de servicio. Los recibió el ama, la responsable del servicio de la casa, que por lo general consistía en una cocinera y algunas jóvenes criadas, digamos muy jóvenes, en algunos casos menores de edad. El ama era también la que se entendía en el negocio con el portero para la reventa de los productos, pero lo que a Martín verdaderamente le sorprendió y le llamo la atención fue ver que una de las criadas de esa casa era una chica de su barrio.

Muy diferente era el barrio donde él vivía. Sus padres habían alquilado una pequeña vivienda en el bajo de un pequeño edificio de tres plantas.

La cocina tenía una ventana que daba a un patio donde había una pequeña vivienda de una sola planta, habitada por los dueños del edificio, y unos destartalados y mugrientos chamizos con el suelo de tierra donde moraban algunos gatos que siempre, al cabo de un tiempo, desaparecían, a excepción de una gata negra. Esta siempre estaba por los tejados de las casas bajas próximas o en la ventana de su cocina, porque siempre le caía algo de comer. La familia la había bautizado. Al ser negra, ¿cómo la iban a llamar? Pues la Negra. Aunque la gata siempre estaba en el patio y alrededores, era normal también que en los chamizos camparan a sus anchas algunos ratones. Estos, excavando pequeños

orificios en la tierra, pasaron a la carbonera de casa de Martín, medianera con uno de los chamizos. Su padre vació la carbonera. Cuando estuvo vacía puso un cepo con queso muy cerca del agujero más grande que los ratones habían hecho en el suelo. Esa tarde logró cazar cuatro ratoncillos y otro más grande que supusieron que era la madre. Al día siguiente, picó el suelo de la carbonera y echó una gruesa capa de cemento mezclado con cristales. Así se libró de los roedores. Para Martín, esa noche supuso una aventura, aunque reconocía que no le gustaban los ratones, le producían una sensación extraña.

Las cocinas como la de Martín eran muy modestas. Eran de obra y tenían una o dos placas encima de la carbonera de hierro fundido que al quemar el carbón se ponían rojas, pero bien rojas, como se decía, «al rojo vivo». Allí se colocaban los pucheros o las sartenes para hacer la comida y calentar la cocina.

Las viviendas no disponían ni de agua caliente, mucho menos de calefacción. La casa se caldeaba quemando cisco en los braseros; más tarde con estufas de gas butano, si la familia se lo podía permitir.

En las chabolas era peor: no tenían ni agua corriente, y había que acarrearla con cántaros de arcilla de las fuentes públicas.

El carbón, como se ha mencionado, era en esa época la energía principal. Se empleaba en multitud de actividades industriales para los procesos de fabricación o bien para el movimiento de grandes máquinas, como las de vapor de los trenes.

Después de pasar la estación de Imperial se llegaba a la estación de Peñuelas, donde había un desvío que llegaba hasta el matadero, donde entraban los trenes con vagones llenos de reses, cerdos, ovejas, pollos y demás animales.

Por esa zona el tren iba ya a poca velocidad, por lo que resultaba fácil poder coger cualquier estribo del vagón y subirse a él. Esto suponía para Martín y sus amigos una diversión por dos motivos. Uno era el riesgo de correr paralelo al tren, que hacía imprescindible coger el estribo del vagón y subir sin caerse para evitar así un grave percance. El otro era el misterio de esconderse en la garita de algún vagón y pasar al recinto del matadero sin ser vistos. El acceso estaba prohibido si no eras persona autorizada o trabajador.

Matadero antiguo de Madrid.

El matadero contaba con infinidad de grandes naves, cada una dedicada por lo general a un tipo de animal. Allí era donde los matarifes les daban muerte con enormes cuchillos y los iban despiezando. Después, por medio de monorraíles eléctricos los desplazaban hacia las cámaras frigoríficas, donde eran almacenados hasta que los llevaban a las carnicerías para su consumo. En aquellos tiempos la carne era un artículo de lujo, únicamente el pollo empezaba a ser también habitual en las mesas de las clases más desfavorecidas.

Martín, en ocasiones, se decía para sí mismo: «No volveré a entrar». No le gustaba ni ver la sangre de los animales derramada por cualquier sitio ni su olor nauseabundo. Aunque lo que más le dolía y más pena le producía eran, sobre todo, los chillidos y alaridos de los pobres animales mientras eran sacrificados.

Debido a un incidente en el transcurso de una de las correrías, Martín solo volvió a subir al tren por el juego y riesgo de cogerlo, y se apeaba en marcha antes de su entrada al matadero.

El incidente ocurrió un día de otoño. Empezaba a hacer frío, pero este era soportable. Estaban sentados en el puente de Praga. De pronto apareció un tren que se desplazaba lentamente hacia el matadero. Como estaban aburridos, sus amigos propusieron cogerlo. Raudos echaron a correr, rápidamente se pusieron en paralelo al tren y de un salto subieron a los estribos de los vagones.

El tren estaba cargado de terneras. Atravesó el paso a nivel que daba entrada al matadero y se dirigió a la nave donde estas reses serían sacrificadas. Paró dentro de la nave y empezaron abrir los portones de los vagones para desembarcar las reses, encaminándolas una a una por pasillos encajonados. Allí las estaban esperando los matarifes para darles matarile.

Rápidamente toda la nave se llenó de un estruendo de fuertes pisadas y

alaridos de los animales, así como de gritos y juramentos de los matarifes.

Después de estar un rato observando, se percataron de que otro tren que ya había desembarcado la carga iniciaba el movimiento para salir del matadero. Haciéndose señas decidieron cogerlo, pero en la bajada de una de las garitas de los vagones donde estaban escondidos uno de sus amigos tropezó con el estribo y se cayó del vagón.

Lo vio uno de los matarifes, que rápidamente emprendió a grandes zancadas el camino hacia él. Su amigo, que por suerte no se había dañado, ya estaba corriendo. Al ser más bajo le era más fácil sortear a las reses colgadas de los ganchos que transportaba el monorraíl.

En uno de estos quiebros, uno de esos ganchos alcanzó al matarife y se le clavó en la cabeza. Por fortuna, el gancho se descolgó del monorraíl. Martín y el resto de sus amigos contemplaron aturdidos la escena: el matarife, desencajado, se sentó, y gritando como un poseso pidió ayuda a sus compañeros para que lo auxiliaran. Estos, al llegar, empezaron a socorrerlo y a moverlo lentamente, llevándoselo, pero sin tratar de sacar el gancho de la cabeza.

Los chicos pudieron coger el tren que salía del matadero, se escondieron dentro de él. Al salir por la puerta del matadero se bajaron en marcha antes de llegar al puente de Praga y emprendieron el camino hacia la calle donde vivían.

Al día siguiente, estuvieron pendientes de si había cotilleo en el barrio sobre el incidente y qué se comentaba. Un vecino que trabajaba de ordenanza en el matadero explicó que a un matarife lo habían tenido que llevar al hospital con un gancho clavado en la cabeza para que pudieran sacárselo; también habló de que unos chiquillos haciendo el gamberro se habían colado dentro del matadero, que estos habían sido los causantes del accidente y que la policía intervendría para tratar de localizarlos. Si los encontraban lo tendrían claro, su destino sería el correccional, sitio al que nadie en aquellos tiempos quería ir ni en pintura. Martín sabía, por amigos del barrio algo mayores que habían estado una temporada, que allí reinaban una disciplina rígida, tirando a cruel, y un trato vejatorio. Esto les causó una gran preocupación. Hubo indagaciones, pero sin resultados: los amigos eran una tumba. El hecho no tuvo mayor consecuencia.

Con el tiempo, cuando Martín fue mayor empezó a indagar: ¿por qué el matarife no quería mover para nada la cabeza y no hacía ningún ademán de sacarse el gancho? Comprendió que, al igual que a los motoristas no les quitan el casco en un accidente, mientras el matarife mantuviera clavado el gancho tendría menos riesgo de desangrarse (pues el gancho actuaba de alguna forma como tapón) o de tener otras complicaciones.

Otro lugar muy diferente donde Martín y sus amigos iban a pescar en alguna ocasión era el parque del Retiro. El arquitecto Alonso Carbonel lo diseñó a principios del siglo XVII como un gran jardín paisajístico, para dar mayor

vistosidad al palacio del Buen Retiro, que tenía para su disfrute el rey Felipe IV.

Este gran palacio se perdió casi en su totalidad debido a los daños causados por las tropas francesas durante la guerra de la Independencia. El resto fue derribado durante el reinado de Fernando VII, a excepción del Casón y del Salón del buen Reino.

Martín y sus amigos descubrieron el parque gracias a su afición al fútbol. Había una zona llamada «chopera del Retiro», con una serie de campos de fútbol, donde se organizaban ligas infantiles y juveniles. El equipo de su colegio y el de su barrio se apuntaron en la liga infantil durante dos años. Uno de ellos, Martín jugó con el equipo del colegio, y otro con el del barrio, y, la verdad, con muy buenos resultados: los dos años quedaron segundos. Martín decía que no había manera, que siempre ganaban la liga los mismos, los alumnos del Colegio de Huérfanos de la Policía. Pero, que quede claro, ganaban de una forma totalmente limpia y transparente.

Cierto es que los campos de la chopera eran distintos a aquellos en los que ellos acostumbraban a jugar. Estos eran también de tierra, pero estaban lisos como la palma de la mano. Además tenían marcado el perímetro del campo, las porterías tenían postes y largueros de madera… En definitiva, una pasada para ellos.

El fútbol que practicaban a diario era el fútbol verdadero, el que se jugaba en los descampados del barrio. Estos estaban llenos de baches. Cuando llovía se llenaban de agua y se convertían en un barrizal pegajoso donde el balón no corría. Los postes de las porterías estaban formados por piedras, por las carteras con los libros y cuadernos, por las prendas de abrigo… La altura de la portería no tenía importancia, dependía de la estatura del que jugaba de portero.

Ir al Retiro a jugar al fútbol les permitió también conocer otros lugares que les encantaron, sobre todo el Palacio de Cristal, cuyas proporciones y líneas, unidas a su estructura de hierro recubierta de cristal, le dan una esbeltez exterior y una luminosidad interior sin igual, convirtiéndolo en lo más parecido a una catedral de vidrio.

Este palacio se edificó para albergar un magnífico invernadero de plantas tropicales con motivo de la exposición de flora de las Islas Filipinas, celebrada a finales del siglo XIX. Lo proyectó el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco, que se encargó también de su construcción. Fue el escenario elegido por las Cortes de España para, el 10 de mayo de 1936, nombrar a don Manuel Azaña presidente de la II República. El conjunto lo completa un maravilloso lago artificial. Al atardecer se puede disfrutar del reflejo esplendoroso del Palacio en sus aguas cristalinas.

Aun así, a Martín, lo que le entusiasmaba de verdad era que el lago estaba lleno de infinidad de peces de colores, con un atractivo especial para sus ojos infantiles. Eso lo llevó a preparar unos sedales con unas pequeñas boyas y unos anzuelos. También colocó en el morral unos tarros de cristal protegidos con

trapos: en ellos metería los peces que cogiera y después los transportaría con sumo cuidado a su casa, donde tenía preparada una pequeña ánfora de cristal para meterlos y disfrutar de sus movimientos.

El puesto que escogieron Martín y sus amigos para pescar fue la gruta que hay a la izquierda del lago mirando de frente el Palacio de Cristal. Allí podían pasar desapercibidos ante los guardas jurados que tenía el parque. Aun así, dos veces tuvieron que salir por patas para no ser atrapados, cosa que consiguieron, aun a costa de que en una de las ocasiones hubo que tirar el morral con los peces capturados para ir más ligero.

Lo que más le dolió fue que ese morral se lo había hecho su madre con todo el cariño: compró la tela de loneta, lo cosió, lo reforzó y añadió bolsillos auxiliares…; todo un lujo para un chico de barrio en aquellos tiempos. En casa contó que en un descuido, cuando estaba jugando al fútbol, se lo habían robado sin darse cuenta. Su madre, aun no creyéndose la historia, le confeccionó otro, y, como iba creciendo, esta vez más grande. Martín era el niño de sus ojos.

⋆

La madre de Martín, aparte de cuidar de su hermana, de él y de las tareas del hogar, vendía huevos que repartía a domicilio dos días a la semana, los miércoles y los sábados. Estos huevos los traía su padre de dos granjas: una, que regía una orden religiosa, estaba en Ávila, y la otra la gobernaba un alemán y estaba situada entre los Negrales y Villalba, en la provincia de Madrid. Iba a comprarlos los días que estaba fuera de servicio en la Renfe.

Como es lógico, iba en tren. Martín envidiaba el trabajo de su padre, le parecía maravilloso viajar continuamente. Se podría pensar que su padre estaría harto del tren, sin embargo, era todo lo contrario: a su padre le apasionaba su trabajo y le encantaba viajar. Además, al dedicarse a ello, ir en tren era gratis, tanto para él como para los familiares directos, su mujer e hijos.

Los huevos los traía metidos entre paja en dos cestas de las que usaban los ferroviarios, para que llegaran sanos y salvos.

Su madre, además de buena, era tremendamente trabajadora, no solo como ama de casa, cosa habitual en esos tiempos, sino que también hacía todo lo posible por aportar unos ingresos extra a la familia. Ella aparentaba ser una persona reservada e introvertida, distinta totalmente en apariencia a su padre, muy extrovertido. Sin embargo, era una mujer muy cariñosa y respetuosa con todas las personas, esto la convertía en una persona entrañable.

Martín, cuando sus clases se lo permitían, generalmente los sábados, acompañaba a su madre a repartir y vender los huevos por el vecindario, y podía comprobar el aprecio y el cariño que la gente le tenía.

También pudo darse cuenta de que su madre tenía un don especial. Un don que no se aprende en las universidades, un don innato que su madre entrenaba

y cultivaba: diferenciar las personas de las que te puedes fiar de las que no.

Su madre, aunque tenía una formación básica, llevaba un exhaustivo control de la venta y los pagos. En un cuaderno tenía una lista de las clientas y de las compras que le hacían cada vez que iba a verlas. Eso le permitía saber cuántos huevos consumían en cada casa a la semana, y con esa información planificaba el siguiente día de reparto, para ir solo a las clientas a las que estaba segura de que les harían falta huevos y se los comprarían. Con esto conseguía tener provistas a todas sus clientas y a la vez captar clientas nuevas, lo que hacía el trabajo más productivo, pues vender más le permitía obtener mayores beneficios para la familia.

La máxima de su madre siempre era la calidad. Su marido, como trabajaba en la Renfe, traía los huevos de pueblos donde las gallinas vivían en libertad, en el campo, comiendo grano y hierba, y eso hacía que pusieran unos huevos más grandes, con una yema más anaranjada, y que eran mucho más frescos.

Cuando hacía una nueva clienta, al cabo de varias visitas apuntaba también en el cuaderno los gustos y rarezas, para saber si en un momento dado podían chocar o tener algún problema. En el cuaderno, al margen de esa persona, ponía X o XX. Un día Martín le preguntó qué significaban las aspas. Ella lo miró y con una mueca risueña le dijo: «Una es que creo que es de fiar, y dos que no lo es tanto».

El control de pagos que tenía era tremendamente riguroso, siempre al contado. Aun así, en ocasiones tenía que vender de fiado. Esto lo llevaba apuntado rigurosamente en el cuaderno: el nombre de la clienta, la cantidad de huevos, el importe de estos y el día de la compra. Si una clienta no le pagaba pasadas dos visitas, dejaba de visitarla, sin rencor, sin estridencias.

Martín en alguna ocasión la dijo a su madre que deberían volver a la casa de la clienta para que pagara la deuda y poder seguir vendiéndole huevos. La respuesta de su madre fue de una lógica tremenda: «Puede ser que al final cobremos, pero nunca ya me podré fiar de ella, y si seguimos con la relación, cuando nos queramos dar cuenta la deuda será mayor y el problema para nosotros será más gordo. Y nosotros, hijo, vendemos, pero lo más importante es que debemos cobrar. Porque ese dinero lo necesitamos para comer y vivir decentemente».

Debido a ese don y buen hacer, su madre consiguió tener durante muchísimos años una relación comercial de fidelidad y respeto mutuo con sus clientas.

Esta experiencia y entrenamiento a Martín le sirvieron enormemente, pues muchos años después, cuando trabajaba de directivo de una gran compañía multinacional, pudo aplicar estos conceptos básicos, que, aunque sencillos, son muchas veces difíciles de entender y aplicar. Hoy en día estas técnicas se estudian en universidades y en máster MBA; eso sí, con nombres mucho más rimbombantes, como estrategias, planificación y ejecución de ventas, cartera y

analítica de clientes, gestión de visitas y productividad, necesidades y gustos del cliente, calidad del producto y control de riesgos, todo aderezado con presentaciones en PowerPoint e impresionantes hojas de Excel. En definitiva, es lo mismo que se hace desde hace siglos, aunque usando unas herramientas de *marketing* fantásticas y envolviéndolas con una enorme parafernalia para comunicarse con el distribuidor y consumidor final. Todo esto no sirve de nada si no nos damos cuenta de que lo importante es emplear siempre la lógica, lograr la empatía con los clientes y estar siempre alerta para mantener al margen a los caraduras, esa gente siempre quiere vivir a costa de los demás.

Para Martín su madre fue un gran referente, por sencillez y saber hacer, siempre de una forma discreta y pasando desapercibida.

El dolor de Martín muchos años después fue el perderla después de una tremenda enfermedad como el alzhéimer, con la que estuvo luchando alrededor de cinco años. En esa dolencia uno nunca sabe el estado en que se encuentra en cada momento el paciente, que pasa de la calma a la histeria rápidamente. Desea hacer cosas que a los que nos creemos capaces nos parecen incomprensibles, y la convivencia se vuelve muy difícil y penosa para las personas más próximas.

Esto lo sufría sobre todo su padre, que luchó denodadamente para que, dentro de lo que cabía, la transición hacia lo inevitable fuera lo más liviana posible.

Las personas con alzhéimer son incomprendidas, hasta por las personas más cercanas cuando tienen brotes de descontrol e histeria. La mejor terapia en esos momentos es aproximarse a ellas hablándoles con mucha calma y con una sonrisa. Si cogemos sus manos y las acariciamos suavemente, nos daremos cuenta de con qué pasión y gratitud nos miran: no hay mejor mirada de gratitud que la que ves y percibes de un enfermo de alzhéimer.

⋆

En otras excursiones, Martín y sus amigos iban hacia el sur. Partían del puente de Toledo y cogiendo la ribera río abajo llegaban en ocasiones hasta un antiguo puente de entramado metálico del ferrocarril… que estaba en la China. Sí, sí… En el sur de Madrid había una zona conocida como la China. El recorrido por estas zonas era totalmente distinto. Hacia el norte, el río discurría por una zona de casas humildes, pero con calles empedradas, con aceras para poder pasear sin pisar barro y saltar charcos. Había comercios, tiendas de ultramarinos o colmados, tascas y puestos de venta ambulante. Pasando el puente del Rey, se entra en la Casa de Campo, una zona boscosa con grandes pinos, robles y encinas, que, a partir del Parque Sindical, se junta con el inicio del monte del Pardo, típico bosque mediterráneo.

Y si el sur lo comparaban con la zona de Retiro, la diferencia era bestial. El barrio del Retiro sí que era para ellos otro mundo. Andando por sus lujosas

calles y admirando las maravillosas casonas de las calles de Alfonso XII, Antonio Maura o el paseo del Prado les daba la impresión de que hasta el aire que respiraban era distinto. En ocasiones se quedaban observando en la acera, cerca de la puerta del hotel Ritz o el hotel Palace, a los botones con traje de librea y gorra de plato que atendían a bellísimas damas y remilgados caballeros. ¡Eso sí que era otra vida, nada que ver con los suburbios! La gente que vivía o se hospedaba allí sí que sabía lo que era la buena vida. Cuando iban por esa zona del Retiro, a los perros los dejaban en el barrio, sobre todo porque no querían dar el cante.

El camino hacia el sur por cualquiera de las dos riberas del río, comparándola con el norte y el Retiro, era deprimente. Eso ocurre casi siempre en todos los lugares. ¡Norte rico, sur pobre! Además, para que no nos avergüencen sus habitantes, tratamos de ocultarlos en guetos para que no se mezclen con la gente de bien y para que no se paseen por nuestras aceras impolutas. Y si es necesario construir muros, pues se construyen.

¿Por qué los humanos tratamos siempre de diferenciar las clases sociales y los países, poniendo fronteras? En el futuro nos tendríamos que replantear la vida de una forma diferente, sin muros, sin barreras ni fronteras.

Sin embargo, para la mente despierta de Martín todo eso carecía de importancia. Para él, que empezaba a vivir su adolescencia, su atractivo era distinto, el encanto estaba en la sociedad que habitaba esa zona y el misterio que encerraba. Las cosas que iba a descubrir y las experiencias que iba a vivir serían diferentes, fantásticas y únicas.

Además, nunca una excursión se parecía a otra hecha anteriormente, siempre ocurría algo distinto que encerraba un halo de misterio, algo que después, durante la semana, era comentado hasta la saciedad entre los amigos, reviviendo los momentos pasados y alimentando su curiosidad por las cosas nuevas.

Se ha investigado y se sabe que la curiosidad fue uno de los primeros pasos que dio el ser humano para su desarrollo y evolución desde la prehistoria. En su libro *Sapiens. De animales a dioses*, Yuval Noah Harari, escritor y profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, explica perfectamente este paso en el tránsito de la humanidad, desde el homínido ancestral hasta el hombre moderno.

Por eso, se podría decir que Martín era curioso por necesidad. En su interior sabía que era necesario, aunque esas vivencias en ocasiones fueran sórdidas y le produjeran miedo o, en otras ocasiones, preocupación.

Una parte del primer tramo del recorrido hacia el sur entre el puente de Toledo y el puente de Praga, más cerca ya de este último y entre el río y la calle Antonio López, estaba llena de chabolas, donde vivían muchas familias inmigrantes que habían ido a Madrid simplemente para mejorar su calidad de vida. Esa calidad no la lograrían si se quedaban en sus lugares de origen. En ese tiempo la despoblación de las zonas rurales del país era absoluta y la gente

buscaba refugio en las grandes urbes, creyendo que era la panacea a sus problemas y necesidades. Los hombres generalmente no cambian de hábitat si en el lugar donde han nacido tiene cubiertas todas sus necesidades básicas. Si cambian, es por necesidad, y cuando están cercanos a la vejez les gusta volver al lugar que abandonaron y a sus raíces ancestrales.

Para evitar que esas chabolas fueran vistas al entrar en Madrid por la carretera de Andalucía se había construido en ese tramo de la calle Antonio López una tapia de dos metros, así ya no existían: «Ojos que no ven, corazón que no siente».

En estas chabolas se podía ver de todo. Generalmente era buena gente, aunque vivía empobrecida. Con el paso del tiempo esa gente veía que las expectativas de vida no llegaban a lo que habían imaginado y que las chapuzas en las que podían trabajar no les daban ni para poder dar de comer a sus hijos. Esto les causaba una tremenda frustración, entonces qué mejor cosa que ahogar esas penas en vino. Vino peleón y barato, ese que te deja las neuronas fundidas. Después, para mejorar las cosas, alguno, con esa borrachera a cuestas, iba como alma en pena hacia la chabola y descargaba su mala leche con la familia, pasando a ejercer la violencia con la mujer o con los hijos, y en algunas ocasiones contra ambos.

Un día, al atardecer, Martín fue testigo de lo que ocurrió en una de esas chabolas. Cuando estaba de vuelta con sus amigos hacia su casa se quedaron zascandileando por la zona, jugando por sus calles estrechas y polvorientas, que les permitían esconderse en sus recovecos.

En una de las callejuelas, Martín vio una puerta entornada que daba a un pequeño patio de la chabola y sintió el deseo y la curiosidad de fisgonear y cotillear. Con sigilo y sin ser visto entreabrió un poco más la puerta, y de pronto sus ojos adolescentes se tropezaron con una escena sórdida, para él fuera de lo normal. Se deslizó hacia abajo por el quicio de la puerta hasta sentarse en el banzo de la entrada. Desde esa posición pudo observar mejor la escena.

Un hombre embestía por detrás a una mujer apoyada, con los brazos en jarras y las manos extendidas, en una mesa en la que había un cenicero lleno de restos de colillas, alguna botella, vino derramado y una mugrienta rodea.

Tanto el hombre como la mujer eran de mediana edad, entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Martín se dio cuenta de la belleza de la mujer. Poseía una larga melena morena y vestía falda y camisa, esta la tenía totalmente desabrochada y dejaba al descubierto sus senos, que a él le parecieron, para su edad, generosos y proporcionados. La falda la tenía arremangada hasta la cintura, lo que permitía ver los largos muslos y las exuberantes nalgas.

El hombre la sobaba. Ella, mientras, gemía, Martín no supo distinguir si de dolor o de placer. Al poco tiempo él le tiró de la melena hacia atrás, la obligó a que se diera la vuelta y, cogiéndole con ambas manos la cabeza, le mordisqueó el cuello y la oreja.

De pronto separó su boca del cuello y con una risa sarcástica volvió la cabeza hacia un rincón donde se encontraban presentes una chica y un chico de edad ya cercana a la adolescencia. Ellos miraban la escena entre distraídos e indiferentes.

El hombre, chillando y jurando, con gran despotismo les dijo que le llevaran más vino. En ese instante, Martín, desde su situación en la puerta, vio que tenía una enorme cicatriz en la mejilla, que le iba desde la parte inferior de un ojo hasta la barbilla.

Momentos después, el hombre miró hacia la puerta y se percató de que había alguien. Empezó a avanzar rápidamente a la vez que juraba que fuera quien fuera el hijo de puta que estaba mirando lo encontraría y lo mataría. Él, que estaba ensimismado viendo la escena, no esperó ni un segundo más, y como un resorte dio un brinco y salió por patas, perdiéndose rápidamente por las estrechas callejuelas que conocía muy bien.

Esto hizo que durante días viviera con sensación de pánico, sintiendo que lo observaban, viendo en cada esquina al hombre de la cicatriz. Esas paranoias le provocaron una tremenda angustia y ansiedad.

A los chicos que estaban en el patio de la casa los conocía; la chica, además, trabajaba en la vivienda del barrio de Salamanca donde era portero el conocido de su padre. Con el chico algunas veces había jugado al fútbol. Era un chaval introvertido, de carácter débil y poco peleón para vivir en ese barrio: era importante en esos ambientes, para sobrevivir, ser fuerte de carácter, y él no lo era. A Martín todo eso no le importaba, porque el chico era muy buena persona y jugando al fútbol era un artista. Técnicamente dominaba todas las facetas, tenía regate, tiro y una gran visión del juego.

Martín lo estuvo buscando durante los días siguientes, cada día que pasaba crecía más su desesperación al no encontrarlo. Fue en uno de los descampados donde normalmente jugaban al fútbol, llamado La Turba, que estaba enfrente de lo que hoy es el Hotel Praga de la calle Antonio López, donde por fin lo vio jugando. Al terminar el partido pudo hablar con él.

El muchacho le contó que el hombre era un macarra que ejercía de chulo, además había estado en la cárcel por haber matado por celos a un acompañante o antiguo novio de su madre dándole dos puñaladas, una en el corazón y otra en el bajo vientre. Cuando se celebró el juicio, como los celos y la embriaguez eran atenuantes, la condena no fue larga, y al salir de la cárcel volvió a ir a la casa de su madre para vivir con ella…, o, mejor dicho, para vivir de ella, que trabajaba con su cuerpo para pagarle los vicios al chulo indecente y pendenciero, y para darles de comer a su hermana y a él; al final, ellos no sabían si ese chulo era su padre.

El chico le dijo que el chulo no sabía quién había estado fisgando detrás de la puerta entornada, y que, aunque les preguntó a él y a su hermana si sabían quién era, ellos le dijeron que no. Además, el chulo no les volvió a preguntar y

ellos tampoco vieron que tuviera preocupación por saberlo, pues siguió a continuación con su orgía de sexo y vino. El chaval comentó también que dentro de lo que cabía, comparado con otros días, ese fue un atardecer tranquilo, pues al poco tiempo, totalmente borracho, se fue a dormir la mona y los dejó a todos tranquilos. Explicó que en otras ocasiones era mucho peor: el chulo obligaba a su hermana, en la que ya se vislumbraba una gran belleza, como la de la madre, a unirse a sus desmanes. Además, la amenazaba y se la tenía jurada: siempre le decía que antes de que llegara algún cabrón, sería él quien la desvirgaría, y juraba que si no era virgen cuando tuviera a bien tomarla la mataba, así que ya podía cuidarse de con quién iba y qué hacía. De él le contó que le pegaba en ocasiones y le amenazaba continuamente, diciéndole que lo iba a inflar a hostias para quitarle la pinta de maricón que tenía.

Después de esa conversación con él y pensando en lo que le había dicho, a Martín lo embargó una pena tremenda por la situación que vivían en esa casa, y se dijo para sus adentros que siempre que pudiera ayudaría al chico.

Pasaron los días y, al comprobar que el chulo no daba señales de vida ni sabía quién estuvo detrás de la puerta, la angustia y la ansiedad fueron desapareciendo.

En ocasiones, Martín iba con sus amigos río abajo para explorar nuevas zonas. Pasando la China había en las riberas del río pequeñas huertas, atendidas por familias que por lo general vivían en pequeñas barracas construidas en ellas. Los productos que recogían les servían para vender a la gente de los barrios cercanos y para su consumo.

Había también en un tramo del río una gran arboleda de moreras. En días de calor apetecía estar un rato sentado a su sombra, comiendo moras de los árboles y algunas frutas y hortalizas que cogían de las huertas sin ser vistos. A la vuelta solían coger hojas de morera para alimentar a sus gusanos de seda.

Por esta zona pasaba una de las líneas de ferrocarril que salían de la estación de Atocha hacia el sur, que cruzaba el río a la altura de Villaverde por un antiguo puente que a Martín le parecía magnífico, y a buen seguro que lo era, construido con grandes pilares de hormigón y mampostería de piedra que reposaban en el lecho del río. El resto eran vigas y entramado de hierro. Esta estructura metálica estaba formada por grandes vigas longitudinales paralelas que reposaban sobre los pilares y servían a su vez para que de ellas colgaran y se apoyaran otras más livianas en vertical y en diagonal en los laterales longitudinales del puente. Contaba asimismo, en la parte inferior, con vigas horizontales al río para soportar los raíles. También había un entramado de pequeñas pasarelas paralelas a los lados de las vías, que servían para cruzar andando el río y para el mantenimiento del puente.

Para Martín y sus amigos amantes del riesgo, este puente era una maravilla, sobre todo porque ofrecía muchas posibilidades para realizar muchos y variados

juegos, haciendo como siempre apuestas; jugándose, como era habitual en aquellos tiempos, bolas, cromos, tebeos o cualquier otra cosa. En alguna ocasión, alguien se jugó su caja de gusanos de seda.

Aunque no sabían con exactitud cuándo pasaba el tren, sí habían comprobado que casi siempre el intervalo entre uno y otro oscilaba entre treinta y cuarenta minutos.

Los juegos no estaban exentos de peligros. Uno de ellos consistía en colocarse en las pasarelas paralelas a la vía, estrechas pero suficientes para andar y poder cruzar el río. Se tenían que posicionar en la mitad del puente y esperar a que pasara el tren y soportar el viento generado por este. Por allí el tren llegaba a una velocidad considerable para la época, aunque, por supuesto, no era un AVE. Para aguantar se agarraban y pegaban a alguna de las vigas verticales, y tenían que aguantar el paso de todos los vagones sin salir corriendo. Si antes de la llegada del tren alguno, para protegerse, corría al final del puente y pasaba a la otra orilla del río, por supuesto que se había rajado, apuesta perdida y a apoquinar lo que se hubiese jugado.

El juego más peligroso consistía en cruzar el puente longitudinalmente de una orilla del río a la otra por las vigas que había debajo de los raíles. Este juego tenía cierta dificultad para algunos, no para Martín.

Cuando más sentían la adrenalina era cuando se colaban debajo de las vías del tren y se sujetaban fuerte a las vigas del centro del puente a esperar para aguantar el paso de este. El acojone que sentían cuando lo tenían encima era bestial. Además, el tren ajetreaba toda la estructura y originaba unas corrientes de aire difíciles de soportar, amén de la altura considerable desde las vigas del puente al cauce del río: si no aguantabas, te caías.

Había también un peligro añadido más, y era que algún tren tuviera suelta alguna cadena o arrastrara algo que pudiera golpearte o engancharte. En una ocasión ocurrió, y uno de los amigos, asustado al oír un ruido diferente al normal, no esperó, se soltó de la viga y cayó al agua. El susto fue morrocotudo, pero por suerte se quedó en el chapuzón y algunos rasguños y magulladuras. Qué pena que en aquellos tiempos no contaran con móviles para hacerse *selfis*.

Este incidente lo presenció un hortelano que en alguna ocasión los había regañado, haciéndoles ver que algún día les iba a ocurrir una desgracia. El hombre los ayudó a sacar del río al chaval, que estaba calado, menos mal que era el mes de junio y hacía calor. Después los invitó a que fueran con él a su chamizo para curarle las heridas por un camino hecho entre los tableros del huerto.

Antes de llegar a la casa, Martín pudo observar que, sin ser de grandes dimensiones, la huerta le permitía al horticultor tener una gran variedad de productos: tomates, calabacines, pimientos, pepinos, lechugas y enormes calabazas. En uno de los tableros, cerca de la barraca, había plantado algunos melones y sandías, que estaban a punto de madurar y que parecían decir

«¡cómeme!». También, en un lateral de la puerta de la casa, había una parra que subía por la pared hacia el tejado y recorría después el alero en horizontal, con lo que, aparte de uvas, daría también sombra, sobre todo a los bancos colocados en los laterales de la puerta.

Caminando por esta estrecha trocha llegaron a la humilde barraca y la primera visión que tuvieron fue la de una mujer sentada en uno de los bancos de piedra colocados en el lateral de la puerta. Cuando estuvieron más cerca vieron que lo que les había parecido una mujer era una guapísima joven. Se estaba comiendo una gran raja de sandía. Por la comisura de la boca se deslizaba el jugo rojizo, que continuaba resbalándose hacia un vestido de verano, corto, con escote y de tela vaporosa. La joven los saludó y les dedicó una gran sonrisa que a los incipientes adolescentes les pareció un regalo. La muchacha les transmitía una imagen muy sugestiva y sensual, no podían dejar de mirarla. Hasta el hortelano se dio cuenta enseguida de la agradable impresión que había causado la joven en los mozos. Esbozó una suave sonrisa, pensó que a esa edad era lo más normal y se dijo para sus adentros: «Todos hemos sido jóvenes».

El hortelano les mandó pasar a la casa. En ella había una mujer y dos chicos. Estos estaban subidos en unos grandes cubos de lata y con unas brochas estaban encalando la barraca. Tenían manchas de pintura en la cara y en el torso desnudo, lo que permitía ver que los muchachos eran de complexión atlética, aunque al ser delgados se podría decir que eran unos tirillas.

El hortelano contó lo que le había pasado a uno de ellos realizando esos peligrosos juegos. La mujer, que al igual que el hortelano rondarían los cuarenta años, se interesó por las heridas del chico, mandó a uno de sus hijos que trajera el alcohol para desinfectarlas y le ordenó al herido que se quitara la ropa para ponerla a secar y se quedara en calzones, a lo que el chico se resistió en un principio, aunque al final cedió, para risión de todos.

La mayor vergüenza para él fue cuando se percató de que, desde la puerta, la joven también estaba riéndose, lo que terminó de ruborizarlo del todo, aunque le pareció la risa de la chica encantadora y contagiosa, y se puso también él a reír con esa risa histérica de juventud. Los demás chicos también se quedaron absortos, además de por su risa encantadora, al observar que al estar colocada a contraluz en la puerta se le trasparentaba el vestido, dejando ver un bonito y espléndido cuerpo.

Mientras se secaba la ropa, comieron unas rajas de melón que les había ofrecido la mujer del hortelano y que les supieron a gloria bendita. Nunca un melón les había sabido mejor. Aunque eran melones tempranos estaban en su punto justo de maduración, y, como se suele decir, de la tierra a la mesa. Los chicos les contaron que vivían en las cercanías del puente de Toledo y que hacían excursiones cuando podían por las riberas del río.

Cuando el amigo se recuperó, aunque cojeaba un poco por el golpe, secas las

ropas y con el estómago lleno iniciaron el camino de regreso al barrio. En todo el camino no pararon de hablar de lo bien que los había tratado la familia, de lo bueno que estaba el melón, de las buenas migas que habían hecho con los hijos y sobre todo de la chica.

Y como adolescentes se reían de la escena del herido y de cómo se había tenido que quedar en calzones, pero lo que más los intrigaba y lo que se preguntaban era si la joven, al contraluz en la puerta y transparentándosele el vestido, llevaba ropa interior o no. Esto les ocupó buena parte del camino, pues no se ponían de acuerdo: unos decían que sí, otros que no.

La verdad que esta excursión la repitieron en otras ocasiones y en distintos años, entre otras cosas porque se habían hecho amigos de los chicos del hortelano y porque así tenían la oportunidad de ver a la joven que les había cautivado con sus bellas facciones, sus impresionantes ojos del color del ámbar y su sonrisa hechizante.

En una de las ocasiones que volvieron a ir de excursión por la zona, los chicos del hortelano les enseñaron un puente completamente distinto al del ferrocarril. En verdad era un acueducto. Era necesario para regar. En una de las orillas, donde el río se bifurcaba habían construido un canal para el riego de las huertas de esa orilla y de las huertas de la otra orilla situadas en un nivel inferior. Habían construido un ramal que salía del canal, este poco a poco se convertía en un acueducto llevando el agua a la otra orilla.

El acueducto estaba construido de forma rudimentaria, totalmente artesanal; sin embargo, era una virguería, seguro que fue hecho por algunos carpinteros amigos de los hortelanos de la zona. Era todo de madera a excepción de unos perfiles metálicos colocados en escuadra que servían para equilibrar y arriostrarlo a los pilares que reposaban en el cauce del río.

La parte superior del acueducto era una caja en forma de U, con unas dimensiones de aproximadamente metro y medio de anchura, una profundidad de medio metro y una longitud de cuarenta metros, algo más que la anchura del río. En la parte de arriba de la caja había un entramado de tablones separados unos de otro de alrededor de medio metro. Estos tablones, colocados horizontalmente y clavados en la parte superior de la U, servían para que los hortelanos, como equilibristas, pudieran, andando de tablón en tablón, cruzar de una orilla a la otra. Esto, que para los hortelanos era una actividad más en su trabajo del día a día y algo a lo que estaban acostumbrados, para los chicos se convirtió también en un juego, y, como siempre, peligroso.

El peligro estaba en la altura considerable del acueducto. Cuando estaban arriba caminando sentían una pequeña oscilación. Además, según andaban de tablón en tablón, veían la corriente del río pasar unos metros más abajo y perpendicular al acueducto. Ambas cosas combinadas lograban producirles una sensación única.

Era también diferente cruzar el acueducto de una orilla a otra, siguiendo la

corriente del cauce que iba por él, a hacerlo a contracorriente. De esta segunda forma era mucho más peligroso, porque para no marearse y caerse tenían que evitar mirar hacia abajo, mirar al frente y memorizar la cadencia de la zancada para pisar cada tablón y no caer al agua que discurría dentro del acueducto, o más peligroso aún, precipitarse al río. Cuando llegaban a la orilla sin incidentes importantes, la adrenalina liberada les producía un efecto embriagador.

El juego no estaba solo en pasarlo sin caer, la apuesta también incluía quién era el más rápido en cruzar ida y vuelta, ida contracorriente, vuelta a favor de corriente. Martín sobresalía del resto de sus amigos, y en un buen día podía sacar un montón importante de cromos para completar los álbumes y una bolsa de bolas de cristal. No de barro, de cristal…, cristal de colores. Solo había alguien casi más rápido que él, ¡la joven hija del hortelano! Con la creencia de que estos juegos peligrosos eran solo cosa de chicos, eso les resultó chocante y desconcertante. Esa chica no dejaba de asombrarlos.

Para los chicos, ver y sentir que la joven, aunque algo mayor que ellos, participaba también en esos juegos era un gran aliciente, pues lograba que la competencia entre ellos fuera más brutal que de costumbre. Todo lo que hacían era para que ella se diera cuenta de lo valientes que eran y eligiera uno como favorito.

A Martín le entusiasmaba que ella participara en los retos que entre todos ideaban, sobre todo por su forma de realizarlos. Ella se movía ágil, veloz y con una gran flexibilidad. Sus movimientos eran gráciles, parecía que cruzaba el acueducto como si estuviera haciendo *ballet*, sin perder un ápice de su feminidad. Sobre todo, no entraba en pánico ante las dificultades y mantenía siempre la calma. Para él, ella fue el amor de su niñez, le parecía que era como una diosa, en particular Niké, diosa alada griega, saliendo del Olimpo de la mano del dios Zeus.

En otras ocasiones, en lugar de seguir río abajo hacia las huertas se dirigían al gran basurero de Madrid en el sur, que se encontraba entre la carretera de Andalucía a la altura de Villaverde y la orilla del río. En este lugar también se construyó una de las primeras depuradoras de aguas residuales de Madrid.

En la actualidad esta zona se ha recuperado como parte de la actuación de Madrid Río, dentro del Parque Lineal Sur. En lo alto de las atalayas de los basureros, convertidos ahora en unas maravillosas montañas verdes, se han colocado sendos miradores desde los que se disfruta de una visión panorámica de Madrid con la sierra de Guadarrama al fondo. También en terrenos baldíos y deprimidos se han construido centros deportivos, entre los que sobresale la Caja Mágica. Se celebran en ella campeonatos como el Open de Madrid, dentro del circuito internacional de tenis.

El basurero, con el tiempo, terminó convirtiéndose en una montaña, hecha a base de la acumulación de basura. La llevaban allí en carros tirados por mulas que la recogían por las calles de los barrios del sur de Madrid. Era un sitio

deprimente donde había un hedor nauseabundo. Aunque al final Martín y sus amigos terminaban acostumbrándose, allí era difícil respirar y tenías la sensación de que en cualquier momento vomitarías. Aun así, era un sitio lleno de vida. Había gente de todas las calañas que se ganaba la vida en la rebusca de cualquier cosa, pero lo más apreciado era la chatarra.

Como en el barrio y en la misma calle donde vivían había una chatarrería, pensaron que ellos también podían sacarse unas pesetas buscando chatarra.

Conocían a uno de los hijos de los dueños de la chatarrería y le preguntaron si les comprarían la chatarra que encontraran, pues en aquel tiempo, al ser menores de edad, el chatarrero los sometería a un interrogatorio para saber cómo la habían conseguido.

Por fin, a los pocos días, el hijo del chatarrero les dijo que había hablado con el encargado del pesaje y que no había ningún problema.

Lo difícil de verdad era conseguir algo de chatarra, por la fuerte competencia que había y el peligro que entrañaba el tratar de conseguirla. Había todo tipo de gente variopinta en la rebusca: quinquilleros, gitanos y gente de bajos extractos sociales. Estos estaban todo el día removiendo basura, hiciera calor, frío o lloviera. Lo que para Martín era un juego, para todas esas personas era una necesidad, porque con su venta conseguirían el sustento de su familia. Los chicos tenían otros motivos. Por suerte, aunque humildes, ellos nunca pasaron hambre en sus casas. El dinero que sacaban lo querían para bolas, cromos, tebeos (sobre todo de *El capitán Trueno* y *El Jabato*) y golosinas que compraban en un colmado cerca de su casa.

Vieron que el momento más propicio para conseguir algo de chatarra era al caer la tarde, pues había menos gente rebuscando. Su idea era hacerse con alguna cantidad de hierro y cobre, tampoco demasiada, porque para acarrearla solo contaban con un pequeño carro de madera con ruedas de rodamientos y sus propios morrales. Aun así, el acarrear la chatarra tirando del pequeño carro y con el morral a cuestas era duro. Las tiras del morral se les clavaban en los hombros, aunque solo fuera un pequeño cargamento de plomo y cobre.

La chatarrería estaba a una distancia de cinco kilómetros aproximadamente. Su calle estaba situada paralela a la calle Antonio López, entre el puente de Toledo y el puente de Praga, y en los laterales entre las calles Baleares y Parador del Sol, en la parte posterior se ubicaba la barriada chabolista de Comillas. Su nombre se debe a que fue construida sobre un descampado propiedad antes de Antonio López, marqués de Comillas. Se mandó edificar después de la Guerra Civil, utilizando presos políticos. Durante su construcción se hacía referencia al lugar como «el campo de concentración de Comillas», por las condiciones infrahumanas que tenían los presos y por la dureza de las jornadas de trabajo.

Antes de albergar las chabolas, el lugar, conocido como Campo de Comillas, fue emblemático para las fuerzas de izquierdas. Allí tuvo lugar el domingo 20 de octubre de 1935 uno de los mítines más importantes de Manuel Azaña, líder

del partido Izquierda Republicana y uno de los oradores más importantes en la historia de la política española del siglo XX. Azaña fue proclamado por las Cortes presidente de la Segunda República en mayo de 1936 en el Palacio de Cristal del Retiro y ocupó el cargo hasta marzo de 1939, fecha próxima al final de la triste Guerra Civil; se exilió en Francia ante el avance de las tropas mandadas por el general Francisco Franco.

El acto del Campo de Comillas, según algunas fuentes, consiguió reunir en aquellos tiempos a más de cuatrocientas mil personas entre republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas y libertarios. La gente de izquierdas recuerda ese mitin como una de las grandes manifestaciones de la clase obrera y republicana, por el entusiasmo desbordado y por la gran cantidad de gente que asistió; aún hoy es difícil pensar que un partido puede congregar a tal cantidad de personas. También es recordado por la oratoria que desplegó Manuel Azaña. Me voy a tomar la libertad de reflejar un pequeño pasaje de su mitin:

> Este acto en efecto no tiene semejanza en la historia política de nuestro país. No la tiene por la importancia de vuestra propia presencia, no por otra cosa… Y, además, es justo que no tenga semejanza, porque también la causa que nosotros defendemos es única: la causa más popular, la más noble, la más justa, la causa de la liberación de la República de los malos encantadores y malandrines que la tienen secuestrada.

Esa era la historia del lugar del que durante un tiempo volvían los chicos con el pequeño cargamento de chatarra para vender. Esos ingresos le permitían a Martín poder comprar el último número de *El capitán Trueno.* El tebeo salía semanalmente y él lo esperaba con entusiasmo para seguir las gestas del capitán Trueno, Goliat, Crispín y sobre todo la rubia Sigrid, la novia del capitán. Desde entonces él pensó que su novia sería guapa y rubia, como Sigrid.

Pero un día ocurrió un grave hecho del que fue testigo. Estaba al pie del vertedero y vio que había un gran revuelo entre varias personas. Tuvo miedo, pero más curiosidad, y se fue acercando al lugar del altercado, que en ese momento no pasaba de empujones y algún puñetazo entre algunas personas, algunas de ellas de etnia gitana. ¡Siempre con los pobres gitanos a cuestas! ¿Por qué casi siempre, si vemos personas con malas pintas, debido a la cultura inculcada pensamos que son gitanos?

Entonces de lo alto del vertedero empezaron a bajar corriendo y a trompicones más personas, algunas ya venían con las cheiras en las manos. Alcanzaron enseguida el lugar de la pelea. Dos de ellos se abalanzaron sobre un gitano, el que más puñetazos estaba propinando, y rodaron los tres vertedero abajo. Cuando se levantaron los dos agarraron al gitano por las axilas, lo que aprovechó un tercero que, colocado de frente, le propinó una serie de navajazos.

A partir de ese momento todo el vertedero se convirtió en un sinfín de gritos y lamentos. Llegaron también mujeres con sus amplios vestidos negros

ajados y sus pañuelos en la cabeza lanzando palabrotas, juramentos y amenazas. Martín y sus amigos, asustados, empezaron a retroceder hacia el río. Desde un montículo siguieron los acontecimientos y vieron cómo al cabo de un rato los amigos y familiares del gitano se lo llevaban entre alaridos y lanzando amenazas de muerte a los que habían acabado con su vida. El clan del muerto había jurado venganza, y lo peor estaba por llegar: hubo varios días de ajustes de cuentas en la barrida donde vivían.

Desde entonces no volvieron al vertedero. Cuando iban río abajo seguían hasta llegar al antiguo puente del ferrocarril construido en hierro que cruzaba el río.

En los corrillos del barrio, este hecho, como otros muchos, fue muy comentado. Había una hora y un lugar para hacerlo. La hora, por la tarde-noche, en verano, a la fresca. El lugar idóneo era en las aceras de las calles, donde los vecinos se reunían; salían con sus sillas, las colocaban cerca de sus portales y comentaban las noticias o los acontecimientos que habían tenido lugar en el barrio. Siempre existía la posibilidad de poder criticar y hacer un traje a medida a alguien que por supuesto no estuviera allí en ese momento.

También había algún vecino que podía contarles o leerles las últimas noticias del periódico de cabecera de esa época, que era *El Caso*. Esta publicación narraba las noticias más luctuosas que habían tenido lugar en el país. Les servía a los vecinos para estar informados, para pasar las horas calurosas hasta que se iban a acostar y para meterles el miedo en el cuerpo a los niños y a los chicos. A Martín, después de escuchar estos relatos, le costaba conciliar el sueño, y muchos de sus amigos tenían pesadillas, pero, aunque tuvieran miedo, como podían más el misterio y la intriga, siempre pedían que les contaran más.

Algunas historias que se contaban eran populares, como la del hombre del saco, un personaje ficticio al que se representaba como un varón que vagaba por las calles al anochecer cogiendo a niños despistados para meterlos en el saco y llevárselos a un lugar macabro. Los niños, asustados, debían atender a la moraleja de recogerse pronto en casa.

También era muy conocida la del Sacamantecas, esta verídica, ocurrida en el siglo XIX: fue un violador y asesino en serie de mujeres, que además mató a seis entre los años 1870 y 1879. Aunque estos hechos ocurrieran en Vitoria, el suceso se contaba por todo el país. El asesino se ensañaba con sus víctimas. Después de atraerlas con engaños, las secuestraba, las violaba y las asesinaba; a algunas de ellas las abría en canal y les extraía las vísceras. Fue tal el impacto que la historia quedó grabada en la memoria de la gente y pasó a ser contada de generación en generación. Como ocurría siempre, las madres o padres aprovechaban este relato para hacer ver a las niñas, niños o adolescentes que no tenían que hacer caso a desconocidos y menos irse con ellos.

Había muchas historias reales, como la del Jarabo y muchas otras.

★

En el portal de la finca donde vivían ferroviarios, como el padre y el tío de Martín, se contaba siempre la historia del asalto y atraco al tren expreso de Andalucía con salida de Madrid, que conmocionó a España.

Ocurrió el Viernes Santo de 1924, día 11 de abril, durante el gobierno de Primo de Ribera, cuyo eslogan era «Ley y orden». Lo que debía ser, según lo planeado, un asalto y atraco, acabo siendo un asesinato de dos empleados de Correos cometido con una gran brutalidad.

Los actores de este macabro suceso fueron tres señoritos y dos matones de los bajos fondos. La idea partió de uno de los señoritos, hijo de un teniente coronel de la Guardia Civil y exempleado oficial de Correos. Conocía, por su antiguo trabajo, el enorme valor que transportaba el vagón correo del tren, que podía llegar fácilmente al millón de pesetas, toda una fortuna en esa época, y decidió dar el golpe, pues atravesaba una difícil situación. Llevaba mala vida, de juerguista y golfo, aficionado también a los narcóticos y al juego. Como buen señorito, estaba plenamente dedicado a la vida nocturna y le daba a todo. Había entablado un romance con un cubano al que llamaban el Pildorita, el alias le venía como anillo al dedo por su afición a las drogas. Un hombre de negocios al que conocía ideó la forma de realizar el golpe y de financiar lo necesario para llevarlo a cabo.

Pero para realizar el golpe y hacer el trabajo sucio necesitaban dos matones, en estos tiempos diríamos dos sicarios, que tuvieran agallas, por si venían mal dadas, y como es lógico los encontraron buscándolos en los bajos fondos de Madrid, uno de ellos vivía en una vivienda de la calle Toledo. Estos dos eran malencarados, pendencieros y sin escrúpulos.

El plan que estudiaron para el asalto constaba de varias etapas. Primero, el hijo del teniente coronel, utilizando sus contactos, se enteraría quiénes serían las dos personas empleadas de Correos que irían de servicio en el vagón. Cuando se lo dijeron vio que los conocía, como era lógico y previsible, porque habían sido colegas de trabajo anteriormente. Estos empleados tenían como tarea antes de que el tren partiera de Madrid una revisión e inventario de todo lo que llevaban en las sacas y su colocación en el vagón, por ello era difícil que les permitieran subir a él. Así que pensaron que tomarían el tren en Aranjuez y les pedirían permiso para subir con los dos matones, a los que presentaría como amigos. Así podrían todos juntos echar unos tragos.

Antes de ir a Aranjuez, el Pildorita les proveería de un licor narcotizante que sumiera a los empleados en el sueño, y así ellos podían tranquilamente desvalijar las sacas de las pagas, de las joyas y demás valores.

Después del asalto y conseguido el botín bajarían en Alcázar de San Juan, donde el Pildorita les estaría esperando con un taxi para trasladarlos a Madrid. Y, como punto final, llegarían a la capital, donde se las prometían muy felices repartiéndose el botín en la vivienda de la calle Toledo de uno de los matones.

Pero los acontecimientos no discurrieron como esperaban y todo terminó siendo una gran chapuza.

Para empezar, en Aranjuez cogieron el tren según lo previsto y los dos empleados los dejaron subir al vagón. Una vez instalados allí y con el tren en marcha les ofrecieron unos tragos, diciéndoles que era un licor especial buenísimo. Ahí estuvo el primer fallo de la operación: en el licor no había el suficiente narcótico para dejarlos dormidos. El Pildorita se había gastado el dinero que le habían dado para la compra del narcótico en putas y jugando, y el somnífero que pudo agenciarse era menos potente, insuficiente para dejar fuera de combate a los dos empleados. Así, al cabo de un rato y viendo que no hacía efecto la droga del licor, trataron de cogerlos desprevenidos, pero eran tan inútiles que pasaron a la acción atacándolos de una forma brutal y desordenada.

Fue así como uno de los matones, con unas tenazas de marchamar utilizadas para precintar las sacas, se lio a golpes. Su primera víctima fue el que estaba sobre la mesa trabajando de espaldas a ellos, que después de dos golpes cayó con el cráneo destrozado. Rápidamente se lanzó a por el otro empleado. Este era un armario, tenía una gran complexión física. Forcejearon hasta que se unió el otro matón y entre los dos pudieron inmovilizarle los brazos, lo que aprovechó uno de los fulanos para sacar una pistola, descerrajarle dos tiros y dejarlo muerto en el acto.

Ante el desarrollo de los hechos se apoderaron de ellos la ansiedad y la angustia. Los invadió tal desconcierto que fueron incapaces de desvalijar las sacas que contenían la mayor cantidad de dinero. Consiguieron un botín de solo unas cuarenta mil pesetas.

Se apearon del tren sin ser vistos cuando este pasaba en marcha reducida por el paso a nivel de la estación de Alcázar y fueron después rápidamente al encuentro del Pildorita. Este, como les había dicho, los estaba esperando con el taxi en la estación, Le había dicho al taxista que iba a Alcázar a buscar a unos amigos, y esto escamó al chófer, al que le pareció muy extraño el ir a Alcázar a buscar a alguien que iba en un tren que había salido de Madrid esa misma noche para volver con ellos a la misma ciudad. Los dejó a los cuatro en la vivienda de la calle Toledo, donde pasaron a repartirse el dinero.

Nadie se dio cuenta de lo que había pasado en el tren hasta que este llegó a la estación de Córdoba. En esa ciudad andaluza ya habían tenido aviso por teléfono de alguna estación intermedia desde la que comunicaban que los empleados de Correos no habían sacado al andén las sacas que tenían que dejar en ella, pero lo achacaron a un posible despiste. No se podían imaginar lo que verdaderamente había pasado, solo tuvieron conciencia de ello cuando subieron al vagón correo y descubrieron el macabro escenario.

De inmediato se tuvo conocimiento de los hechos. El incidente se publicó en gacetas y periódicos y rodó por los mentideros de la Villa: se hablaba de ello en cualquier lugar, aunque solo hubiese dos personas. Con rapidez, y por

mandato directo del presidente del Gobierno, la policía inició las pesquisas para encontrar a los asesinos, cosa que ocurrió casi enseguida.

El taxista, al oír y leer las noticias, creyó que podían ser las personas que había trasladado a Madrid desde Alcázar de San Juan. Fue a declarar a la policía lo que le había pasado el día de autos. Describió a su primer pasajero como un señorito refinado y raro, y explicó cómo se subieron en Alcázar otros tres individuos, que regresaron todos a Madrid y que los dejó en la calle Toledo, entre la Puerta de Toledo y la glorieta de Pirámides. Tirando de esta pista y sobre la hipótesis de que para que les dejaran subir al vagón los empleados de Correos tenían que ser conocidos de alguno de ellos o de los dos, la policía siguió indagando.

Fue también fundamental el testimonio del sereno de la calle Toledo, que había visto de madrugada bajarse de un taxi a cuatro individuos. A uno lo conocía, pues era vecino de esa calle, y lo definió como malencarado y pendenciero. A los otros tres no los conocía, pero su aspecto le pareció sospechoso. El sereno les dio el número del portal de la calle Toledo donde habían entrado.

La primera detenida fue la mujer del individuo que vivía en la calle de Toledo, pues al ir a buscarle la policía ella fue quien abrió. Él aprovechó para esconderse, aunque, acuciado por las circunstancias y por la detención de su mujer, acabó suicidándose de un tiro en la sien el 24 de abril. En los tubos huecos de la cama de la habitación de su casa se encontró parte del botín. Rápidamente detuvieron al resto, menos al Pildorita, que puso pies en polvorosa y consiguió llegar a París, aunque finalmente se entregó en la Embajada de España.

El juicio de guerra sumarísimo se celebró de inmediato, los días 7 y 8 de mayo. La sentencia fue de muerte para todos menos para el Pildorita, a quien condenaron a treinta años, y a la mujer del individuo que se había suicidado, a ocho años.

La condena se ejecutó, como no podía ser menos, al instante, el 9 de mayo de ese mismo año.

Ya se sabe: la Justicia, en esos tiempos, no se andaba por las ramas. ¡El que la hace la paga! Lo malo de ese sistema eran las posibles equivocaciones, cosa que en esos tiempos podía ocurrir con frecuencia. Lo peor era cuando esa equivocación se hacía de una forma consciente o por algún tipo de interés.

⋆

De todo ese suceso, a Martín le gustaba en especial la importancia del testimonio del sereno. ¡Qué trabajo más importante realizaban en aquellos tiempos los serenos! Eran vigilantes civiles nocturnos que tenían como obligación recorrer las calles de una zona concreta de la ciudad para evitar peleas, robos y atracos. Mantenían el orden público para que la gente durmiera

tranquila en su casa por la noche.

¡Qué recuerdos tan gratos tenía Martín de ellos! Vestían con un gabán azul y gorra de plato, y tenían como sola arma un chuzo, que hacían sonar dándole golpes en el suelo para que los vecinos supieran dónde se encontraban. Tenían llaves de todos los portales, y cuando alguien llegaba tarde y el portal de su casa estaba cerrado solo tenía que dar unas palmadas con las manos o un grito de: «¡Sereno!». Te oían y raudos acudían, te abrían la puerta y te daban las buenas noches.

Para Martín y los chicos del barrio, la hora del sereno en la noche era un juego más. En verano sus padres los dejaban pasar más tiempo en la calle, ellos aguardaban impacientes a que llegara esa hora y el sereno empezara hacer el recorrido por las calles. Todos iban corriendo a su encuentro: querían que les dejara el chuzo y ser ellos los que lo golpearan contra el suelo para hacer saber a los vecinos que el sereno estaba ya haciendo la ronda.

Este servicio a la sociedad nunca se debería haber suprimido. Habría que haberlo adaptado a los nuevos tiempos y necesidades con nuevas tecnologías y herramientas, porque, como siempre, solo las clases sociales que viven en áreas de alto *standing* están más protegidas, al poder pagarse una vigilancia privada. En otras zonas, a rezar y que sea lo que Dios quiera.

Aparecieran serenos o no en los relatos que se contaban, Martín los disfrutaba todos. Esa forma oral de contar historias de los vecinos del barrio le recordaba a las noches de verano, cuando, de vacaciones en Támara de Campos, después de la cena, se reunía toda la familia a la fresca en la trasera de la casa de sus tíos.

Allí pasaban un rato agradable antes de irse a dormir y escuchaban por boca de su tío o de su padre las historias importantes que habían ocurrido hacia muchos siglos en el pueblo. Así los más pequeños sabrían la importancia que su pueblo tuvo en la historia de España y se sentirían orgullosos de él.

Si había algo que cautivara y encantara a Martín era que le contaran historias de pueblos y culturas remotas, por eso en el colegio sus clases preferidas eran las de Geografía e Historia, tanto de nuestro país como del resto del mundo. Eso lo llevó rápidamente a pensar que se estaban aproximando los exámenes de junio para el ingreso al Bachiller Elemental. También intuía que estaba en el momento de la transición de la niñez a la adolescencia.

Sabía que cuando aprobara el ingreso al Bachillerato tendría que cambiar de colegio. Esto lo angustiaba, lo entristecía y lo llenaba de incertidumbre, no le gustaba nada, aunque no era algo nuevo para él. De pequeño, a los seis años ya había tenido que pasar por una experiencia similar, aunque en ese momento él no le dio tanta importancia. Y es que, junto a su hermana, desde los tres hasta los seis años estuvo yendo a un colegio de monjas que se encontraba aproximadamente a unos tres kilómetros de su casa.

Todos los días iban andando. Pasaban la calle Parador del Sol y entraban en una zona de descampados, donde solo a la izquierda había unos edificios de

casas conocidas en el barrio como las casas de Ulloa. Enfrente de ellas se encontraba una antigua vaquería que tenía una gran nave con muchas vacas, allí compraba la leche su familia y casi todo el barrio. Pasada esta, cruzaban la pista, llamada así en el barrio porque era la nueva calle superasfaltada de Santa María de la Cabeza, que se amplió desde el puente de Praga. Este se había vuelto a reformar en el año 1952, y se contaba una graciosa anécdota de su inauguración. Al verlo tan grande, alguien pronunció la siguiente frase: «O es demasiado puente para este río o el río es demasiado pequeño para este puente». La pista continuaba hasta la plaza Elíptica, desde la que salía la carretera que une Madrid con Toledo.

La nueva pista sustituyó a la antigua carretera de Toledo, que iba desde el puente de Toledo hasta la misma plaza Elíptica, pero discurriendo por la calle Antonio Leyva. Una vez cruzada la pista, pasaban por la colonia Moscardó, después cruzaban un gran descampado donde se veían a la izquierda los comedores del Auxilio Social, que se dedicaban, como su nombre indica, a ayudar y dar de comer a la gente más desfavorecida. Pasados los comedores, a la derecha ya se divisaba el campo de fútbol del Mosca. Detrás estaba el colegio.

Era un colegio de niñas, donde estas podían llegar a estudiar hasta el Bachiller, aunque también admitían un escaso cupo de niños. Los varones podían cursar allí sus estudios hasta los siete años, después tenían que cambiar a otro colegio. Además, las clases estaban divididas por sexos, aunque niños y niñas fueran de la misma edad.

Los recuerdos para Martín del tiempo pasado en el colegio eran muy agradables. Las monjas, y sobre todo sor Inés, que les daba clases a los niños, eran entrañables. La convivencia allí fue idónea para un niño en proceso de formación, y él fue un niño muy sociable y participativo en la clase y en los juegos.

Hay dos hechos de esa etapa que aún hoy Martín recuerda perfectamente.

Un día en la clase se sortearon unas golosinas entre los cuatro niños que mejor habían hecho un ejercicio de cuentas, es decir, de Matemáticas infantiles. Tenían que adivinar un número, del uno al diez, que sor Inés había escrito en un papel, y el que adivinara se llevaba la golosina. Martín dijo el siete y acertó, y desde entonces ese fue su número preferido, con el que siempre se identificaba. Más adelante indagó y le gustó el espíritu del número, definido por muchos como bíblico, enlazado con lo divino, el número del amor, del aprendizaje y del conocimiento; Pitágoras llegó a calificarlo como el número perfecto. Representa también la seguridad y la protección. Por eso, él siempre jugaba de siete en el equipo de fútbol.

El otro hecho tiene que ver con los juegos. En el colegio, al final del último curso se hacía una especie de olimpiada. Las monjas dividieron la clase de los chicos en dos grupos. Martín, según su opinión, no tuvo suerte, pues le tocó en el grupo de los torpes en todo: en la carrera de sacos, en dar volteretas, en el

salto del potro y en correr unos cincuenta metros lisos. Fue un verdadero desastre, su equipo perdió en todas las pruebas y esto le causó una gran decepción. Aun así, tuvo la satisfacción de ganar individualmente al contrincante que le tocaba en todas las pruebas…, pero solo se premiaba al equipo ganador. Esto le pareció injusto. Por lo menos debían haber dado un MVP al mejor. Cuánto tiempo ha tenido que pasar, muchos años, para instaurar este premio, que ahora se da por cualquier cosa, hasta por jugar al teto. Aunque, pasado el tiempo, Martín entendió que, aun siendo importante destacar individualmente, aún es más importante el trabajo en equipo, porque así es como se consiguen las grandes metas en cualquier faceta de la vida.

A los siete años camino de los ocho, Martín acabó su etapa de formación en el colegio de las monjas. Sus padres le buscaron un pequeño colegio, más que colegio diríamos que era un pequeño piso donde impartía clases un venerable maestro de sesenta años, o algunos más.

Su madre conocía a la mujer del maestro, pues era una de las clientas que le compraban huevos. Fue así como surgió una relación cordial. Además, algunos vecinos informaron a sus padres de que el maestro era un gran profesor y un buen hombre, así decidieron llevar a Martín a estudiar allí.

Estaba muy cerca de su casa, en su misma calle. Desde los ocho años hasta los diez que contaba entonces había ido allí a clase todos los días de lunes a viernes. La casa servía de vivienda y era en el salón donde el maestro impartía las clases a un número reducido de alumnos: solo siete, otra vez el siete. No tenían pupitres. Se sentaban alrededor de una mesa ovalada, el maestro en uno de los extremos. Todos se veían las caras, lo que permitía observar la actitud, inquietudes o preocupación de cada uno y posibilitaba una relación más entrañable entre maestro y alumnos.

El maestro dominaba todas las materias necesarias para que cualquier alumno pudiera adquirir la cultura general necesaria para aprobar las pruebas de acceso al Bachiller. Lo verdaderamente importante era que daba las clases y trasmitía los conocimientos a los alumnos derrochando pasión e ilusión. En algunas ocasiones su mujer le ayudaba si era necesario.

De pequeño Martín no fue consciente de que en esos tiempos el maestro no era un maestro al uso en la forma de impartir la enseñanza. Daba sus clases en su casa, y no en una escuela, que era lo normal. Lo habitual era que los padres llevaran a sus hijos a un colegio, público o privado, o a un colegio religioso de alguna congregación, como los Salesianos o los Maristas. Los padres de Martín tuvieron la oportunidad de llevarlo a alguno de los seminarios de los Maristas, igual que habían hecho alguno de sus tíos con sus primos, pues en su familia había religiosos en puestos directivos de dicha congregación.

Cuando estaba a punto de terminar esa etapa, preguntó en casa por qué tenía que cambiar de colegio y por qué no seguía haciendo el Bachiller en el mismo sitio. La contestación de su padre fue muy escueta: el colegio no estaba

preparado para realizar el Bachiller y el maestro no podía impartir esas clases. Más adelante, pasado algún tiempo, se deshizo el entuerto y Martín se enteró que solo era por una razón: había tenido algún problema de orden político y debido a esto perdió la plaza como maestro público.

¡Gran acierto el de sus padres! Con el tiempo, entendió que fue a un colegio elitista, a un Instituto de Enseñanza Libre. Eso sí, en un barrio obrero.

El maestro, como es lógico, se guiaba por el temario que había elaborado, priorizando siempre que todos sus alumnos, llegada la edad de diez años, aprobaran el examen de ingreso al Bachiller, y la verdad era que lo lograba. El maestro sabía que se la jugaba y por eso en ningún momento trató de adoctrinar políticamente a los alumnos. Eso sí, trataba también de dar a los alumnos una formación en humanidades, para que fueran solidarios, justos y buena gente. También intentaba que no solo memorizaran las materias como papagayos, sino que trataran de llegar al fondo razonando y preguntándose el porqué. ¡Les decía que el estudio debía ser como un juego, que se tenía que disfrutar con él, para así en el futuro poder desarrollar en el trabajo todos los conocimientos aprendidos con ilusión!

Siempre buscaba tiempo para impartir materias que les ilusionaran y disfrutaran, primero estudiando la teoría y después realizando actividades al aire libre. Estas prácticas las realizaban algunos sábados por las mañanas.

Fue en estas clases cuando Martín tuvo conciencia del desarrollo del ser humano como especie.

En el temario oficial estudiaban que Dios había creado el universo, incluidos los planetas, en seis días hábiles, y que al séptimo día descansó. También, que creó de barro a Adán y de una sus costillas a Eva, y que los hombres se dividían en tres razas según él tono de su piel: blanca, amarilla y negra.

Qué falta de coherencia tiene la enseñanza en ocasiones.

El maestro les enseñó que todos los hombres son la misma especie, *Homo sapiens*. Esta especie se divide en diferentes etnias, que a su vez estas se dividen en pueblos, en comunidades y en familias.

En una de esas actividades, subiendo por la ribera derecha del río Manzanares, entraron en la Casa de Campo y pasando el lago siguieron subiendo algo más arriba por el curso de un afluente, el arroyo Meaques, que antes de desembocar en el río forma el lago actual y antes del lago formaba en esa época un pequeño estuario pantanoso.

Sentados en una fuente cercana al lago, el maestro les habló de la prehistoria. Les explicó que en épocas lejanas, hacía millones de años, Madrid había sido una llanura parecida a las sabanas africanas que habían estudiado en las clases de Geografía.

Durante muchísimos años el río y sus arroyos fueron horadando el terreno en fases, horadar el terreno y deposición de limos, formando terrazas fluviales.

Les contó que la vega del Manzanares a su paso por Madrid está llena de

terrazas, las superiores son más antiguas y las inferiores más modernas. Que desde esa en la que se encontraban, si seguían subiendo el cauce del arroyo hasta llegar a Somosaguas, en Pozuelo, había como mínimo dos terrazas más.

En toda la zona habían habitado grandes vertebrados antes de la llegada del hombre. El hombre era una especie más moderna, las otras especies de animales de las que él les hablaba eran mucho más antiguas. Les contaba que si allí o en los alrededores se excavara se encontrarían restos de grandes animales, como mastodontes, tortugas gigantes, tigres dientes de sable y muchísimos otros.

Al maestro ese lugar le encantaba porque sabía que contenía vestigios de todos estos animales antiguos inexistentes en la actualidad, y también restos de los primeros pobladores humanos y sus herramientas. Todo esto a él le fascinaba, y se veía con pico y pala descubriendo estos magníficos animales que habían vivido allí hacía millones de años.

Les contaba que miles de años atrás los humanos eran nómadas que se agrupaban en clanes y se dedicaban a la caza y a la recolección de alimentos para subsistir, y que normalmente seguían a los rebaños de animales y migraban continuamente con ellos, que buscaban lugares protegidos como cuevas con difíciles accesos para protegerse de los animales y con buena visión, para permitirles otear el horizonte y saber en qué lugar estaban los que querían cazar. También preferían que cerca del asentamiento hubiera agua, y Madrid y sus alrededores tenía abundancia de ella.

Después los hombres, con el paso de los milenios, se fueron sintiendo más seguros al haber conseguido domesticar a algunos animales y dominar el entorno donde habitaban, pues habían desplazado de ese hábitat a los animales peligrosos. Empezaron a adquirir conocimientos de agricultura y de ganadería y esto les permitió empezar una nueva forma de vida: pasaron de nómadas a sedentarios, de recolectores a agricultores, de cazadores a ganaderos. El maestro les dio una pequeña visión de este momento histórico trascendental, posiblemente uno de los más importantes después de conseguir dominar el fuego, pues cambió totalmente la vida. El hombre pasó de vivir en clanes reducidos de personas, donde lo importante para sobrevivir era la solidaridad del grupo, donde todos cazaban y recolectaban para todos, a grupos más numerosos donde era más difícil que todos compartieran esos principios. La vida sedentaria supuso una revolución del grupo: ya podían criar animales para su consumo y plantar semillas para recoger sus frutos y así asegurar su alimentación. Sería en principio una vida más segura, con menos peligros. Esto sin embargo tuvo su parte negativa, pues pasarían de vivir en espacios ilimitados a vivir en espacios delimitados, lo que dio origen a la propiedad privada. Con esto se rompía la armonía del grupo, empezándose a fomentar el clientelismo. El hombre, que hasta entonces había sido un ser libre en armonía con la naturaleza, comenzó a destruir sus recursos, especulando con ellos y enfrentándose a sus iguales.

La Casa de Campo para el maestro era un libro abierto por la gran cantidad de hechos históricos y culturales que encierra el recinto. Ese lugar le daba la oportunidad de explicarles a sus alumnos infinidad de hechos históricos, desde la prehistoria hasta la época actual.

Madrid, antes de ser la capital de España, era un sitio que poseía un enorme entorno de bosques y abundante agua, ideal para albergar todo tipo de animales. Esto lo hacía muy atractivo para el descanso, el esparcimiento y la caza. De hecho, sirva como anécdota que Isabel la Católica, cuando estaba agobiada, angustiada y tenía crisis de ansiedad, venía a relajarse al antiguo alcázar de la villa de Madrid, y solía decir a sus súbditos: «El sitio donde estoy mejor física y mentalmente es esta Villa, encontrando la verdadera paz espiritual».

¿Quién lo diría en estos tiempos?

La Casa de Campo había sido un espacio protegido durante muchísimo tiempo, siendo usado solo por la realeza y sus nobles. Estos podían pasar directamente desde el Palacio Real por una gruta subterránea que mandó construir el hermano de Napoleón, José Bonaparte, al cual el pueblo de Madrid bautizó como Pepe Botella. Como es lógico, desde ese momento la gruta también quedó bautizada por los madrileños como «la gruta de Pepe Botella». Iba desde los jardines del Campo del Moro del Palacio Real hasta el puente del Rey, que da entrada a la Casa de Campo.

La Casa de Campo esconde algunos pequeños vestigios de época romana en su subsuelo, así como construcciones de épocas más modernas, como puentes y acueductos ideados por Sabatini, diseñador también de los jardines anexos al Palacio Real. Por el abandono posterior muchas de estas construcciones fueron dañadas, habiendo sido rehabilitadas algunas en la actualidad.

Uno de los días que fueron a la Casa de Campo, el maestro los condujo al salir al puente del Rey. Desde allí veían cómo bajaba el río, ensanchándose al hacer una suave curva hacia la izquierda, lo que daba lugar a que hubiese en el centro una isla que contenía parte de lo que se intuía había sido una construcción.

Esto le sirvió al maestro para contarles que esa isla había albergado un gran centro deportivo construido antes de la Guerra Civil. La isla fue ampliada al realizar el proyecto, y se dio a la construcción la forma de un gran barco varado en el puerto del río, con una gran zona de proa y otra de popa.

Se construyeron dos piscinas: una interior cubierta, realizada en el propio cauce del río, y otra exterior en la parte superior. El complejo había contado además entre otras muchas cosas, con gimnasio, restaurantes, pasarelas en cubierta como en los barcos, con visión panorámica desde estas a él río y a Madrid. El conjunto fue diseñado por el arquitecto Luis Gutiérrez Soto y formaba parte del gran complejo deportivo y de ocio de la ya mencionada Playa de Madrid.

La Isla empezó su deterioro durante la Guerra Civil. Aunque más tarde se hizo alguna rehabilitación para que pudiera seguir funcionando, no fue suficiente para que pudiera aguantar la riada del año 1947. El complejo se acabó derribando en el año 1954.

No se entiende que estos dos complejos tan importantes se dejaran perder y no se recuperaran. De un plumazo Madrid perdía su playa y su puerto. Esperemos que las próximas generaciones de madrileños elijan a un alcalde que recupere estos proyectos con otra gran actuación de soterramiento como el de la M-30, continuando esta desde el puente del Rey hasta pasado el club de Somontes.

Todas estas historias a Martín le entusiasmaban, y hacían que se encariñara con el maestro y que le costara dejar la escuela-vivienda y enfrentarse a las incógnitas. ¿Cómo sería el próximo colegio? ¿Qué compañeros tendría y cómo serían los nuevos profesores? ¿Por qué decía su padre que ya no le enseñaría un maestro, sino distintos profesores según la materia a estudiar?

Dentro del grupo de siete alumnos, había un chico que vivía también en la misma calle. Sus padres regentaban una taberna que ocupaba la planta baja de la finca y la vivienda estaba situada en la primera planta. Entre él y Martín nació una amistad, aunque solo a nivel de escuela. Este niño le contó que su padre le había dicho que también él iba a ir a ese colegio.

Llegó el día del examen para el ingreso y poder cursar el Bachiller. Martín lo hizo en el instituto Cardenal Cisneros, cerca de la estación de metro de Noviciado. En ese instituto se examinaban los que habían cursado los estudios en colegios privados; en esa época se decía que esos alumnos iban a los exámenes «por libre».

Martín salió con buenas sensaciones y convencido de haber hecho el examen bien. Al cabo de pocos días sabría las notas: como había pensado, aprobó, y con una buena nota.

La verdad es que para Martín la vida era plácida. Tenía una familia que lo quería a rabiar y amigos en el colegio y en el barrio. Podría decirse que era feliz, pero otra parte de esa felicidad se completaba en las vacaciones, cuando se acababan las clases y en casa se hacían los preparativos para ir al pueblo. Y ese día estaba a punto de llegar.

En Madrid, casi todos los amigos de Martín tenían pueblo, el lugar donde la mayoría de las familias que tuvieron que emigrar tenían sus orígenes. Se sintieron obligados a abandonarlos por falta de oportunidades para subsistir.

Por eso Martín esos días de junio los vivía frenéticamente. Ya había aprobado el ingreso al Bachillerato, ahora tenía que preparar sus cosas para irse de viaje con sus padres y hermana al pueblo. Había llegado el momento esperado y ansiado durante buena parte del año: el de irse dos meses a disfrutar de unas merecidas vacaciones de verano al pueblo para vivir en plena libertad y seguir escuchando historias maravillosas.

Capítulo 3: El tren

Támara de Campos está a una distancia de Madrid de unos doscientos ochenta kilómetros. El viaje lo harían, como era lógico, en tren. El ferrocarril era uno más de la familia, su padre les trasmitió el cariño por el tren y este caló muy hondo en Martín.

La estación de partida sería la antigua Estación del Norte, ubicada cerca del Palacio Real, mejor dicho enfrente de los enormes jardines del Campo del Moro. Hoy la estación ha sido reconvertida para alojar también un gran transbordador de trenes de cercanías y metro, así como en un gran centro comercial, con lo que ha perdido su auténtico sabor. La vida avanza también las ciudades, y los países evolucionan; como se suele decir, es ley de vida.

La duración del viaje en esa época era una incógnita. Se sabía la hora a la que salía el tren, perfectamente marcada en el casillero, pero esa hora era orientativa: la realidad era que nunca iba puntual en la salida y menos aún en la llegada, pero eso para Martín no tenía la menor importancia. Lo esencial era disfrutar del tren y de los paisajes. ¡Solo pensar en la idea de viajar le excitaba, y cuando ya estaba viajando lo sentía y lo vivía como una experiencia maravillosa!

A Martín le parecía mágico y fantástico que esa enorme locomotora a vapor (siempre negra, más negra que el carbón) pudiera conseguir mover toda esa mole de vagones hechos de hierro y madera solo quemando carbón. Su padre un día se lo contó de una forma muy didáctica. Según le dijo, el tren se movía porque el agua del depósito de la máquina pasaba circulando a través de un enorme serpentín alrededor de la caldera, y se conseguía, por la acción del calor, que se transformara el agua en vapor. Ese vapor movía unos émbolos y estos, con un repetido cha-cha, movían las ruedas de la máquina, soltando a su vez parte del vapor producido al andén, consiguiendo así el efecto mágico de estar el tren y la estación envueltos en una espesa niebla. Finalmente, y con lentitud, ese proceso conseguía arrastrar al convoy por kilómetros y kilómetros de raíles con el consiguiente traqueteo, molesto para muchos, pero para los oídos de Martín un sonido entrañable. Hoy en día lo recuerda todavía con nostalgia, porque era el traqueteo que lo llevaba a ese destino tan añorado durante el año.

En esa época, era necesario llegar muy pronto a la estación para coger un buen sitio en el vagón, y ese sitio para Martín era la ventanilla, pues en tercera clase los asientos normalmente no eran numerados y coger ventanilla era muy importante. Iría asomado todo el tiempo para poder disfrutar de lo que él consideraba un gran espectáculo.

El viaje lo hacía feliz, porque, además de disfrutar de esos maravillosos paisajes que pasarían por sus ojos, disfrutaría viendo cómo la mayoría de la

gente estaba contenta por poder disfrutar de unas merecidas vacaciones. El buen tiempo también influía en que todos tuvieran un humor excelente, lo que contribuía a que el viaje fuera muy agradable. Sabían que en su destino verían a sus seres queridos, a los que añoraban. Después de haber pasado un largo periodo de tiempo sin comunicación con ellos, por fin disfrutarían todos juntos contándose las anécdotas que les habían ocurrido durante el año.

Por eso el tren era el lugar ideal para empezar esas vacaciones: se intuía que pasarían un rato agradable en el trayecto con los compañeros que iban en su mismo compartimento. Lo habitual era que la gente se aplicara en una charla o discusión sobre cualquier cosa (menos de política, eso era tabú). También resultaba normal compartir las viandas y la bebida, esta la guardaban como oro en paño en sus botas de vino.

De pronto sonaron unos fuertes pitidos procedentes de la locomotora, esto indicaba que el tren iniciaba su marcha lenta de salida de Madrid. Cruzaba el río Manzanares por el puente de los Franceses y entraba en los fantásticos pinares de la Casa de Campo, para salir de ellos en Aravaca.

Al pasar Las Rozas y llegando a Las Matas se podían ver en pleno campo unas majestuosas construcciones. Martín, al que cualquier cosa le llamaba poderosamente la atención, le preguntó a su padre qué eran. Este le respondió que se hacían para rodar películas y realizar grandes superproducciones para el cine. Al cabo de los años Martín supo que esto era así. Eran los grandiosos platós de los estudios cinematográficos del productor de cine Samuel Bronston.

⋆

Este productor era de origen judío. Nació en Chisináu (Rusia), ciudad que pertenece actualmente a Moldavia. Era sobrino de León Trotsky.

Trotsky, intelectual de izquierdas con grandes dotes como orador, gran estratega, uno de los ideólogos del socialismo y figura muy importante en la política rusa, fue uno de los artífices de la revolución de Octubre de 1917 junto a Lenin y otros compañeros, para derrocar el régimen zarista, eliminando posteriormente al gobierno provisional que se había instaurado y reemplazándolo por un gobierno bolchevique. Aunque Trotsky posteriormente mantuvo algunas diferencias con Lenin, este siguió teniéndolo como uno de sus hombres de confianza y lo puso al frente de puestos de gran relevancia, en el Comité Central del Partido y en los sucesivos Gobiernos. Fue Trotsky el creador del Soviet Militar Revolucionario.

Sin embargo, dentro del partido tenía un gran enemigo, Stalin. Este era de formas y modales un tanto rudos, Stalin era un hombre de acción y chocaba continuamente con Trotsky. En el fondo Stalin envidiaba la retórica, la oratoria y las formas refinadas de Trotsky. Sin embargo, en esa confrontación Trotsky

fue perdiendo poder. Cuando Lenin sufrió un ictus que lo obligó a retirarse de la política, Stalin inició una confabulación con el apoyo de Gregori Zinòviev y de Lev Kâmenev, miembros del comité del partido, para apartar a Trotsky de todos sus cargos acusándolo de traidor. Consiguió expulsarlo del partido, y en 1929 también de la Unión Soviética, lo que lo llevó a exiliarse y a formar dentro del socialismo la corriente conocida como trotskista, fue un gran líder del Movimiento Internacional de la Izquierda Revolucionaria.

En 1940 fue asesinado en México, se supone que por orden de Stalin. El asesinato lo cometió Ramón Mercader, agente de los servicios soviéticos nacido en Barcelona.

Como siempre sucede en las dictaduras, sean del color que sean, manipulan torticeramente la historia. Hay personas a las que han tratado de borrar, como si no hubieran existido, como hicieron en Rusia con Trotsky, y si hacen alguna referencia a ellas es de forma despectiva, acusándolas siempre de traición a la patria, a la revolución o al partido, o de haber participado en los crímenes más horrendos. Así consiguen, si no caen en el olvido, que se les recuerde como verdaderos monstruos.

En el libro *1984* (aunque por el título se puede pensar que es el año en que lo escribió, su autor lo escribió en 1948), George Orwell detalla lo que creía que ocurriría en el futuro, haciendo continuas referencias en el libro a la forma de actuar de las dictaduras, así como a las continuas manipulaciones que iban a ejercer los partidos en las democracias modernas, controlando en el futuro las mentes y la vida de las personas. Me voy a permitir reseñar un pequeño párrafo de su libro.

> Winston bajó los brazos y llenó los pulmones de aire muy despacio. Su imaginación se deslizó por el laberíntico mundo del doble piensa. Saber y no saber, tener plena conciencia de algo de algo que sabes que es verdad y al mismo tiempo contar mentiras cuidadosamente elaboradas, mantener a la vez dos opiniones sabiendo que son contradictorias y creer en ambas, utilizar la lógica contra la lógica, repudiar la moralidad en nombre de la moralidad misma, creer que la democracia era imposible y que el Partido era el garante de la democracia, olvidar lo que hacía olvidar y luego recordarlo cuando hacía falta, para luego olvidarlo otra vez. Y por encima de todo aplicar ese mismo proceso al propio proceso. Esa era la mayor sutileza: inducir conscientemente a la inconsciencia, y luego, una vez más, volverse inconsciente del acto de hipnosis que acabas de realizar. Incluso la comprensión del término *doble piensa* implicaba el uso del doble piensa.

Samuel Bronston trabajó durante un tiempo para la Metro-Goldwin-Mayer en París. Se trasladó antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial a Estados Unidos. Allí entró a trabajar en la productora Columbia. Más adelante formó su propia productora y a partir de ese momento empezó a realizar grandes superproducciones, muchas de las cuales fueron rodadas en Madrid y

alrededores. La primera de estas películas fue *El capitán Jones*, para la cual rodó algunas partes en el Palacio Real de Madrid, en concreto en el Salón del Trono: la actriz Bette Davis consiguió sentarse en el trono real al interpretar a Catalina de Rusia. Después se rodarían también, *La caída del Imperio romano*, *55 días en Pekín*, interpretada por Ava Gardner y Charlton Heston, y algunas películas más, como *El Cid* o *Rey de reyes*.

Samuel Bronston murió en Sacramento, estado de California, en el año 1994. Debido al cariño que sentía por España pidió que lo enterraran en Las Rozas, lugar que llevaba en su corazón por haber vivido grandes momentos.

⋆

Pasado Las Matas, el tren iniciaba la subida a Torrelodones entre barrancos horadados por el río Guadarrama. Empezaba ahí la parte granítica de la sierra de Madrid. El tren se encajonaba entre altas trincheras excavadas en la roca. Martín podía oír cómo rugía la locomotora al subir la pendiente. A la vez, sacando la cabeza por la ventanilla, podía ver cuando el tren tomaba las curvas, y el espectáculo impresionante que originaba la cantidad de humo que lanzaba la locomotora por la chimenea y que cubría todo el cañón. A la izquierda de la trinchera había algunos espacios abiertos donde se podían contemplar los grandes barrancos de piedras monolíticas que se deslizaban hacia el fondo, donde se vislumbraba el serpenteo del río Guadarrama.

En esta zona se forjó uno de los sueños más impresionantes del rey Carlos III. A finales del siglo XVIII encargó al ingeniero Carlos Lemaur la construcción de un canal navegable que acabara desembocando en el Atlántico. Se construiría una presa de cien metros de altura y a partir de ahí se haría el canal navegable hasta el Guadalquivir. En el año 1799, tras unas fuertes tormentas, la presa en construcción se desmoronó, lo que hizo que las obras se paralizaran y no se retomaran. Hoy en día, esta presa, llamada del Gasco, se encuentra escondida entre la maleza, aunque hay una bonita excursión andando para llegar a ella y cruzarla partiendo desde Molino de la Hoz.

Pasada la estación de La Navata se llegaba a la primera estación importante, Villalba. En esta localidad que da inicio a la sierra de Guadarrama la línea férrea se divide en dos ramales. Uno va para Segovia. En la estación de Cercedilla se puede hacer transbordo y subir al puerto de Cotos, corazón de la sierra de Guadarrama.

El otro ramal, el que ellos seguían, va a Ávila. Antes de llegar a la ciudad de los caballeros el tren pasaba por El Escorial, y según recorría el bosque de la Herrería podían contemplar sus centenarios robles y el bello e impresionante monasterio de San Lorenzo, mandado construir por Felipe II.

La línea férrea seguirá subiendo, llegaba a El Pimpollar y pasada esta estación el tren cruzaba los siete arcos del puente del Recondo, que supera un desnivel de cincuenta metros sobre el río Cofio. Asomado a la ventanilla del tren,

Martín podía contemplar la espectacular profundidad.

El tren seguía su recorrido. Salía de la Comunidad de Madrid y se adentraba en la de Castilla yLeón. llagaba a Las Navas del Marqués, uno de los pueblos de veraneo por excelencia de la gente pudiente de Madrid, con grandes casas. Después seguía su camino para atravesar La Cañada, en ese momento pasaba de los más o menos seiscientos cincuenta metros altitud de Madrid a mil trescientos sesenta. La Cañada es uno de los pueblos con cota más alta y más fríos del país, con grandes nevadas en invierno.

Pasada La Cañada el tren llegaba a Ávila y se podían divisar sus impresionantes murallas de época medieval, que han llegado a nuestros días completas e intactas, con nueve puertas y más de ochenta torres. La mejor visión del conjunto de Ávila y sus murallas se tiene a la vuelta, viniendo del norte hacia el sur.

El recorrido de Madrid a Ávila es variado. Al inicio se ve la sierra de Guadarrama llena de pinares y grandes bloques de rocas monolíticas de granito; sin embargo, pasada Ávila, el paisaje cambia radicalmente, dejándote sorprendido. La meseta castellana tiene un horizonte infinito, ves que la vía del ferrocarril se va deslizando sin tener ya grandes requiebros y avanza por una tierra lisa como la palma de la mano.

El paisaje cambia según la época del año. En invierno la tierra es baldía, helada. La temperatura es fría y densas nieblas te calan hasta los huesos. En otras épocas, como la primavera, verdea toda la llanura con el incipiente crecimiento del trigo y la cebada. A principios de verano, se convertirá en un inmenso mar dorado. Era un espectáculo único observar gratis desde la ventanilla las distintas variedades de estos paisajes y la larga hilera de vagones arrastrados lentamente por una enorme locomotora que escupía humo por su chimenea.

El tren seguía avanzando por la meseta castellana llegando a Arévalo, ciudad con una gran historia y enclavada entre dos ríos, el Adaja y el Arevalillo. Desde el tren se puede ver su castillo, edificado en la confluencia de los dos ríos, que sirven de fosos defensivos. Al paso por el castillo, alguien contó que durante un tiempo en él habitó Isabel la Católica, antes de ser reina de Castilla, con su madre, Isabel de Portugal, a la cual se cree que recluyeron en ese castillo al enloquecer.

Pasado Arévalo, la línea férrea entraba en la provincia de Valladolid. El primer pueblo por el que pasaba en esta provincia era Ataquines. Siempre que pasaban por allí alguna persona preguntaba: «¿Sabe alguien el porqué del nombre de Ataquines?». La respuesta Martín la había oído tantas veces desde pequeño que, si no había alguien que la diera, era él quien respondía: «Se cuenta que un día, cuando pasaba por este sitio camino de Arévalo Isabel la Católica, se le desató un zapato, y, parándose, dijo a su doncella, que se llamaba Inés: "Ata aquí, Inés". Según la leyenda, a partir de ese momento la villa se denominó Ataquines».

Una de las imágenes que más impactaba a Martín era el castillo de la Mota, en la villa de Medina del Campo. Estaba construido en ladrillo rojizo, la piedra se había empleado solo para la base, dinteles y troneras. El tren pasaba lentamente justo al lado del castillo, pues la estación ya estaba muy cerca. Le parecía estar viéndolo a cámara lenta.

La Villa de Medina del Campo tuvo una gran importancia durante el reinado de los Reyes Católicos. Era sede de la Feria General del Reino, era la capital mundial de las finanzas. Allí se realizaban todo tipo de transacciones comerciales y financieras y se marcaba el valor de las materias primas. Podríamos decir que en su época fue el Wall Street de ahora, es lo que tienen los imperios.

Pero lo que verdaderamente lo dejaba siempre intrigado era la historia que contaban sobre una reina, a la que llamaban Juana la Loca, que confinaron durante algún tiempo hasta que murió.

⋆

Más adelante, estudiando la asignatura de Historia, Martín supo que esta reina era Juana I de Castilla, hija de los Reyes Católicos, casada con Felipe IV, de Brabante, Luxemburgo, conde de Flandes, Habsburgo, señor de Amberes y una larga lista de muchos más condados y señoríos.

Al casarse con Juana se convirtió también en Felipe I, rey de Castilla. Decían que era tal su belleza que era más conocido como Felipe el Hermoso.

Él fue el primogénito de Maximiliano I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. De su unión con Juana nacería el emperador Carlos I de España y V de Alemania. Así comenzó en España la dinastía de la casa de Austria. La nación se convirtió en la primera potencia mundial. ¡Qué tiempos aquellos! ¡España *first*!

⋆

Saliendo de Medina, antes de llegar a Valladolid, el tren pasaba por el municipio de Viana de Cega. La ciudad se encuentra en la confluencia de los ríos Cega y Duero. Este último lo cruza un magnífico y antiguo puente de hierro, con una longitud aproximada de cincuenta metros, una reliquia hoy en día. Siempre que pasaba por este puente, a Martín le venían a la memoria sus juegos con sus amigos en el puente de hierro que cruzaba el Manzanares, y se preguntaba si algún chico estaría colocado debajo de una de las vigas de hierro.

Saliendo de Valladolid, el tren corría en paralelo entre el río Pisuerga y el canal de Castilla. El primero serpentea por su cauce natural, horadado por el paso de miles de años, y el segundo, realizado por el hombre, mantiene normalmente su cauce recto.

El tren poco a poco se va adentrando en tierras palentinas. Dueñas es el

primer pueblo que a traviesa el ferrocarril. Es considerado conjunto histórico-artístico y ostenta el título de ciudad. A su salida confluyen los ríos Pisuerga y Carrión. Algo más adelante, Venta de Baños es un importantísimo nudo ferroviario de donde salen dos importantes corredores ferroviarios. Uno va hacia Burgos, continúa después hacia Euskadi y llega al puesto fronterizo de Hendaya, para continuar a la vecina Francia. El otro corredor parte hacia el noroeste y termina en las Rías Bajas en su recorrido por Galicia.

Martín y su familia continuaban por el ramal ferroviario noroeste. Enseguida llegaban a Palencia, pues ese tramo del viaje es muy corto, menos de diez kilómetros. Palencia es una de las ciudades más antigua de España. La ocupó el pueblo celtibero de los vacceos, que la nombraban Pallantia. Tuvo una gran importancia y esplendor en las épocas romana y visigoda.

Saliendo de Palencia, impactaba el Cristo del Otero en lo alto de un cerro con apariencia piramidal. Es una magnífica escultura realizada por el escultor palentino Victorio Macho. Sobre su estilo hay diferentes opiniones: unos opinan que es cubista, otros que es *art déco*, pero a Martín, a esa edad, lo que más le impresionaba eran su altura y su esbeltez. Es una de las estatuas de Cristo más altas del mundo, que da la impresión además, por la posición de sus manos, de que está bendiciendo a la ciudad. Victorio Macho murió en Toledo en julio de 1966 y fue enterrado, según su voluntad, en la ermita que se encuentra a los pies del Cristo del Otero. Al estar exiliado, la historia no ha valorado la gran obra escultórica realizada por Victorio Macho a lo largo de los años, no solo en España, sino por todo el mundo, aunque sí tuvo cierto reconocimiento, al ser nombrado caballero de la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. Martín, muchos años después, tuvo la ocasión de visitar en Toledo la casa museo y estudio donde trabajaba el escultor y quedó maravillado ante la magnitud de su obra; sintió un halo místico al bajar a la cripta de la casa y contemplar la obra que tiene allí expuesta.

La línea del ferrocarril por donde pasaban se volvía a dividir en dos ramales: el del noroeste, que pasaba por León y continuaba a Asturias y Galicia, y el que se dirigía hacia Cantabria. Era este el que conducía a Piña de Campos, lugar de destino de la familia.

Antes, a muy pocos kilómetros de Piña, pasarían por un pueblo pequeño y enigmático del cual se contaban importantes hechos históricos, algunos de ellos de más de mil años atrás, Monzón de Campos. Tiempo atrás fue el centro del importante condado de Monzón, perteneciente al reino de León, un condado con una gran extensión que abarcaba desde las tierras burgalesas de Ojeda, en el norte, hasta la segoviana Sacramenia, en el sur. Este condado servía de cuña entre el reino de León y el condado de Castilla, súbdito también de dicho reino. En lo alto de un cerro estaba el castillo de Monzón, uno de los más antiguos de España, escenario de historias de intrigas y asesinatos cantadas en otros tiempos por los juglares. Se cuenta que los hermanos, Rodrigo, Íñigo y

Diego Vela asesinaron el mes de mayo del año 1029 al joven conde de Castilla García Sánchez en la ciudad de León, donde había acudido para desposarse con la también muy joven infanta Sancha, hermana del rey de León, Vermudo III. Quisieron así vengar una antigua ofensa que le había hecho a la familia de los Vela el conde castellano Fernán González, bisabuelo de García Sánchez, el cual los había desterrado de sus tierras y señoríos en Álava. La familia Ansúrez les permitió refugiarse en su castillo de Monzón, y el rey de Navarra, Sancho García III el Mayor, cuñado de García Sánchez, puso sitio con sus tropas al castillo para obligar a la familia Ansúrez a que les entregara a los Vela, y se cuenta que una vez entregados fueron quemados vivos junto al Castillo como venganza por el asesinato del conde castellano. Quien más provecho sacó de esta crisis fue el rey de Navarra, pues, al estar casado con la hermana del conde castellano y al morir este sin descendencia, pasó a ser dueño y señor del condado de Castilla. Algunas crónicas cuentan que los Vela eran el brazo armado del rey navarro. Si eso fue así, estos fueron utilizados como tontos útiles.

Como consecuencia de moverse desde pequeño por toda esta zona plagada de historias, de cuentos de reyes, de príncipes, de moros y cristianos, nació en Martín una gran inquietud por estudiar y descubrir todo lo relacionado con estos hechos.

En ese momento del viaje, Martín, ensimismado con estas historias, se acercaba a la ventanilla para respirar aire fresco y observaba que el sol, que empezaba a ocultarse por el horizonte, reflejaba sus últimos rayos en las mieses de trigo recién segadas y daba un maravilloso tono dorado a los Campos de Castilla. Entonces se percataba de que la velocidad del tren, cadenciosa de por sí, se hacía todavía más lenta y el traqueteo sobre los raíles más sonoro, y de que la locomotora soltaba su pitido anunciando la llegada a Piña de Campos. Fin de la etapa del viaje en tren.

Martín tenía que deshacerse de algún inconveniente que también tenía el ir en tren. Uno era que sus padres le cubrían el pecho durante el trayecto con unos periódicos que le colocaban debajo de la camisa, porque al estar todo el tiempo sacando la mitad del cuerpo por la ventanilla podía coger una pulmonía que sería difícil de curar. El otro era la necesidad de lavarse la cara antes de apearse, pues la tenía totalmente tiznada de carbón.

EL PUEBLO

Capítulo 4: La llegada

En la estación los esperaba su tío, el hermano mayor de su padre, y alguno de sus primos, con un carro de madera de los que se usaban para transportar las mieses. En él subirían toda la familia y las maletas, estas antiguas, de madera. Ahora se vuelven a llevar; eso sí, con un nombre más rimbombante: «maleta de madera *vintage*». Tampoco podían faltar los hatillos, grandes paños de tela donde se colocaban prendas de ropa y enseres personales. En la actualidad, los únicos que usan esos hatillos son los pobres inmigrantes que se ganan la vida malamente, como canta Rosalía, «vendiendo prendas piratas en las calles o en las playas en verano». El resto de los mortales suelen ir con sus fantásticos bolsos de viaje, de Gucci o Louis Vuitton, aunque en la mayoría de los casos sean bolsos pirateados.

Una vez encaramados todos encima del carro se iniciaba el camino hacia Támara. Con unos buenos juramentos y algún latigazo, la mula, llamada Rufiana, buena pero obstinada como ella sola, se ponía en marcha. A comienzos de verano y al caer la tarde empezaba a refrescar. El ambiente estaba inundado de un embriagador olor a mieses recién cortadas, que, en gavillas, estaban esparcidas por los campos, esperando a ser transportadas a las eras por los carros al día siguiente para su trilla. Este aroma del aire era para Martín muy distinto al de Madrid, aunque para sus padres resultaba normal: estaban acostumbrados, por los muchos años vividos en esa tierra, y carecía de importancia para ellos. Lo que les preocupaba realmente era que Martín y su hermana se resfriaran, por eso los obligaban a abrigarse con un jersey en contra de su voluntad.

El paisaje que cubre la distancia entre ambos pueblos sigue siendo liso como la palma de la mano, pura meseta. Por eso, nada más poner rumbo por el pequeño camino que unía ambos pueblos, en la lejanía se vislumbraba en la loma de un pequeño cerro una inmensa iglesia, la de San Hipólito. Tiene tales dimensiones que las pocas casas del pueblo, la gran mayoría edificadas hace muchos siglos, quedan difuminadas desde la lejanía. Desde lejos, se ve con nitidez solo el templo. En lo alto del cerro se recorta la silueta de la espadaña de otra iglesia mucho más pequeña. Visto el conjunto a esa distancia, podríamos decir que todo el pueblo es iglesia.

Según se acercaba el carro a la entrada de Támara se veía gente esperando en la trasera de la casa de sus tíos, donde se hospedarían. La casa estaba situada extramuros del pueblo y su fachada está levantada sobre antiguos restos de la muralla. Los que los esperaban eran la tía y los primos de Martín, deseando abrazar un año más a la familia que venía de Madrid.

Eran momentos de alegría y jolgorio general, besos, abrazos, risas, lloros, todo se mezclaba, pero se respiraba felicidad por volverse a reunir. Sabían que

iban a pasar unos meses juntos, hasta que empezara el nuevo curso escolar y tuvieran que volver a la ciudad.

Enseguida bajaban el equipaje y lo trasladaban a los aposentos de la planta superior. El viaje era largo y se acumulaba el cansancio del día, así que cenaban algo ligero y se iban a descansar. Martín, aun estando medio adormilado, podía percibir el fuerte olor que desprendía el candil cuando lo subían a la habitación. Oh, el candil, tan necesario en aquellos tiempos en que carecían de iluminación eléctrica tanto el pueblo como las casas. Eso lo tenía grabado en el recuerdo desde sus primeros viajes: su uso era continuo en cuanto anochecía, tanto para iluminar las estancias como para hacer el recorrido entre ellas.

El día había sido completo, había disfrutado de lo lindo del viaje en el tren, y no solo por la atracción que sentía por el ferrocarril, sino también entusiasmado oyendo las conversaciones y las fantásticas historias que algunos más doctos contaron. Estas vivencias le servirían al chico para acumular experiencias útiles en el futuro y para cultivar su personalidad extrovertida e inquieta, esa personalidad que, unida a su físico de tirillas, le hacía un pequeño entrañable, que se ganaba a la gente que lo conocía y lo trataba.

Como era lógico cayó rendido en los brazos de Morfeo, en un sueño profundo y plácido que solo se interrumpió al amanecer, cuando el despertador era el canto del gallo, «quiquiriquí…, quiquiriquí…», en el corral de la casa.

Al día siguiente, una vez hubieran desayunado, irían a visitar al resto de la familia y a los amigos de sus padres. Lo harían andando: el recorrido más largo de extremo a extremo duraría entre tres o cuatro minutos, eso si no se paraban a hablar con los paisanos que se encontraran por el camino y solo se limitaban a saludarlos. Eso sí, estos los invitarían para que después fueran a sus casas, cosa que harían durante las vacaciones.

Martín se daba cuenta del gran cariño que transmitían a su familia todos en el pueblo, esto los hacía sentirse queridos y respetados.

La primera visita que harían sería a su abuelo.

El abuelo, que era viudo, vivía con el hermano más pequeño de su padre. La abuela había muerto relativamente joven, de un infarto, al poco tiempo de acabar la Guerra Civil. Su padre siempre había dicho que esa guerra la había matado, pues fueron tanta la pena y el desasosiego que le fallo el corazón. Durante esa terrible guerra tuvo a dos hijos combatiendo: uno, el padre de Martín, al que le tocó luchar en el bando de los sublevados, y el otro, en el bando de los republicanos. Este último, antes de acabar la guerra, empujado su batallón en los Pirineos por el bando contrario, tuvo que exiliarse en un campo de refugiados en Francia. Qué paradojas tiene la vida, obligando a hermanos a luchar y morir combatiendo en un bando según la zona donde estuvieran, sin ser libres para elegir por cuál de ellos quieres luchar…, si es que quieres luchar. Otro hijo, el mayor, permaneció en esa época en el pueblo, aunque preocupado por la suerte que podían correr sus hermanos.

La casa del abuelo estaba en el barrio de la Serna, en el extremo opuesto de la casa de sus tíos. Saliendo de la casa tirarían por la izquierda y cogerían la calle de San Miguel, que va paralela a la antigua muralla, aunque hoy en día quedan escasos restos. A unos quinientos metros pasarían por la iglesia monasterio de San Miguel, cuya antigüedad se remonta al siglo X. En el año 960, el conde Fernán González otorgó al monasterio la jurisdicción y la propiedad del barrio de la Serna y la posibilidad de ampliarlo; este hecho podría estar relacionado con la fundación que dio origen a la villa de Támara, que posteriormente, junto con ocho poblaciones más, formó el gobierno de la Nueve Villas.

Todas ellas tenían términos comunes, pero gozaban de ordenanzas propias con sus diputados (los llamados hombres buenos) que las representaban a modo de gobierno federado que se reunía una vez al año en asamblea en la villa de Támara.

Hay vestigios de que esta asamblea se celebraba en el lugar denominado como la glorieta, cerca del manantial o fuente de San Roque. Esta glorieta es un espacio circular al aire libre. Se conservan aún las grandes piedras que conforman el círculo, en estas se sentaban los representantes de cada villa. En el centro del círculo hay otra gran piedra que servía de base para que cada hombre bueno expusiera sus opiniones.

En el libro *Támara* escrito por don José Antonio Chico se recoge una descripción pormenorizada de las Nueve Villas, así como de cualquier rincón de Támara, de su historia, de sus gentes y sus costumbres. La dedicatoria es sublime: «A todos los nacidos en Támara, raza de hombres libres, hacedores de su propio destino».

Pasada la iglesia de San Miguel se encuentra la casa del Priorato, gran casa de época medieval, realizada en piedra arenisca de la zona de color ocre, con tres escudos heráldicos, uno del obispo de la diócesis y los otros dos de su familia.

Después de la casa del Priorato, llama la atención otra casa cuya arquitectura es completamente distinta. Es una gran casa del tipo colonial-indiano, construida en piedra arenisca de la zona, con el perímetro y dinteles de puerta y ventanas en ladrillo rojo. La parte superior la corona un torreón abuhardillado en cuya base hay una inscripción del año 1902 y unas letras entrelazadas. A buen seguro se trata del año de la terminación de la casa y las iniciales de la familia. La casa la rodea un jardín con una valla de un metro de ladrillo del mismo color rematada en mampostería de piedra y rejas de hierro forjado y una puerta de acceso realizada también en hierro y rematada por un arco en la parte superior con el nombre familiar. Sin embargo, la familia de Martín se refería a ella como el Hotel o la casa del Capitán.

Martín, desde muy pequeño, percibía la diferencia en los distintos estilos de arquitectura y le intrigaba el porqué de esa diferencia.

Ante sus continuas preguntas, su familia le contó que la casa era de una de las familias más ricas del pueblo, con gran cantidad de tierras, muchos pares de mulas para trabajarlas y, como se suele decir, con gran hacienda.

Parecía ser, aunque no estaban muy seguros, que la historia se remontaba a mediados del siglo XIX, cuando un antepasado de los actuales dueños, joven, pobre, sin hacienda y rechazado por la rica familia de la joven a la que amaba, emigró a América, jurando que algún día volvería al pueblo con una gran fortuna.

A partir de esa escueta e interesante descripción, Martín, a lo largo de los años, fue imaginando una historia llena de fantasía. Veía a ese valiente partiendo, como otros muchos jóvenes lo habían hecho y lo seguirían haciendo desde cualquier punto del país, en busca de un futuro mejor.

⋆

El joven, con lo puesto y poco más, puso rumbo al sur para llegar a Cádiz, donde embarcó en un mercante que hacía la ruta entre España y las Antillas. Se enroló por una mísera paga y el pasaje hasta las islas, pero, como a muchos otros emigrantes, no le importó: él quería buscarse nuevos horizontes. La meta era el Nuevo Mundo, del que tanto había oído hablar. Ya se sabe lo fácil que es para la gente jugar con los sentimientos ajenos y hacer ver a los demás que hay sitios donde atan los perros con longaniza.

La travesía fue de todo menos buena. Parte de ella tuvieron un fuerte temporal. Cuando vio el barco en el puerto lo encontró inmenso; ahora, bamboleándose en un océano embravecido, le parecía que era un cascarón a punto de partirse en dos y naufragar. ¡Juró y perjuró por su mala fortuna, pensando que la vida era injusta! Además, supo durante el viaje que el trabajo de marino no era para él, una persona de tierra adentro que la mayor masa de agua que había visto en su vida era la del canal de Castilla, inaugurado hacía muy poco tiempo, y que el barco más grande que había pisado hasta entonces era la barcaza que recorría dicho canal para trasegar el trigo recogido y trasladarlo a los silos. Recordó la gran impresión que le había causado la obra del canal a su paso por Frómista, el juego de esclusas para poder salvar el desnivel le había parecido una obra de ingeniería asombrosa.

Es cierto que sus estudios eran escasos, en esa época el analfabetismo campaba a sus anchas, se podía decir que solo se iba a la escuela cuando llovía porque no se podía ir al campo a trabajar. Aun así, consiguió adquirir, como se decía entonces, las cuatro reglas, que eran sumar, restar, multiplicar y dividir. También sabía leer y escribir. Con estos conocimientos digamos estaba fuera del grupo de analfabetos, el más numeroso del país. Además, a él todo lo

referente a máquinas y mecánica le entusiasmaba, era espabilado y aprendía rápido.

El viaje no estuvo exento de peligros. Además de la fuerte tempestad, había peleas continuas entre la tripulación, por el juego, la escasez de comida y las condiciones infrahumanas y de hacinamiento, pues eran muchos para compartir pocos camarotes. Todas estas penurias desembocaron en un conato de motín que sofocó de inmediato el capitán con la ayuda de un piquete del Ejército que velaba por mantener el orden en el barco y para que la carga llegara al destino, protegiéndola de posibles asaltos corsarios.

Al cabo de unos cuarenta y cinco días avistaron las Bahamas. En ese momento, el joven pensó: «Creo que lo peor ha pasado. Ya queda poco».

Y así fue. Llegaron al poco tiempo a Cuba, la mayor isla de las Antillas.

Cuando el barco enfilaba la entrada en la bahía de La Habana, su vista se posó en tres magníficas construcciones: a la izquierda, el castillo del Morro, a la derecha el de San Salvador de la Punta y más abajo el de la Real Fuerza de La Habana. Estos castillos son las mejores defensas de la ciudad.

Llegando al fondo de la bahía, el barco atracó en el puerto.

Una vez hubo desembarcado, junto con alguno de los marineros conocedores de la ciudad por otros viajes anteriores realizados, buscó un sitio cerca del puerto donde hospedarse. El que halló estaba al lado de la plaza Vieja y del antiguo convento de Santa Clara.

La vida en La Habana no le fue fácil. Llegó, como suele decirse, con una mano delante y otra detrás. Además, el poco dinero cobrado por el trabajo realizado en el mercante durante la travesía lo empleó para pagar por adelantado quince días días de hospedaje y poco más. El resto, que no era mucho, se lo robaron al segundo día, pues había ido con dos marineros compañeros de parranda y estuvieron bebiendo ron como corsarios. Él hasta entonces nunca lo había probado, solo había bebido el vino clarete de cosecha de su tierra, y al cabo de un rato cayó en un fuerte sopor sobre la mesa. Cuando despertó de la cogorza, además de tener una tremenda resaca, vio que el dinero que le quedaba había volado.

En esa época, en Cuba había una gran diferencia entre clases sociales. Esa diferencia también existía en la Península, pero era mucho más evidente y ostensible en las colonias, pues mucha de la gente trabajaba como esclava o en semiesclavitud. Eso ocurría sobre todo en el campo, donde casi todos los peones eran negros y trabajaban en las grandes haciendas en unas condiciones duras infrahumanas. Estas propiedades pertenecían a terratenientes de distintos países europeos que habían llegado durante el Descubrimiento para colonizar las más de ochenta islas del Caribe, así como gran parte de América.

Con el pasar del tiempo, España fue perdiendo poder y protagonismo, dilapidando desde el año 1700 todas las posesiones. En esos momentos

quedaban solo Puerto Rico, Cuba y algunas islas más pequeñas, que eran las posesiones más valiosas de España junto con las islas Filipinas. España soportaba fuertes presiones por parte de Estados Unidos para que les vendiera Cuba. La isla tenía la mayor producción de azúcar del mundo, aparte de cultivar otros productos como el tabaco y el café, por lo que los dividendos para España eran muy importantes. Esto la hacía muy atractiva para un país en expansión como los Estados Unidos. Además, era sabido que España estaba viviendo su periodo de decadencia, perdiendo muchas de sus posesiones de ultramar y sumiéndose a la vez en una gran crisis política, social y económica. Pero, aun en esa situación, España se negó a la venta de sus últimas posesiones estratégicas y económicas de la zona, lo que provocó una fuerte crisis con los Estados Unidos.

La Habana fue construida en una zona al abrigo de corrientes marítimas. Contaba con una bahía que hizo posible albergar un gran puerto, convirtiéndola en el centro comercial de las colonias españolas. Era el lugar de concentración de los barcos precedentes del resto de las colonias americanas, para realizar todos juntos la travesía del océano hacia España. Se la fortificó con murallas y se hizo de ella una de las ciudades más seguras del Nuevo Mundo, se podían evitar los ataques de los piratas y corsarios, que ocurrían con normalidad en los primeros siglos de la colonización. Todo esto contribuyo con el tiempo a que La Habana fuera la ciudad más cosmopolita y rica de las Antillas, donde se reunían todo tipo de gentes.

Por una parte, estaba la burguesía, los grandes hacendados y hombres de negocios, que vivían en los nuevos barrios de El Cerro o El Vedado. Sus empleados medraban a la sombra de estos para ascender posiciones. Los más desfavorecidos socialmente eran negros y mulatos, que se utilizaban como abundante mano de obra barata para realizar toda clase de servicios. Otros, que llegaron con la esperanza de una vida mejor, se veían marginados y debían subsistir de la caridad, del engaño, del robo y, si era necesario, del asesinato. Todos estos vivían en la zona antigua de la ciudadela. Hoy en día toda esa zona es el centro histórico y patrimonio de la humanidad.

La Habana tenía en esa época una gran vida nocturna. La élite y la alta burguesía disfrutaban de espléndidos clubes privados donde, de una forma enmascarada, se podía hacer de todo: beber hasta emborracharse, jugar (en algunos casos verdaderas fortunas, incluyendo en ocasiones a personas), narcotizarse o usar salas destinadas a la prostitución… Todo esto se hacía sin que lo pareciera.

En los barrios periféricos también se desarrollaba una gran actividad al ponerse el sol, aunque a otro nivel, sin enmascaramiento con más sordidez.

En un sitio y en otro, podías correr peligro si no te andabas con cuidado.

Los sinsabores del joven no acabaron con que le hubieran robado el poco dinero que le quedaba. Se daba cuenta de que si no encontraba pronto algún

trabajo tendría que abandonar la pensión. Tras veinte días no lo había encontrado. Lo positivo era que a la dueña de la pensión el muchacho le había caído bien, pues se dio cuenta rápidamente de que este era muy buena persona, por eso le permitió retrasarse un poco más en el pago.

Por fin, al cabo de unos días más, encontró el ansiado trabajo, en el puerto, en una de las compañías mercantes, dedicada al transporte marítimo. Como sabía leer, escribir y las cuatro reglas, su trabajo consistía en realizar el recuento de las mercancías que subían o bajaban de los barcos. Para él, esto significó un gran cambio. Pensó: «Dios aprieta, pero no ahoga». Con ese trabajo podría empezar una nueva vida, y con el tiempo lograría reunir el suficiente dinero para volver a su lejana Támara no como un pordiosero, sino como un hombre de gran fortuna. Había visto que, aunque hubiera peligros, en esas tierras tenía muchas más posibilidades que en la suya.

Al poco tiempo de estar trabajando en el puerto, conoció a la hija del director de la compañía, una joven de unos veinte años, tan guapa como engreída. Llegó un día con dos sirvientes mulatos a los almacenes del puerto, preguntó de forma altiva si habían llegado y descargado unas mercancías que había pedido a Europa y quiso que inmediatamente se las entregaran. Se percibía en ella una cierta ansiedad por tener respuestas a sus preguntas y cierta prepotencia en su petición. Cuando el joven la oyó, pensó que era algo importante. Empezó a revisar el listado, vio que lo que la muchacha pedía se había descargado y que lo tenían colocado en una estantería cercana. Se encaminó a por ello. La sorpresa fue que para él dicha mercancía no era tan importante como había dado a entender la exigencia de la joven. Consistía en tres cajas medianas, una etiquetada como «vestido», otra como «sombreros» y la última como «lencería y artículos de belleza». Al llevar esta última caja, este soltó una gran carcajada que evidenció su asombro por la mercancía y por la exigencia en requerirla de la bella hija de su jefe. Ella, en principio, tuvo un ataque de ira ante lo que considero una desfachatez y descortesía del empleado de su padre. Pero le duró poco, pues rápidamente se dio cuenta de que el joven era bien parecido, con bellas facciones y un cuerpo de buenas proporciones; además, también observó que su risa era contagiosa y su personalidad y ademanes no resultaban corrientes en los trabajadores del puerto, por lo que pasó de la ira al rubor. Por su altivez y porque sabía que los hombres se derretían ante sus encantos, ella no se ruborizaba normalmente. El joven también se percató del cambio. Para que no se le notara, la muchacha se dio la vuelta a la vez que ordenaba a sus criados que cogieran las cajas para subirlas en el carruaje y ponerse en marcha rápidamente.

A partir de ese momento las visitas de la chica se hicieron más habituales. El joven se dio cuenta de lo consentida que su padre la tenía. Ella conseguía todo lo que quería, porque el jefe era viudo y solo tenía esa hija, que era la niña de sus ojos.

Poco a poco, con estas visitas fueron tejiendo entre los dos un trato amable aunque distante, sobre todo por parte de ella, por posición social, aunque el joven no era tampoco dado a humillarse y claudicar e hizo también ostensible su orgullo, sabiendo que a ella en el fondo le gustaba. A él también le gustaba la chica, aunque seguía penando por su amada, a la que había tenido que dejar en su pueblo.

Un día, la joven lo invitó a que la acompañara a las fiestas de la Cruz de Mayo, que se celebraban el día 3 de dicho mes. Esta fiesta era de matiz religioso, aunque después de las celebraciones, procesiones y misas, se pasaba, al atardecer, de lo místico al jolgorio, y las calles se llenaban de charangas y parrandas. Estas celebraciones se hacían en todos los barrios de La Habana, fueran de la clase social que fueran.

Ese día, ella iba hacer un recorrido por el centro con un grupo de amigos, para después comer y seguir por la tarde con la fiesta. A él le extrañó la invitación, pues lo normal en Cuba era que las mujeres estuvieran en casa y que solo salieran a la calle para ir a misa, lo que constituía una pequeña liberación. Muchas de ellas no iban porque fueran piadosas, sino para escapar de unas casas o mansiones que las asfixiaban y coartaban su libertad. Aun así, casi siempre iban acompañadas de algún familiar o de criados de confianza. Lo excepcional era que la joven se lo propusiera. Quizás fue porque en La Habana, como ciudad cosmopolita, esos tópicos empezaban a decaer, o porque los padres de algunos jóvenes eran más permisivos con sus hijos y les toleraban ciertas licencias ociosas.

Rápidamente, a su mente llegaron infinidad de recuerdos, pues en Támara la fiesta mayor se celebraba ese mismo día, el 3 de mayo. Participa todo el pueblo, sobre todo los mozos. En los últimos años, él había sido uno de los de la cuadrilla de danzantes de la Virgen de Rombrada. Esta Virgen se encontró en unas ruinas del cercano pueblo de Rombrada, que en su tiempo formaba parte del Gobierno de las Nueve Villas.

La historia se remontaba a cuatro siglos atrás. Se decía que araban unos labradores de Támara en las cercanías de estas ruinas, y no paraban por una parte de echar maldiciones, ya que la tremenda sequía había hecho que la cosecha anterior fuera mala, y por otra de pedir ayuda al cielo para que lloviera. De pronto, se desató un gran nublado con fuerte viento y lluvia intensa. Los labradores se refugiaron en una de las pocas ruinas que quedaban a esperar a que escampara. Allí, vieron cómo una parte de la pared, debido a la gran cantidad de agua que caía, se derrumbaba en medio de un gran estruendo. Cuando la polvareda empezó a disiparse, quedó al descubierto una hornacina dentro del muro. En ella estaba la talla de una Virgen que resplandecía como el oro. Ellos se arrodillaron, rezaron, le dieron las gracias por el agua caída y le pidieron que no los abandonara. Ella los consoló, diciéndoles que siempre los ayudaría, por eso hay un dicho ancestral en el pueblo que pasa de padres a

hijos: «La Virgen de Rombrada da agua».

Este hecho tuvo tal trascendencia que tres pueblos con límites compartidos, Amusco, Piña de Campos y Támara, se disputaron la propiedad de la talla. Como no consiguieron ponerse de acuerdo, pidieron a la máxima autoridad eclesiástica, el obispo de Palencia, que intercediera y dictaminara cuál de los pueblos tenía el derecho sobre la propiedad de la imagen. El obispo ordenó que se midiese la distancia que había entre la hornacina donde se les había aparecido y la pila bautismal de la iglesia de cada pueblo. El que estuviese más cerca tendría la custodia de la Virgen.

La ganadora fue Támara y la talla se trasladó a la iglesia de San Hipólito, pero al poco tiempo la Virgen desapareció de la iglesia y volvió a aparecer en la hornacina del tapial de Rombrada. Esto ocurría continuamente, las idas y venidas eran continuas de Támara a Rombrada y de Rombrada a Támara. Intuyendo los tamarones que la Virgen quería estar en el lugar donde la encontraron, construyeron una ermita en dicho lugar.

A partir de ese momento, la talla solo sale de la ermita para dirigirse a la iglesia del pueblo el 25 de abril, día de san Marcos Evangelista, para estar en ella hasta el 3 de mayo, día de la Cruz, que vuelven a llevarla a la ermita. En este recorrido de una legua que hace la Virgen, tanto a la ida como a la vuelta se la lleva en procesión. La acompañan el pueblo y la cuadrilla de danzantes, que, guiados por el Chiborra, hacen batir los palos al son de la danza, acompañados a su vez por la música de las dulzainas.

Durante el recorrido de ida, al llegar a la puerta del Caño, entrada principal de la villa, sale a recibirla el patrón, san Hipólito, mientras suena el voltear de las campanas de la iglesia. En esta parada y en algunas más del recorrido de subida hasta llegar a la iglesia los danzantes despliegan todo su impresionante repertorio de danzas, así como todas las enseñanzas que les ha impartido el Chiborra durante todo el año. También suele haber algún tamarón que se atreve a recitar con gran devoción un poema a la Virgen. Este mismo rito se repite de vuelta a la ermita el día de la Cruz, 3 de mayo.

Son ocasiones esperadas y deseadas con pasión durante todo el año en Támara. Además, son las únicas veces que hay orquesta y baile en la plaza del pueblo, y también los días del año que mejor se come en las casas.

El joven aceptó la invitación, aunque confesó que tendría que confeccionarse un traje, pues llevaba ya más de nueve meses en La Habana y su forma de vida, aparte de ir al puerto a trabajar, había sido la de un monje de clausura. Ella, con desparpajo y desplegando una gran sonrisa, le dijo de una forma pícara: «No me voy a creer que un joven tan apuesto no tenga amigos y amigas y no haya salido de la habitación de la pensión. Seguro que me estás mintiendo para hacerte la víctima y el interesante, estoy segura de que todas las noches sales de parranda con tus amigotes, detrás de mulatas o de alguna criolla descarriada».

Quedaron en verse al día siguiente para ir a la sastrería Uribe y a la de

Leonardo Gamboa, pues también ella tenía que comprarse algunos complementos. Sabía, por los envíos que le llegaban, que sus trajes casi siempre la venían de la casa Worth. Esta, aunque creada por el inglés Charles Frederick Worth, era la mejor casa de moda de alta costura de París.

Al quedarse solo, pensó si había sido prudente el aceptar la invitación de acompañarla a la fiesta del 3 de mayo e ir con ella de compras, pues estaba seguro de que el traje que comprara en una de esas sastrerías le iba a costar un riñón. Aunque enseguida se dijo para sus adentros que ya estaba bien de la vida monacal que llevaba desde que arribó a la isla y que ya era hora de disfrutar. Además, iba a ir acompañado de una joven muy hermosa y de buena posición. A buen seguro, otros hombres estarían pirrados por ir con ella.

Cuando entraron en la sastrería Uribe, que estaba en la calle Teniente Rey, pensó que no se había equivocado, era el no va más. Él, como joven de pueblo, lo más lejos que había ido antes de embarcarse a las Américas era tres veces a Palencia y una a Valladolid. En esas ocasiones paseó por la calle Mayor de la ciudad, aunque las tiendas que vio allí no tenían nada que ver con el lujo y el porte que tenía la tienda Uribe.

Le llamó tremendamente la atención el ver que el dueño era un mulato, elegante y con gran personalidad, aunque a él le pareció algo amanerado. Este saludó muy efusivamente a la hija de su jefe y le preguntó por su padre, y de inmediato llamó a un empleado para que los atendiera y los tratara como se merecían. Uribe se quedó en la puerta de la tienda, saludando y dando la bienvenida a los clientes que entraban, aunque desde allí seguía observando si los atendían como era debido.

Le tomaron medidas para la confección del traje y eligieron el paño y el color. Él se dejó orientar por la joven, que eligió una tela de lino blanco. En ese momento, Uribe se acercó para decirles que habían hecho una sabia elección y alabar las bellas facciones del joven y su vistoso bigote, que él se había dejado al llegar a la isla y que cuidaba con esmero. Finalmente le dijo que quedaría satisfecho con el traje que le iban a confeccionar y que le quedaría como un guante.

La bofetada de un guante fue lo que sintió cuando tuvo que pagar. El precio era lo que él ganaba en dos meses, pero pensó que la ocasión lo merecía. También tuvo que comprar algunos complementos, como camisa, zapatos, *etc.*

Pasados tres días, la joven, que disponía de más tiempo, fue a recoger el traje. Ella quería tener un detalle con él y le compró, para regalárselo, un sombrero de copa.

Cuando llegó por la noche a la pensión, la dueña le dijo que una bella señoritinga acompañada de un criado negro le había dejado unos paquetes de la sastrería Uribe. Con un mohín pícaro le dijo: «Creo que hay alguien que se está enamorando».

La dueña del hostal era vasca, de Donostia. Llegó a La Habana con su

marido, marino mercante y también donostiarra, quien a los tres años de la llegada murió. Había conseguido ahorrar y pudo comprar el hostal, que ocupaba las dos plantas últimas de aquella finca de cuatro. Con el alquiler de las habitaciones, tenía para poder vivir sin penurias. Daba también trabajo a un criado negro que se encargaba de todo y a dos jóvenes mulatas para la limpieza de habitaciones, para cocinar y algunos menesteres más que pudieran salir.

Desde que llegó, el joven había tenido una buena relación con la viuda. Ella tendría unos treinta y cinco años y era fuerte, con curvas muy marcadas, de facciones sensuales, aunque ruda en expresiones. Le había alquilado una habitación en la última planta, muy cerca de la vivienda que ella tenía en ese mismo piso.

A la viuda en ocasiones la visitaba un negro pero muy negro, grande pero muy grande; según le dijo un día al joven una de las sirvientas, este era haitiano. Había sido esclavo de un amo francés y peón en una plantación azucarera del valle de San Luis, en Guáimaro, conocido hoy en día como valle de los Ingenios. El hacendado le dio la libertad antes de morir, y él, una vez obtenida, se trasladó a La Habana porque, según decía, ahí era más fácil poder vivir sin trabajar, y él, la verdad, lo estaba consiguiendo. El haitiano trabajaba a salto de mata, en trabajos que rozaban en alguna ocasión la ilegalidad, y cuando quería descansar de esas correrías, iba a ver a su querida viuda. Los veía algunas noches en la terraza, cantando, bailando la tumba haitiana y bebiendo hasta altas horas de la madrugada.

Una de las muchas noches calurosas, estuvieron bebiendo y practicando pases de baile. El abundante sudor recorría sus torsos. Ese sudor, a la luz de las lámparas de aceite y con el reflejo de la luna llena, producía en la piel del haitiano un color acharolado. Ella vestía una camisa blanca que se le había pegado al cuerpo: se le notaban también sus perfectas y exuberantes curvas, se marcaban perfectamente los pezones. Ella, bailando lentamente, fue desabrochándose la camisa y después la falda azul con pasamanería roja. Se quedó solo con una calza blanca, cogió la manguera que tenía para regar las plantas y empezó a verter agua sobre el torso del haitiano, empapándole totalmente. Él fue hacia ella, que retrocedió, aunque se intuía que deseaba que la cogiera, cosa que pasó de inmediato. El negro le quitó la manguera de las manos y, cogiéndola con las suyas, vertió también una gran cantidad de agua sobre ella. El agua resbalaba por sus cuerpos atléticos y sudorosos. Después siguieron danzando con los cuerpos totalmente mojados, para enseguida fundirse en abrazos, besarse y dejarse caer suavemente sobre el suelo de la terraza.

Él lentamente le quitó la calza, la besó y le lamió sus zonas más íntimas. Ella acompañaba esos actos con unos gemidos profundos. A continuación, rodó ella sobre él, le quitó los pantalones y con mucha parsimonia empezó a lamerlo de abajo arriba, después siguió subiendo poco a poco besándole el torso para pasar

a continuación a buscar sus carnosos labios. Al final se montó a horcajadas encima de él, acompasando lentamente los movimientos de su pelvis. Los gemidos de las dos partes eran perfectamente audibles desde donde el joven estaba viendo la escena.

Al terminar, el negro se levantó y, sin soltarla, cogiéndola por las nalgas y andando lentamente, entraron en la habitación. A la tenue luz de la lámpara de aceite, pudo ver cómo la tiraba encima de la cama y seguía poseyéndola hasta que los dos se quedaron sin aliento, rendidos y abrazados en un profundo sueño.

El joven cogió los paquetes que le extendía la vasca, le dio las gracias y se fue a su habitación. Al llegar encendió las dos lámparas de aceite que tenía, se desnudó, se lavó en una jofaina y empezó a probarse las prendas compradas para ese día de fiesta tan especial. El traje, como había adelantado el sastre Uribe y por lo que él veía reflejado en el espejo de un destartalado armario que tenía en la habitación, le quedaba que ni pintado. Por último, abrió la caja circular. Su sorpresa fue mayúscula al ver un sombrero de copa con una nota de la hija de su jefe donde ella le decía que era su regalo y que seguro que le quedaría estupendo. Volvió a dar varias vueltas por la pequeña habitación y girando sobre sí mismo. Lo que veía reflejado en el espejo le gustaba. Le gustaba cómo le sentaba el conjunto y se sentía cómodo con las prendas, aunque no sabía por qué, pues él nunca en su vida había tenido la oportunidad de vestirse con semejantes oropeles.

De pronto, tuvo la sensación de sentirse observado. Tenía la puerta del balcón abierta. Con sigilo, como si siguiera danzando, se dirigió hacia ella. Cuando miró hacia la terraza de su casera, le pareció ver una sombra escabullirse hacia la puerta de la habitación.

Como se imaginaba, cuando llegó el día de fiesta y bajó las escaleras para salir a la calle y esperar allí a que llegara la joven con su calesa, apareció la dueña del hostal. Lo miró de arriba abajo y le dijo: «En verdad pareces un señorito de una de las grandes haciendas del valle de los Ingenios». Él ya había oído hablar de ese lugar, uno de los sitios de mayor producción de azúcar de Cuba. En el puerto, todos los días había tramitado y vigilado grandes cargamentos para la exportación a Europa y a otros muchos lugares del mundo. La vasca también le recalcó que con toda seguridad iba a impresionar a la señoritinga.

Apareció la calesa, que venía por la parte de la plaza Vieja. Él subió y partieron de inmediato. Ella, según subía, lo había mirado de arriba abajo. Afirmó: «Tenía razón Uribe, todo te queda como un guante». Él la agradeció el cumplido y el regalo del sombrero, y añadió: «Tú sí que estás deslumbrante y bella». Vestía conjunto de falda con volantes y blusa con mangas anchas, todo en tela vaporosa de gran elegancia, de color marfil, y se tocaba con una pamela con motivos florales, en sintonía con la fiesta de la Cruz de Mayo. Ella lo

informó de que primero irían a la misa de la iglesia del Santo Ángel Custodio, situada en la loma del Ángel, después comerían con su grupo de amigos y al atardecer irían a bailar todos juntos hasta la madrugada.

Él asintió con una enorme sonrisa: «Seguro que pasaremos un día agradable, intuyo que esto va a ser mejor que pasar todo el día de fiesta solo en la pensión, leyendo». En la soledad se había aficionado a leer. Lo hacía más por olvidar y por entretenimiento que por saber, pero poco a poco se fue dando cuenta de que cada vez le costaba menos hacer fluir la lectura en su mente, hasta que llegó a sentir una sensación tan agradable que podía concentrarse totalmente en el relato, la trama o la historia del libro que estuviera leyendo. Por eso, cuando vio que el cochero enfilaba la calesa por la calle Muralla y posteriormente cogía a la derecha la calle Compostela para llevarlos directamente a la iglesia del Santo Ángel Custodio, le vino a la mente una novela que estaba leyendo esos días, titulada *Cecilia Váldés o La loma del Ángel*, escrita por el cubano Cirilo Villaverde y editada en el año de 1839[2]. Estaba entusiasmado con el argumento. Los protagonistas eran la hermosa criolla Cecilia; Leonardo, hijo de un rico terrateniente; y el mulato José Dolores Pimienta. La ambientación reflejaba a la perfección la sociedad cubana de aquellos momentos: por una parte, estaban las familias españolas poseedoras de grandes riquezas y esclavos negros, y por otra el mundo de los mulatos libres de La Habana. En la novela hay un pasaje trágico que se desarrolla justo en el altar mayor de la iglesia del Santo Ángel Custodio y por eso se acordó.

En el trayecto hacia la iglesia vio que en las calles se respiraba un día de fiesta grande. En las aceras estaban los niños poniendo altarcitos de la Cruz de Mayo. Había también puestos ambulantes de comida y bebida. El templo estaba engalanado como en sus mejores tiempos. En esa iglesia fue bautizado José Julián Martí Pérez, pensador, escritor, filosofo, creador y líder del Partido Revolucionario Cubano. Es el padre del independentismo cubano.

Aunque la sociedad española era tradicionalista y la Iglesia y su liturgia suponían un eslabón fundamental en las colonias, en esos momentos empezaba su decadencia. Algunos españoles, los esclavos negros, los mulatos y los criollos estaban hartos de la curia. El clero predicaba que rezaba para la salvación de los desfavorecidos y que debían ser pacientes para ganar el cielo, pues eso era lo realmente importante. Después, sin embargo, el ejemplo de algunos era muy diferente, pues se dedicaban a los placeres mundanos: comían, bebían, jugaban, apostaban en las peleas de gallos y se hacían acompañar en ocasiones de bellas mulatas o criollas, según ellos fervientes feligresas que los ayudaban en las tareas de la iglesia y de sus aposentos. Por eso la misa, aunque con gran folclore y devoción simulada, era la excusa principal para los acontecimientos que posteriormente se iban a desarrollar, justificando así la fiesta y el desenfreno.

Llegados a la iglesia se unieron al grupo de amigos de ella, que lo presentó como a un amigo recién llegado a la isla que trabajaba con su padre en el

puerto. Todos lo saludaron afable y cordialmente. Entraron en el templo. A él le pareció la liturgia cargante en exceso.

A continuación, fueron a comer a uno de los restaurantes en boga en La Habana, El Águila de Oro, en el paseo del Prado. Como el día era esplendido y el restaurante estaba relativamente cerca de la iglesia, apetecía ir dando un paseo para palpar de cerca el ambiente festivo que se vivía en las calles.

La comida resultó espléndida. El primer plato del menú de la casa consistió en huevos rellenos acompañados de arroz y tomate. Después comieron pescado, que le dijeron que era cherne; él nunca había oído hablar de esa especie, que le supo riquísima. Con la comida tomaron un vino clarete, y para postre les sirvieron un dulce de guayaba con queso y un vino dulce. Todo le pareció fantástico, nunca había probado tal cantidad de manjares. En su pequeño pueblo no se acostumbraba a comer así de bien ni en las fiestas patronales. Se dijo para sus adentros: «Estoy en el camino de prosperar, esta gente sabe y está acostumbrada a vivir bien».

La sorpresa más agradable llegó a los postres, cuando se disponían a brindar, pues uno de los chicos, hijo de un rico productor y comerciante de azúcar con negocios de exportación e importación, les comunicó que la cuenta corría de su parte, pues había sido nombrado por su padre director de uno de los departamentos de la empresa. Todos le vitorearon y brindaron, deseándole salud y éxito, para que los siguiera invitando los próximos años, pues para eso era el más rico de la pandilla. Esto lo hizo respirar tranquilo, pues durante toda la comida, aunque había disfrutado de la compañía y de los manjares, que le habían gustado mucho, pensaba: «Por Dios, ¿y esto cuánto me va a costar?».

Después de una pequeña sobremesa se dirigieron a la casa del homenajeado, pues la familia le había preparado una fiesta con algunos amigos selectos de la alta sociedad cubana.

Bajaron andando hacia la casa, situada enfrente del Campo de Marte, hoy plaza de la Fraternidad Americana. Al llegar se quedó impresionado: no era una casa normal, era un gran palacio que abarcaba una cuadra. En una de las calles, toda la casa estaba porticada con grandes pilares que formaban soportales sobre la acera. En otra de las calles estaba la entrada principal, con un gran portalón. Cuando entrabas al portal, veías que este ocupaba una altura de dos plantas. La finca tenía tres, más una última abohardillada. En ese momento pensó que, menos la iglesia de San Hipólito, cabría toda Támara de Campos en esa casa.

Se dirigieron a los aposentos del joven anfitrión, que eran más grandes que toda la pensión donde él vivía. Allí las chicas pasaron a retocarse los peinados y a empolvarse. En una habitación anexa había una biblioteca, él empezó a fisgar y evaluar la gran cantidad de libros que tenía. Reflexionando sobre su futuro, pensó que tendría que formarse para no ser solo un patán con dinero.

En la celebración había una considerable cantidad de personas, entre familia y amigos. Los anfitriones conocían a los amigos de su hijo, menos a él, como

era lógico. Lo presentaron como amigo de la hija del director de la principal empresa mercante del puerto y empleado suyo. La reunión se desarrolló en un ambiente festivo, con música habanera, que reunía cante y baile. En esos momentos, en La Habana empezaba a estar de moda también la conga, que se bailaba en todos sitios, aunque no era un baile bien visto por la alta sociedad.

Estuvo charlando durante breves momentos con algunos comerciantes que conocía por haberles tramitado embarques en el puerto. Se dio cuenta de que no estaba a la altura social de esa gente; sin embargo, debido a su personalidad y su carácter extrovertido resultaba una persona agradable. Coincidió con un caballero de edad avanzada que trabajaba como ingeniero y directivo en una de las haciendas de los ingenios. Lo conocía, pues iba al puerto con cargamentos de azúcar para exportar.

Según la fiesta avanzaba y la bebida hacía acto de presencia, se dio cuenta de que cada vez era más ostensible la atracción que había entre las parejas de amigos. También observó que, aunque la hija de su jefe coqueteaba con él y en determinados momentos se le insinuaba, en realidad era para dar celos a un amigo. Él se dio cuenta de que de alguna manera había sido utilizado, cosa que no le importó en absoluto, pues el día estaba suponiendo una experiencia asombrosa.

Entabló conversación con una mujer joven y bella que le habían presentado, casada con un joven criollo, empleado de alto nivel en una fábrica de tabacos. Además de la fábrica recién inaugurada en La Habana, esta familia tenía grandes plantaciones de tabaco en la región de Vuelta Abajo, situada en la parte más occidental de la isla. En esa zona se producía el tabaco de mayor calidad. Al cabo de un tiempo ocurrió allí un hecho luctuoso para esta familia: su creador sería asesinado al recibir una bala cuando recorría una de sus plantaciones. Un rato después de estar platicando, el joven se dio cuenta de que entre ellos se empezaba a entablar una amistad. La dama le confesó que pasaba mucho tiempo sola, pues su marido hacía continuos viajes para supervisar la producción de las plantaciones y la dejaba durante semanas en La Habana, aunque, eso sí, en ocasiones su marido le permitía que asistiera a alguna reunión a la que la invitaran. Él le contó que era de un pequeño pueblo de Castilla y lo que motivó realizar su viaje a Cuba fue la certeza de que en su tierra no tenía posibilidades de prosperar. Le confesó que, aunque en esos momentos trabajaba en el puerto, lo que verdaderamente quería era adquirir una mayor formación para labrarse un porvenir. Ella le dijo que podía hablar con un bachiller de cierta edad que había sido profesor suyo para que le diera clases particulares en su casa. Él aceptó encantado y le dio la dirección de su hostal para que le enviara el mandado.

Al poco tiempo, se acercó un criado y le dijo que la calesa la estaba esperando para llevarla a casa. La mujer se despidió diciéndole que vivía en el barrio del Vedado y que ya le mandaría recado a la pensión sobre las gestiones

con el bachiller.

Después de estar un rato más de charla con algunos invitados, creyó llegado el momento de despedirse de sus nuevos amigos. Dio las gracias al joven anfitrión, a sus padres y a la hija de su jefe y se despidió, haciéndole el gesto de que ya hablarían. La noche era serena y con una ligera brisa que invitaba a pasear, por lo que inició el camino hacia el hostal, que se encontraba a unas cuantas cuadras de la casa palacio de su nuevo amigo.

Cuando llegó a la pensión, una de las mulatas le preguntó si quería cenar algo. Le dio las gracias y le dijo que estaba muy cansado, que había comido mucho y bien, y que prefería descansar. Ella, que era un poco descarada y muy sensual, le dijo de una forma picarona: «Pues si el señorito ha comido y bebido bien, solo le falta hacer una cosa, pero bueno, usted sabrá».

Tumbado en la cama recordaba la jornada como una de las mejores cosas que le habían ocurrido no solo desde que llegó a La Habana, sino desde que tenía conocimiento. Se sentía satisfecho y contento de cómo había ido el día de fiesta. Pensó que seguro que le había ayudado la Virgen de Rombrada. Había conocido a gente interesante, y estaba seguro de que cuando los volviera a ver en el puerto el trato que le dispensarían sería más cálido. Él, como acostumbraba, los trataría con sumo respeto.

A partir de ese momento, esperaría ansioso las noticias de la joven, que le había causado una gran impresión. Lo tenía intrigado, pues en ocasiones su mirada transmitía tristeza. Pensó que los dos podían estar penando por lo mismo: desamor.

Un día, recibió en la pensión una nota con la dirección y a la hora a la que le recibiría el bachiller, con el mensaje de que estaría encantado de darle clases y formarlo.

Al día siguiente, a la hora que le habían puesto en el mandado, fue a ver al bachiller. Hablaron del plan de estudios. Empezarían con una formación general básica para después pasar a una formación industrial. Esta se orientaría a la maquinaria especializada en los ingenios de las haciendas azucareras. Él sabía que en esa actividad podría prosperar, y en un futuro quería dedicarse a la plantación de caña de azúcar.

Pasado un año, su formación iba viento en popa y a toda vela. Trabajaba durante el día y por las noches iba a recibir las clases del bachiller; después, en la pensión, seguía estudiando hasta la madrugada. Alguna noche, la joven criada mulata pasaba y le decía: «Pero, señorito, ¡que se le va a secar la sesera de tanto estudiar!». Hacía un mohín y, sabiendo que era exuberante, le pedía que la invitara a pasar. Le aseguraba que ella se encargaría de darle un masaje relajante y un capricho antes de dormir. ¡Algún día la dejó pasar y sí que lo relajaba y que le daba las dos cosas!

Le decía que se tumbara boca abajo en la cama. Con delicadeza, le empezaba

a acariciar el cuerpo de abajo hacia arriba, masajeándole todo el dorso a la vez que le susurraba cosas hermosas. Después, con suavidad, le daba la vuelta y cuando estaba boca arriba repetía el mismo mantra. Al poco tiempo empezaban los dos a notar que subían sus palpitaciones. A la vez, ella, despacio, se despojaba de la poca y vaporosa ropa que llevaba, haciéndola volar por el aire. A partir de ahí el frenesí y el desenfreno eran totales. Intentaban evitar que los oyera la dueña de la pensión, aunque no siempre lo conseguían si los jadeos pasaban a ser gritos de placer.

La muchacha aprovechó estos encuentros para pedirle que le enseñara a leer y escribir. Le dijo que le gustaría dejar de ser una criada que solo sirviera para limpiar y tener alguna atención con alguien como él. Por supuesto, él lo hizo. Al cabo de los pocos meses ella ya sabía leer y escribir, y había nacido entre los dos una gran complicidad. Algunos días no se terminaba la carga o descarga de las mercancías ni su recuento y balance, y él se quedaba a dormir en uno de los barracones destinados a los estibadores del puerto para vigilar la mercancía, por responsabilidad; siempre había alguien igual que él. Esos días no podía ir a las clases, aunque aprovechaba para estudiar en el barracón, aunque sin relajación ni capricho por parte de ninguna mulata.

En una ocasión llegó al puerto un gran cargamento de azúcar para embarcar y exportar. Venía en el ferrocarril recién inaugurado desde uno de los ingenios del valle de Mayabeque en Güines. Este lugar era el primer centro productor de Azúcar en Cuba, era el núcleo y cuna de esta industria, tenía censados en aquellos tiempos hasta noventa y cuatro ingenios azucareros. Esta zona era tan importante y reportaba tal cantidad de divisas a España que la reina Isabel II permitió y aprobó que la primera línea ferroviaria de España y quinta del mundo fuera La Habana-Güines. Esta línea llegaba hasta el puerto de La Habana y pasaba cerca del castillo de Atares, en la ensenada del mismo nombre. Era conocida con el nombre de Camino de Hierro. Acompañando el cargamento venía el ingeniero y directivo de la hacienda, con el que el joven mantenía una buena relación profesional y también personal, aquel hombre con el que había coincidido hacía más de un año en la fiesta de la Cruz de Mayo.

El ingeniero, después de realizar los trámites, le contó que, debido a su edad, a la cantidad de años trabajados, pensaba retirarse e irse a vivir a un condominio que había comprado en La Habana. Por eso había hablado con el dueño de la hacienda y lo había recomendado a él como la persona ideal para ocupar su puesto. El patrón ya tenía referencias del joven, pues desde que este estaba encargado de los embarques en la naviera nunca habían tenido ningún problema ni extravío con las mercancías que exportaban. Por eso le dijo al ingeniero que estaba de acuerdo, que el chico podía ir a Güines para conocerlo.

Este aprovechó un día de fiesta para ir en el ferrocarril de mercancías a Güines y volver después a La Habana. Tenía la posibilidad de hacerlo aprovechando el tránsito de cargamentos entre el puerto y Güines.

Güines está situado a cincuenta kilómetros al sur de La Habana, en una de las llanuras más fértiles de Cuba y a la orilla de río Mayabeque. La hacienda pertenecía a una familia española de abolengo, de las primeras que habían llegado a Cuba, pero se encontraba ya en un periodo de decadencia. El actual dueño era el último descendiente de la familia. Se había quedado viudo hacía poco tiempo y antes había perdido en un accidente al hijo que tenía. Enseguida vio en el joven una similitud con el hijo perdido. Le pareció un joven con una personalidad arrolladora, simpático, de gran atractivo físico. El patrón también era conocedor de que se había estado formando en el estudio de los ingenios azucareros para la manipulación de la caña y posterior transformación en azúcar.

En la hacienda trabajaban más de cincuenta personas, la mayoría peones, dedicados al cultivo de la caña y a los ingenios. En su mayoría eran negros y mulatos, excepto algunos capataces criollos. Todos vivían en barracones construidos en la misma hacienda. La casa principal tenía un ama, sirvientas y un encargado, además de otros dos peones que se encargaban del mantenimiento del edificio y de las cuadras, de los caballos y de tener impolutos los dos carruajes.

Al joven le gustó el patrón, le gustó el ingenio y le gustaron el trabajo que tendría que realizar y las condiciones económicas y de manutención que le propuso. Viviría en la hacienda.

Al día siguiente, cuando llegó a su trabajo del puerto, habló con su jefe. Le contó que había encontrado un nuevo trabajo, que era en una de las plantaciones más importantes de Güines y que iba a sustituir al director de la hacienda, aunque en un principio, hasta que pasara un tiempo y mostrara su valía, sería solo encargado de supervisar el trabajo de los peones y de ayudar al dueño en el funcionamiento del ingenio y de la contabilidad de la sociedad azucarera.

A su jefe esto lo cogió por sorpresa: no se lo esperaba, y además sabía que perdía a una persona capaz para el trabajo y que le sería complicado en poco tiempo sustituirlo. Sin embargo, el joven, que tenía a varios estibadores a su cargo, se había fijado en uno de ellos, de poca edad y despierto, al que ya desde hacía tiempo le encomendaba trabajos para que fuera aprendiendo todo lo relativo al papeleo de las exportaciones de la compañía mercante y del trato con los clientes. Propuso a su jefe que empezara a confiar en ese estibador, que seguro que no lo defraudaría. El jefe aceptó la solución y lo invitó a cenar en su casa, con él y con su hija, el sábado de esa semana. Él aceptó encantado, y durante la cena les agradeció su buena acogida y el trato recibido. Les dijo que siempre los llevaría en su corazón.

Uno de los últimos días que le quedaban de estar en La Habana, al regresar por la noche del trabajo a la pensión, habló con la vasca y le comunicó que dejaría el hostal porque se mudaba a una hacienda de Güines, donde le habían

dado un trabajo importante. A ella le pareció fantástico, sobre todo porque le había cogido cariño y sabía que ese sería un paso muy importante para su porvenir. También quedaron en cenar y hacer una pequeña fiesta en la pensión. En esa fiesta de despedida estuvo también el haitiano, que estuvo muy interesado en saber dónde iba y cuál era la hacienda, pues se jactaba de tener allí amigos. Después de comer y beber un poco más de la cuenta, la vasca dijo que estaba cansada, que se retiraba con su haitiano, y él se quedó en compañía de las dos sirvientas mulatas, con las cuales brindó por su futuro.

Pronto pasaron de los brindis a bailes y jueguecitos sensuales, y, como apretaba el calor, rápidamente estuvieron casi desnudos. Él solo había tenido relaciones íntimas con una de ellas, que le había enseñado y guiado en los juegos del amor, pues él nunca tuvo oportunidad de desarrollar su sexualidad al completo en su pueblo, donde solo había podido tener algún escarceo amoroso con su amada escondidos en un carro en las eras. En esos momentos él solo pensaba que lo importante era pasarlo bien, así que los tres se fueron a la habitación del joven y nada más entrar, entre gritos y arrumacos, lo empujaron a la cama y lo desvistieron. Ellas también se desnudaron mientras bailaban de una forma que a él le pareció sumamente sensual y que lo excitó con rapidez. Esto no pasó desapercibido para ellas, que empezaron a besarlo. Él también las besaba, poco a poco, con calma, pero ávido de pasión. Cuando terminaron, exhaustos, se quedaron dormidos hasta el amanecer, en ese momento las sirvientas salieron raudas de la habitación para empezar a preparar los desayunos de los huéspedes.

Pasados dos días, se trasladó a la hacienda en una calesa alquilada en la que llevaba las pocas pertenencias que tenía, entre las que se encontraban los libros que había comprado desde que llegó a La Habana, aunque dejó algunos que regaló a la guapa mulata.

Una vez instalado en la hacienda, pasó a recorrerla en profundidad para conocerla perfectamente. La mayor extensión la constituían los campos dedicados al cultivo de la caña de azúcar, y contaba también con grandes espacios para la caña cortada. Esta después sería introducida en la nave donde se encontraba el ingenio azucarero. El elemento principal era la turbina que haría funcionar el mecanismo del trapiche. Este ingenio era de los pocos en la zona que movían las turbinas con agua por medio de un canal que se construyó con el propósito de traerla del río Mayabeque para que cayera desde la máxima altura posible. Al final del canal, la altura conseguida era de más de cinco metros. Desde ese punto caía el caudal de agua sobre las aspas de la turbina y se conseguía, de este modo, la máxima potencia de esta.

El trapiche era el lugar donde se molía la caña, uno de los elementos más importantes de los ingenios azucareros. Era un molino que exprimía la caña y extraía el guarapo, que era enviado a grandes pailas donde se cocía para obtener una raspadura que se volvía a procesar hasta obtener el azúcar. Al

trapiche lo hacía funcionar un mecanismo que era impulsado por una rueda de paletas o turbina, que giraba gracias al agua que caía desde lo alto del canal[3].

Al principio, el joven vivió en uno de los barracones con algunos de los trabajadores criollos. Al cabo de tres años de duro trabajo y de unos resultados excepcionales para la hacienda, el dueño, viendo el gran trabajo que estaba haciendo y el respeto que le tenían los capataces criollos y los peones negros, cosa difícil de conseguir, fue consciente de que su elección para sustituir a su antiguo director había sido un acierto. Además, apreciaba al chico, que se estaba ganando su cariño. Por todo ello, el hacendado lo hizo trasladarse a la casa grande, situada en el centro de la hacienda. Los demás trabajadores, que sabían lo desconfiado que era el patrón con cualquiera, vieron reafirmada su sospecha de que era su favorito. Esto, como era lógico, generó alguna envidia, pero la gran mayoría de los peones negros estaban encantados con el joven, pues lo consideraban una persona exigente en el trabajo pero justa y afectuosa en el trato, que se preocupaba por sus condiciones de vida y la de sus familias. Había convencido al patrón para que mejorara el poblado de barracas donde vivían, y ellos sabían que esta consideración no existía en las demás haciendas.

Al personal de la hacienda le encantó tener una persona joven a la que atender. Desde hacía mucho tiempo lidiaban con el carácter gruñón del patrón, pero con la llegada de su pupilo parecía haber rejuvenecido, y su humor era muchísimo mejor. Fue tal el cariño que depositó en él que al poco tiempo lo convirtió en su hombre de confianza y lo presentaba en los actos de sociedad de las familias de más abolengo del lugar.

En una de estas fiestas conoció a una joven, hija de un coronel del Ejército español destinado en Cuba. El flechazo entre los dos fue inmediato, y comenzó un romance de una pasión desbordada. Aprovechaban cualquier ocasión para verse: ella buscaba cualquier disculpa para ir a la hacienda o él se acercaba a visitarla a su casa. Les gustaba recorrer la hacienda en sendos caballos y dirigirse a las orillas del río Mayabeque, donde él revisaba las esclusas que regulaban y controlaban el caudal de agua vertido en el canal y en el acueducto para llevarla al ingenio. La hacienda tenía también una nave cerca del río Mayabeque en la que se guardaban la maquinaria y los aperos para los trabajos del campo; allí, además, había montado una pequeña oficina donde trabajaba y guardaba todo los libros y archivos concernientes con la producción y contabilidad de la hacienda. Como pasaba largas horas, incluso algunas noches, realizando esos trabajos, contaba también con un pequeño departamento bien acondicionado para su uso personal que se convirtió en su nido de amor. Allí hablaban de su futuro y expresaban sus sentimientos más profundos. La pasión tenía un límite: nunca pasaban de los besos, abrazos y algún tocamiento. No por falta de ganas en él y seguro que también en ella, pero ella estaba educada en la virtud, era muy importante llegar virgen al matrimonio… Pues faltaría más…, una se ha

de casar como Dios manda. Él era totalmente respetuoso con esa decisión.

A partir de ese momento, empezó a reconocer que su amor de hacía años, el que había dejado en Támara, ya se le hacía difícil de recordar. Pensó que se dejaría llevar y que el destino decidiera.

Un día iban el dueño de la hacienda y él revisando el trabajo en los campos y se les cruzó una serpiente en el camino. El caballo del dueño se espantó e inició desbocado un galope difícil de controlar. Terminó el animal cayendo encima del patrón, aplastándolo. Murió en el acto. Esto supuso para el joven una enorme tristeza y un gran golpe, pues después de cinco años trabajando juntos habían forjado una gran amistad. Además, le había enseñado todo lo concerniente a la producción y procesamiento de la industria azucarera y al comercio de exportación de esta.

Lo que menos esperaba ocurrió después darle sepultura a su mentor. El notario de Güines, gran amigo del difunto, le mandó con un criado recado de que al día siguiente se presentara en su notaría. Allí lo hicieron pasar a una sala anexa al despacho del notario y al poco tiempo entró este acompañado de dos personas: una de ellas era el coronel padre de su prometida, la otra era otro de los hacendados amigo del fallecido. A continuación, tras los saludos correspondientes, el notario le comunicó que iba a proceder a leer el testamento que había hecho su patrón, cosa que hizo de inmediato, con gran pompa. Así le comunicó que a partir de ese momento era el heredero universal de todos los bienes del fallecido.

En ese momento él se dio cuenta del gran aprecio que su patrón le tenía. También pensó que gracias a la fuerza de voluntad, a la ilusión, al trabajo, a la honradez y al respeto hacia los demás había conseguido uno de los objetivos que se marcó al salir de su Támara querida…, aunque esto dejaba abierta la posibilidad de no regresar, pues en esta tierra se encontraba totalmente integrado, le estaba dando mucho más de lo que él nunca imaginó.

Le pareció que todo se desarrollaba rápidamente. Vio que era el momento de casarse y formar una familia, y también de realizar una mejora en la forma de cultivar la caña, equipar al ingenio con trapiches nuevos y más modernos, dotarlo de nuevas herramientas para industrializar más la elaboración azucarera y buscar nuevos mercados más rentables. Las expectativas eran buenas, veía el futuro con optimismo; si seguía trabajando con ilusión conseguiría todos sus objetivos.

Se casó con su prometida, acondicionaron la antigua mansión de la hacienda de acuerdo con las nuevas tendencias y gustos de su mujer, y tuvieron un hijo y una hija. También se realizaron las mejoras en los procesos de producción de la hacienda y todo en apariencia iba bien.

Siempre en la vida hay *peros*, y este era muy importante para el futuro: había familias hacendadas españolas y criollas cansadas de una élite de hacendados esclavistas y también de la forma que tenía España de gobernar Cuba desde la

metrópoli.

Cuba era una economía en auge. La Habana era una de las ciudades más cosmopolitas de España y del mundo, era la fuente de entrada de divisas más importante que tenía España y una de las provincias que más contribuía en el PIB del país. Sin embargo, en la Península se iba a otro ritmo.

Las leyes especiales, prometidas por la reina Isabel II y reflejadas en la constitución española de 1837, para dotar a las islas de ultramar de una mayor autonomía nunca se materializaron. Pero ¿qué se podía esperar de una monarca que durante sus treinta y cinco años de reinado tuvo alrededor de sesenta Gobiernos? España estaba sumida en una decadencia absoluta, con disputas continuas por el poder entre los partidos, que se disfrazaban de conservadores y liberales, pero se alternaban a su antojo en la gobernanza del país de acuerdo con los caprichos de su reina. Tanto era así que, en una de las ocasiones, aparte de ser reina, quería ser la presidenta del Gobierno. Y si en asuntos sociales y políticos Isabel II, según parece, era un desastre, en su vida privada no lo era menos.

Siempre se ha dicho que todos los Borbones eran dados al libertinaje. Creo que esto es extensible a la única reina Borbón, pues eran manifiestos y conocidos sus caprichos y desvaríos por los capitanes de su Guardia Real. Se llegó a rumorear que su hijo el rey Alfonso XII no era hijo de su marido y primo Francisco de Asís de Borbón. En los mentideros de la villa se afirmaba que su tendencia era no dormir con mujeres. La propia reina, según parece, dijo la siguiente frase en referencia a este: «¿Qué podía esperar de un hombre que en la noche de bodas llevaba más encajes que yo?». Si esto es así, parece mentira que la reina pudiera tener doce hijos de su primo-marido. ¡Qué cosas pasan en las cortes!

Con este cúmulo de circunstancias, ¿cómo se iban a realizar planes y estrategias para mejorar el país? Lo que sí se instauró y mejoró de una forma crónica y errática fue la corrupción, promovida por los gobernantes, apoyados en ocasiones por unos generales del Ejército que solo servían para intrigas permanentes y pronunciamientos, siempre para apoyar a los poderosos.

Cuba se quedó sin tener su ansiada autonomía. En la isla, el control lo seguiría ejerciendo un capitán general nombrado por el Gobierno. Estos capitanes generales gobernaban como auténticos virreyes, alineados casi siempre con los grandes propietarios esclavistas de las plantaciones.

Todo esto originó que en Cuba naciera un sentimiento independentista no solo en los esclavos, sino también en una cantidad importante de propietarios contrarios a esas prácticas esclavistas, como era el caso de nuestro joven. Sabían que, a la larga, usando la fuerza y siguiendo con la esclavitud, la guerra por la independencia estaría cerca. Esta nueva generación de hacendados ligados a la producción y comercialización del azúcar y del tabaco, en desacuerdo con su gobierno, buscó la forma de lograr la independencia. Contaba con el apoyo de

los numerosos esclavos. Y ocurrió lo que ocurre cuando los gobernantes no gobiernan y no escuchan. Los nubarrones de la independencia cada vez estaban más cerca y todo indicaba que la gran tormenta se avecinaba.

Esta tormenta comenzó con la guerra de los Diez Años. Comenzó al Grito de Yara en las haciendas e ingenios de Manzanillo, en la actual provincia de Granma. El líder fue el abogado, escritor y gran hacendado don Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo. Este y otros hacendados crearon la Junta Revolucionaria de Cuba. Realizaron un manifiesto y concedieron la libertad a los esclavos de sus haciendas, invitándolos a unirse a la lucha anticolonialista. Carlos Manuel fue el primer presidente de la República de Cuba. Durante la contienda murió en combate en Sierra Maestra. Esta fue la primera de las tres guerras que tuvieron los independentistas con las fuerzas coloniales españolas. Acabó con la rendición de las fuerzas independentistas, sin conseguir ni la independencia ni la abolición de la esclavitud y con un balance, según algunas fuentes, de alrededor de doscientos mil muertos.

Años más tarde, José Julián Martí Pérez fue desterrado de Cuba a la Península por revolucionario. Partió luego a Estados Unidos, donde fijó su residencia y fundó el Partido Revolucionario Cubano, cuyo objetivo no solamente era lograr la independencia de Cuba, sino, apoyado por independentistas puertorriqueños, lograr la independencia de ambas islas. A finales del siglo XIX, Martí inició el levantamiento contra las tropas colonialistas. Partió hacia Montecristi, en República Dominicana, donde firmó el manifiesto Montecristi, que programa y declara de nuevo la guerra. A los seis meses de esa declaración, Martí encontró la muerte en combate contra las fuerzas coloniales en la zona de Dos Ríos, cerca de Palma Soriano. Días antes de su muerte, escribió a su amigo Manuel Mercado una carta considerada su testamento político. Este es un fragmento:

> … ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas…

Años antes, durante la guerra de los Diez Años, el general Juan Prim, jefe del Gobierno de España, propuso la independencia de Cuba si así lo decidía el pueblo cubano en referéndum, con garantías de que Estados Unidos no intervendría en la isla. Este proyecto encontró una enorme oposición en el Gobierno y no fue aceptado. Algunos miembros del Gobierno plantearon a Prim otra opción: aceptar la propuesta de Estados Unidos de comprarles la isla. Prim respondió imperativamente: «La isla de Cuba no se vende, porque su venta sería la deshonra de España, y a España se la vence, pero no se la

deshonra».

A la vista de todos estos acontecimientos y viendo que la vida en la isla dejaba de ser segura y que tarde o temprano la gran tormenta final llegaría, e intuyendo que España perdería Cuba, el joven decidió vender casi todas sus propiedades (dejó alguna para no dar sensación a los demás hacendados de abandono) y regresó a Támara. Había cumplido sus objetivos y podía volver con la cabeza alta, ya pensando en comprar allí hacienda, grandes extensiones de tierra para el cultivo de cereales y algunos majuelos para viñas. Y, también, edificar la casa indiana.

⋆

Al final, lo que tenía que ocurrir ocurrió. Estados Unidos aprovechó que un accidente provocó el hundimiento del acorazado Maine, perteneciente a su marina, atracado en el puerto de La Habana. Con esto, tuvo la excusa para culpar a España de haber hundido dicho acorazado y declarar la guerra, guerra que estaba ya de antemano perdida. El general Prim se equivocó, porque España se vio obligada a firmar una rendición deshonrosa. Perdió no solo Cuba, sino también Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam, en las Marianas. Con esta rendición y la posterior venta a Alemania de las islas de la Micronesia, en Oceanía, por veinticinco millones de pesetas, España perdía todas sus colonias de ultramar.

A partir de esos hechos, la fuerza y dominio de los Estados Unidos en América fue total. Esta nación empezó a creerse el centro no solo de América ni de la Tierra, sino del universo.

Es sabido que los grandes imperios nacen, crecen, maduran y caen. La civilización egipcia, el Imperio persa, el Imperio macedónico del gran Alejandro, el poderoso Imperio romano…, todos terminaron cayendo. Lo mismo posiblemente ocurrirá con los Estados Unidos, que presenta primeros síntomas de decadencia. Se ha aplicado desde hace ya un tiempo en la radicalización y polarización de las clases sociales, fomentada últimamente por manipular la razón convirtiéndola en sinrazón, intoxicando las mentes y los corazones de la gente y logrando que se extienda un sentimiento de odio entre la población, sea del color que sea.

En ese país, que se vanagloriaba del respeto que sentía la sociedad hacia los símbolos, podemos ver cómo en los últimos tiempos, cuando suena el himno nacional e izan la bandera, algunas personas, en lugar de ponerse la mano en el corazón, como era habitual, se arrodillan. No lo hacen en señal de respeto hacia esos símbolos, sino porque se sienten humillados.

En los Estados Unidos, la venta de armas era justificada como un elemento de defensa y seguridad contra la invasión de la propiedad privada por ladrones y asesinos. Sin embargo, ahora hay un serio peligro de que los trescientos veinticinco millones de armas que hay en manos de la población civil sean

usadas para otro fin, pues se está poniendo de manifiesto que se empiezan a usar para imponer cada uno sus ideas. Ese es el mejor caldo de cultivo para que en cualquier momento surja un enfrentamiento social de grandes magnitudes. Eso ocurre cuando los políticos y dirigentes de los países no se dedican a gobernar, sino a buscar la bronca y el enfrentamiento continuos, estén en el poder o en la oposición.

Esta nación tiene otra variante peligrosa a escala internacional: es el único país que pretende supervisar lo que está haciendo e investigando el resto, pero sin dejarse nunca él supervisar, ni tan siquiera por comisiones internas de su Congreso, en las innumerables pruebas que está realizando en sus áreas prohibidas, como por ejemplo el Área 51 en Nevada. ¿O alguien sabe sobre qué están investigando? Esto fomenta que el mundo vaya a la famosa política de bloques a los que se refirió George Orwell en su novela *1984*: según los intereses o las situaciones, un bloque que había sido malo podrá convertirse de la noche a la mañana en un aliado bueno.

Ahora se vive una confrontación de momento comercial, que en un futuro próximo puede ir por otros derroteros, entre los bloques euroasiático (China, Rusia), el occidental (Estados Unidos, Gran Bretaña) y una cuña que tiene que navegar entre dos aguas, que es la Comunidad Europea. Lo peligroso de esto es que los Estados Unidos se están dando cuenta de que están perdiendo la hegemonía mundial, pues China les puede quitar esa hegemonía tanto a nivel comercial como económico y militar.

Capítulo 6: El abuelo

Enfrente de la casa indiana se encontraban las escuelas, y en una calleja tras estas se hallaba la casa del abuelo de Martín.

El hombre superaba los setenta y tres años, eso sí, con una mente muy lúcida, con razonamientos bien argumentados, aunque en ocasiones fuera parco en palabras; como se dice, tenía una filosofía de pueblo, llana y directa.

⋆

Su vida no había sido fácil. Nació en un pequeño pueblo llamado Vizmalo, en la provincia de Burgos, limítrofe con la de Palencia. Él y su hermana quedaron huérfanos muy jóvenes. Unos tíos se quedaron como tutores para cuidarlos, y bien que lo hicieron, sobre todo de su hacienda, pues al cabo de dos o tres años se quedaron sin ella. Esto provocó que con dieciocho años emigrara con lo puesto. Saliendo de Vizmalo se encontró con un buen vecino que sabía lo ocurrido y le dio el nombre de uno de los dos propietarios de tierras más importantes de Támara, pues sabía que necesitaba gente para trabajar en el campo. Se despidieron, él dándole las gracias y el vecino deseándole suerte. Así, dirigió sus pasos hacia Támara. Al llegar habló con el encargado del dueño de la hacienda. A este le gusto cómo era el chico, y le explicó el trabajo que tenía que realizar y las condiciones. Él estuvo de acuerdo —en aquellos tiempos tampoco había mucho donde elegir— y comenzó a trabajar en ese mismo momento. Como no tenía casa, dentro de las condiciones pactadas le permitían dormir y vivir en una pequeña zona anexa al establo, en la trasera de la casa, teniendo prohibido la entrada a esta a no ser que lo requirieran los dueños.

Su hermana también emigró. Conoció a un joven, se casó y se fue a vivir a un pueblo cercano, Villamedianilla. Formó una familia, tuvo varios hijos. Algunos fueron al seminario de los Maristas; ya se sabe, en aquellos tiempos esa era una forma de dar una educación a los hijos y de quitarse bocas que alimentar. Uno de ellos llegó a ser director del colegio que los Maristas tenían en Toledo y el otro alcanzó uno de los puestos más importantes de la congregación.

La relación del que después sería el abuelo de Martín con su hermana y con los hijos de esta continuó, aun en la distancia, pero ninguno de los dos hermanos volvió en toda su vida a Vizmalo. Al cabo de un tiempo, él se enamoró de una joven del pueblo. Se casaron, se compraron una pequeña casa casi en ruinas y la rehabilitaron. Con mucho trabajo y esfuerzo pudieron comprar algún terruño, un pequeño majuelo y una bodega horadada en la loma del cerro que sube al castillo.

La familia empezó a ampliarse. La familia, aunque pobre, estaba tremendamente unida. Tuvieron cinco hijos, uno de ellos sería un día el padre

de Martín. Este tenía pasión por su única hermana, que era algo mayor que él y lo mimaba y cuidaba. Pero la vida da sorpresas, y ella murió muy joven dejando huérfanas a dos niñas. Una de ellas, que tenía alrededor de doce años, se fue a vivir a Madrid a la casa de ellos durante varios años. Quiso mucho y cuidó a su pequeño primo Martín, y hubo entre los dos un gran cariño.

⋆

En casa de su abuelo, todos los recibieron con abrazos, achuchones, besos y las consabidas frases de «cómo ha crecido este chico», amén de hablar de todo lo que había acontecido en el año.

Martín, que se aburría con esas conversaciones, se fue al patio en la trasera de la casa, donde estaban los establos. Además de los animales de tiro para trabajar el campo, también había, ¡cómo no!, gallinas y conejos. Le encantaba perseguirlos, sobre todo a las gallinas, e ir a los ponederos del gallinero a coger los huevos. ¡Esos sí que eran huevos frescos, del gallinero a la sartén! Su tía lo dejó coger algunos, pues iban a quedarse a comer. Entre otras cosas, iba a cocer algún huevo para echarlo en el guiso de gallo en pepitoria que estaba preparando.

Después de la comida estuvieron de sobremesa. Mientras el abuelo sesteaba, su padre y su tío fueron a escardar el majuelo. Su madre y hermana se quedaron con su tía y primas hablando y cotilleando (¡siempre los tópicos!). Después de la siesta, Martín y el abuelo se fueron a dar un paseo.

Una de las cosas que más le gustaba hacer al abuelo al atardecer era subir al Castillo. Este, situado en la parte más alta del cerro, era también el sitio más alto del pueblo. Desde allí se tiene una panorámica de tierra de campos impresionante; en días de cielos azules y claros sin calima se ven los Picos de Europa, y eso que están a unos ciento cincuenta kilómetros. En la primavera, tienes desde arriba dos visiones maravillosas: por una parte, ves los picos blancos llenos de nieve marcando un fuerte contraste con el azul del cielo; por otra, ves los campos llenos de trigo ya casi dorado. Al ondear el viento las espigas, tienes la sensación de estar en un mar con oleaje dorado. Viéndolo, entiendes el dicho de que esta meseta es el mar de Castilla. Por eso su abuelo, sentado en el banco de piedra cerca de la puerta del castillo, se extasiaba contemplando el paisaje, disfrutando de la calma y el silencio (hoy diríamos que este es un sitio fantástico para el relax). Solo hablaba si algo llamaba su atención, como azores, águilas o algún tipo de pájaro.

Una de esas tardes que Martín estaba con su abuelo pasó un pájaro diferente. Era un pequeño avión monomotor. Si en aquellos tiempos era difícil en un pueblo como Támara ver un coche, ver un avión era un espejismo, algo que podía convertirse en el tema de conversación durante varios días en el pueblo. Y se convirtió: según comentaban los más entendidos del lugar, ese avión

estaba realizando un viaje de inspección y fotografiando los campos, pues justo ese año se estaba realizando la reforma agraria. Se estaba haciendo una nueva parcelación, distinta. Había parcelas del mismo propietario diseminadas a lo largo de varios términos, y se trataba de agruparlas para mejorar la producción y perder menos tiempo en los desplazamientos para trabajarlas. La moraleja fue que su abuelo le dijo: «Fíjate en el punto más alto de la cruz de la iglesia de San Hipólito. Cuando pase el avión por ese punto empieza a contar hasta que lo veas pasar por encima de la ermita de la Virgen de Rombrada». Dicho y hecho. Martín empezó a contar y llegó hasta cuarenta. El abuelo dijo: «Eso es algo más de medio minuto. Si ahora fuéramos con un caballo al galope a la ermita, tardaríamos mínimo tres o cuatro minutos, como si hubieras contado hasta doscientos o doscientos cuarenta. Fíjate qué rápido va, cinco o seis veces más rápido que un caballo, y qué lejos te puede llevar. Cuando seas mayor seguro que podrás viajar en uno de esos aviones para ir a cualquier parte del mundo».

Martín le contestó rápidamente: «Pero, abuelo, qué cosas tienes, si nosotros somos pobres, cómo vamos a comprar un avión».

Su abuelo respondió que en el futuro habría aviones más grandes y más rápidos que, igual que el tren, llevarían a la gente a cualquier lugar. Que en el futuro él tendría la oportunidad de ir en ellos. Martín no daba crédito a lo que el abuelo le decía. Unos veinte años después, cada vez que se subía en un avión, cosa que hacía con frecuencia porque su trabajo se lo requería, pensaba en su abuelo y en esa filosofía callada y razonada que tenían los hombres de campo para visionar el futuro más próximo.

Había tardes en que su abuelo también le contaba historias del pueblo, de lo importante que este había sido desde la antigüedad y de que había formado parte de la gobernanza de las Nueve Villas. Estas, con el pasar de los tiempos, fueron anexionadas a los condados o señoríos más próximos, excepto Támara, que consiguió mantenerse independiente de las guerras y mezquindades entre los nobles del momento, siendo respetada por reyes, condes y señores, así como por todos los pueblos y villas cercanas.

Le contaba que Támara era el lugar elegido para las negociaciones de paz necesarias tras las disputas de reyes y nobles, casi siempre debidas a los límites fronterizos de la franja de tierra comprendida entre los ríos Cea y Pisuerga. También le refería que en el pasado la villa había tenido un palacio donde pernoctaban los reyes de León cuando iban por Castilla para visitar sus dominios, y que por eso Támara fue un pueblo amurallado. Se conservaban parte de la muralla y la puerta del Caño, una de las seis puertas que había habido. Por todo esto, durante varios siglos el lugar había conseguido grandes prebendas, tanto por parte de los reyes de León como de los condes castellanos y más adelante de los reyes de Castilla y León. La dotaron de una gran iglesia dedicada a san Hipólito, hoy catalogada como iglesia catedralicia. Su abuelo fijaba los ojos sobre el cimborrio y le decía a Martín: «¡Fíjate en su grandeza!

Seguro que en Madrid, aunque sea la capital, no tenéis muchas iglesias como esta». Es cierto que en estas historias siempre se tiende a realzar la importancia de donde nacemos o vivimos y a pensar que nuestro pueblo o nuestro país es el mejor. Él era un inmigrante muy bien acogido en el pueblo, y contaba todo esto con gran pasión, sintiéndose parte de esta Villa, de sus orígenes, nobleza y de su gran importancia histórica. Aunque…, ¿verdaderamente fueron estos hechos importantes e históricos los que originaron que en Támara se construyera ese gran templo dedicado a san Hipólito?

Capítulo 7: La iglesia

Tiene unas dimensiones inusuales para un pueblo como Támara, que ni en la antigüedad, por el perímetro amurallado que tenía, debió de pasar del millar de pobladores.

La iglesia se construyó a finales siglo XIII y principios del XIV. Se supone, por las historias que se cuentan, que fue edificada sobre otro templo de un tamaño mucho menor, posiblemente de estilo visigodo o románico. El estilo de la actual, declarada monumento histórico-artístico, es el gótico. La torre del mismo estilo se derrumbó en el siglo XVI, y en el XVII se erigió una nueva torre cuadrada de estilo herreriano.

A Martín esta iglesia, desde pequeño, le parecía una maravilla y le causaba una gran impresión. Ya antes de entrar, subiendo desde la puerta del Caño hacia la plaza Mayor, divisando su altísima torre, tenía la impresión de que esta se le venía encima. Una vez dentro se sentía insignificante cuando observaba las altísimas columnas coronadas por unas majestuosas bóvedas góticas. La contemplación de esos enormes muros de piedra con sus rosetones y vidrieras lo sobrecogía. A buen seguro, antiguamente los rayos del sol inundarían los muros de luz y color al traspasarlas. Con el paso del tiempo, las vidrieras perdieron sus cristales originales, y se han dejado algunas zonas opacas que restan luminosidad, pero ni un ápice de encanto. En la penumbra se siente un recogimiento místico.

En cualquier rincón que se mire se observará una obra de arte. A la entrada, en el baptisterio, se encuentra la pila bautismal, realizada de una sola pieza, labrada en estilo gótico con escenas de la vida de Cristo. Después, según caminas por la nave central hacia el altar, se encuentra a la derecha el órgano, soportado por una bella columna, labrada y pintada en un color púrpura coronada por un tronco de pirámide invertida labrada y pintada en tonos dorados, ocres y azules, que sirve de remate y apoyo del órgano. La estructura se remata con una balaustrada de madera torneada. Este tipo de órgano es único, se conservan muy pocos en el mundo.

Entre la columna del órgano y otra gran columna hay adosada una escalera de caracol que da acceso al coro, digno de ver. El perímetro está cubierto de madera noble labrada, con escaños. A Martín le encantaba levantar los asientos, pues debajo de cada uno hay una cabeza alegórica distinta bellamente tallada e incrustada.

Pasado el órgano y continuando por la nave central se halla a la izquierda otra joya, el púlpito, coronado y pintado también con bellos colores. Antes de llegar al altar mayor vemos la gran reja de hierro forjado, que separa la zona de la curia de la de los feligreses. Esta reja está rematada en la parte superior con hermosos motivos y filigranas. En el centro hay una gran corona espigada

dentro de la cual se encuentra el escudo del reino. En la parte superior de este se alza un bello crucifijo.

Detrás del altar está el grandísimo retablo de cinco cuerpos policromado en oro. El cuerpo central alberga la talla de san Hipólito a caballo. En la parte superior está la Virgen del Populo, con diferentes imágenes de la vida del santo a su alrededor. La parte superior está rematada en semicírculo.

La iglesia cuenta con otra serie de retablos y capillas en cada una de las naves laterales anexas a la nave principal.

Resulta impactante la subida por una estrechísima escalera de caracol, situada antes de llegar al baptisterio, que sube a lo alto de la torre donde se encuentra el campanario. Desde allí la vista es fascinante y se pierde en el horizonte más lejano, donde se juntan la tierra y el cielo sin ninguna interrupción.

A Martín le encantaba jugar por toda la iglesia, aunque era el campanario su lugar privilegiado. Cuando el templo estaba cerrado al culto, él, su primo y algún amigo pasaban a la iglesia, aprovechando una pequeña abertura que conocían, aunque a la vista de los demás parecía que no existía. Una vez dentro, volvían a tapar la abertura, subían al campanario y con una escopeta de perdigones se ponían a matar palomas. Algunas veces sentía remordimientos que le creaban algún pequeño problema de conciencia, aunque pensaba que también iba con su tío al palomar a coger pichones que después su tía guisaba y que subían a la bodega para merendar por la tarde.

Támara - Iglesia de San Hipólito.

Ahora se tiene la guerra declarada a las palomas, por lo perjudiciales y dañinas que son para la conservación del patrimonio. Ya se sabe: si los humanos consideran que algo es dañino para sus intereses, no hay conciencia que frene su exterminación.

Aparte de cazar palomas, se entregaban a juegos que no estaban exentos de peligro, pues la altura del torreón del campanario es considerable y, si no se tiene cuidado, es bastante fácil caerse por los vanos y huecos que hay, pero ellos desafiaban el peligro cruzando por unos tablones de madera de un lugar a otro de la torre. También jugaban al escondite, porque allí había tantos recovecos que era un buen sitio para esconderse.

En ocasiones se sentaban para contarse historias sobre batallas entre reyes y príncipes, entre moros y cristianos, o de túneles y pasadizos que había bajo el suelo de la iglesia que pasaban por debajo de las bodegas y llegaban hasta el castillo. A Martín, al oír hablar de pasadizos se le ponían los pelos de punta. Le producían una sensación de misterio, pues nunca sabía lo que podían ocultar y las consecuencias que el adentrarse en ellos podía tener.

Uno de ellos contó que un día él y dos amigos, mientras jugaban en el campanario, oyeron el chirriar de la puerta al abrirse y al cerrarse, y al poco tiempo oyeron voces ya dentro de la iglesia. Bajaron sigilosamente y pasaron al coro para esconderse. Desde allí tenían una visión perfecta. Vieron a tres personas que no conocían. Dos llevaban unas grandes mantas, así como dos grandes pértigas coronadas en sus puntas con garfios. Esta visita extraña, además de sorprenderlos, les causó un gran temor, pues a esas horas, después de comer, en verano y con la temperatura que hacía, no parecía normal que alguien

entrara a la iglesia. Además, el monaguillo, que era uno de los tres del grupo, les había dicho que no había ningún oficio previsto.

Empezaron a preocuparse. No querían que los vieran, pues no sabían lo que les podían hacer esas personas con esa especie de lanzas. Además, si no los veían evitarían la reprimenda por estar allí jugando o haciendo trastadas cuando la iglesia estaba cerrada. En esos momentos, lo que menos les importaba era lo que pudieran hacer las personas que habían entrado. Así que, al no poder salir de la iglesia sin ser vistos, se quedaron observando sin hacer ningún tipo de ruido excepto sus respiraciones aceleradas.

Enseguida dos de las personas extendieron en el suelo una de las grandes mantas, y seguidamente, con las pértigas, procedieron a bajar una bonita lámpara hecha en hierro forjado, similar a la reja, que colgaba de una larga cadena arriostrada a una de las bóvedas. Luego pasaron a ver varias piezas de imaginería. Uno de ellos apuntaba algo en una libreta, les pareció que dibujaba con trazos las imágenes. Después, viendo que los extraños se dirigían hacia la escalera que sube al órgano y da acceso al coro, los chicos rápidamente se encaminaron hacia la escalera y antes de que los otros llegaran arriba pudieron esconderse en un entrante que hay entre el coro y el órgano.

Cuando vieron que bajaban la lámpara, habían creído que era porque tendrían que hacerle algún arreglo, pero cuando subieron y se encaminaron al coro empezaron a tomar medidas del porta misal que había en el centro, de madera labrada, hecho de una sola pieza. Pasaron tras esto a levantar algunos asientos de los escaños para proceder, como cirujanos, a extraer algunas de las cabezas que había debajo de estos para, a continuación, depositarlas en la otra manta.

Pensaron que todo eso no era normal. Sin embargo, ellos seguían obsesionados con que no los vieran. Se decían, hablando entre ellos muy bajo, que tenían que tratar de salir ya de la iglesia sin hacer ruido. Así que, viendo los chicos que las tres personas seguían ensimismadas en su tarea desvalijando los escaños, lentamente fueron bajando sin ser vistos hasta la nave central y subieron de nuevo con mucho cuidado por la estrecha escalera de caracol hacia el campanario. Sabían que allí no irían los otros, pues no había nada de interés para ellos.

Estuvieron en silencio esperando en el campanario hasta que oyeron abrir la puerta y después cerrarse.

Hablaron entre ellos de lo que había pasado, sabían que no era normal lo que habían visto.

Martín preguntó si se lo habían dicho a alguien. Le contestaron que no, porque así nadie sabría que habían estado jugando allí y podrían seguir haciéndolo sin llevarse ninguna reprimenda.

Todo esto a Martín le extrañó mucho.

En una ocasión, Martín había oído contar a su padre alguna historia de

expoliación parecida. Decía que la más importante para él fue cuando el mismo obispo de la diócesis dio orden de llevarse a una importante iglesia de Venta de Baños las grandes campanas de San Hipólito. Contaba que el tañer de las campanas de la iglesia de San Hipólito era único por su resonancia y que no tenía parecido con ningún otro. Después, fueron reemplazadas por otras más pequeñas, con un tañer y una sonoridad que no eran del gusto de casi nadie del pueblo. Por su trabajo de ferroviario, el padre tenía que pernoctar en ocasiones en la estación de Venta de Baños. Cuando a lo lejos oía el sonido de las campanas sabía que eran las de su iglesia. Lo embargaba la tristeza y sentía a la vez una gran nostalgia de su pueblo. Sentía mucho que tan maravilloso instrumento musical se lo hubieran llevado de Támara.

El patrimonio artístico se cuidaba poco. Era presa fácil para los anticuarios, fueran españoles o extranjeros. Resultaba fácil de expoliar y de camuflar, pues casi todo el mundo hacía la vista gorda. También es cierto que los sacerdotes tenían tremendas dificultades para mantener las iglesias y su patrimonio, pues carecían de un presupuesto digno por parte de la curia o del erario público.

El sol empezaba a ponerse, hacía una pequeña brisa y empezaba a refrescar. Su abuelo le hizo una señal a Martín e iniciaron el descenso del altozano donde está ubicado el castillo hasta la plaza Mayor. Después tiraron a la derecha, pasando por el frontal de la majestuosa torre de la iglesia de San Hipólito. Iniciaron la bajada por la calle paralela longitudinalmente a la iglesia hacia la casa de su abuelo. Pasado el templo, a la derecha hay una calle. Su abuelo le dijo a Martín que en esa calle estaba la casa donde nació un ilustre literato llamado don Sinesio Delgado y que otro día le contaría algo sobre su vida.

Cuando llegaron a la casa, su padre y su tío ya habían vuelto de escardar las vides del majuelo. Martín les contó que el abuelo le había narrado unas historias maravillosas de la iglesia y del castillo, y ellos repusieron que había muchas más historias fantásticas de épocas remotas que habían ocurrido en el pueblo, y que quien las conocía y las contaba muy bien era el hermano mayor de ellos.

Capítulo 8: La casa del tío

Cuando empezaba ya a anochecer se fueron a la casa de su tío, donde seguro que su tía les tendría preparada una suculenta cena. En el pueblo se comían casi siempre productos que ellos elaboraban, el pescado era lo único que su tía compraba alguna vez.

Este justamente lo llevaba un pescadero que iba una vez por semana vendiéndolo por todos los pequeños pueblos de tierra de campos con un carro tirado por mulas. Pero no era el típico carro abierto de la zona para transportar mieses o sacos de trigo o cebada, este era distinto. Estaba equipado con un gran cajón cerrado con puertas herméticas en la parte trasera. Cuando las abría, veías en su interior el pescado y grandes barras de hielo para su conservación. El cajón estaba decorado en los laterales con sendos dibujos de paisajes marinos donde unos bonitos peces saltaban por encima de las olas y un gran cartel en la parte superior, con forma de orla, donde se podía leer «Pescadería Exprés». Con los años se motorizó e iba con una furgoneta frigorífica. Así servía más rápido, sobre todo más higiénico y seguro, pues ya no iban los gatos detrás, como ocurría con el carro.

A Martín le llamaba la atención que su tía no pagara al pescadero. Cuando una de las veces le preguntó, ella le dijo que le pagaba una vez al mes con cualquier tipo de producto, como trigo, hogazas de pan candeal, vino, uvas, etcétera. También, en ocasiones, con dinero, pero lo más normal era el trueque.

Llegaron a la casa y, como se imaginaba, nada más entrar en el portal le olió estupendamente. El portal no se llamaba así porque en la casa vivieran más vecinos, como pasa en las viviendas de las ciudades. En estas viviendas de Castilla el portal está ya dentro de la casa, es la entrada a la vivienda, diríamos que es el *hall*.

La verdad es que la vivienda de sus tíos era mucho más grande que la suya en Madrid. La casa tenía planta baja, planta primera y encima de esta se encontraba el sobrado. En la planta baja, el portal daba paso a una sala de estar o salón, una cocina, una habitación grande y una zona de distribución desde la cual se salía a las cuadras y corrales. También de allí arrancaba una escalera que subía a la planta primera, donde había tres grandes habitaciones. Al final del pasillo de acceso a estas había una escalera de madera para subir al sobrado. Este lugar era el utilizado para guardar y secar los productos como patatas, nueces, avellanas, uvas para que se hicieran pasas y, cómo no, la matanza. También contaba la casa en la parte posterior, saliendo de la cuadra y los corrales, con un gran patio en el que había un pozo y una puerta que daba a otra calle. Este conjunto de cuadras, patio y puerta posterior, en Castilla se llama «la trasera», es por donde pasan los animales y los carros.

Al entrar, fue directo a la cocina. Allí estaba su tía, que, ayudada por su prima, estaba preparando unas tortillas de patata acompañadas de unos chorizos y lomo de la matanza. ¡Menú suave para cenar! Y en Castilla, aun en verano, por las noches no pueden faltar las sopas de ajo, que siempre estaban colocadas dentro del hogar, donde se quemaba la paja, encima de las trébedes calientes, para que en cualquier momento pudieras entonarte con un buen tazón.

Las cocinas que había antes en Tierra de Campos no tenían nada que ver con las de ahora. Normalmente contaban con dos niveles. En el nivel más bajo tenía la abertura el hogar para quemar combustible, que, como es lógico, en la zona era la paja. El calor producido servía para cocinar y además de caldera para dar calefacción a la planta baja de la casa mediante el sistema gloria. La planta baja tiene falso suelo, este hueco sirve de tiro para que pase el calor y después, mediante una chimenea colocada en un extremo, salga verticalmente a la parte superior del tejado. Este sistema, que ahora los modernos llamamos suelo radiante o refrescante, era un sistema que ya empleaban los romanos en la antigüedad. ¡Hay que ver lo que es la vida, las cosas más modernas las hacían ya los romanos hace dos mil años!

⋆

Hablar de grandes obras, construcciones y otras muchas cosas que hicieron los romanos con gran acierto es, como se dice en Castilla, harina de otro costal.

Promulgaron leyes, como la Ley de Derecho Romano, con la elaboración de las XII Tablas, escritas estas en la segunda mitad del siglo V a. C. Y todavía hoy en día son usadas como base y soporte del derecho en el mundo occidental.

Es cierto que el Imperio no estuvo exento de sombras y desaciertos en la forma de impartir justicia y de dar libertades, sobre todo para los que no eran patricios o ciudadanos romanos. Se fomentó la esclavitud, se hizo a algunos de estos esclavos combatir en anfiteatros en juegos de máxima crueldad. Para ellos, la guerra también era un juego que reportaba al Imperio grandes extensiones de tierra, oro y esclavos. Si hubiera existido la televisión, lo habrían televisado para el disfrute de patricios, ciudadanos romanos y plebe.

Nosotros lo hacemos en la actualidad sentados en un gran sofá, con los pies encima de la mesa, con una cerveza en la mano, viendo cómo algunos países bombardean ciudades y provocan infinidad de muertos, y encima los líderes de esos países, con ironía e indecencia, nos dicen que lo hacen para la defensa de nuestro bienestar y seguridad.

Lo peor son los comentarios posteriores en las tertulias: oír cómo algunos de los tertulianos doctos en cualquier materia hablan con descaro e impunidad de la precisión con la que se han alcanzado los objetivos, pero disculpando que haya fallecidos… «Bueno, bueno, no hay tantos, al final son daños colaterales». Aunque en alguna de esas guerritas esos daños signifiquen miles de muertos.

★

El nivel superior de la cocina, a la que se accedía por cuatro escalones, servía de zona de estar, utilizándola para tumbarse en el suelo encima de unos cojines o almohadones y sentir el calor agradable del sistema gloria, sobre todo en invierno; los dos niveles incluida la escalera estaban separados por una balaustrada de madera.

A Martín este tipo de cocina le encantaba, sobre todo en invierno, pues sentía que era tremendamente acogedora. Algunos años iban también al pueblo a pasar las Navidades.

Después de cenar cogió el candil y, acompañado de su hermana y su prima, se fue a dormir. Martín estaba deseando que amaneciera, pues el siguiente prometía ser un gran día: estaría toda la jornada en la era trillando con su tío y sus primos. La trilla era una de las actividades que más le gustaban.

Capítulo 9: La trilla

Al amanecer lo despertaron el quiquiriquí de los gallos que llegaba desde el corral y las voces que su tío y primos les daban a las mulas en la trasera. Las estaban enganchando al carro para dirigirse al páramo a recoger las mieses segadas el día anterior. Al cabo de un rato los ruidos cesaron, el quiquiriquí de los gallos se espació en intervalos más largos y él pudo disfrutar de un último sueño antes de levantarse a desayunar.

Cuando volvió a despertar y a estirarse en la cama, lo primero que le llegó fue el tenue olor a comida. Su tía estaba cocinando el almuerzo de su tío y primos para acercárselo a la era. Martín se levantó rápidamente, fue a la planta baja y al pasillo de salida al corral, donde había una palancana encima de una meseta. Se lavó por encima para cubrir las apariencias. Pasó después a la cocina y besó a su tía. Ella le preguntó si quería un buen tazón de sopas de ajos calentitas. El, cómo señorito de capital, le dijo que prefería un tazón de leche con galletas. Eso sí, Fontaneda era la marca de galletas más popular en la zona, pues se fabricaban en el pueblo cercano de Aguilar de Campoo. Los de Aguilar presumían de hacer las mejores galletas maría del país, así que había que hacer patria y comer productos de la zona.

Cuando acabó de desayunar, su tía ya había acabado de preparar el almuerzo. Había abierto una gran hogaza de pan candeal, había extraído parte de la miga del centro y colocado en su lugar varios chorizos y lomo de matanza, y, en una fiambrera, una tortilla de patatas. Lo metió todo en un lado de una alforja, y en el otro colocó una botija llena de vino clarete. Se lo dio a Martín y le dijo: «Llévalo a la era, pues hace un rato los he oído pasar con el carro de vuelta del páramo y tendrán hambre». Viendo su tía que cogía la bici para llevarlo, le espetó: «Pero, rejodido, ¡si puedes ir andando!». «Ya, tía, pero así llego antes». «Bueno, anda, ten cuidado, no te vayas a caer y hagas trizas la botija y estropees el almuerzo».

Cuando llegó eran alrededor de las diez de la mañana. Ya sus tíos y primos habían descargado las mieses, tenían una gran parva hecha, parecía una plaza de toros. También estaban encima de la parva las mulas y habían enganchado el tiro al trillo.

Extendieron una gran manta a la sombra del carro y rápidamente se pusieron a almorzar. En poco tiempo dieron cuenta de todas las viandas. Aunque Martín hacía poco que había desayunado, también le dio algún tiento al chorizo y a algún trozo de tortilla.

Después del desayuno, ellos se estiraron todo lo largos que eran y al cabo de poco rato ya estaban roncando bajo el carro, mientras él, sentado en una banqueta rectangular que ocupaba casi el ancho del trillo, empezó a trillar dando vueltas en círculo a la parva.

Este trabajo a él le entusiasmaba. Sentado y solo con unas correas en las manos era capaz de que las mulas fueran por donde él quería. Le parecía sublime, se le daba bien y las llevaba bien. Aunque era un trabajo fácil, tenía su intríngulis, pues la cadencia de las mulas tiene que ser a un paso regular y el trillo hay que llevarlo de manera uniforme, sin dejar de trillar ninguna parte en cada vuelta al círculo. Su tío decía: «Este jodido chaval entiende bien a las mulas y ellas a él, fijaos, nunca tiene que utilizar el látigo y en cada vuelta que da a la parva no se deja ningún sitio sin que pase el trillo».

Eso no evitó que un día, siendo algo más mayor, en otro de los veranos que estaba en el pueblo, tuvieran él y otro amigo que también estaba de vacaciones un accidente trillando. Iban los dos montados y sentados en la banqueta del trillo y el amigo dijo: «Vamos a ir más deprisa». Se levantó y aproximándose al inicio del trillo empezó a arrear a las mulas con el látigo. Los animales aceleraron y él empezó a desequilibrarse hacia atrás, pero al tratar de mantenerse en equilibrio lo hizo tan bruscamente que cayó por delante del trillo entre las dos mulas. El trillo en toda su longitud le pasó por encima, pero la suerte estuvo de su parte: la parva, al estar recién extendida, tenía una altura considerable, pues no se le había dado ninguna vuelta todavía. Por eso no estaba acalcada y el chico solo sufrió rasguños al pasarle por encima las piedras cortantes e incrustadas debajo del trillo, aunque algunos de ellos fueron de cierta profundidad y hubo que darle algunos puntos de sutura.

Al atardecer, la parva ya tenía que estar totalmente trillada para poder, antes de anochecer, beldar. Esta operación consistía en recoger y apilar en un montón las mieses cortadas y trituradas por el trillo y, con una horca de madera de cuatro dientes, lanzarlas al aire para separar la paja del grano mucho más pesado. Después el grano se metía en sacos para llevarlo al granero, normalmente situado en la parte superior de la casa, lo que hoy llamaríamos la buhardilla. La paja se recogía en fardos que servían para alimentar al ganado.

En años posteriores se sustituyó el beldar a mano por una máquina que la llamaban «de beldar». Esta era como una caja de madera que en un extremo tenía una tolva. Con una horca colocaban las gavillas en la tolva, estas caían en un rodillo metálico que mediante poleas con correas transmisoras situadas en el exterior movían el rodillo. Este terminaba de triturar y romper las gavillas y expulsaba después por la abertura de un lado el trigo y por la abertura del otro lado la paja. En las aberturas se colocaban sacos y según se iban llenando se cargaban en el carro.

Martín recordaba un episodio de uno de los veranos. Al terminar de trillar, su tío y primos se pusieron a beldar. Él había ido ese invierno con su padre a un circo que se había instalado en Madrid cerca de los Nuevos Ministerios, en un solar donde hoy está El Corte Inglés de Castellana y el centro de negocios de Azca. Era la primera vez que iba por esa zona de la ciudad. Antes de entrar al circo le llamó la atención una gran mole de hormigón que vio a lo lejos, y le

preguntó a su padre qué era aquello. Su padre le contestó que era el nuevo estadio Chamartín, hoy estadio Bernabéu. Una de las actuaciones del circo que más lo impresionó fue la de un hombre vestido como un *cowboy* del oeste americano que, con un látigo y a una distancia de unos tres o cuatro metros, rompía los cigarrillos que una chica se iba colocando de forma rápida en la boca, y los rompía sin darle ni en la mano ni en la cara, aunque se oía un gran estruendo al restañar el látigo a cada golpe de muñeca.

Así, mientras ellos beldaban, Martín cogió el látigo, y emulando el espectáculo circense, colocó en una de las juntas de las tablas del carro unas gavillas y con el látigo trató de romperlas, pero, en uno de los lances, el látigo se enroscó en las poleas de la beldadora, atrayéndolo hacia la máquina. Por fortuna, uno de sus primos lo cogió al vuelo antes de que la polea le partiera el brazo.

Todas estas tareas de arar, sembrar, segar, preparar la parva, trillar y beldar llevaban mucha mano de obra y tiempo. Hoy en día, una máquina cosechadora conducida por un solo hombre hace todas estas tareas en la estación que corresponda; eso sí, no tiene ni el sabor ni el encanto que tenía el hacerlo de forma artesanal. Los chicos que vayan ahora a esos pueblos de vacaciones ya no pueden disfrutar de estas actividades, que eran tan distintas a las de la capital.

Había días que Martín iba con su primo a pescar cangrejos autóctonos, de los de cabeza pequeña y cola larga, no como los de señal o americanos de ahora, que solo tienen cabeza. Los pescaban cerca de Piña, en el arroyo Cieza, que, aunque llevaba poca agua, siempre tenía la cantidad suficiente de cangrejos como para que a media mañana pudieran volver a casa con un saco mediano con varias docenas.

Y, cómo no, también jugaba al fútbol en las eras con los chicos del pueblo, a última hora de la tarde, cuando ya hacía menos calor. Para él, los lugareños no resultaban rivales, pues, aunque eran fuertes y hacían entradas duras, se comían fácilmente los engaños y no poseían una buena técnica.

Otro día de la semana, normalmente los viernes, iban a coger pichones al palomar de un amigo de su padre que estaba camino de la ermita de Rombrada. Después, su tía los pelaba y los guisaba y el sábado por la tarde iban a merendarlos a la bodega.

El palomar… Quién no se ha visto subyugado por esas construcciones normalmente circulares de un blanco impoluto, con una especie de caperuzón de dos alturas que tienen por cubierta, también circular retranqueado hacia el interior. En el paramento vertical entre las dos cubiertas del caperuzón se sitúan los ventanucos por donde entran las palomas. Dentro hay un laberinto de paredes circulares de adobe, unas dentro de otras, con nichos a ambos lados, que sirven para que las palomas hagan las puestas de los huevos y críen a sus pichones.

El palomar cubre dos funciones básicas para los labradores de estas tierras: les

proporciona proteínas, pues el pichón es uno de los platos típicos, y palomina, uno de los mejores abonos para la tierra.

Las palomas se crían en libertad, pues tienen comida suficiente en el campo durante todo el año. Solo hay dos o tres meses, los que van entre la germinación de las semillas del cereal y la siega, en que ellas necesitan para su alimentación la ayuda del dueño del palomar, coincidiendo además con la época de sus puestas. Hay un antiguo refrán castellano referente al cuidado de las palomas que dice: «Cuídame abril y mayo, aunque no me cuides todo el año».

Después de pasar todo el día trillando, su tío, antes de cenar, dijo que iba a la bodega a llenar algunas botijas de vino. Como es lógico, Martín y uno de sus primos se apuntaron a acompañarlo.

Capítulo 10: La bodega

Uno de los lugares preferidos e ideales de Martín eran las bodegas, pues le transmitían una sensación de misterio y de fantasía. Siempre iba con su tío o sus primos a llenar las botijas de vino para las comidas.

Cogieron varias botijas de barro, salieron de casa e iniciaron la subida hacia las bodegas, que están horadadas en el cerro. La de su tío se situaba entre la iglesia y el castillo, era la primera al iniciar la subida del cerro desde la plaza.

Entraron en la bodega. Nada más pasar la puerta, a la derecha, había una meseta situada entre el arranque de la escalera de bajada al inframundo y la pared medianera con el cerro. En la meseta había un pequeño y rudimentario lagar rectangular. Al ser una pequeña bodega familiar, no tenía ni husillo ni prensa.

Durante la vendimia, se llevaba a la bodega la uva en cestos que se volcaban en el lagar. Toda la familia, descalza, participaba pisoteando y estrujando la uva. Este trabajo se convertía en un juego para chicos y mayores. Terminaban todos con las ropas empapadas del mosto de la uva.

La uva se pisaba una, otra, otra y otra vez, durante largo rato, hasta que solo quedaban el rampojo y el hollejo. El mosto iba cayendo por un drenaje a las tinajas para pasar a la etapa de fermentación. En un rincón de la meseta había también un alambique para hacer orujo con el hollejo y el rampojo, aunque con el tiempo se prohibió fabricar orujo casero.

Al final del lagar y hasta el fondo de la bodega, frente a la puerta, había habilitada una zona con una mesa, bancos y algunos taburetes de madera, todo hecho artesanalmente. En esa zona, la familia y los amigos, los fines de semana o las fiestas, se juntaban para merendar. Hay una expresión muy habitual a la pregunta: «¿A dónde vais?». La contestación normalmente siempre es la misma: «Vamos a la bodega a merendar». Este es un rito ancestral en todos los pueblos de la zona.

Es muy normal empezar el recorrido por una bodega en un extremo del cerro y terminar en el otro, visitando a amigos y familiares. En todas te darán un vaso de vino y algo de picar, alardeando y diciendo que el vino de ellos es el mejor de todas las bodegas del pueblo y sobre todo mejor que el tuyo. Es el pique normal que los motiva año tras año para conseguir hacer el mejor vino. El peligro de estos recorridos está en la cantidad de vino que ingieres, pues después de la ronda vuelves a tu bodega a rematar la tarde comiendo y bebiendo. Cuando bajas por la noche del cerro a casa, lo puedes hacer gateando o rodando.

Bajaron por la escalera, los peldaños estaban esculpidos en la misma tierra con una huella estrecha y una contrahuella alta. Esto, unido a la poca luz que había, hacía de esa escalera la ideal para, si no iban con cuidado, bajar rodando

hasta el final. Del final de la escalera arrancaba un túnel que se bifurcaba en otras tres galerías, donde se tenía el vino en barricas de madera si era para envejecer, y en tinajas y cántaras de barro si era el de cosecha, para consumir a diario. El vino de su tío procedía de un majuelo que tenía a la salida del pueblo, camino de Piña, con vides de la variedad malvasía negra. Este tipo de uva es muy oscura y rojiza, de un tono parecido al cereza. No obstante, como resultado de su elaboración se obtiene un vino visualmente claro, con alta concentración de azúcar y baja concentración de taninos, el famoso vino clarete de la tierra.

Una de las galerías terminaba en un tapial de adobe y piedra que a Martín lo tenía intrigado. De pequeño no le dio importancia, solamente preguntó en una ocasión qué había detrás del tapial. Su tío le contestó que siempre lo había visto así y que suponía que sería una pared medianera con otra bodega. Pero, cuando fue algo mayor, Martín observó que, por el desnivel de ese tramo final de la bodega y la pendiente del cerro en esa parte, el tapial no podía dar a ninguna otra bodega. El túnel solo podía salir al exterior, en el inicio del cerro, o seguir pendiente abajo hasta entrar en el inframundo de la iglesia. Esto lo tuvo intrigado durante años. Además, había escuchado a su familia en algunas ocasiones historias sobre un túnel que conectaba la iglesia con el castillo. Si existía, ese túnel pasaría por debajo de la bodega de su tío, pues era el recorrido más lógico y más corto.

Lo que más le entusiasmaba a Martín era recorrer estas cuevas y túneles excavados en la tierra con un candil, con una vela o, más adelante, con una linterna. A veces, alguno de sus primos se escondía en cualquiera de los recodos para, cuando pasara, abalanzarse sobre él y, soltando a la vez un grito desgarrador, darle un susto de muerte. Además, en el pueblo, se contaban historias de gente que veía fantasmas en las bodegas, pues decían que había comunicación a través de los túneles de estas con los sepulcros de la iglesia, y que los espíritus podían transitar y salir por las bodegas al pueblo, persiguiendo y cogiendo a las chicas y chicos jóvenes para llevarlos al inframundo. En un principio, esto servía para que los jóvenes tuvieran miedo de ir solos a las bodegas. De este modo sus padres conseguían que no terminaran borrachos. Cuando se hacían mayores y perdían el miedo y el respeto, la borrachera estaba asegurada.

Martín empezó a recordar lo que un día pasó en la bodega. Él y uno de sus primos, sabiendo que su prima con una amiga iba a ir a por vino para la cena, se adelantaron, provistos de sendas sábanas viejas. Llegaron a la bodega y quitaron una pequeña piedra de la pared que tapaba el hueco donde se escondía la llave de la puerta de la bodega. Eso era habitual en los pueblos en esa época, todo el mundo sabía dónde estaban las llaves y casi nunca nadie robaba nada, ¡qué tiempos! Abrieron la puerta, volvieron a colocar la llave en el hueco y entornaron la puerta. Cogieron cada uno una vela y bajaron.

Recorrieron el túnel y se escondieron en un recoveco, cerca de la tinaja de donde cogería su prima el vino.

Al cabo de un rato sonó el crujir de la puerta, a la vez que su prima decía: «Algún inútil de mis hermanos ha estado, y cuando se ha ido ha dejado la puerta sin atrancar, se van a enterar estos cuando se lo diga a mi padre». La amiga contestó: «Seguro que no se han dado cuenta, terminarían chispas cuando acabaron de merendar o de coger vino».

Las dos empezaron a bajar las escaleras. Desde su escondite, los chicos veían ya el resplandor del candil que las alumbraba. Cuando ellas se dirigieron a la tinaja, pudieron oír el chisporroteo del vino al caer en la botija, pues en la cueva y sus galerías el eco amplificaba cualquier sonido. Después de llenar la botija, cuando las muchachas se disponían a subir la escalera, aparecieron su primo y Martín envueltos en las sábanas con velas encendidas. Ellas gritaron asustadas. A la amiga se le cayó la botija, pero su prima lanzó la que llevaba con tal acierto que le dio a su primo. Después subieron rápidamente la escalera.

Ellos, atónitos, veían menos resplandor y oyeron que atrancaban la puerta. Esto llenó a Martín de preocupación: no había previsto que los empaparan de vino y los dejaban encerrados. Martín dijo a su primo: «Subamos, tenemos que ver cómo salimos». Su primo lo tranquilizó: «No hay que preocuparse. La puerta, aunque se eche la llave por fuera, se puede desatrancar por dentro». Su primo estaba más preocupado por lo empapado que estaba y por un pequeño corte que tenía en la cabeza del que salía algo de sangre. Martín le acercó la vela su primo, cogió la sabana y se estuvo limpiando la herida. Riéndose, exclamó: «¡Este sí que es un buen alcohol!». Quedaron los dos en contar en casa que habían estado en la bodega de un amigo y se había caído al resbalarse en los escalones.

Su prima y la amiga salieron de la bodega y fueron directamente a casa con el susto en el cuerpo y sin las botijas. Cuando contaron lo pasado, su tío subió corriendo a la bodega y al llegar vio que salían su primo y él. Ya no hubo nada que contar. Su tío empezó a regañarlos con un gran cabreo, pero poco a poco bajó el nivel y empezó a sonreír.

De pronto, Martín oyó la voz de su tío diciendo: «Dejad de esconderos y de jugar y traed las botijas, que al final las romperéis». Llegaron a una de las galerías donde había tres tinajas. Su tío estuvo abriendo las espitas y probando el vino, hasta que por fin dijo: «Vamos a llenarlas de esta».

Cuando salieron de la bodega ya había anochecido. Iniciaron la bajada hacia la casa, al llegar ya olía a la cena que había preparado su tía. La ayudaron a poner la mesa y rápidamente dieron cuenta de todas las viandas, pues estaban hambrientos después haber estado todo el día zascandileando por la era.

Al acabar la cena, la noche invitaba a salir a la trasera, pues hacía una temperatura ideal y, como otras muchas noches, podían pasar un rato agradable

escuchando historias que su tío sabía contar como nadie.

A su tío, al igual que a su padre y a su abuelo, una de las historias que más le gustaba contar era la del jovencísimo y último rey de León, Vermudo III. Contaban que esa llanura entre Támara y Frómista, un día de finales de verano, hacía muchos siglos, fue testigo de un hecho memorable: se reunieron en ella dos grandes ejércitos para dirimir el litigio que tenía el reino de León y su condestable de Castilla. El rey Vermudo III se lanzó con su brioso caballo Pelayuelo hacia sus enemigos, que lo rodearon y le clavaron infinidad de lanzas. Murió en el acto.

Esa noche, su tío se explayó contándoles las batallas que se habían desarrollado allí entre moros y cristianos desde hacía más de mil años.

Les decía que un gran rey moro había asolado esas tierras durante muchísimos años. Era azote y causante de grandes desgracias para los cristianos. Cuando llegaba con sus huestes, destruía y quemaba todo. Mataba incluso a los niños y a las mujeres, aunque se llevaba a su harén a las más jóvenes y guapas. En una de esas batallas, después de derrotar a un rey cristiano, le hizo firmar una rendición deshonrosa. Además, como garantía de que pagaría las cantidades pactadas anualmente como vasallo, se llevó a Córdoba, que era la capital de su reino, a una de sus hijas para que fuera su concubina y a su hijo más pequeño.

La historia del rey moro se le quedó a Martín grabada en la mente durante mucho tiempo. Cuando hizo su preparación para el Bachiller solo le contaron algo sobre la Reconquista por parte de los Reyes Católicos, pues los profesores decían que realmente fueron ellos los que liberaron todas las tierras conquistadas por los moros. Sin embargo, años después, al estudiar el Bachiller, la historia lo cautivó y se convirtió en uno de sus principales *hobbies*. Por eso descubrió que el famoso rey moro que describía su tío en sus cuentos era Al Mansur, más conocido por los cristianos como Almanzor.

ALMANZOR

Capítulo 11: Zahira

Fue tanto el impacto que a Martín le causó Almanzor que cuando tenía diecisiete años pensó que había llegado el momento de conocer más en profundidad su historia y la ciudad que había sido la capital de al-Ándalus.

Un mes de verano sacó un billete de tren, preparó el macuto con todo lo necesario para estar allí unos días, cogió una buena manta de Palencia que siempre llevaba cuando salía de acampada por la sierra de Guadarrama o Gredos y, con una pequeña cantidad de dinero y muchas dosis de ilusión, puso rumbo a Córdoba.

Cuando llegó a Córdoba quedó deslumbrado por su historia y arquitectura. Todo lo fascinaba: el puente romano sobre el río Guadalquivir, la gran mezquita sin igual en ningún otro lugar, el alcázar y jardines de los reyes cristianos, el barrio judío con infinidad de callejas y rincones por donde uno terminará perdiéndose sin que le importe ni lo invada ningún desasosiego, pues sabe que ese paseo lo guardará en su mente para el resto de sus días. Pero su gran deseo era conocer la antigua ciudad y palacios de Medina Azahara y los restos de la ciudad que mandó construir Almanzor, Medina Zahira.

Se llevó una sorpresa cuando le dijeron que era muy difícil visitar estas ciudades, pues Medina Azahara estaba totalmente en ruinas y Medina Zahira desaparecida, aunque se creía que sus ruinas se encontraban sepultadas en un lugar cercano a la ribera, donde forma un meandro el río Guadalquivir, al este de Córdoba.

Aun así, al día siguiente, antes del alba, Martín se puso en camino para recorrer los siete kilómetros aproximados en dirección noroeste que hay desde Córdoba hasta Medina Azahara, y poder visitar sus ruinas. Previendo que a lo largo del día haría calor, llevaba la cantimplora llena de agua. Intuía que sería difícil encontrar alguna fuente en el camino hacia la ciudad.

Cuando llegó al lugar donde el primer califa de Córdoba, Abderramán III, ordenó construir su ciudad-palacio estaba amaneciendo, y el sol a su espalda empezaba a despuntar en el horizonte, reflejando en el cerro las siluetas de las ruinas de lo que se intuía habían sido grandes edificaciones.

Una vez dentro del recinto de la antigua ciudad, le pareció desolador el estado de abandono de las ruinas de lo que él consideraba que había sido una ciudad con grandes palacios, así como los restos de los inmensos jardines palaciegos situados en las terrazas inferiores del cerro.

Martín dedicó toda la mañana a deambular entre las ruinas. En esos momentos allí no había nadie. Se adivinaba que se estaban haciendo trabajos de arqueología, y en algunas zonas observó que estaban aflorando a la superficie restos de muros, frisos y mosaicos.

Al atardecer, cuando caía el sol y Martín se disponía a regresar a Córdoba,

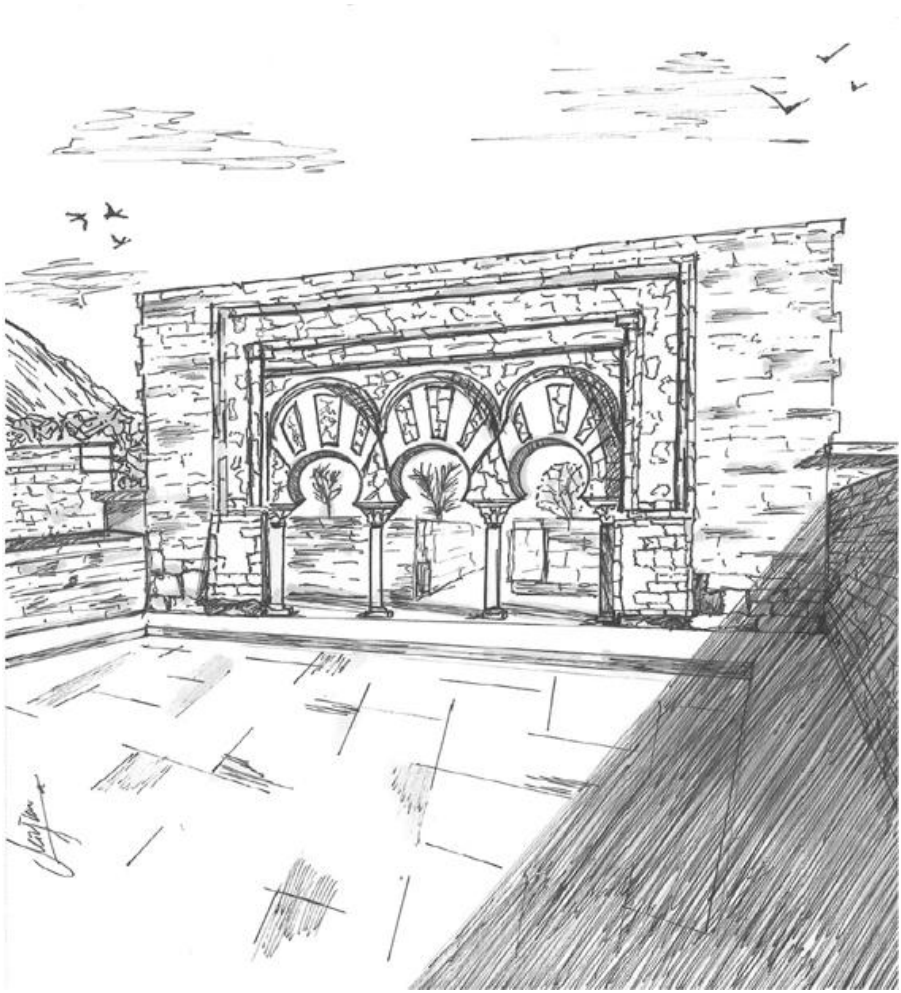
vio que a una media distancia lo observaba una persona que le pareció joven. Siguió su camino preguntándose qué haría allí esa persona y si estaría, igual que él, interesada en saber y comprender la historia del al-Ándalus.

Al entrar en Córdoba, en la lejanía veía que la persona le seguía los pasos. Martín entonces ralentizó la marcha y se dijo que desde entonces sería él quien observase y que trataría de saber quién era, aunque también pensaba que podría ser una coincidencia y que no le seguía, sino que, igual que él, volvía a Córdoba después de haber visitado Medina Azahara.

Martín llegó a la estación central y se sentó en un banco del jardín cercano. La gente entraba y salía de la estación y paseaba por allí. Al poco tiempo pasó una joven que se sentó en un banco cercano al suyo. Martín tuvo el presentimiento de que era ella quien lo estaba siguiendo. Al cabo de un rato decidió acercarse y decirle que no era de la ciudad, le preguntaría si sabía de algún lugar seguro donde pasar la noche.

Cuando se acercó, vio que la joven podría tener su edad o algo más. Sus rasgos eran bellos y sus ojos desprendían una gran luminosidad y calidez. Ante la pregunta de Martín, la muchacha sonrió y le contestó que sí, que sabía de varios sitios donde podría pasar la noche sin sobresaltos.

Martín se presentó y le preguntó su nombre, ella le dijo que se llamaba Zahira. Él, sorprendido, contestó: «Te llamas igual que la ciudad que construyó Almanzor y que todavía hoy en día se busca». Ella contestó que así era, pero que en realidad era la ciudad la que se llamaba igual que ella, pues el nombre es árabe y anterior a la ciudad y su significado es 'luminosa'. Por eso Almanzor lo eligió al construir su ciudad: para que fuera la más luminosa del al-Ándalus.También le dijo que era cierto que todavía no se había encontrado el lugar exacto donde se había edificado. Zahira, de sopetón, le preguntó: «¿Qué hacías en las ruinas de Medina Azahara?». Antes de que Martín contestara, ella siguió diciéndole: «Te he estado observando durante mucho tiempo y parecías muy interesado, me pareció que también tomabas notas y hacías dibujos de las ruinas en un gran cuaderno».



Medina Azahara.

Martín no daba crédito a lo que le estaba diciendo. Él creyó en un principio que solo lo había visto al atardecer, y sin embargo, por lo que decía, lo había estado mirando todo el día deambulando por la vieja ciudad, y además lo había observado con tanto detalle como para saber que estaba haciendo anotaciones y dibujos.

Impresionado, Martín, le dijo que era de Madrid, pero que cuando era pequeño, en Támara, un pueblo de Castilla, su familia le había contado historias sorprendentes sobre Almanzor, por eso se encontraba en Córdoba. Había ido a Medina Azahara porque quería conocer y aprender mucho más sobre la historia y vida de Almanzor, así como de la gran ciudad que construyó.

Zahira le contó que su familia era originaria de Arabia y que habían llegado a al-Ándalus hacía muchos siglos. La suya fue una de las pocas familias de esas tierras que se quedaron cuando fueron conquistadas por los cristianos. A ella también la contaban historias fantásticas de Almanzor y de la ciudad que

mandó erigir y que llevaba su nombre. Después, le dijo que vivía cerca del puente romano, a orillas del río Guadalquivir, que deberían ir hacia allí y que le enseñaría un viejo molino donde seguro que podría pasar la noche a resguardo. Martín asintió y pusieron marcha hacia el molino.

Fueron caminando por el centro. Córdoba desprendía un aroma especial en sus calles, y la visión de sus callejuelas anexas la convertía en una ciudad entrañable.

Zahira, según paseaban, se paraba para contarle algo interesante sobre los barrios y los edificios por donde pasaban. Cuando bordearon la gran mezquita, Zahira le dijo: «Esta es una de las grandes joyas que los árabes dimos a este país. Esta construcción perdurará para siempre y hará que se nos recuerde como una gran cultura».

Llegaron al molino. A Martín le pareció un sitio fantástico y agradable para pasar la noche, aunque lo recorrió un escalofrío desde la nuca hacia bajo al recordar la historia que un día le contó uno de sus tíos sobre un molino y la Santa Compaña en el canal de Castilla.

Después de seguir charlando un rato sobre la historia de Almanzor y sus conquistas, Zahira se despidió diciéndole que al día siguiente volvería y lo llevaría donde ella sabía que se encontraban las ruinas de Medina al-Zahira.

Martín sacó del macuto un poco de pan, chorizo y queso que le había sobrado de la comida y dio cuenta de ello. Cuando acabó, extendió la manta en un montón de paja, puso la mochila de cabecero y se dispuso a pasar la noche. Tardó en conciliar el sueño, pues seguían dando vueltas en su cabeza el encuentro con Zahira y la posibilidad que se le brindaba de conocer algún vestigio de la ciudad de Almanzor. Sin darse cuenta fue cayendo en el sopor y se durmió plácidamente.

La luz del amanecer lo despertó. Los rayos del sol se filtraban por algunas grietas y una pequeña ventana que tenía el molino justo enfrente de donde se había tumbado para dormir y pasar la noche.

Al poco tiempo llegó Zahira. Llevaba un morral en bandolera. Lo saludó con una agradable sonrisa, se sentó en la manta, abrió el morral y sacó un paño. Cuando lo extendió aparecieron unos pequeños bollos que desprendían un embriagador olor a canela. Zahira le dijo que los había hecho su madre para desayunar y que se los comiera antes de que se enfriaran. Martín los devoró enseguida, pues se había despertado con apetito. Cuando terminó, recogió la manta, la puso encima del macuto, la fijó con las correas y salieron caminando río arriba, hacia lo que ella aseguraba que era la ciudad resplandeciente de Almanzor.

El camino por el río fue tremendamente agradable. Zahira le contaba infinidad de situaciones vividas en el mismo río, pero lo que de verdad le llamó la atención fue cuando le dijo que los ancestros de su familia, hacía muchos siglos, antes de que la ciudad fuera totalmente destruida, habían vivido en ella,

y tenían en su poder un relato que contaba la historia ancestral de la familia de Almanzor desde su salida de Arabia hasta su llegada a al-Ándalus así como la historia de su propia vida. Martín no daba crédito a lo que estaba oyendo.

Zahira no sabía quién había escrito el relato, podía haber sido un amigo fiel de Almanzor llamado Hassan, pero de lo que estaba segura era de que todo lo que se decía en él era cierto. En la historia se mezclaban la expansión del islam, un antepasado de Almanzor llegando a España, su infancia, su escalada al poder, sus victorias sobre los reinos cristianos y del norte de África, su muerte, la decadencia de su familia y la desaparición del califato de Córdoba.

Cuando terminó de contarle toda esta historia, Zahira le dijo: «Ahora mismo estás encima de Medina al-Zahira». Martín se quedó decepcionado, pues allí no había ruinas ni se intuían vestigios de una ciudad. Zahira le dijo que cuando algo que ha sido muy hermoso y no se ve deja de serlo, pero que debajo de sus pies estaba la ciudad palaciega más bella que vieron y verán los siglos. Ella esperaba que un día se hicieran trabajos arqueológicos para que afloraran a la superficie los restos que se salvaron de la destrucción.

Se sentaron y Zahira sacó de su morral una carpeta donde guardaba un bonito cuaderno que contenía la traducción que ella había hecho del árabe al castellano de la historia de Almanzor y su familia. El original en árabe lo guardaba su padre, y nunca se desprendían de él, fueran donde fueran.

Zahira se lo dio a Martín y le dijo: «Esto te lo enseño y te lo dejo porque sé lo interesado que estás. Estoy segura de que harás buen uso de todo lo que leas y de que enriquecerá las historias que de pequeño te contaron».

A Martín le vinieron con rapidez a la memoria recuerdos de hacía unos años, cuando en uno de sus viajes a Támara había hecho también unos descubrimientos importantes en los túneles y pasadizos de la bodega de su tío.

Martín observó que Zahira había dibujado una bonita portada en la cual figuraba Almanzor subido en lo alto de una alcazaba, mirando al horizonte, donde el sol del ocaso ya estaba ocultándose.

Zahira le dijo: «Guárdalo. Estos días, al atardecer y durante la noche en la soledad del molino, tendrás tiempo de disfrutar con su lectura».

Regresaron a Córdoba después de haber pasado un día agradable contándose las historias que durante la infancia les habían narrado.

Capítulo 12: La expansión del islam y la invasión de la Península

Cuando al anochecer Martín se quedó solo en el molino empezó la lectura de una historia que suponía que sería tan interesante como le había contado Zahira.

⋆

Al Mansur bi-llah, el victorioso por Allah (940-1002), pertenecía a la tribu yemení de Ma'afir. Podía muy bien vanagloriarse de su puro linaje, pues su séptimo abuelo fue uno de los árabes elegidos para penetrar en España bajo las órdenes de Tariq ibn Ziyad, en el siglo VIII.

Tras la muerte de Mahoma, en el año 632, sus seguidores, bajo el califato ortodoxo Rashiidun, iniciaron una guerra santa. Consiguieron en una década una fuerte expansión: conquistaron toda la península arábiga, Palestina, Siria, Egipto, Mesopotamia y, posteriormente, en el año 660, la totalidad del Imperio persa.

A Almanzor desde pequeño le entusiasmaba estudiar todo lo referente a las enseñanzas del Corán y a la historia de sus ancestros, en especial de su séptimo abuelo, Abd al-Malik. En la familia conservaban un diario escrito por él, perfectamente redactado, que narraba desde el inicio de la campaña militar en la que él intervino por el norte de África hasta la conquista de toda la Península Ibérica y de la sociedad que implantaron en al-Ándalus.

Almanzor, joven inquieto y buen estudiante, continuamente leía y releía el diario y los relatos de Abd al-Malik. En uno de ellos, contaba su antepasado cómo en un intervalo de cinco años, bajo el califato de los Omeyas, conquistaron todo el norte de África. En el año 710 llegaron a Tánger y la ganaron también después de una larga batalla contra las tribus bereberes. En esa batalla, al-Malik cayó de su caballo y estuvo a punto de ser rematado por un bereber. Lo salvó el propio Tariq ibn Ziyad, que fue posteriormente nombrado gobernador de la ciudad por su señor, Musa ibn Nusayr, que a su vez era el gobernador de Ifrikiya, denominación que daban los Omeyas al norte de África. Al-Malik se sentía en deuda con su señor y tenía claro que daría la vida por Tariq si este se lo pidiera.

Como hombre de confianza de Tariq, fue con él en embajada a Septem, actual Ceuta, donde estaba situada la fortaleza del comendador conde Julián. Este había sido el último exarca bizantino de África, pero en esos momentos rendía vasallaje a los visigodos de Hispania.

La reunión y negociaciones con Julián fueron todo un éxito para ambas partes. Ellos ya sabían que las relaciones de Julián con los visigodos, y en concreto con don Rodrigo, su rey, atravesaban un momento muy delicado y de una gran tirantez. Según el historiador egipcio Ibn 'Abd al-Hakam, la causa era

una mujer.

Julián envió a una de sus hijas, llamada Florinda aunque después sería más conocida como la Cava, a la corte visigoda del rey en Toledo para recibir una educación digna de su posición y además como gesto de lealtad.

Florinda era de una hermosura deslumbrante, tanto que el rey quedó prendado de ella desde el momento en que la vio, y le daba regalos y prebendas para tratar de conquistarla.

En los jardines de sus aposentos en la corte de Toledo había un estanque con varias fuentes, donde ella iba a bañarse acompañada de sus doncellas. En ocasiones se bañaba totalmente desnuda. El rey Rodrigo, escondido detrás de los arbustos, la contemplaba cuando entraba desnuda como una diosa en el estanque. Se quedaba embelesado viendo cómo su maravilloso cuerpo de un tono ámbar hacía un magnífico contraste con las aguas cristalinas que las fuentes se encargaban de derramar sobre su maravillosa figura.

Parece ser que don Rodrigo no obtuvo el éxito deseado en el cortejo. No aceptó el rechazo y, mujeriego y lascivo, la raptó. La encerró en sus aposentos y la ultrajó y la violó en múltiples ocasiones. Llegó a dejarla embarazada.

Debido a estos sucesos, Julián mandó sacarla de la corte de Toledo y traerla de regreso a Ceuta.

⋆

Martín recordó que estos hechos los recogen crónicas, romanceros y baladas, tanto por musulmanes como por cristianos. Unos enaltecen a Florinda, una joven virgen, inocente, violada por un degenerado don Rodrigo. Otros la convirtieron en una manipuladora y seductora, conocida como «la Cava Rumía».

Cuando Cervantes, después de la batalla de Lepanto, se encontraba cautivo en Argel, tuvo noticia de este hecho legendario e histórico. Él lo refleja en un pasaje del *Quijote* (I XLI, 25 IV):

> Mas quiso nuestra buena suerte que llegamos a una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio o cabo que de los moros es llamado el de la Cava Rumía, que en nuestra lengua quiere decir 'la mala mujer cristiana', y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir 'mujer mala', y *rumía*, 'cristiana'; y aún tienen por mal agüero llegar allí a dar fondo cuando la necesidad les fuerza a ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio según andaba alterada la mar.

Martín reflexionó sobre cómo conocimientos adquiridos por distintas vías confluían en el mismo punto. Esa era parte de la magia de aprender historia. Satisfecho, siguió leyendo el cuaderno de Zahira.

⋆

En las negociaciones que tuvieron con Julián, este vio la posibilidad de aliarse con el califato, poniéndose de acuerdo con Musa ibn Nusayr y Tariq para que los omeyas invadan Hispania y traicionando así a los visigodos como venganza por la ofensa sufrida.

A partir de ese momento, Julián puso en conocimiento de Musa la existencia de una gran división entre los clanes y la aristocracia visigoda, que se hallaban al borde de la guerra civil. De una parte estaba el clan de Chindasvinto-Recesvinto, al que pertenecía don Rodrigo. Este había sido nombrado rey con el apoyo de la Iglesia católica tras la muerte del rey anterior, Wittiza, del clan de Wamba-Égica, que había muerto en el 710, con apenas treinta años, en extrañas circunstancias. Como es natural, este deceso causó una gran conmoción en los hijos de Wittiza, que además al ser hostigados por don Rodrigo tuvieron que salir huyendo junto a sus nobles de Hispania y buscar refugio en Ceuta, bajo la protección del conde Julián.

Esta noticia no era nueva para Abd al-Malik y sus señores Musa y Tariq, que sabían que el ejército visigodo estaba dividido en dos facciones cada vez más irreconciliable. Su califa era consciente de que tenían que aprovechar estos momentos de debilidad, y junto a ellos planificó la invasión de Hispania. Necesitaban a Julián para que pusiera a su disposición la flota de barcos que tenía, para que sus tropas cruzaran en ellos el estrecho de Gibraltar. También les iba a hacer falta la ayuda de los witizanos cuando penetraran en Hispania.

⋆

Martín paró un momento de leer. Salió a estirar las piernas y estuvo escuchando un rato los sonidos nocturnos del Guadalquivir. Después, entró de nuevo en el molino y siguió leyendo. El antepasado de Zahira seguía contando en sus escritos que el trabajo de preparación e intrigas que tuvieron que realizar para la invasión fue intenso. Desde ese punto, el relato se narraba en primera persona. A Martín le pareció muy interesante ese detalle y se sintió muy cerca de la historia.

⋆

Una vez realizado todo el trabajo, llegada la siguiente primavera, Julián nos proporcionó los barcos necesarios para trasladar las tropas musulmanas bajo el mando del general Tariq ibn Ziyad. Esta fuerza estaba formada por unos mil setecientos hombres. El 30 de abril del año 711, después de cruzar las columnas de Hércules, desembarcamos en la bahía de Algeciras, primera ciudad que fundamos cuando llegamos a Hispania.

Aprovechamos ese momento porque sabíamos que don Rodrigo estaba con

su ejército combatiendo en el norte a los vascones. A la vez seguía también con su guerra interna e intrigas con los partidarios de Wittiza y había dejado desguarecido el sur de la Península.

Cuando don Rodrigo quiso reaccionar y marchar con su ejército al sur, ya era demasiado tarde: habíamos tenido tiempo de consolidar nuestras posiciones. El primer enfrentamiento tuvo lugar cerca de Arcos de la Frontera, en las riberas del río Guadalete. Nuestro ejército, mejor preparado, mejor posicionado en el campo de batalla y liderado por Tariq, logró que consiguiéramos una gran victoria. Creemos que en esa lucha perdió la vida el rey visigodo, don Rodrigo. Aunque es cierto que no encontramos su cadáver, nunca más supimos de él.

Ante esta derrota, donde los visigodos perdieron muchísimos hombres, la aristocracia y sus fieles comenzaron la retirada hacia el norte de Hispania, acosados sin descanso por nuestras fuerzas. Nosotros, los árabes del califato de Omeya, conseguimos en tan solo nueve años conquistar totalmente la Península Ibérica. Sabíamos que éramos fuertes y creíamos con firmeza en nuestras posibilidades, pero en gran medida la rapidez en la conquista se debió a que la aristocracia y la clase dominante visigoda, después de ocupar Hispania y libres del yugo del Imperio romano, durante tres siglos se dedicó más a la holganza, el libertinaje y la buena vida que a dar al pueblo seguridad y herramientas para subsistir. Vivieron a costa de su pueblo y no tuvieron en ese momento ningún recato en abandonarlos. Huyeron a Francia cargados con todos los tesoros. El pueblo, sin líderes y con pocas ganas de luchar, pues los clanes visigodos habían conseguido dividirlos, opuso muy poca resistencia. Más bien nos veían como libertadores que como invasores, pues desde el principio tuvimos un gran respeto hacia el pueblo llano.

Nosotros teníamos varios retos e ilusiones importantes.

El primero era la conquista de territorio. Éramos conscientes de que, desde la caída del Imperio romano hasta ese momento, Europa se encontraba sumida en un gran desconcierto. Esto nos beneficiaba y sabíamos que las conquistas nos harían más fuertes.

Otro era que después de la muerte de nuestro profeta Mahoma, ocurrida hacía relativamente poco tiempo, teníamos la obligación de llevar su mensaje e implantar su doctrina por todo el mundo conocido, así como de compartir nuestros grandes conocimientos en matemáticas, filosofía, astronomía, arquitectura, medicina y muchísimos más.

También otro menos conocido, pero con tanto peso como los demás. Sabíamos y teníamos constancia de que algunas de las reliquias más importantes de nuestra fe estaban esparcidas por Europa, pues después de la caída de Roma y el saqueo de la ciudad por parte de los godos algunas se encontraban en España, más concretamente la mesa o tabla del rey Salomón.

Según nuestras leyendas, en el año 70 el general Tito, futuro emperador

romano, invadió Jerusalén para acabar con los judíos sediciosos. Los romanos destruyeron y saquearon el templo de Salomón. Entre los tesoros que se llevaron a Roma estaba la mesa.

En el año 410, cuando los godos invadieron y saquearon Roma trasladaron la mesa a Carcasona, situada al sur de las Galias. Después se desató una guerra entre los bárbaros y, ante el avance de los francos, el rey visigodo Amalarico la envió a Barcelona. Cuando Amalarico murió asesinado en Barcelona, en el año 560, el rey Atanagildo instaló la capital del reino en Toledo y trasladó allí todos los objetos de gran valor que conservaban del saqueo de Roma, entre ellos la mesa del rey Salomón.

Almanzor observó que en el diario de su séptimo abuelo Abd al-Malik no se volvía a hacer mención de esta mesa ni se recogía si se encontró. Esto lo tuvo intrigado durante muchos años. Repasó todos los escritos que sobre ella había en las bibliotecas de al-Ándalus y en los manuscritos visigodos, pues la curiosidad le había creado la necesidad de saber si existía y en qué lugar podría todavía estar guardada. Dedicó bastante tiempo al estudio del asunto y se dio cuenta de que había infinidad de leyendas fantásticas que podían o no ser creídas.

Uno de los lugares donde se supone la guardaron los visigodos era en la cueva de Hércules. Encima de ella se edificó una iglesia dedicada a san Ginés, decapitado durante el Imperio romano, a principios del siglo IV, en la época del emperador Diocleciano. En el subsuelo de esta zona existen una serie de grandes galerías y aljibes de la época romana, pero Almanzor tenía constancia de que ellos habían estado buscando y excavando en esas galerías cuando llegaron a Toledo y nunca habían encontrado nada.

Otras teorías, de acuerdo con algunos antiguos escritos que Almanzor había estudiado, hablaban de un hecho mitológico acaecido milenios atrás. Se decía que Toledo fue fundada por Hércules, y que la cueva de Hércules es un conjunto de extensas galerías subterráneas de un fantástico palacio encantado que construyó el propio Hércules en jade y mármol en las inmediaciones de Toledo. Allí, Hércules impartía a sus discípulos ciencias ocultas y lecciones de alquimia, y guardaba en el interior de una de las enormes galerías grandes riquezas y también las desgracias que amenazaban a España. Cuando llegó a Toledo, Atanagildo guardó también en la cueva grandes tesoros traídos desde Barcelona y puso un candado en la puerta. Ordenó que cada nuevo rey añadiera uno, ya que las amenazas se cumplirían el día en que uno de ellos fuera curioso y entrara. Según esa leyenda, el rey visigodo don Rodrigo fue ese rey curioso. Cuando fue investido rey, en el año 710, quiso saber lo que la cueva ocultaba y rompió cada uno de los veintitantos candados. Pasó y llegó a una primera sala, que parecía un lugar de oración. Avanzó y llegó a una segunda sala, por su aspecto de ceremonias. La tercera sala albergaba un gran cofre. El rey lo hizo abrir. No guardaba ningún tesoro, pero sí un lienzo con

dibujos de guerreros a caballo y espadas curvas con una inscripción que decía: «Cuando ojos humanos vean este lienzo, estas criaturas dominarán la Tierra Santa» (supuestamente, «estas criaturas» éramos los musulmanes, que invadimos el reino al año siguiente). A partir de ahí no se sabe si don Rodrigo pasó a la cuarta sala, aunque parece ser que sí y que llegó a ver la tabla o mesa del rey Salomón.

A Almanzor le contaron que en un pueblo cercano a Toledo había una historia popular que se trasmitía de padres a hijos. La leyenda contaba que existen unas enigmáticas cuevas, construidas por el hombre y datadas en el 4000 a. C., que podían ser las del palacio de Hércules. Unían el pueblo con Toledo y se podía acceder a ellas a través de una bóveda derruida. Después de pasar multitud de laberintos se llegaba a un espacio tan grande como una gran mezquita, con salas de reunión, de oración y de ceremonias, con grandes mesas donde se supone que realizaban sacrificios. Desde ahí se pasaba a otras salas y a otras galerías que se orientaban hacia Toledo. Almanzor preguntó a su familia si en algún momento se había buscado o encontrado algo en Toledo. Su familia le dijo que se centrara en estudiar las enseñanzas del Corán, que todo lo que había que buscar se buscó y se encontró, y si no se encontró, era porque en esos momentos ya no existía.

⋆

Martín se detuvo a pensar un momento. Recordaba las historias sobre dicho palacio. Terminaron diciéndole que, hoy en día, del palacio solo quedarían las cuevas, que se supone ocultan maravillosos tesoros.

Estas cuevas se encuentran en una finca de propiedad privada cercana al pueblo de Mocejón y en un estado de conservación lamentable, deplorable y peligrosísimo (en todo ese cerro se observan hundimientos y accesos adicionales a galerías cegadas). Al no ser de Patrimonio Nacional, no se ha podido realizar una investigación oficial.

En los últimos años, buscadores de tesoros investigan por las cuevas y subterráneos de Toledo y alrededores, relanzando la teoría de la tabla frente a la de la mesa de las crónicas musulmanas. Dan por hecho que el verdadero tesoro de los reyes visigodos nunca fue encontrado ni abandonó la capital, aunque parece ser que en la retirada de los godos de la corte de Toledo hacia el norte, causada por el avance musulmán, se llevaron la tabla y la escondieron en algún lugar que todavía no se ha podido encontrar.

Almanzor habría leído unos escritos musulmanes que sostenían que Tariq encontró la mesa de Salomón en Toledo o en Alcalá de Henares y se la llevó a la actual Medinaceli, probablemente por el topónimo: la localidad fue llamada Medina Talmeida (Ciudad de la Mesa) y Madinat Salim (Ciudad fundada por Salim ibn Waramad), que sería una deformación de Madinat Shelim, Ciudad de Salomón. Después, desde allí, en el año 714, Musa y Tariq habrían viajado

con ella a Damasco para entregársela al califa.

Hay otra leyenda que cuenta que los árabes, cuando se dirigían hacia el sur de la Península con la mesa y otra parte de los tesoros visigodos para embarcar y dirigirse a Damasco, se vieron obligados a esconder estos tesoros. Muchos siglos después estos fueron encontrados por un labrador entre Torredonjimeno y Martos (Jaén). Cuando el obispo Alonso Suárez construyó la catedral de Jaén, depositó la mesa en ella, aunque posteriormente pasaría a Arjona para ser protegida por la logia pontificia de los Doce Apóstoles. El barón de Velasco fue el fundador de la sociedad y quien escondió la mesa en el subsuelo de la cripta de la iglesia que tenía en su propio palacio. Ahí se encontró una lápida que replica los mándalas geométricos de la mesa de Salomón. Se cree que con estos algoritmos se puede conocer la verdadera fuerza del universo, así como la posibilidad de pasar a dimensiones diferentes a las conocidas.

Martín continuó leyendo. Comprobó que no había sido él el único cautivado por la historia. También Almanzor, según el cuaderno, investigó.

⋆

Parece ser, según le contó su familia a Almanzor, que no se tenía constancia de que Musa y Tariq se llevaran la mesa, lo que sí le dijeron, y Abd al-Malik escribió en su diario como cierto, es que Tariq le pidió todos los documentos que se habían escrito de las zonas invadidas, los inventarios de los bienes y de las propiedades incautadas, pues tenían que partir hacia Damasco para rendir cuentas al califa sobre su gestión.

Musa y Tariq llegaron allí poco antes de la muerte del califa Al-Walid, y, según las crónicas, Musa fue juzgado. Parece ser que el propio Tariq actuó como acusación, aportando pruebas contra Musa por malversación. La repentina muerte de Al-Walid detuvo el proceso, que concluyó su hermano, el nuevo califa Suleimán I, condenándolo a muerte, aunque se conmutó la pena por el pago de una fuerte suma de dinero y bienes. Ninguno de los dos regresó a la Península: Musa murió asesinado en Damasco un año después y Tariq murió unos años más tarde, en el 722.

Todo esto a Almanzor, aunque era muy joven, lo intrigaba, le parecía muy raro. ¿Cómo era posible que después de una brillante gestión de cinco años, habiendo extendido el califato por el norte de África y casi totalmente por toda la Península, llegaran con rencillas personales a presentarse al califa? Y había más preguntas: ¿cuál fue el verdadero motivo para condenar a muerte a Musa, que además murió asesinado al año siguiente? ¿Por qué no dejaron a Tariq volver a al-Ándalus? ¿Tuvo algo que ver la mesa de Salomón? ¿La llevaron a Damasco o no? ¿Se encontró o todavía sigue oculta? ¿Es cierto su poder y magnetismo? ¿Se podría pasar a través de ella a otra dimensión desconocida? ¿Existió verdaderamente la mesa, según afirma el Antiguo Testamento hebreo?

¿Por qué siempre se tropezaba con un misterio que nadie quería desentrañar?

Aunque Almanzor, llegado el momento y pasados unos años, dejó de pensar en la mesa, parece ser que siempre tuvo cierta predilección por Medinaceli, pues, pasados muchos años, llegó a residir allí cuando salía de aceifas contra los cristianos. Además, en esa época era el puesto avanzado de la marca media del islam en la Península. Al final, cuando regresaba de una de sus incursiones por los reinos cristianos en la zona de La Rioja, encontrándose enfermo, pidió que lo llevaran a Medinaceli, donde murió en el año 1002. Fue enterrado en la ciudad, de acuerdo con sus deseos.

⋆

El cuaderno describía también los grandes avances que los árabes trajeron a Hispania. Una vez asentados y consolidados sus dominios, pasaron a introducir cambios sociales y culturales. Los avances en la agricultura fueron notables: incorporaron nuevos sistemas de riego y nuevos productos y semillas, agruparon los sistemas de producción, introdujeron una nueva arquitectura y una larga lista de cosas, así como una nueva doctrina.

Doctrina o religión que, aunque parezca antagónica a la cristiana, tiene sin embargo cosas en común. Ambas comparten en sus libros sagrados, la Biblia y el Corán, algunos de los profetas más importantes, como Noé, Abraham, Jacob, Moisés y David, que proceden de un tronco común, la religión judaico-hebrea. Los musulmanes aceptan a Jesús como otro profeta.

Mahoma creyó que no se seguían los preceptos y mandamientos básicos de estos profetas, pues opinó que los que impartían las enseñanzas estaban corrompidos. Por ello, el profeta inició una nueva senda de enseñanza para dotar al pueblo de una vida mejor. Se enfrentó al poder establecido, lo que le supuso ser perseguido y encarcelado, igual que le pasó a Jesús. Tuvo que huir de La Meca, lugar donde nació en el año 571, y refugiarse en Medina, donde murió. A partir de su muerte, sus seguidores lo consideraron el gran profeta y la voz de Alá en la tierra.

Durante toda su vida, Martín se preguntó cómo es posible que haya continuos enfrentamientos, matanzas y guerras entre las civilizaciones cristiana, judía y musulmana cuando compartimos los principios básicos. ¿Cuáles son los motivos? ¿El control del poder en una zona de alto valor estratégico? ¿El económico? ¿Por qué muchos países son cómplices de las guerras en Oriente Medio permitiendo, consintiendo y financiando la venta de armas? Siempre creyó que sería de una importancia vital que en el marco de la ONU las grandes potencias y sus dignatarios se sentasen a dialogar sin condiciones previas, para lograr acuerdos y conseguir un mundo más justo, donde todos podamos vivir en armonía.

En aquel momento, aún en su juventud, continuó leyendo el cuaderno que le había dado Zahira.

★

Los árabes, una vez conquistada la Península Ibérica, pasaron a llamarla al-Ándalus en lugar de Hispania.

Después de un largo periodo de tiempo muy fructífero, los musulmanes, igual que les pasó a los visigodos, entraron en un periodo de relajación, entablándose además una fuerte lucha interna por el poder entre los partidarios del califato de los Omeyas y los partidarios de la creación de un nuevo califato. Esta situación produjo un fuerte desencuentro entre los distintos clanes, y los cristianos aprovecharon para conseguir grandes avances en el norte y centro de la Península.

En el año 929, el emir Abd al-Rahman III se proclamó califa del califato de Córdoba. De este modo se convirtió en el primer califa independiente de Damasco. El poder dinástico cambió a causa de este acontecimiento. Los califas de al-Ándalus obtuvieron un gran reconocimiento y adhesión del pueblo.

Después de estos hechos, durante cincuenta años, hubo una relativa calma, conseguida a través de treguas entre musulmanes y cristianos.

Con la aparición de Almanzor, en un corto periodo de tiempo las reglas del juego cambiaron.

Almanzor fue un estudiante brillante en tradiciones del profeta mediante el estudio del Corán, y adquirió además una gran especialización en la jurisprudencia. Estos estudios le ayudaron mucho a entrar como funcionario y escribano público al servicio del cadí supremo de Córdoba Muhammad al-Salim. Redactó leyes y proclamas, y fue tan brillante en estas tareas que consiguió ganarse la confianza del cadí. Además, era poseedor de una gran simpatía y encanto personal, lograba fácilmente empatizar con las personas, por lo que rápidamente fue ascendiendo, hasta ser presentado al primer dignatario del Estado, el visir al-Muṣḥafī. Este hecho decidió el futuro de Almanzor, que se fue labrando poco a poco un brillante porvenir.

Siendo funcionario del cadí conoció a Hassan, que sería uno de sus grandes amigos y fiel colaborador a lo largo de toda su vida. Hassan intuía que detrás del inteligente Almanzor había también un joven ambicioso, con ansias de poder y dominio sobre los demás, con grandes contradicciones morales: podía ser, según las circunstancias, una persona encantadora, justa y desprendida o un ser autoritario, prepotente y sin escrúpulos.

Con menos de treinta años, Almanzor fue designado asesor y administrador del príncipe heredero, Hišām. Hassan lo acompañó como hombre de confianza a las oficinas del complejo palaciego de Medina Azahara. Almanzor se ganó rápidamente también la confianza de la gran princesa Ṣubḥ. Incluso se sospechó que pudieron existir relaciones amorosas entre ambos. Hassan creía que eso era cierto, pero no sería él quien traicionase a su amigo y señor, pues esas relaciones podrían no solo acarrearle graves contratiempos, sino significar su

muerte. Lo que sí sabe es que Almanzor se ganó no solo la confianza de la princesa, sino que en un espacio de tiempo muy corto obtuvo también la confianza y respeto de toda la corte del califa al-Hakam II, pues, aparte de su magnetismo, siempre tenía el regalo adecuado para la persona, fuera hombre o mujer, a la que quisiera conquistar para seguir escalando en la pirámide del poder.

Hassan, al ser su brazo derecho, tenía sus espías y contactos dentro de la corte. Participaba en intrigas y preparaba juegos cortesanos tanto con mujeres como con hombres para que su amigo y señor consiguiera sus objetivos. En ocasiones estos juegos placenteros duraban varios días, aunque era raro que Almanzor participara en ellos.

Rápidamente, Almanzor conquistó una gran posición en su carrera política y en la sociedad de al-Ándalus y obtuvo unos inmensos beneficios por el desarrollo de su trabajo. Siendo ya poseedor de una considerable fortuna, estimó que había llegado el momento de construirse en el barrio de Al Rusafa una lujosa residencia en la que vivir de acuerdo con la dignidad de su rango. Durante esta época, Almanzor siguió especializándose con gran efectividad en el arte de las intrigas. Gracias a la ayuda de su discreto amigo Hassan consiguió acumular más poder.

Después de consolidar este estimable poder en la corte, para seguir su ascendente carrera era imprescindible entablar relaciones con los generales del Ejército, uno de los pilares fundamentales para los musulmanes en España. Debían pasar a la ofensiva, pues los reinos de León y Navarra, aunque con grandes desavenencias entre ellos y sus condestables, cada día seguían haciéndose más fuertes, y lentamente iban ganando terreno en la Reconquista.

Almanzor, con su encanto y gran poder de seducción, logró convencer al general Galib, comandante en jefe de las fuerzas militares, de participar junto a él en las próximas campañas militares que se iban desarrollar en África. Esta experiencia fue vital para él. Se ganó la confianza Galib y de la tropa, y a la vez fue tejiendo lazos de amistad con las fuerzas bereberes del norte de África, que en un futuro próximo le serían de gran utilidad para reforzar su ejército en la lucha contra los reyes cristianos.

En el año 976, tras una larga enfermedad, murió el califa al-Hakam. El califa había designado para sucederle a su hijo Hišām, que tenía por entonces once años, bajo la tutela del visir al-Muṣḥafī. Por su parte, el partido de los esclavones palatinos *(ṣaqāliba)* querían nombrar heredero a su tío al-Mugīra.

En esos momentos de inestabilidad política, Almanzor desempeñó un papel de la máxima importancia, trazando un plan y una estrategia para llevar a cabo de inmediato. Por un lado, debía asegurase el apoyo de Ṣubḥ, la gran princesa. Ella le daría soporte económico y le procuraría el apoyo de las tropas merced a su influencia. Por otro lado, debido a su vinculación con el visir al-Muṣḥafī, conseguiría nuevos vuelos a su ambición, ya que a partir de ahí ocuparía los

más altos puestos del Estado. Eso sí, sabía que todo esto no le iba a salir gratis, pues debió ocuparse de al-Mugīra, hermano menor de Al-Ḥakam II, al que la guardia esclavona quería elevar al califato. Lo hizo ayudado por sus fieles, aun en contra de su deseo. Hassan le advirtió: «La voluntad termina siendo voluble cuando uno se mete en la rueda de la intriga y el poder. Si sigues por este camino, te va a ser muy difícil salir de la rueda. Llegado el momento, si quieres salir de ella, con seguridad te esperará la muerte». A Almanzor le molestó esa reflexión, que no le hubiera consentido a nadie más. Sabía que su amigo y servidor estaba en posesión de la verdad, pero él se consideraba inteligente y lo bastante audaz para saber manejar los hilos de la intriga y el poder, y no estaba dispuesto a renunciar a lo que para él era lo más importante: someter a los cristianos, convertirse en un gran caudillo y ser recordado en la historia del al-Ándalus como el más grande defensor del islam.

Tras el asesinato de al-Mugīra y duras negociaciones, los esclavones se adhirieron a la causa de los dos hombres fuertes del régimen, al-Muṣḥafī y Almanzor, perdiendo el partido esclavón la influencia política que había tenido durante los reinados de ʻAbd al-Raḥmān III y de al-Ḥakam II. El propio Almanzor fue el encargado de redactar el acta de investidura *(bayʻa)* del nuevo soberano. El aún niño Hišām II fue solemnemente entronizado a los dos días siguientes de la muerte de su padre y recibió el juramento de los altos dignatarios del Estado ante el cadí supremo, Muhammad Ibn al-Salim.

A partir de este momento, al-Muṣḥafī y Almanzor se constituyeron en tutores políticos de Hišām II, eficazmente apoyados por la gran princesa Ṣubḥ madre del soberano. Al poco tiempo, Hišām II nombró a Almanzor gran visir, y chambelán al gran al-Muṣḥafī. Si Almanzor lideraba el Ejército y la Policía, desde donde planearían su próxima y efectiva estrategia, la princesa Ṣubḥ dominaba el alcázar califal, núcleo administrativo y económico. Esto transmite el *dikr bilad* al-Ándalus en una crónica árabe anónima sobre la princesa Ṣubḥ:

> Tenía el control del reino por la minoría de edad de su hijo, y los visires no decidían nada sin consultarla ni hacían otra cosa que lo que les ordenaba.

⋆

Martín hizo un cálculo rápido. Almanzor tenía en esos momentos treinta y seis años. Se había procurado en ese tiempo un enorme poder político, y se puso al frente de un gran ejército para iniciar una serie de campañas militares para consolidar y ampliar los límites del califato. Comenzó la campaña sitiando los arrabales de al-Hamma, hoy Baños de Ledesma, en la provincia de Salamanca. A esa campaña siguieron otras cincuenta. Almanzor siguió batallando durante más de veinte años.

⋆

Córdoba estaba inmersa en infinidad de intrigas y luchas por el poder. Por eso, Almanzor se veía obligado a regresar entre campaña y campaña para consolidar su hegemonía. En esto Almanzor sacaba mucha ventaja a los reyes y condes cristianos, pues él, además de un general victorioso en el campo de batalla, era sagaz a la vez en los lares de las intrigas, y no dudaba en ser, la mayoría de las veces, quien las ocasionaba para obtener más poder y beneficio propio. Nada lo frenaba, ni siquiera el asesinato de sus mentores o familiares.

Durante ese tiempo, y por el cariño y aprecio que le tenía, el comandante en jefe de la frontera, Media Galib, le entregó la mano de su hija Asma, mujer inteligente, dotada de una excelente cultura y de una gran belleza. Almanzor la valoró y no se separó nunca de ella.

Con el apoyo de su suegro y comandante hizo arrestar al chambelán al-Muṣḥafī en el año 977 por corrupción y malversación. Unos años más tarde, en el 983, aun habiendo sido su protegido, intrigó para que muriera, posiblemente envenenado. Con este golpe, Almanzor dio un mensaje a los hijos y seguidores de al-Muṣḥafī, haciéndoles saber de una forma maquiavélica que su ambición no tenía límites y que nada lo frenaría. Con su muerte consiguió tener el camino totalmente despejado y dominar los tres poderes importantes del califato: el poder del Gobierno, haciéndose nombrar chambelán; el poder en el Ejército, con su generalato; y la influencia y favor de los que gozaba en el harén: por su inteligencia, belleza física y sagacidad deslumbraba no solo a la princesa, sino también a las concubinas. El propio califa Alhakén II, en vida, dijo:

> ¿Por qué hábiles manejos se atrae este muchacho a todas mis mujeres y se hace dueño de su corazón? Aunque se vean rodeadas de todo el lujo del mundo, no aprecian más regalos que los que proceden de él, ni gustan de otras cosas que de las que él les trae.

Durante mucho tiempo se siguió murmurando acerca de los escándalos de la Corte, de la conducta irregular de la princesa Ṣubḥ, a la que suponían embarazada por él.

Pese a que por entonces Almanzor todavía ocultaba su juego y respetaba en apariencia la ficción de la autoridad absoluta del califa, las relaciones con Ṣubḥ se fueron enfriando, y esta vio cómo mermaba paulatinamente el poder que tenía sobre su hijo.

Almanzor le conto a Hassan el plan que había trazado para aislar y librarse de la princesa madre y del califa. Llevar a cabo esta acción necesitaría recaudar mucho dinero y la fidelidad absoluta de todos los estamentos, por lo que le pedía que se moviera en las esferas para conseguirlo y lo tuviera al corriente de los afectos o de las desafecciones.

El plan consistía en edificar una nueva ciudad administrativa a la que, parafraseando el nombre de la ciudad construida por ‘Abd al-Raḥmān III,

Medina Azahara, llamaría al-Madīna al-Zāhira, la Ciudad Resplandeciente. La nueva urbe estaría ubicada en la ribera del río Guadalquivir, aguas arriba de la capital cordobesa hacia el este y en la misma orilla del río.

La construcción se empezó en el año 980 y se terminó en el año 987.

En el interior de la ciudad se erigió un fastuoso palacio desde donde Almanzor regiría al-Ándalus como soberano absoluto. Levantó casas para sus hijos y para los principales dignatarios de su séquito, así como viviendas y locales para las oficinas de la cancillería y para el personal, además de cuarteles y caballerizas para la guardia y vastos almacenes para depositar armas y grano.

Pronto se transfirió todo el aparato estatal a al-Madīna al-Zāhira, su nueva residencia. Obtuvo del califa una «delegación de todas sus funciones, a fin de consagrarse a ejercicios de piedad». Esta delegación de poderes procuró al *ḥāŷib* la cobertura legal necesaria para imponer su autoridad, y a la vez le dio la oportunidad de mantener recluido al califa en su palacio. A partir de ese momento, Almanzor asumió la dirección del Estado. Se puede decir que desde el año 981 al 1002, Almanzor se condujo como el verdadero califa de al-Ándalus. Durante esos veinte años atacaría los diferentes reinos cristianos.

El único que se opuso al poder alcanzado por Almanzor y quien no transigió con el cautiverio encubierto del califa fue su suegro, el general Gālib, muy afecto a la casa Omeya, debido a los altos puestos a él confiados y por los vínculos de clientela. Gālib, que había sido su aliado, que le había dado la mano de su hija y le había ayudado a conseguir sus objetivos políticos y militares, se enfrentó a Almanzor con todas sus tropas, más las fuerzas del príncipe Ramiro, hijo de Sancho II Abarca, rey de Pamplona, y de los hombres del conde de Castilla, Garci Fernández.

Almanzor, asistido por tropas mercenarias bereberes conducidas por el general Ŷa ʻfar b. ʻAlī b. Hamdūn, se enfrentó con Gālib y sus aliados cerca de Atienza, sometiéndolos en una gran derrota. El general Gālib, octogenario en ese momento, murió en 981. Enseguida Almanzor, explotando el éxito acaecido en la frontera, envió tropas contra los dominios del conde castellano y contra el reino de León. La fortaleza de Zamora opuso a los asaltantes una eficaz resistencia, pero la ciudad fue saqueada y sus aldeas, iglesias y monasterios limítrofes pillados e incendiados. Se llevaron a Córdoba a más de cuatro mil cautivos.

Tras estas victorias de finales del año 981, fue cuando mi señor Ibn Abī ʻĀmir (nombre originario de Almanzor) adoptó el sobrenombre honorífico de al-Manṣūr bi-llāh, «el vencedor por Dios», por el que en adelante sería conocido en las crónicas cristianas en la forma romanceada de Almanzor.

Tampoco tuvo reparos, al imponer en las negociaciones de paz, en desposar a princesas cristianas, a las que llevaba a Córdoba, sabiendo así que frenaría cualquier levantamiento o insurrección cristiana. En las negociaciones del año 982 con el rey de Pamplona Sancho II Garcés Abarca llegó al acuerdo de tomar

a su hija bastarda Urraca, más conocida como la Vascona debido a sus orígenes, como esposa, y a su hijo Gonzalo como rehén. Urraca se enamoró locamente de Almanzor y abrazó el islam. Cambió su nombre por el de Abda. Para Almanzor, Abda no fue una concubina más. Le dio un puesto importante en su harén, y, conocedor de lo importante que era para la estabilidad política y militar la descendencia de lazos de sangre compartidos, tuvo un hijo con ella, Abd al– Rahman Ben Abi Amir, más conocido como Sanchuelo por el parecido con su abuelo. En el año 992, el rey Sancho II Garcés visito Córdoba para firmar una nueva tregua con Almanzor y poder visitar a sus hijos y conocer a su nieto.

A partir de ese momento, Almanzor pudo dedicarse a hacer la yihad contra los cristianos del norte de la Península, para los que fue un azote continuo. Retomó la expansión árabe en España de un modo que jamás se había visto y consiguió brillantes victorias. Las más importantes aceifas fueron las de Zamora, en 981; Simancas, en 983; Sepúlveda, en 984; Barcelona, en 985; Coímbra, en 987; León, en 988, y Clunia, en 994. En verano del año 997 lanzó una aceifa contra Santiago de Compostela, centro de la cristiandad. Los nobles gallegos, en lugar de hacerle frente, le suplicaron clemencia y la evacuaron. Almanzor encontró una ciudad desierta; solo halló, sentado sobre el sepulcro del Apóstol, a un monje empeñado en defenderlo. Sobrecogido, respetó el sepulcro y la vida del monje, pero arrasó la ciudad. Después, ordenó desmontar las campanas de la catedral y que fueran llevadas a hombros de cristianos a Córdoba.

Cuando volvía de sus campañas triunfantes contra los cristianos, Hassan lo ponía al corriente de lo que había acontecido en la corte y los descuidos y deslices que se estaban cometiendo, sobre todo con lo relativo a la educación de su hijo pequeño, ‘Abd Allāh, el cual llevaba una vida licenciosa y de holganza. Era sumamente ambicioso y se dejaba seducir por cantos de sirenas, pues estaba intrigando, junto algún gobernador y algún general, contra el poder establecido por su señor, Almanzor. Este, que ya había intuido algo y era consciente del alejamiento entre su hijo y él, dejó correr la situación para ver hasta dónde podía llegar en sus intrigas y lo que estaba dispuesto a hacer para conseguir el poder.

Las sospechas se confirmaron y en el año 989 Almanzor tuvo que hacer frente a una conspiración organizada por un lejano descendiente de al-Ḥakam I, Abd Allāh b. ‘Abd al-‘Azīz al-Marwānī, conocido por Piedra Seca, gobernador de Toledo, y ‘Abd al-Raḥmān b. al-Muṭarrif, general de la Marca Superior, quienes prometieron al veinteañero ‘Abd Allāh que una vez derribado su padre él ocuparía su puesto.

Descubierta la conjura, ‘Abd Allāh se refugió en Castilla, bajo la protección de Garci Fernández. En el año 990, Almanzor se dirigió con sus tropas a los

dominios de este, que al verse rodeado y amenazado se lo entregó. No dudó en decapitarlo en el mismo lugar y en enviar su cabeza al califa Hišām II, con el parte de las victorias allende el Duero. En cuanto a 'Abd al-Raḥmān al-Muṭarrif, fue ejecutado en al-Zāhira ante Almanzor. Piedra Seca salvó la vida, porque quizá Almanzor, acordándose del omeya al-Mugīra, asesinado por su orden, no quería tener otra experiencia parecida ni acrecentar el odio de los marwāníes.

Almanzor completó su expansión y dominio en junio del año 1000 con la aceifa de Peña Cervera, que se produjo posiblemente por el impago de tributos o por incumplimiento de la tregua. Almanzor partió desde Córdoba para castigar el desafío del conde de Castilla Sancho García, el cual había reunido un gran ejército al contar con el apoyo del rey de León, de Pamplona y el conde de Saldaña. Esta fue la única vez que en una batalla los ejércitos cristianos estuvieron cerca de conseguir una gran victoria sobre Almanzor, pues partían con ventaja en número de hombres y en posicionamiento, ya que estaban acampados en una sólida posición defensiva en lo alto de un cerro, desde donde dominaban el campo de batalla.

Almanzor, reunido con sus oficiales para decidir el mejor posicionamiento y formación y sin tener una estrategia clara, vio cómo el conde castellano pasaba al ataque de una forma inesperada, descendiendo con su caballería por la ladera del cerro contra los flancos del sorprendido ejército musulmán. Justo en el momento en que su flanco derecho estaba a punto de desbaratarse por completo, Almanzor envió para sostenerlo a su hijo favorito, Abd al-Malik al-Muzaffar, mientras que otro hijo, Abderramán Sanchuelo, acudía a auxiliar otro punto caliente de la línea de batalla. Estos refuerzos equilibraron el combate. Además uno de los jefes bereberes que acompañaban a al-Muzaffar mató al conde Banu Gómez.

En esos momentos empezó el desconcierto de los castellanos. Almanzor aprovechó la ocasión realizando una gran maniobra que le valió la victoria en el reñido enfrentamiento. Dio orden de trasladar una parte importante de sus tropas desde la hondonada donde se hallaban a un cerro cercano. El conde castellano creyó que las fuerzas que aparecieron en el alto del cerro eran nuevos refuerzos que acudían a la batalla y ordenó la retirada, que se convirtió en una auténtica desbandada. La caballería islámica se encargó de perseguir y rematar al enemigo. Almanzor logró también capturar su campamento.

Estas campañas dañaron fuertemente la labor repobladora y pararon toda la Reconquista.

Peor parada quedó, si cabe, la situación de los estados orientales peninsulares, puesto que carecían de frontera.

El poder de Almanzor fue tan grande en la Península que llegó a convertirse en el magnate de ella, tanto que los reyes cristianos Sancho II Garcés Abarca de

Navarra y Vermudo II de León le prestaban obediencia. Almanzor resultó invencible en buena medida gracias a sus reformas militares, basadas esencialmente en la intensificación del reclutamiento de mercenarios, en especial bereberes.

Con ello conseguía un doble objetivo. Sus oponentes políticos fueron paulatinamente alejados de los puestos en el Ejército, dejándolos sin fuerza efectiva, los tendría solo a su disposición como un aparato efectivo de represión para el interior. Las fuerzas bereberes, mercenarias, solo eran fieles al señor que les pagaba, por eso los tendría como un instrumento ofensivo de calidad para el exterior. Almanzor había eximido a los andalusíes de la prestación del servicio militar pagando un impuesto especial *(fidā')*, que servía para pagar a los soldados profesionales. Ese fue uno de los males que él no podía entonces prever, haciéndole entrar en una espiral de reclutamiento de mercenarios y de búsqueda de recursos para pagarlos imposible de sostener.

Tener un ejército dispuesto las veinticuatro horas tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Uno era el empobrecimiento de la población andalusí, por los pesados impuestos para mantener ese ejército profesional. Y otro, la pronta pérdida de las virtudes militares de la población por la falta de entrenamiento, y a la larga, su indiferencia por las cuestiones públicas y de gobierno.

En el año 991, el dictador concedió a su hijo ʻAbd al-Malik el título de *ḥāŷib* y nombró visir a su hijo ʻAbd al-Raḥmān, guardando para sí el título de al-ManṢūr b., Abī ʻĀmir en los escritos oficiales.

Almanzor no desatendió la zona de influencia andalusí en el Magreb. Siguió la política de ʻAbd al-Raḥmān III y al-Ḥakam II, pero intentando siempre obtener la sumisión de los notables del otro lado del Estrecho más por medios pacíficos que buscando el enfrentamiento, aunque no se vio libre de realizar algunas campañas militares en momentos de peligro. En esas ocasiones, consiguió la victoria y continuó como dueño y señor de esas tierras.

La última campaña de Almanzor contra los cristianos tuvo lugar a comienzos del verano de 1002, y estuvo dirigida contra el territorio de La Rioja, dependiente del condado de Castilla. El ejército musulmán avanzó hasta Canales, localidad situada a unos cincuenta kilómetros al sudoeste de Nájera, y en dirección a Burgos alcanzó el monasterio de San Millán de la Cogolla, que fue saqueado.

En el camino de regreso con su ejército a Medinaceli, puesto avanzado de la Marca Media, mi señor Almanzor, que ya padecía una larga enfermedad y contaba más de sesenta años, empeoró hasta el punto de tener que ser llevado en litera durante un penoso viaje de dos semanas. Él, minado por esa dolencia, sabía que su fin estaba próximo y multiplicaba los signos de piedad.

Llegado por fin a la plaza fronteriza, en su lecho de muerte hizo escribir sus últimas disposiciones. Entregó el Gobierno a su hijo ‘Abd al-Malik, conocido posteriormente como al-Muẓaffar, con precisas instrucciones de cómo había de llevarlo a feliz término. Aun disponiéndolo así, Almanzor no dejó de expresar el temor de que a su muerte todo lo hecho se fuera al traste, pues albergaba dudas acerca de la capacidad de sus hijos para mantener la situación. Por eso, recomendó a su hijo ‘Abd al-Malik que se fuera en ese momento a Córdoba para afianzar su poder y que dejara las tropas al mando de ‘Abd al-Rahmán. Además, aconsejó a ambos hermanos no enfrentarse, pues eso sería la ruina de la familia y de al-Ándalus. Así lo cuenta Ibn al-Jatib, escribiendo un supuesto diálogo entre Almanzor y su hijo ‘Abd al-Malik:

> A tu hermano ‘Abd al-Rahmán le he asignado mientras yo viva una parte de la herencia, que conforme a mi entender he juzgado justa. Le he retirado el mando de las marcas fronterizas, para que el enemigo nunca, contra el propósito de mi testamento, introduzca entre vosotros dos, tú y él, una cuña, lo que conduciría a la destrucción de toda mi obra y acarrearía la ruina de mi reino. Yo he querido preservarte de esto, de que tuvieras que temer a tu hermano ‘Abd al-Rahmám. Garantízame tú que nunca le harás ningún mal.

‘Abd al-Rahmán fue el encargado de las pompas fúnebres.

Almanzor, después de cada expedición militar, mandaba sacudir el polvo y guardar celosamente los vestidos que usaba para volver a llevarlos en las próximas campañas. Pidió que después de muerto lo cubrieran con ellos.

Al decir de Ibn ‘Iḏārī, sobre la lápida marmórea de su tumba, ‘Abd al-Rahmán mandó que se grabaran los siguientes versos:

> Sus trazas te hablan acerca de sus noticias como si tú con los ojos las vieses. ¡Por Dios! No hubo nadie que gobernara la Península como él en verdad, ni quien condujese los ejércitos igual que él.

La política de remodelación del Estado cordobés permitió a Almanzor mantenerse en el poder, pero fue a costa de acabar con una parte importante de las estructuras que constituían el sistema político, económico, étnico, cultural, *etc.*

Tras él, se puede decir que el califato se extinguió de manera lamentable y miserable.

Hassan, después de haber muerto Almanzor, se retiró de la corte de Córdoba y se fue a vivir los pocos años que le queden de vida a una pequeña propiedad que tiene en el campo a orillas del Guadalquivir, para disfrutar, junto a sus mujeres y alguno de sus hijos, de su pasión preferida, la cría de caballos.

En un principio los dos hermanos colaboraron de acuerdo con el mandato de su padre, participando incluso conjuntamente en una de las aceifas que dirigió ‘Abd al-Malik contra los cristianos, concretamente en la efectuada en el año 1007 y que culminó con una rotunda victoria musulmana en la batalla de

San Martín de Rubiales. Pasados los cinco primeros años, los presagios de Almanzor se hacían realidad, pues la armonía entre los hermanos, poco a poco a lo largo de esos años se fue deteriorando debido a la vida desordenada que llevaba ʻAbd al-Rahmán, que abusaba del vino, estaba continuamente en compañía de danzantes y bufones y no respetaba los principios y sentimientos religiosos del islam. Además, estaba continuamente intrigando en la corte para acaparar más riqueza y poder. Se sospecha que llegó a estar involucrado en la muerte de su hermano ʻAbd al-Malik, que falleció repentinamente en extrañas circunstancias. Se escribió lo siguiente:

> La gente, desde el principio de la muerte de ʻAbd al-Malik, por sobrevenir de repente y rápida, no dejó de decir que se había conseguido arteramente contra él una pócima venenosa, que subrepticiamente se le dio de parte de su hermano ʻAbd al-Rahmán, por mano de alguno de sus sirvientes de ʻAbd al-Malik al-Muzaffar, a consecuencia de lo cual murió; aunque hay discrepancias acerca de la manera cierta de dársela a beber. Dios lo sabe.

ʻAbd al-Rahmán accedió al día siguiente de la muerte de su hermano al cargo de *ḥāŷib*, según Ibn Idari:

> Su hermano ʻAbd al-Rahmán, en compañía de los principales dignatarios de Estado, pasó esa noche en el palacio de al-Zahira y no le acaeció contratiempo [alguno]; cuando llegó la mañana se había hecho con el poder y la autoridad.

Rápidamente se ganó la confianza del califa Hišām II, invitándole a participar en alguna de las múltiples fiestas que hacía con las mujeres de su harén en su palacio de al-Zahira. Consiguió que a los pocos meses el califa Hišām II lo designara como su sucesor, al no contar este con descendencia.

Este hecho soliviantó a los andalusíes de Córdoba, pues para ellos la verdadera línea dinástica legítima era la de los Omeyas. Este suceso, fuera de las normas establecidas, hizo que la familia Omeya y la aristocracia árabe del al-Ándalus se sintiera ofendida.

Abd al-Rahmán, para demostrar su poder y fortaleza, en enero de 1009 desatendió los consejos de sus afines y organizó y preparó a su ejército para realizar una aceifa contra el reino de León.

La marcha se convirtió en un verdadero desastre por las temperaturas y lluvias que hubo ese crudo invierno. Es conocida como la Campaña del Lodo. Según Ibn Idari:

> ʼAbd al-Rahman emprendió su camino al punto, sin que jamás se hubiese oído de más intenso y fuerte frío, ni [de más] violenta lluvia, ni [de más] apresurado viaje, ni [de más] abundosa crecida que aquellas penalidades que la gente hubo de soportar, que son entre ellos hasta ahora recordadas y renombradas. Se lanzó, pese a ellas, a la empresa de ir a la tierra de Yilliqiya por la parte de Toledo, al tiempo que seguía en su actitud de holganza y de desorden.

En esos momentos, en Córdoba fue en aumento el descontento por la usurpación que había hecho del califato. Estando acampado en Toledo le llegaron noticias de que había comenzado una rebelión por la que se había despojado de todos los cargos a Hišām II y logrado su abdicación, proclamando en su lugar a Muhammad ben Hišām como nuevo califa. Este era biznieto de ʻAbd al-Rahmán III, de la familia Omeya.

Ante la gravedad de esta situación, Sanchuelo decidió volver con su ejército a Córdoba para controlar la situación, pero el malestar que cundía dentro de sus propias filas era tan malo y su ejército le tenía tan poca estima debido a sus desmanes que, cuando estaban a dos días de distancia de Córdoba, el cuerpo de bereberes, tan afín a su padre, decidió abandonarlo: huyó hacia Córdoba y se pasó a las filas de sus enemigos.

Sanchuelo, aun quedándose solo con los más próximos, entre ellos el conde cristiano Sancho Gómez de Carrión-Saldaña, decidió continuar avanzando hacia Córdoba. Llegó a Armillat y se estableció con su harén en el alcázar; el conde cristiano se alojó en un convento mozárabe cercano.

Enterado Muhammad, mandó una tropa el 3 de marzo de 1009 y logró capturarlo. Lo relata así al-Nuwayri:

> Supo Muhammad la situación de Sanchuelo y envió en busca de este a su canciller con doscientos jinetes. El canciller, a su vez, envió por delante a Ben Dora, cliente de al-Hakam, el cual llegó de avanzada al monasterio mencionado, al amanecer del susodicho viernes. Cuando vio Sanchuelo a Ben Dora y a los que venían con él, les dijo: «¿Qué buscáis en vuestro camino? ¡Yo me he sometido ya!». Pero ellos lo echaron fuera del monasterio, así como al conde Gómez y a todos los que acompañaban a ambos, y cogiendo a las mujeres de Sanchuelo, que eran setenta jóvenes, las enviaron a Córdoba.
>
> El canciller vino a juntarse con Ben Dora antes de la hora de la oración de la tarde del mismo día, viernes. Al verlo Sanchuelo, se apeó del caballo y besó la tierra en presencia del canciller repetidas veces. Entonces se le dijo que besara el casco del caballo del canciller. Sanchuelo lo hizo así, y le besó su mano y su pie. Después de esto fue obligado a ir en otra montura que no era su caballo.
>
> Entretanto el conde Gómez caminaba callado, sin pronunciar palabra. El canciller hizo indicaciones para que quitasen a Sanchuelo el bonete con que tocaba su cabeza, como así fue hecho, y se puso en marcha de vuelta hacia Córdoba, caminando hasta que se ocultó el sol. Entonces hizo alto y mandó que fuese Sanchuelo maniatado fuertemente. Mas este les pidió luego que se compadeciesen de él y le dejaran libre de sus manos, a fin de reposar un rato. Le soltaron las manos, y en el acto sacó de su botina un puñal, brillante como un rayo, pero fue sujetado rápidamente, antes que pudiese cometer cosa alguna con él. De seguida el canciller lo hizo humillar y lo degolló. También fue muerto el conde Ben Gómez. Tomadas las cabezas de ambos, fueron puestas en la carga juntamente con los restos de Sanchuelo, y el canciller siguió su marcha con todo ello hasta llegar al alcázar de Córdoba.

Una vez que el cadáver de Sanchuelo llegó a Córdoba, el califa Muhammad

ordenó ajustar su cabeza al cuerpo, se le vistió y fue llevado fuera del alcázar. Lo clavaron en un alto madero en la puerta de la Suda.

Posteriormente ordenó a un oficial de Sanchuelo que pregonase: «Este es Sanchuelo, el sodomita» y que luego lo maldijese y se maldijese a sí mismo.

De este modo tan indigno finalizaban los más de treinta años de dominio de Almanzor y su familia en Córdoba y comenzaba la desintegración del califato, debido en gran parte a Sanchuelo.

Paradojas de la vida, Almanzor se llevó a su madre como trofeo de guerra y esto supuso la gestación del declive del islam en España.

A partir de ese momento, para los andalusíes solo había un enemigo, los bereberes extranjeros. Se olvidaron de los cristianos, a los que veían más como aliados que como enemigos. Y dado que al final los andalusíes tuvieron que suprimir una gobernanza califal fuertemente militarizada con mercenarios, las posibilidades de supervivencia de una al-Ándalus poderosa fueron nulas. Comenzó una guerra civil que acabaría con la fragmentación del califato en decenas de reinos de taifas.

⋆

Así terminaba el cuaderno. Martín lo sostuvo entre sus manos. Después de leer y releer los escritos sobre Almanzor, pasados unos días y antes de volver a Madrid, se los devolvió a Zahira. Para él habían sido unos días muy agradables los que había pasado en compañía de ella y sentía enormemente el tener que separarse y volver a su casa. Pensaba que ella era una persona con la que podría estar viviendo toda la vida, aprendiendo muchísimo de su cultura.

En el viaje de vuelta a Madrid, iba reflexionando. Pensó que si alguien ha dejado una huella importante en las leyendas populares, este sin lugar a ninguna duda es Almanzor. Es el árabe más conocido de los que pasaron su vida en España, permanece en todas las mentes como un mito.

Posiblemente, si preguntáramos a muchos españoles si saben alguno de los nombres de los califas de Córdoba, o de cualquier alto dignatario del califato de los Omeyas en España, muy pocos serían los que nos dirían un nombre, sin embargo, si la pregunta es «¿cuál fue el mayor caudillo militar que tuvo el islam en España?», muchos dirían que Almanzor. Su política de aceifas fue germen, y en última instancia logró que la actitud mental cristiana fuera capaz de propiciar continuos ataques de reconquista, que terminarían con la propia existencia de al-Ándalus.

Su paso, para bien o para mal, fue tan importante que ha quedado en nuestra memoria hasta el punto de que el pico más alto del Sistema Central, de dos mil quinientos noventa y un metros de altitud, lleva el nombre de Almanzor. Es un pico megalítico que se alza a los pies de la laguna de Gredos o Circo de Gredos, dentro de la provincia de Ávila.

Para Martín, esta sierra y este pico tienen un influjo especial. A lo largo de los años, iría muchas veces para patear esta sierra y subir el pico.

Allí, siempre escuchaba de los lugareños la historia de por qué ese nombre.

En una de las primeras aceifas de Almanzor por Castilla, más concretamente estando acampado con sus tropas después de una batalla en la ribera del río Tormes entre Salamanca y Ávila, el gran guerrero escuchó la historia de que en el corazón de esa sierra megalítica había una serie de lagunas de entre las que destacaba una, la más grande y profunda. Una leyenda, que se trasmitía de forma oral de padres a hijos, contaba que en la antigüedad esa zona había sido habitada por gigantes y que dentro de la laguna había grandes grutas donde esos gigantes habían escondidos tesoros y enigmas muy importantes para la humanidad. También le hicieron saber que algunos lugareños aseguraban que había otra cueva, cuya entrada estaba en el pico que después llevaría el nombre de Almanzor, cuyas galerías comunicaban con la laguna. Dentro había grandes salas en las que se albergaban infinidad de carros de fuego, usados por los gigantes para poder recorrer los cielos.

Esto intrigó a Almanzor, y cuenta la leyenda que montando a su caballo y seguido de algunos de sus súbditos se dirigió hacia la laguna. Cuando llegó al lugar le pareció mágico y le causó una fuerte atracción, por lo que decidió acampar dos días en ella. Subió cada día al pico para ver si encontraba la entrada de esa cueva fantástica, pues esa historia le recordaba a las que él leía de pequeño sobre los tesoros que escondieron los visigodos. Pero lo que verdaderamente lo sorprendió fue que también el profeta Elías ascendió a los cielos en un carro de fuego. Se preguntó cómo esa gente inculta podía contar esas historias y qué relación podían tener con algunos hechos ocurridos a los profetas y relatados en los libros sagrados.

Tras buscar durante dos días sin encontrar ningún vestigio volvió al campamento. Lo último que se le pasó por la mente de una forma irónica al tener que bordear la laguna fue que era una pena no ser Moisés para abrirse paso entre las aguas, pues además de cruzar al otro lado quizás podría encontrar las grutas con los tesoros y enigmas escondidos.

A partir de ese momento para los árabes este pico sería el Almanzor, y el conjunto del circo de Gredos se conocería más adelante como la plaza del moro Almanzor.

⋆

La historia que se ha escrito en nuestro país ha puesto mucho empeño en enaltecer el orgullo que como españoles debemos sentir por la épica de la Reconquista y muy poco dedicado a valorar la gran cultura a todos los niveles que nos dejaron los árabes.

Por la Península, más para bien que para mal, han pasado muchas civilizaciones: fenicios, griegos, celtas, cartagineses, romanos, árabes… Todas

nos han aportado grandes conocimientos, pero posiblemente las dos que dejaron una huella más profunda en nuestras mentes y nuestros corazones son la romana y la árabe.

Con la retirada de los musulmanes de la Península y el empuje de los cristianos, el islam fue perdiendo parte de los territorios conquistados en el norte de África, en Italia y Macedonia.

Pero todas esta reflexiones se las haría Martín mucho más adelante, tras su viaje a Córdoba, con diecisiete años. De momento, era solo un niño de vacaciones en el pueblo de su familia que escuchaba las sugerentes historias que su tío contaba al fresco de la noche y que estaba ansioso por disfrutar de las aventuras cotidianas que le ofrecía Támara. Deseaba que llegara rápidamente el próximo día, pues sería especial: iría a pescar con su primo al canal de Castilla. Aun así, tardó en conciliar el sueño: seguía pensando en lo que su tío les había contado sobre la batalla en la que murió el joven rey de León y sobre las guerras con las que asoló esas tierras el rey moro.

Él se veía acompañando a los cristianos en su lucha contra los infieles o como escudero fiel del rey Vermudo en la batalla.

Al final cayó rendido en un profundo sueño. Al amanecer, lo despertó el quiquiriquí de los gallos que llegaba desde el corral.

LA PESCA

Capítulo 13: El canal de Castilla

Se levantó y fue a la cocina, Ya estaban allí su tía y su primillo. Este, menor que él, ya estaba dando cuenta de un buen tazón de sopas de ajo calentitas. Su tía le preguntó: «Hijo, tú, como señorito de capital, ¿prefieres un tazón de leche con galletas?». Él le contestó: «No, tía, hoy sí que voy a desayunar sopas de ajo, pero echaré en ellas leche». Su tía no daba crédito al invento que quería hacer. Renegando, le dijo: «Jodido muchacho, qué ocurrencias tienes, ¿cómo vas a mezclar sopas de ajo con leche?». Pero siendo como era su ojito derecho, lo dejó. Él se acercó con un tazón al puchero que estaba en la trébede con las sopas de ajo, lo llenó hasta la mitad, después cogió el cazo donde estaba calentándose la leche y terminó de llenar el tazón. Además, añadió algo de azúcar. A él esta combinación le pareció magnífica. Se la dio a probar a su tía y ella admitió: «En realidad, he de decir que no está mal».

Desayunaron rápidamente. Su tía les había preparado en unas fiambreras unos filetes de lomo adobado de matanza, pimientos rojos asados y un buen taco de queso curado en aceite de oveja churra. Viendo estas viandas, su primo y él comentaron riendo: «¡Pescar no pescaremos, pero nos vamos a poner ciegos a la hora del almuerzo!».

Metieron las fiambreras en los morrales donde ya tenían preparados los aparejos de pesca, cogieron también las cantimploras, colocaron y ataron las cañas en el marco de la bicicleta. Sí, una bici para dos, era lo que había, pero los dos tenían unas piernas fibrosas y, siendo el terreno plano, les sería muy fácil recorrer los siete kilómetros de distancia que había hasta llegar al canal de Castilla.

Iniciaron el camino hacia Frómista, tramo de inicio de la jornada de pesca. Irían pescando corriente abajo para terminar la jornada en Piña.

Al llegar al canal era primera hora de la mañana, un momento perfecto para empezar la jornada de pesca. Irían bajando por el margen izquierdo, en ese tramo había unos puestos que conocían muy bien, su primillo por ir habitualmente y Martín por haber ido otros años. En ese lugar obtenían muy buenas capturas en cantidad y calidad.

Martín empezó por estudiar el caudal de agua. Al ser un canal, este era muy homogéneo, pudiéndose controlar mediante compuertas y esclusas, aunque a finales del verano solía bajar. También ojeó la superficie de las aguas para ver qué tipo de comida arrastraban y así elegir el tipo de cebo que pondrían.

Cuando volvió de sus pensamientos, su primo ya había armado su caña de bambú de tres tramos. Martín estrenaba una caña telescópica de fibra de vidrio de cuatro metros, superligera para aquellos tiempos. Hoy superpesada, si se compara con las cañas de fibra de carbono.

Montaron los aparejos para pescar con boya y la lanzaron al canal para que

fuera a la deriva hacia abajo. Al ser primera hora de la mañana dieron algo más de profundidad a la línea del sedal, pues pensaron que en esa zona los peces estarían más activos, sin embargo al atardecer ponen sus posturas y son más activos en superficie. Las especies que podían pescar en esa zona normalmente eran bogas, barbos y algún cacho.

Su primo había llevado dos latas con tierra y lombrices cogidas en la zona de la huerta del patio de la casa, y también otras dos latas con paja y gusanos blancos que recogía en el estercolero de las cuadras. Cada uno cogió una lata de cada y se pusieron a pescar en dos puestos separados, cerca de algunos arbustos, pero con suficiente espacio para poder lanzar la veleta al agua sin que se enredara entre ellos.

Para ver si los peces estaban activos y qué tipo de cebo preferían, cada uno colocó en el anzuelo un cebo diferente.

La realidad es que empezaron a clavar bogas con los dos tipos de cebo. Las metían en dos rejones, uno metálico que llevaba Martín y otro de malla de hilo que portaba su primo.

Durante toda la mañana se estuvieron divirtiendo. A media mañana pararon en una de las alamedas de la ribera para almorzar. A esa edad y a esas horas, después de haber recorrido ya unos cuantos kilómetros, la verdad era que tenían hambre, y dieron cuenta rápidamente de las viandas.

Durante el rato que pasaron comiendo, su primillo lo bombardeó con su curiosidad: «Si en Madrid no sembráis trigo para poder hacer pan, ni en las casas tenéis corrales para criar animales, ni tenéis huertas, ni plantáis árboles para tener fruta, ni majuelos para tener uvas, ni lagares y bodegas para cosechar el vino, ¿de qué vivís?». Todo esto se lo dijo de sopetón y de corrido. En principio lo dejó perplejo, porque el razonamiento era acertado, aunque no daba crédito a que su primo pensara que vivían del aire.

Martín era algo mayor, pero no mucho más. Pensó qué contestación le podía dar. Lo primero y más fácil que le vino a la mente fue decirle: «Nosotros lo compramos con dinero». Su primo no lo entendió: lógico, lo que veía en el pueblo era el trueque, allí no había tiendas. De hecho, hoy en día, todavía, al ser un pueblo tan pequeño, no las hay. Las familias intercambiaban productos y cuando iba el vendedor ambulante, una vez cada quince días, también solían pagarle con productos.

La siguiente pregunta fue: «¿Qué trabajo hacéis vosotros para que os den dinero, si no tenéis campos para sembrar ni mulas para trabajar?». Entendiendo que nunca le habían explicado qué trabajos se hacían en la ciudad, Martín trató de una forma burda de explicarle que en las cercanías de las ciudades hay grandes fábricas donde trabajaba mucha gente, haciendo coches, camiones, vestidos e infinidad de productos necesarios. Le dijo que en estas ciudades hay muchas tiendas donde se vendían esos productos y comida de todo tipo, también había oficinas y bancos.

Su contestación fue: «Pues en el pueblo no hay coches, ni camiones, ni tiendas de vestidos, ni bancos. Sigo sin entender qué dais vosotros a cambio para que os den comida».

Desde la situación en la que se encontraban se veía a lo lejos la silueta de dos bloques de viviendas de cuatro alturas, que estaban situados enfrente de la estación de tren de Piña. Tenían un primo mayor, casado, que vivía en una de esas viviendas. Además, este trabajaba en una tejera para la fabricación de ladrillos que había saliendo de Piña hacia Támara. Era el mecánico que cuidaba del mantenimiento y reparación de la maquinaria de la tejera. Martín pensó: «Puede que ya tenga ejemplos y argumentos para explicárselo». Señaló los bloques de viviendas: «Nuestro primo que vive en aquellos bloques, ¿dónde trabaja?». «Qué pregunta. Ya lo sabes, en la tejera». «Ah. Y ¿qué trabajo hace?». «Arregla las máquinas que fabrican los ladrillos». «¿Y los ladrillos para qué sirven?». «Pareces tonto, hacen ladrillos para construir casas». «¿Y él se los da a los obreros que hacen las casas?». «No, vienen camiones muy grandes, los cargan y se los llevan». «Entonces él, los obreros de la tejera, los que conducen los camiones y mi padre, que trabaja en el ferrocarril, al no trabajar sembrando trigo, no tener corral para animales, ni huerta, ¿de que viven?». Martín volvió la cabeza para ver la reacción de su primo, que estaba desconcertado. Aun así, dijo: «Bueno, mi padre le da algunas hogazas de pan y algún pollo». «¿Y a mi padre también le da el tuyo hogazas y pollos viviendo en Madrid?». «Bueno, creo que me quieres liar». «No te voy a liar, existe el dinero». «Ya, lo sé». «Pues, al primo y a mi padre les pagan con dinero por el trabajo que realizan. Al primo, por tener las máquinas a punto para fabricar ladrillos, al camionero por transportarlos, a los albañiles por hacer casas. En el caso de mi padre, por ir en el tren al cuidado del transporte de mercancías. Y ellos después, con ese dinero, pagan en las tiendas para comprar las cosas».

El primo, erre que erre, insistió: «Bueno, los del pueblo lo pueden comprar, porque aquí hay trigo, animales, huertas, pero en Madrid no tenéis campos, ni huertas ni animales». «Si, tienes razón, igual que los camiones transportan ladrillos para hacer las casas, el trigo, las hortalizas, las uvas, el vino y muchas más cosas, las transportan a Madrid para que nosotros las podamos comprar y nos alimentemos». El chaval insistió: «Pues yo no veo que vengan camiones aquí para llevarse esas cosas a Madrid». Martín explicó: «¿Sabes por qué no lo ves? Porque este pueblo es muy pequeño y lo que produce es casi todo para su consumo». Pensó un momento y añadió: «Te diré algo que te convencerá por completo». Y comenzó a explicarle: «¿Tú sabes que algunos meses tu padre saca sacos de harina al tren en el que viaja mi padre para que se los lleve a Madrid?». El primillo asintió: «Sí». Martín enumeró entonces: «Pues mi padre esa harina se la vende al churrero, el churrero hace todos los días churros y los vecinos de mi barrio van a la churrería con dinero y compran los churros, hechos con harina de Támara, fíjate al final donde ha acabado parte de la harina de Támara.

Después, mi padre, con el dinero que le ha pagado el churrero, compra aceite, aceite que ha venido a Madrid en camiones desde Andalucía, y lo trae a Támara, porque aquí no hay olivos para coger aceitunas y hacer aceite. ¿Lo has entendido?». El chavalín se encogió de hombros. «No sé, creo que todo eso es un lío muy gordo». Pero, riéndose a carcajadas, añadió: «¡Qué bueno! ¡Coméis churros hechos con nuestra harina!».

Martín, viendo que su primo, aunque convencido, no quería dar su brazo a torcer y que el debate se podía alargar y él lo que quería era pescar, le dijo: «Vamos, que nos esperan los peces. Cuando seas mayor ya lo entenderás del todo». Su contestación, riéndose otra vez, fue: «Claro, espero que alguien me lo explique mejor».

Siguieron pescando. Ya empezaba a apretar el calor, y, aunque los peces seguían activos, empezaban a picar menos. Eso sí, a su primo le entró un buen barbo. Martín, que había cogido un cangrejo que estaba mudando la camisa en la orilla, lo puso de cebo y le entró otro todavía más grande.

Al inicio de la tarde habían llegado a Piña. Viendo que en los rejones había una buena cantidad de barbos y bogas, dieron por terminada la jornada de pesca, desmontaron las cañas y subidos en la bici, él conduciendo y su primo de paquete en el sillín trasero, regresaron a Támara.

Cuando atravesaban el paso a nivel de la estación de Piña, Martín, repasando la jornada, estaba contento de cómo había ido. A él le hubiera gustado pescar alguna trucha, qué pena que en esa parte era difícil que las hubiera. Más arriba, en el primer tramo del canal de Castilla, entre Alar del Rey y Herrera de Pisuerga, sí se podían capturar truchas comunes, que poblaban las aguas los ríos Pisuerga y Carrión.

Capítulo 14: La presa del Rey

Martín lo sabía muy bien, pues él iba a veranear algún mes a casa de su tío, hermano de su madre, que vivía a tres kilómetros de Herrera, en una casa de la Confederación Hidrográfica del Duero situada al pie del canal del Pisuerga.

Este canal es más estrecho, tiene menos kilómetros y lleva menos caudal de agua que el canal de Castilla. Se construyó en el siglo XX para regadío de la zona de Tierra de Campos. Nace en la presa del Rey, situada a cien metros a la izquierda de la casa, que estaba en una isla, pues en la parte de atrás, a quinientos metros, pasaba el canal de Castilla, y a la derecha de la casa había un *bypass* entre los dos canales. Total, un sitio rodeado de agua, paradisiaco para pescar truchas y cangrejos comunes.

Algunos años después Martín iría solo desde Támara a ver a sus tíos y sus primos y pasar con ellos algún mes del periodo de vacaciones. Todos los días de ese mes los pasaba pescando y acompañando a su tío a dar agua a los regantes de los pueblos por debajo de Herrera. También le ayudaba a moler trigo en un antiguo molino y fábrica de harina en desuso que había a unos dos kilómetros de allí. Con esa harina hacían pan en el el horno que tenían en casa.

La casa de sus tíos era totalmente autosuficiente. Tenía una gran huerta detrás de la casa, aparte de un corral con gallinas y conejos y una cochinera donde se criaban dos lechones para hacer la matanza en invierno. Por eso siempre tenían orzas con lomo y chorizo en aceite. Sin embargo, el chorizo que más le gustaba era uno que hacía su tío, picante, apretado. Este era de diez, estaba riquísimo, tanto es así que decía que nunca después ha comido un chorizo como aquel.

El pescado de río tampoco faltaba. Nunca escaseaban las truchas. También había siempre grandes vasijas de barro con barbos y bogas en escabeche, cangrejos —pero de los de verdad, los de cola larga y cabeza pequeña— y ranas.

Las ranas era un manjar exquisito. Su tío le había enseñado a pescarlas. Entre el canal y el río había pequeñas lagunas que tenían agua hasta en verano y que estaban llenas de ranas. Al atardecer, ellos se colocaban entre los cañizos de la orilla de la charca con una pequeña caña de bambú. Fijaban el sedal en una las puntas y en el otro extremo del sedal ponían un trapo rojo. Lanzaban después la línea del sedal al agua, y en ocasiones, antes de que llegara al agua el trapo, ya había saltado una rana a engancharlo. Tirabas hacia atrás la caña con un fuerte movimiento de muñeca y ya tenías la rana fuera de la charca.

Después, su tío cogía la primera rana y con gran destreza y una buena navaja afilada la despellejaba. Colocaba la piel de la rana en el extremo del sedal quitando el trapo rojo, que en ocasiones también podía ser una amapola. Las ranas son extremadamente voraces, por lo que cuando la piel de la rana estaba

en el agua enseguida se enganchaban a ella; si había muchas ranas podías sacar dos a la vez. Martín nunca despellejó una rana, prefería seguir con el trapo.

Entre los dos, en dos horas, podían sacar cerca de cinco docenas de ranas, que después, bien fritas, estaban fantásticas. Eran una de las comidas preferidas de su tío.

Al no faltar de nada, su tío solo iba una o dos veces al mes a Herrera para comprar aceite, sal, azúcar, velas y cerillas o a darse algún capricho, así que se podían pasar todo el mes sin ver a nadie. Únicamente iba una o dos veces al mes el supervisor de la Confederación Hidrográfica del Duero a pasar revista al trabajo de su tío y a impartir alguna orden, cosa que su tío cumplía como Dios manda, aunque jurara en arameo después de que se marchara y dijera entre risas: «A este gilipollas cualquier día lo tiro al canal». De vez en cuando veían a algún pescador que iba por debajo del muro de la presa en la margen derecha del río, pues había muy buenos puestos para coger alguna trucha.

A Martín le gustaba pescar en la misma presa. Esta tiene en la parte baja un gran escalón. Él pasaba por encima de las compuertas de desagüe de la presa, bajaba por el muro entre la presa y el desagüe, y se situaba en el escalón de la presa. Al ser verano y menor el caudal de agua, con cuidado podía estar pescando sin caerse al río. Desde allí era fácil arrastrar el anzuelo con el sedal por el muro de la presa enganchando ova, un apetitoso cebo para barbos y bogas.

Lo que nunca pensó fue que en uno de esos lances con ova pudiera clavar una trucha que le pareció inmensa. Nada más clavarla, esta se elevó por encima del agua más de un metro. Estuvo luchando con ella varios minutos río abajo y río arriba hasta que, en una de esas idas y venidas, remontó hasta el muro. Intentó elevarla al escalón y en ese intento se desclavó y la perdió. Fue lo mejor que le pudo pasar, pues lo más lógico hubiera sido que partiera el aparejo. Tampoco pudo cruzar por encima de las compuertas para bajar a la orilla con ella clavada, eso sí que era peligroso e imposible.

Cuando lo contó en casa, su tío y primos se reían y decían: «Bueno, no sería tan grande».

Martín, esa noche, en la cama, estuvo repasando la situación. Pensó que en lugar de ponerse en el muro se pondría en la orilla del río, lanzaría a la poza donde le había picado y seguro que podría volver a engancharla, pues al estar en la orilla la podría sacar más fácilmente. Lo que no se imaginó fue que su tío había pensado lo mismo. Antes del amanecer ya estaban los dos levantados, en la cocina. Supuso que su tío iría a abrir las compuertas para el riego, pero le sorprendió diciéndole que irían los dos a pescar la trucha que se le había escapado el día anterior.

Las truchas son muy territoriales y depredadoras, si se hacen con una gran poza como aquella y llega comida es raro que se vayan de ella, así que allí estuvieron su tío y él juntos al menos dos horas. Cogieron otras más pequeñas,

pero no la que andaban buscando…, ¡la grande!

Martín se pasó el resto de ese mes de vacaciones yendo todos los días, tanto al amanecer como al atardecer, seguro de que la clavaría, pero ella fue más astuta y no se dejó pescar. El último día de su estancia, sentado en el muro de las compuertas de la presa, recogiendo la caña y los aparejos, echó una última mirada retadora al pozo y se convenció de que al año siguiente volvería para pescarla.

Capítulo 15: El molino

A Martín, el molino cercano siempre le pareció tétrico. Su silueta en la lejanía le causaba una tremenda desazón, posiblemente por lo deteriorado que estaba.

Se hallaba situado en un claro, a la orilla del canal, y había grandes chopos en su parte posterior. Aparte de usarse para moler y producir harina, había servido también como fábrica de luz.

Del conjunto solo quedaban en pie una parte de la estructura, que se apoyaba sobre un puente de dos ojos por donde pasaba el agua para mover la maquinaria del molino, y la fachada y el tejado de una gran nave. La fachada era de una arquitectura similar a la de todas las harineras de esa zona de Castilla: zócalo de mampostería de piedra arenisca color ocre, de unos dos metros de altura, y después ladrillo visto de color siena. Los antepechos y dinteles de las grandes ventanas, realizados también en piedra arenisca ocre, carecían de cristales. El tejado era una cubierta a dos aguas recubierta de teja árabe. Del interior solo conservaba las vigas de madera en escuadra que soportaban el tejado. Había también una escalera interior que subía a la entreplanta que ocupaba una pequeña parte de la nave.

En uno de sus últimos viajes de vacaciones, cuando ya estaba en la adolescencia, Martín pasó cerca del molino con su tío, al atardecer. Volvían a casa después de cerrar las compuertas para el riego. El tío dijo: «Martín, como ya hace tiempo que has dejado de ser un niño, te voy a contar la historia de una tragedia que ocurrió en esta zona». Al hermano de su madre le encantaba contar historias; se recreaba en la narración, gesticulaba y se sumergía dentro de ellas para darles más veracidad. Se sentaron en un saliente del puente del molino y empezó a narrarle el suceso.

⋆

La historia se remontaba muchos años atrás, según le habían contado, podían ser siglos. El canal de Castilla no existía, pero sí, en este mismo lugar donde nos encontramos, había un pequeño y rústico molino que movía la rueda con el agua que le llegaba de una acequia creada desde el río y que servía para regar las huertas.

Este molino era usado por una colectividad de pequeños agricultores y hortelanos que vivían en pequeñas casas con sus familias y servían a un señor feudal. Este les arrendaba las tierras para que las trabajasen. El señor feudal a su vez servía a un conde, que era el verdadero dueño de todas esas tierras.

Él y su séquito pasaban varias veces al año por la zona para ver cómo habían ido las cosechas y para cobrar los arriendos a las familias. Era habitual que estos pagos los hicieran con productos de la tierra o con animales criados por ellos; en ocasiones podían pagar una parte con dinero que habían obtenido de vender

algunos productos. Por su avanzada edad, dejaba que uno de sus jóvenes caballeros fuera el que cobrara los arriendos. Este era un tirano y maltrataba continuamente a las familias. Les exigía un diezmo cada vez mayor sobre las cosechas y les cobraba precios abusivos.

Según se comentaba en la aldea, el caballero era la mano derecha del señor feudal, aunque las malas lenguas decían que más que mano derecha del señor era el preferido de su mujer. Esta era más joven que el señor feudal y tremendamente sensual. Había sido doncella de su primera mujer, que murió en extrañas circunstancias. Tenía fama de ser sibilina y manipuladora, y se rumoreaba que le tenía sorbido el seso a su señor.

Tiempo antes, cuando la señora era doncella, ella y el caballero se aliaron para envenenar a la anterior mujer del señor feudal, que estaba totalmente ajeno a lo que acontecía en su castillo y propiedades. La dama y su caballero tenían planes de, en el futuro, acabar del mismo modo con el señor, y evitaban que él se relacionara con otras personas que no fueran ellos. El señor feudal era una persona justa, aunque también ambicionaba el poder del conde, su señor y dueño.

La señora daba en el castillo continuas fiestas que duraban hasta el amanecer, en las que comían, bebían y bailaban para dar comienzo, ya por la noche, a una orgía de sexo entre caballeros, doncellas y amigos. Desde hacía un tiempo, el caballero, en sus visitas para supervisar los trabajos de los arrendados, se había fijado en una familia que tenía una hija y un hijo. Ambos eran jóvenes y muy agraciados físicamente. El caballero pensaba: «¡Qué desperdicio! Serían mucho más hermosos lavados, perfumados y sin los vestidos andrajosos que llevan». En su mente empezó a maquinar cómo conseguirlos, pues sabía que serían del agrado de la señora. A ella le gustaban los jóvenes, fuesen hombres o mujeres para divertirse en las fiestas.

El caballero supo que la familia de los chicos tenía problemas, pues el padre había estado un tiempo enfermo sin poder trabajar. Además de los gastos normales, habían tenido que hacer frente al pago del galeno. Aunque los chicos y la mujer habían estado trabajando, sabía que no podrían pagar el diezmo y el arriendo de la casa.

Cuando el caballero fue a visitarlos para cobrar, todavía el padre estaba convaleciente. Tenía mala pinta, podía ser que tuviera tuberculosis, no podía respirar bien y esto hacía que siguiera sin poder trabajar. La familia le contó que no podía hacer frente a la totalidad del pago y le pidió que por favor le diera de plazo hasta la próxima visita, entonces le pagarían lo que faltaba de ese plazo y el siguiente.

Él, con un cinismo total, les dijo que lo entendía, que no se preocuparan, que debido a la situación delicada en la que se encontraban les iba ayudar. Se llevaría a la chica para que sirviera de doncella en el castillo, donde le darían una educación para que tuviera un futuro mejor… En la próxima visita, verían

si la situación había mejorado, pero lo importante en ese momento era que el hombre se curara.

La familia vio en esto una salida a su situación y pensó que también sería lo mejor para su hija. A todos le extrañó lo condescendiente y generoso que estaba siendo con ellos, pues eran conocidas en la zona la maldad y crueldad que en ocasiones tenía hacia ellos.

La chica subió a la grupa del caballo de uno de los criados e inició la marcha hacia el castillo. Al llegar, el caballero dijo al criado que la llevara a los aposentos de las criadas y que alguna de ellas la quitara los harapos, la aseara, la vistiera con algún vestido de una de las damas de la señora y después la llevaran a su presencia. Pensaba darle una sorpresa a su amada, pues pronto sería su cumpleaños. Ella estaba ya preparando una gran fiesta que a buen seguro duraría varias jornadas y que incluiría torneos y carreras de caballos, tampoco faltarían saltimbanquis y trovadores. Los criados empezaban a engalanar los salones, el patio de armas y la explanada anexa al castillo, donde se celebrarían los festejos y torneos. La sorpresa era ofrecerle la joven como regalo de cumpleaños.

Después de cumplir los criados con las órdenes que les habían dado, una de las doncellas llevó a la joven a los aposentos del caballero.

Con el aseo, su aspecto había mejorado de una forma asombrosa. Tenía unos inmensos ojos color miel, su cara de bellas facciones estaba ligeramente empolvada, los pómulos habían sido retocados con un suave colorete, los labios eran más sensuales y carnosos pintados con un tono rojo suave. Los largos cabellos rubios, recién lavados, peinados en bucles y ensortijados con pasamanería azul y roja, le caían sobre los hombros y la espalda. La habían vestido con una falda amplia con volantes de los colores de la pasamanería del cabello y una blusa blanca con cuello palabra de honor que dejaba al descubierto sus hombros. Todo realzaba de manera impresionante su belleza.

Vio que la joven estaba deslumbrante. Le dijo: «¡Qué bella estás! Yo cuidaré de ti». Ella se ruborizó y, desplegando una amplia sonrisa, le contestó: «Muchas gracias, señor, me siento muy halagada». El caballero siguió diciéndole: «Dentro de unos días, tendré que presentarte a la señora y deberás causarle muy buena impresión para que te acepte a su servicio». La muchacha respondió: «Estaré encantada de que así sea».

Sabiendo lo exigente y perfeccionista que era la dama, tenía que comprobar que físicamente estaba perfecta. Le pidió que se desnudara poco a poco. Ella se turbó, pues lo que le pedía era totalmente nuevo para ella. En su pequeña aldea había tenido un escarceo con un joven vecino, pero no había llegado a mayores, nunca nadie le había pedido que se desnudara.

Viendo el caballero el rubor y timidez que embargaban a la chica, trató de tranquilizarla diciéndole: «La señora no quiere que sus damas tengan ninguna cicatriz o defecto que las afee, ya que le gusta compartir el baño con ellas».

La moza se vio incapaz de oponerse, así que, aunque no le gustara, asintió. Empezó a desnudarse como le había pedido el caballero. Comenzó por la blusa. Después se quitó el corpiño que le habían colocado para resaltar sus senos; él pudo apreciar lo generosos que eran, así como la perfección de su talle desde el cuello hasta la cintura. Después se desprendió de la falda, así como de la calza que llevaba, y se quedó totalmente desnuda.

El caballero le mandó dar varias vueltas y quedó maravillado de lo que veía. Pensó que le iba a encantar a su depravada señora. Seguidamente llamó a la doncella que estaba esperando fuera del aposento para que la acompañara y llevara a la zona de habitaciones de las damas. Le ordenó que la alojara y la aleccionara sobre lo que tendría que hacer, pues sería imposible encontrar mejor maestra que ella.

La doncella inició la marcha, seguida por la joven. Cuando habían rebasado la parte de la zona noble, le preguntó: «¿Qué edad tienes? ¿Por qué te han traído al castillo?». Ella contestó: «Tengo dieciséis años. Me han traído porque, al no poder pagar mis padres el diezmo al señor, voy a saldar con mis servicios de criada la deuda contraída». La doncella, sonriendo, pero sin poder evitar una mueca de amargura, le dijo: «Hemos sido muchas la que ya hemos pasado por esto. Para lo que nos quieren es para divertirse con nosotras hasta que se cansen. Si eres dócil tendrás suerte de seguir con vida, como yo, aunque esté llena de despecho y rencor por lo que me hicieron. Si no te avienes a hacer lo que ellos quieren, te puede ocurrir cualquier cosa, nadie habrá visto ni oído nada de lo que te haya pasado y será como si no hubieses existido».

Llegaron a los aposentos y le indicó la cama donde dormiría. Le dijo que al día siguiente la instruiría sobre ciertas cosas que tendría que hacer, de acuerdo con los gustos de la señora y el caballero.

La joven rechazó ir a cenar; entristecida, prefirió acostarse. La embargaba una gran amargura, no solo por la separación de su familia, sino también por lo que la doncella le había contado. Por eso, estuvo llorando desde que se acostó hasta el amanecer. Al alba, ya sin lágrimas, con la cabeza embotada por terribles pensamientos, cayó rendida en un duermevela lleno de terribles pesadillas.

El caballero había estado ausente varias jornadas, supervisando el trabajo de los campos y cobrando a los aparceros. Ardía en deseos de ver a su amada. Aun así, esperaría a verla más tarde, entrada ya la noche, cuando hubiera terminado de cenar con el señor. Así que tenía tiempo para acicalarse antes de ir a verla.

Llamó al criado y pidió que le prepararan el baño, cosa no muy habitual en aquellos tiempos ni siquiera siendo caballero, pero él sabía que a su señora le gustaba que alguien a quien iba a meter en su cama estuviera limpio y oliera bien. Además, después de una agotadora jornada sobre el caballo, el baño lo reconfortaría. También pidió que le llevaran vino y un refrigerio.

Mientras estaba degustando el vino y las viandas, pensaba en la forma de presentarle la joven a la señora. No quería desvelarle que ese sería su regalo,

deseaba mantener el misterio, dejarla con la intriga. Esos juegos la excitaban terriblemente, y esa noche quería y necesitaba que ella estuviese deseosa, ansiosa de sus caricias y atributos.

Su criado llamó y, entreabriendo la puerta de la habitación, le dijo que estaba allí un sirviente de los señores y que estos requerían su presencia.

Siguió al sirviente hasta la sala donde solían estar los señores. Era anexa al salón donde habían cenado, pues después de la cena se quedaban charlando un rato, hasta que se retiraban a sus respectivos aposentos.

El señor lo saludó con amabilidad. La señora, aunque esbozó una sonrisa al saludarlo, se mostró indiferente, como siempre cuando estaba presente el señor. Ella sabía guardar muy bien las formas, aunque intuyera que el señor sospechaba de algunos de sus ronroneos con sus caballeros y doncellas, pero él no haría nada mientras que estos juegos amorosos y desvaríos no trascendieran.

El señor le pidió que se sentara, le preguntó cómo había ido el viaje y si había ocurrido algún incidente con sus arrendados. Él contestó que en general todo había ido bien, que cuando le diera audiencia rendiría cuentas del trabajo realizado, de los cobros efectuados, de alguna mejora que él creía que habría que realizar para el riego de las tierras y de un pequeño incidente que había habido que no tenía mayor importancia.

Después de escuchar atentamente estas explicaciones, el señor se levantó y le dijo que hablarían al día siguiente, que se retiraba a sus aposentos, pues estaba cansado, pero que los dejaba para que siguieran hablando, pues a buen seguro la señora lo pondría al día de los últimos cotilleos habidos durante su ausencia.

Una vez se quedaron a solas, ella preguntó con cierto desdén: «¿Quién es la joven con la que has llegado? ¿Por qué la has traído al castillo?». En esos momentos, estuvo seguro de que la dama había hablado con alguna de sus doncellas para saber si había llegado y de que esta la habría puesto al corriente de que había llegado con una muchacha. La sorpresa se había evaporado, a no ser que siguiera manteniendo el misterio de quién era ella y por qué estaba allí. Así que siguió con la chanza, diciéndole que en esos momentos no podía decirla nada, pero que, si esperaba unos días, quedaría satisfecha sobradamente su curiosidad.

Como imaginaba, ella rápidamente empezó a interrogar: «¿Es guapa y joven?». Él dijo: «Es muy guapa y muy joven». Ella siguió: «¿Más que yo?». Él afirmó con rotundidad: «Sí». Como él esperaba, esta contestación la encendió, pues, aunque tenía bellas doncellas, ella se consideraba sin rival en belleza. Con un mohín no exento de picardía, insistió: «¿Estás seguro? ¿Tú me has visto bien? Si es tan bella como dices, posiblemente preferirás dormir con ella esta noche en lugar de conmigo, y perderás así la condición que tienes de ser mi favorito». El caballero rápidamente contestó: «Señora mía, no es posible, ella no me pertenece, pero aun perteneciéndome preferiría dormir con mi bella señora o con las dos, si vos lo permitís». Ella se levantó y, con ojos ávidos de pasión, se

acercó a él y susurrando le dijo: «Me voy a mis aposentos, dentro de una rato ve con sigilo, que como siempre dejaré sin echar el pestillo para que entres. Trata de no hacer ningún ruido». Al cabo de un rato, él inició el camino a los aposentos de ella.

Como imaginaba, estaba esperándolo vestida con un ligero camisón de gasa que transparentaba su bello cuerpo. Tras algunos abrazos y arrumacos, siguieron pequeños empujones, manotazos y preguntas lujuriosas por parte de ella sobre por qué la joven estaba allí: «¿Es que la vas a convertir en tu amante?». Él contestó: «Ya veremos».

Después del breve juego de preguntas y respuestas, empezaron a sentir que su excitación iba en aumento y a sentir la necesidad de yacer juntos. Ella tiró de él y comenzó a desnudarlo rápidamente. Él hizo lo mismo con el camisón de ella, casi desgarrándolo por completo la dejó desnuda. Entre besos y caricias, pasaron toda la noche amándose. Al amanecer, él se levantó sigilosamente sin hacer ruido, y sin que lo vieran se fue a su aposento, dejándola profundamente dormida.

La joven, al despertar, estaba totalmente aturdida. La doncella que la había atendido estaba levantada y juntas fueron a una pequeña sala cerca de las cocinas que usaban las doncellas de la señora para desayunar y comer. No pudo tomar nada. La doncella le dijo que esa no era una buena decisión, que si enfermaba y no les servía para sus deseos, la mandarían a limpiar las cochineras y la entregarían a los criados para que se divirtieran hasta que se cansaran, y que después se desharían de ella tirándola al río.

Ese panorama hizo que todavía su pena fuera mayor y preguntara: «¿Por qué me separan de mi familia con engaños? ¿Qué mal hemos hecho para merecer esto?». La doncella, sonriendo, le contestó: «No habéis hecho nada para merecer esto, el único error es ser unos pobres campesinos».

⋆

En este momento, el tío de Martín interrumpió el relato para explicarle: «Esto, que parece imposible pueda suceder, en aquellos tiempos ocurría. Las personas eran esclavas de sus señores, que tenían derecho sobre sus vidas. En contadas ocasiones se hacía justicia, siendo nula en lo concerniente al derecho de la mujer a ser libre. La mujer era fácilmente utilizada como moneda de cambio y podía sufrir el derecho de pernada».

⋆

Después de desayunar, la doncella adiestraría a la joven en los buenos modales para que se comportara como una dama. También le ensañaría a bailar, pues dentro de unos días sería la fiesta de cumpleaños de la señora, donde ellas

podrían desplegar todos sus encantos para que los caballeros se quedaran prendados de su belleza y destreza.

En esos días, el trajín que había en el castillo era de locos. Todos estaban atareados en los preparativos de la gran fiesta que se estaba preparando. En una explanada se habían levantado sendas gradas longitudinales y paralelas, una a la derecha y otra a la izquierda del puente que había sobre el foso que daba entrada al castillo. Este lugar albergaría los torneos y las luchas de los caballeros, que consistirían en carreras de caballos, duelos de espada y de justa. En otro extremo de la explanada se habían colocado grandes mesas y jaimas. En las mesas, atendidas por criados, se dispondrían las viandas y los invitados podrían degustarlas sentados sobre almohadones.

Durante algunos días, ella estuvo aprendiendo todo lo que le enseñaba la doncella. Además, en ningún momento el preferido de la señora la había llamado o molestado, pero ella seguía apenada y, como se suele decir, con la mosca detrás de la oreja sobre las intrigas que este podía estar pensando para ella.

Las fiestas empezarían un día antes del cumpleaños de la dama. El día anterior a que empezaran, el caballero pidió a la doncella que al atardecer llevara a la joven a sus aposentos, debidamente aseada, ataviada y perfumada, pues quería presentársela a la señora. Así, al caer la tarde fueron al aposento del caballero. La doncella preguntó si se podía retirar y él, con un pequeño ademán un tanto despectivo de la mano, le dio a entender que sí.

El caballero pasó revista a la joven y, lo mismo que la última vez, le pareció muy bella y sensual. El vestido que lucía en esta ocasión era de una sola pieza, de cintura para abajo caía con un ligero vuelo y en la parte superior, desde la cintura a los hombros, era ceñido, con un generoso escote en pico que marcaba y dejaba entrever sus perfectos senos; el color era de un tono carmesí con rebordes en azul. Su cabello estaba recogido en una larga trenza con pasamanería carmesí y azul entrelazada. Aun con todos estos abalorios, lo que más lucía era su rostro, de líneas finas bien definidas, una simetría perfecta donde destacaban sus grandes ojos.

Vio que lo único que ensombrecía esa maravilla era su mirada apenada y de preocupación, se la veía desconfiada y temerosa. Trató de ganarse su confianza, diciéndole que era muy bella y que no existía ningún motivo para que estuviera preocupada; que, aunque la condesa era exigente y caprichosa, seguro que le iba a encantar tenerla a su servicio.

Le preguntó si en su aldea había tenido algún pretendiente. Ella contestó que no. Le dijo que mejor: «Nosotros te enseñaremos a descubrir los rincones más apetecibles del cuerpo y a disfrutar de ellos».

Ella solo se había dado algún beso, beso que de alguna manera le había robado un joven jornalero que en ocasiones ayudaba a su padre y hermano en los trabajos del campo. No había sentido ningún placer, aunque la sensación

tampoco había sido desagradable, esto la llevó a pensar que sus malos pensamientos no tendrían sentido. Él dejó pasar unos minutos y vio que la chica empezaba a asimilar lo que le había dicho. Cambió su semblante y se reflejaron en sus facciones tranquilidad y sosiego.

Seguidamente se encaminaron a la sala de recepción, donde los señores estaban dando la bienvenida a los invitados que habían llegado para participar de los torneos y disfrutar de la fiesta de cumpleaños. Entre estos se encontraba el hijo del conde, señor de todas aquellas tierras. El señor feudal era su súbdito más importante, al que había otorgado más tierras para su explotación, incluida la aldea de la joven. El conde tenía una enfermedad para la cual los galenos desconocían tratamiento o ungüentos para curarla, pues estaba perdiendo movilidad en las extremidades, lo que le impedía caminar por sí solo. Sin embargo, la mente la tenía totalmente lucida. Como preveían una inminente muerte del conde, el señor feudal y su mujer empezaron a intrigar con sus afines más próximos para, cuando ocurriera el fatal desenlace, acabar también con su joven hijo y proclamarse ellos condes y dueños de todo el territorio.

La señora estaba acompañada de sus damas de compañía. Hablaba con el hijo del conde y saludaba a algunos altos mandatarios de las aldeas próximas al castillo. Los vio entrar en la sala. Cuando el caballero lo creyó oportuno, se acercaron a la señora. Ella se separó de las personas con las que estaba en ese momento y miró a la joven de arriba abajo. Le pareció de una excepcional belleza. Se acercó al oído del caballero y con un susurro le preguntó con sorna: «¿Esta es la ramera que te has traído de la última correría que has hecho por mis tierras?». Él, que la conocía muy bien, sabía que estaba empezando el juego del tira y afloja, así que contestó, susurrándole al oído: «Sí, mi señora, aunque me gustaría compartirla con vos». Ella, sonriendo maliciosamente y en voz baja, dijo: «Me parece bien. Podéis comer y beber. Cuando termine el besamanos, me retiraré a mis aposentos. Ve allí con ella y veremos qué me podéis ofrecer, ya sabes que soy muy exigente».

El caballero y la joven se fueron hacia las mesas dispuestas con manjares y bebidas. Él le dijo que comiera y bebiera, porque la noche iba a ser larga.

Ella cogió la copa de vino que le ofreció el caballero, se la acercó a los labios y tomó un pequeño sorbo. No estaba acostumbrada a beber; sin embargo, el sabor afrutado le pareció buenísimo y el aroma embriagador, muy distinto al que alguna vez había tomado en casa, hecho por su propia familia. Él, viendo que le había gustado, volvió a llenarle la copa.

Estuvo hablando con algunos invitados, entre los cuales se encontraba un muchacho muy apuesto, hijo del conde dueño y señor de todas aquellas tierras. La presentó como una dama de la señora. El hijo del conde enseguida sintió un fuerte interés por la joven y empezó a conversar con ella. Le preguntó de dónde era. Ella contestó de forma discreta que era de una aldea próxima al castillo y que su familia servía a los señores, sin dar más detalle sobre cómo

había llegado allí. El amante, que estaba al quite, le dijo: «La señora se está retirando a sus aposentos acompañada de sus damas, creo que debes ir con ellas».

La joven hizo una reverencia y rápidamente las alcanzó. Se puso a caminar cerca de su compañera, que le preguntó: «¿Sabes quién es el hombre con el que has estado hablando?». Ella contestó: «Sí, me lo han presentado como el hijo del conde». Su compañera, en voz baja, comentó: «Pues te diré que tiene fama de ser muy diestro con la espada y muy veloz en las carreras de caballos. Gana muchos torneos y además también dicen que es una persona valerosa y justa».

Al hijo del conde, la joven le pareció de una gran belleza, aunque estaba intrigado, pues en su cara se reflejaba una sombra de tristeza: algo raro le pasaba. Pensó: «Tengo unos días para saberlo». El hijo del conde había oído hablar en bastantes ocasiones de las intrigas y malas artes de la señora y de algunos de sus caballeros con los arrendados. Este hecho le preocupaba, pues al ser su señor padre el verdadero dueño de aquellos feudos se sentía cómplice de estos desmanes.

El caballero se despidió del hijo del conde y de sus hombres con la excusa de que tenía que revisar si todo estaba preparado para la realización de los torneos del día siguiente. El hijo del conde contestó: «Espero que todo esté en su momento bien dispuesto, pues yo he venido a ganar en todas las pruebas, así que nos veremos en ellas». A lo que contestó: «Señor, seguro que mañana lo encontraréis todo bien dispuesto y podremos realizar unos magníficos juegos, en los cuales yo también pienso participar, al igual que otros muchos nobles». Seguidamente, haciendo una reverencia, salió raudo de la estancia, de la que ya empezaba a retirarse el resto de los invitados.

Cuando todos se hubieron retirado, el caballero, seguido de la joven, sigilosamente inició el camino por los pasillos del castillo hacia los aposentos de la señora. Como siempre que lo esperaba, no había echado el pestillo a la puerta, por lo que, discretamente y después de asegurarse de que nadie los veía, pasaron dentro de la estancia y, cruzando un gabinete, llegaron a la habitación.

Ella estaba cepillándose su larga melena, sentada en un tocador situado en la pared de enfrente a la puerta de entrada a la habitación, cerca de una gran chimenea, donde chisporroteaban y ardían unos troncos de encina. Las llamas daban al aposento un colorido anaranjado y producían una sensación muy agradable. Enfrente de la chimenea estaba la gran cama con un dosel del que colgaban finos paños de lino trasparente. La cama estaba cubierta de finas sabanas y grandes almohadones.

Entre el tocador y la cama había un gran espacio, con una mesa baja en la que estaban colocados manjares exquisitos, un ánfora de cristal llena de vino de un tono rubí y varias copas. Alrededor de la mesa había dos triclinios y varios almohadones de terciopelo, reposaba todo ello en una mullida alfombra.

La joven creyó estar viendo una habitación de cuento de hadas, pues hasta

ese momento el castillo le había parecido frío y desangelado, de líneas duras y de construcción recia. Encontró esta habitación muy lujosa y acogedora, ella nunca había visto en su vida algo así.

La dama esperó sin mover la cabeza hasta que el caballero, acercándose y dirigiéndose a ella, le dijo: «Mi señora, como os había prometido y pasando ahora mismo la medianoche, quiero ser el primero en felicitaros y entregaros mi regalo de cumpleaños». Ella, volviéndose, afirmó: «No veo ningún presente en tus manos ni tampoco en las de tu sirvienta». Él respondió: «No es mi sirvienta, es vuestro regalo. Os servirá como vos merecéis, pues sabe que la vida de su familia depende del comportamiento de ella y de lo que mi señora decida».

Ella, levantándose del tocador, mandó a la joven que se acercara. Dirigiéndose a la mesa cogió un pastelillo, espolvoreó sobre él un poco de canela y se reclinó en uno de los triclinios. Él, raudo, le sirvió una copa de vino. Ella vestía un camisón largo trasparente, que por el reflejo de la luz de la chimenea dejaba traslucir un bello cuerpo.

La muchacha, aproximándose, se colocó enfrente. Pensó que nunca había visto a alguien tan bella como esa dama. Él también se había recostado en uno de los grandes almohadones a los pies de su señora.

La miró de arriba abajo y con un ademán mandó que se diera la vuelta. Después de pasar un rato contemplándola, dirigiéndose a él, le dijo: «El envoltorio no está mal. Puedes descubrir el resto para poder comprobar si es de mi gusto».

El caballero se levantó, se dirigió a la joven y, lentamente, le empezó a desabrochar los corchetes y los lazos del vestido. Se lo deslizó desde los hombros hasta la cintura, dejando todo el torso al descubierto, y siguió deslizándolo hacia los pies. Se quedó solo con unas largas calzas blancas.

La señora se levantó. La contempló largamente, girando varias veces alrededor de ella, y se volvió a sentar. Pidió que terminara de desenvolver el regalo y el caballero lo hizo: tiró de la lazada que sujetaba las calzas a la cintura. Estas cayeron al suelo y la joven se quedó totalmente desnuda, mostrando un cuerpo de bellos contornos, una delicada piel que a la luz del fuego de la chimenea relucía con un tono anacarado.

Dando un largo sorbo de vino y mostrando una gran complicidad con su amante, la señora, volviendo a levantarse, se acercó a ella para revisar que la mercancía que le ofrecía su caballero no tenía ningún defecto o tara. Después dijo: «En verdad que te has esmerado, es realmente bella, me satisface enormemente el regalo. ¿Le has explicado lo exigente que soy sobre mis gustos?». Él contestó que perfectamente, que la serviría en todo lo que pidiera.

La joven no daba crédito a lo que estaba escuchando. Sabía por sus padres, por la gente de la aldea, que en ocasiones los nobles usaban a sus súbditos para sus caprichos, pero nunca hubiera pensado que la pudieran tratar como un

juguete para regalar. Humillándola así conseguirían destrozarla, mental y físicamente.

La señora volvió a dar otro sorbo a la copa y la dejó en la mesa. Acto seguido le pidió que bailara, quería ver su cuerpo en movimiento.

Cuando iba a empezar, la dama la paró, se dirigió a la cama, desató dos de los finos paños de gasa del dosel y le cubrió parte del cuerpo con uno de ellos, anudándoselo en el cuello, en diagonal desde uno de los hombros, y en una de sus largas piernas, dejando ver un espléndido y turgente pecho y una parte de su monte de Venus. Dándole el otro paño, le dijo que lo agitase en el aire al danzar alrededor de la habitación.

La joven con timidez obedeció. Aunque era grácil en sus andares, eso no evitó que tropezara en uno de los almohadones y cayera al suelo. La señora le dio a beber vino y le dijo: «Esto te servirá para perder la timidez y la decencia».

Después de beber, siguió dando vueltas a la habitación. La dama y el caballero se miraron. En sus miradas se reflejaba un deseo común de poseerla. Para ellos esta situación no era nueva, ya la habían practicado en ocasiones con otras doncellas.

La señora mandó parar a la chica. Esta estaba aturdida, angustiada, mareada por las vueltas y el vino que había ingerido. Cogiéndole la dama el paño de gasa de la mano, le cubrió los ojos, diciéndole: «Vamos a jugar a un juego que te va a gustar. Tendrás que girar varias vueltas con los ojos tapados y después irás a buscarnos. No tienes que preocuparte, estaremos cerca para que no te caigas. Cuando cojas a uno lo desnudarás, así hasta quedarnos los tres desnudos. Continuaremos después jugando con nuestros cuerpos, amándonos con desenfreno».

⋆

Su tío hizo una pausa y le dijo: «No seguiré contándote lo que pasó esa noche en los aposentos. Todavía eres joven para escuchar ciertas cosas, creo que ya te he contado demasiado».

⋆

A altas horas de la madrugada, la muchacha marchó a su habitación. Se derrumbó en la cama y lloró amargamente. Se sintió humillada y deshonrada, como un trapo que se ha estado usando hasta quedar inservible.

A la mañana siguiente la despertaron las otras doncellas. La apresuraron para que se vistiera y las ayudara a preparar las mesas con viandas y bebidas para el almuerzo, que tendría lugar en la explanada frente del castillo, donde también se celebrarían los juegos y torneos.

Le dijeron que ya se habían inscrito muchos participantes, y que un caballero, antes del reto, podía exigir como trofeo los favores o el amor de una

doncella y luchar contra otro caballero para conseguirlo.

Mientras preparaba las mesas, la joven vio al hijo del conde entrenando con uno de sus caballeros. Después observó que le llevaban un caballo perfectamente engalanado con bellos arneses y parapetos para protegerse en la lucha.

Él la vio. Se dirigió hacia donde estaba y le preguntó con gran educación si se encontraba bien y si había descansado. Ella no pudo responder, pues quedadamente había roto a llorar, aunque hacía lo posible por disimular. Para el hijo del conde esto no pasó desapercibido. Le pidió que lo siguiera dentro de la jaima. Una vez dentro, la pidió que le contara lo que la había sucedido.

La joven le refirió de una forma rápida, pero sin atropellarse, todo lo acontecido desde que el caballero la separó de su familia y la llevó al castillo. Le explicó cómo había actuado después con ella de una forma perversa, abusando de su cuerpo y de su alma, que cargaba con un pecado difícil de perdonar, lo que la conduciría al infierno eternamente. Estas son las enseñanzas de los poderosos, te seducen con argumentos beneficiosos, te obligan y someten para que hagas lo que ellos quieren, abusan de tu inocencia introduciéndote en los juegos más escabrosos y después te hacen sentir culpable y pecadora.

El joven la calmó y le juró que la liberaría, o bien durante el torneo, luchando en una justa para liberarla de esa esclavitud, o, si no ganaba, pagando la deuda de su familia.

Las gradas se iban llenando de los aldeanos venidos de los pueblos del entorno y de otros más lejanos. Algunos caballeros e hidalgos venían de León.

A media mañana llegaron a la tribuna el señor feudal y su señora, en cuyo honor se disputaban esos juegos, consistentes en enfrentamientos individuales a caballo con lanza larga, enfrentamientos a pie con espada y carrera de caballos de siete vueltas alrededor de la espina del campo de juego. Algunos caballeros retarían en una justa a otros para conseguir el amor de algunas de las damas o doncellas.

Los juegos comenzaron cuando el señor feudal, levantándose y haciendo una señal a dos de sus caballeros, desplegó los pendones de su señorío y del condado. Después lanzó una arenga a los participantes, haciendo hincapié en que los juegos y los combates se realizaran de una forma limpia. A partir de ese momento se inició en la pista el desfile de los participantes, acompañados por músicos, juglares y saltimbanquis venidos para amenizar los festejos.

La joven estaba en la tribuna, ocupando un puesto de la zona cercana a la señora, donde estaban situadas las doncellas. Cuando llegó la joven a la tribuna hubo un cruce de miradas entre ambas. La señora la sonrió sarcásticamente y ella se sonrojó, pero en esta ocasión no fue de vergüenza, sino de ira.

Terminado el desfile y colocados los contendientes, hicieron sonar las trompetas para que dieran inicio los juegos.

Empezaron con luchas de espada a pie. A los caballeros se les permitía

protección de coraza en la parte superior y mallas con cota en la parte inferior. Se daba por perdedor al que quedara desarmado o al que le hubieran marcado en dos ocasiones en la parte inferior del cuerpo o una en la parte superior. Estas marcas eran validadas por un juez.

En el torneo a caballo, los contendientes iban protegidos con coraza articulada en brazos y piernas y portaban lanza larga y escudo. Los caballos podían ir protegidos si el caballero lo consideraba necesario para su seguridad. Se daría como ganador al que consiguiera derribar o descabalgar a su contrincante. El cruce entre contendientes se produciría enfrente de la tribuna. Si en cuatro cruces ninguno consiguiera derribar o descabalgar al contrincante, un juez dictaminaría quién había marcado más veces al oponente, aunque no lo hubiera derribado. Después de irse eliminando, llegado el momento de la final de la lucha a espada larga, los caballeros se podían retar a una justa para ganase algún favor.

La final iba a enfrentar al caballero amante de la señora contra el hijo del conde. Este rápidamente se dirigió al centro, se colocó enfrente de la tribuna y, con voz fuerte y clara, pidió al señor feudal permiso para que le permitiera una justa para liberar a una doncella, pues el más fiel de sus caballeros, con el que debía tener el duelo final, había llevado al castillo a la joven, separándola de su familia, para maltratarla y mancillarla con el beneplácito de su señora.

El señor feudal no daba crédito a lo que estaba oyendo, y más en labios del hijo de su señor conde, por lo que le preguntó si la doncella estaba allí. El joven dijo que sí y, subiendo la escalera que iba a la tribuna, se dirigió a la chica y le dio el pañuelo, que según subía se había desanudado del cuello. El señor le preguntó: «¿Es cierto lo dicho por el hijo del conde?». Ella, inclinando la cabeza, pero con voz alta y clara, dijo que sí.

En esos momentos, la cara de la señora estaba enrojecida de ira y sus ojos echaban fuego de maldad mal disimulada. Sintiéndose aludida, se levantó y, dirigiéndose a su marido, dijo: «Lo único que sé por mis damas es que ha llegado con tu fiel caballero cuando volvió del recorrido que había hecho por tus tierras». El caballero, desde la arena, confirmó lo dicho por la señora: que trajo a la muchacha para que fuera educada y pudiera entrar al servicio de la dama. Negó que hubiera sido mancillada, y por la ofensa infligida retó en duelo a muerte al hijo del conde.

El señor feudal sabía lo que se jugaba si moría el hijo del conde y no consintió en que el duelo fuera a muerte. Sin embargo, sí se comprometió a entregarle, si ganaba, a la joven para que dispusiera como quisiera de ella. Si perdía, él mismo se encargaría de investigar los hechos, saber la verdad de lo ocurrido y a continuación pactar un acuerdo entre ambos.

El reto sería luchar uno contra el otro en las tres pruebas, se alzaría con la victoria el que ganara dos de ellas. Se nombraría un juez para supervisar el combate y las armas a emplear en cada una de ellas.

Empezaron con la espada larga. El caballero era más corpulento que el hijo del conde; sin embargo, este era más flexible y se movía más rápido, y, aunque le descargaba fuertes espadazos, ágilmente se desplazaba para evitarlos de un lado al otro a la vez que contraatacaba con suma rapidez. En una ocasión consiguió marcar una de las piernas del caballero. Separados por el juez, comenzaron la segunda ronda o asalto. Los dos adoptaron la defensa que utilizaban los romanos con el gladio, subiendo la espada con las dos manos en alto y descargándola con gran fuerza contra el contrincante. En este asalto, después de un gran intercambio de golpes, el caballero consiguió marcar una de las piernas del joven. Siguieron con otra ronda de ataques y contraataques. En uno de estos, el hijo del conde marcó el cuello del caballero, consiguiendo así ser el ganador de esta primera prueba.

Hicieron una parada para reponerse y, junto a los invitados y participantes, degustar los manjares dispuestos en las mesas. En una de esas mesas se situó la señora acompañada de sus doncellas. Mandó a una de ellas que llevara a la chica a su presencia.

Mientras la señora degustaba un pequeño pastel de miel, llegó la doncella con la moza. La señora ordenó a sus damas que se alejaran y, dirigiéndose a ella con voz melosa, le preguntó: «¿Por qué me has traicionado?».

Sin esperar respuesta, de una forma cínica, la previno de que pasara lo que pasara en las pruebas y ganara quien ganara, ella no saldría del castillo, ni tan siquiera muerta. La señora, en su turbulenta mente, ya había urdido un plan para acabar con ella y con el hijo del conde. Se dijo a sí misma que la fortuna estaba de su parte, pues el joven había obrado con imprudencia al retar públicamente a su amado caballero y acusarlos de estar amancebados. Ella estaba convencida de que el duelo les daba la ventaja de deshacerse de él y ocupar próximamente el condado, pues su padre, al estar enfermo, no podría soportar la muerte de su hijo y posiblemente moriría, y, si no era así, ya urdiría ella un plan para acabar con él.

El sonar de trompetas marcaba el comienzo de la siguiente prueba. Los dos contendientes y sus caballos estaban vestidos con sus mejores armaduras, que reflejaban los rayos del sol que daba de lleno en ellas.

Cada uno se colocó en un extremo. La primera embestida fue de tanteo y ninguno de los contendientes fijó su lanza ni en el escudo ni en ningún sitio del cuerpo del otro. La diferencia de altura y fortaleza a favor del caballero hacía prever que la lucha sería corta y que en el momento en que el caballero impactara su lanza en el escudo del otro lo descabalgaría y daría este con su pesada armadura y sus huesos en el suelo, cosa que ocurrió en la siguiente embestida.

Los caballos habían iniciado la carrera galopando a gran velocidad. Cuando llegaron al centro, frente a la tribuna, los dos contendientes alcanzaron el escudo del otro. Sonó un gran estruendo al partirse lanzas y escudos. El joven

cayó derribado, dándose un fuerte golpe en el suelo.

Este hecho entristeció a la muchacha. Empezaron a recorrer sus mejillas dos inmensas lágrimas que llegaron hasta las comisuras de sus labios. El sabor era amargo, como preveía que amargo sería su futuro si le ocurría algo grave a él, pero descubrió que lo que verdaderamente la turbaba era el riesgo que estaba corriendo el hijo del conde por salvarla, que posiblemente le podía costar la vida.

La prueba la había ganado el caballero. Además, había conseguido algo más: el joven, al caer, se había lastimado un costado. Podía tener alguna costilla rota, lo que le mermaría facultades para la última y definitiva prueba, que era la carrera de caballo.

La señora, para asegurar el éxito del plan que había concebido, empezó ya a tejer y llevar a cabo unas acciones maquiavélicas. Mandó a un criado fiel a la cuadra donde el hijo del conde tenía el caballo que iba a usar en la carrera con la orden de que colocara una esquirla metálica en una de sus pezuñas, pero sin introducirla totalmente: esta se iría introduciendo en la pata con el peso del jinete y el galope.

Muchos de los invitados, en el entreacto que daría paso a la última prueba, cruzaban apuestas sobre quién sería el ganador. Por las gradas, corrían rumores de la posible suspensión de la prueba, pues el galeno había tenido que vendar el torso al joven. Mientras, su rival estuvo pavoneándose con sus amigos por las mesas comiendo y bebiendo.

El séquito del noble le recomendaba que no saliera a disputar la última prueba, pues cabalgar a galope, subiendo y bajando sobre la silla de montar, le produciría un dolor insoportable en las costillas lastimadas. Además, sospechaban que los señores feudales estaban tramando algo contra su amo.

El joven utilizó la frase que Julio César dijo cuando se disponía a cruzar el río Rubicón para dirigirse a Roma con sus legiones, «*alea iacta est*», que significa «la suerte está echada» o «los dados están echados». Añadió: «Ha llegado la hora de que terminéis de prepararme para salir a correr. Porque, aunque tenga un fuerte dolor en el costado, no dudéis que ganaré, al igual que lo hacía nuestro paisano de la Lusitana, el gran auriga Cayo Apuleyo Diocles, ganador de infinidad de carreras en el circo Máximo de Roma, en la época del emperador Adriano».

⋆

Al atardecer todo estaba preparado, y los dos contendientes, montados encima de sus caballos, colocados frente a la tribuna. Esta sería el lugar de salida y la meta después de dar siete vueltas.

Durante la espera para la salida los caballos estaban nerviosos. Se ponían a dos patas y relinchaban, pues intuían que su hora también había llegado.

El alguacil del castillo dio la salida dejando caer desde la tribuna de la grada

un gran pañuelo escarlata. A su derecha tenía un marcador consistente en una varilla metálica situada en horizontal y sujeta a un gran tablón de madera. En un extremo de la varilla estaban colocados siete aros de madera de color carmesí, que iría desplazando hacia el otro extremo a cada paso por la meta, marcando así las vueltas realizadas.

Los caballos fueron espoleados y salieron al galope. Rápidamente llegaron al extremo de la espina igualados. Al ser el caballo del caballero de mayor alzada podría parecer que partía con ventaja, pero no era así, pues el joven era más ligero, y su caballo, aunque de menor alzada, más veloz. Cuando doblaron el extremo de la espina y enfilaron la recta para efectuar el primer paso por la línea de meta, sacaba una ligera ventaja. Continuaron alternando las posiciones, pero bastante igualados, aunque al paso por meta de la quinta vuelta el noble sacaba una clara ventaja de cuatro cuerpos. A partir de ese momento, el galope de su caballo empezó a decaer y su nerviosismo fue en aumento. La esquirla colocada en su pezuña de la pata izquierda empezaba a ejercer una gran presión y a causarle mucho dolor. En la sexta vuelta, al girar el extremo de la espina y cargar otra vez todo su peso sobre esa pata, el caballo no pudo soportar más. Lanzó al jinete sobre la arena, pero la bota quedó enganchada al estribo del caballo, que lo arrastró, chocando fuertemente con los reparos de la espina.

La gente en las gradas chillaba, aunque ya se sabe los accidentes formaban parte del espectáculo. Pocos sabían, por no decir casi nadie, que eso no era un accidente, sino que había sido un plan perfectamente urdido por una mente perversa.

El joven sufrió un fuerte golpe en la cabeza, perdió el conocimiento y estaba gravemente herido, aunque no sangrara de una forma alarmante. Con rapidez, los criados lo trasladaron al castillo y lo llevaron a su aposento.

La señora fue la primera en llegar. Mandó a dos caballeros armados que se situaran en la puerta de la habitación y les ordenó que no dejaran entrar a nadie sin su consentimiento. Entre tanto, había hablado discretamente con su amante, diciéndole: «Tengo todo controlado. No saldrá con vida del castillo, pues nos ha ofendido gravemente. Después ya nos ocuparemos de la joven». Su plan con la moza era seguir prostituyéndola todas las noches con sus caballeros y criados hasta que se cansaran, después la echaría descuartizada a los cerdos para que se la comieran. El caballero contestó lacónicamente: «Será mejor que así sea, nos jugamos mucho en este envite».

Nada más entrar en la habitación, procedió a desnudarlo y meterle en la cama con la ayuda de la doncella que había estado adiestrando a la chica. Después le dijo que se podía retirar.

La doncella, según se retiraba, pensaba que todo era muy raro. Estaba segura de que todo era obra de su señora, que trataba de deshacerse del hijo del conde y de la joven, pues estos la habían puesto en evidencia ante todos. La dama era una enemiga implacable con los que la contrariaban u ofendían. Era cierto:

tenía su decisión tomada, y recitando el Eclesiastés, musitó: «Hay un tiempo para matar y otro para curar». Este era el tiempo de matar, así que sacó un pequeño frasco que contenía un potente veneno y, abriéndole la boca, le vertió dentro una pequeña cantidad. Como estaba semiinconsciente una parte se derramó por la comisura de la boca, pero ella sabía que con unas pocas gotas que le hiciera tragar sería suficiente y su efecto sería inmediato. También se había cuidado de que todo aparentara normalidad; por eso, antes de entrar en la habitación, mandó a uno de sus criados en busca del galeno, diciéndole: «Búscalo donde sea, seguro que estará bebiendo o en la cocina detrás de alguna criada, y tráelo aquí inmediatamente».

Al poco rato, entró uno de los caballeros que estaban custodiando la puerta diciendo que el galeno había llegado. La señora le dijo que le dejaran franca la entrada. El galeno en definitiva era un siervo más y haría lo que ella le dijera, pero era importante guardar las formas. Mirándolo, dijo: «Creo que está muy mal y que no saldrá de esta. Pero quisiera que lo reconozcas y certifiques que ha muerto». El galeno, que empezaba a notar los efectos del vino que había ingerido en la fiesta y que sabía que no era bueno llevarle la contraria, pasó a explorarlo. Enseguida se dio cuenta de que las heridas y las lesiones eran importantes. Al abrirle la boca percibió el olor de algún brebaje que le habían dado. En ese momento el veneno estaba haciendo su efecto y estaba paralizando todos los órganos vitales. Lo siguiente que hizo el doctor fue certificar que había muerto debido a las heridas causadas en el accidente.

Cuando estaban acabando, entró otra vez el caballero que estaba de vigilancia, diciendo que un caballero del hijo del conde y su escudero querían pasar para saber cómo estaba y que no pensaban irse sin ver a su señor.

Ella dijo al galeno que se quedara. Los invitó a entrar y, desplegando todas sus dotes de buena manipuladora y cortesana, les comunicó que el galeno y ella habían tratado de reanimarlo, lo que no había sido posible por las graves heridas sufridas en la caída.

Los dos súbditos del joven no salían de su asombro, pues, aunque la caída había sido fuerte, nunca habían pensado que no pudiera recuperarse.

El escudero se acercó al lecho y observó con detenimiento a su señor. Vio que en la comisura de la boca había un pequeñísimo cerco de baba de color amarillento. Un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo, a la vez que, dentro de su mente empezaba a germinar la sospecha de que algo raro había ocurrido en la habitación.

No tenía duda de que alguien le había envenenado y de que eso había sido la causa de la muerte, pero sabiéndose en inferioridad se volvió de espaldas al lecho. Dio las gracias a la señora y le pidió que preparará el cadáver para que al día siguiente pudieran marchar con él a su castillo, hacerle los funerales correspondientes a su rango y darle sepultura en el panteón de la familia.

Ella estaba exultante, todo estaba saliendo según lo previsto. Llamó a su

criado de confianza, el mismo que puso la esquirla en la pezuña del caballo, y a una doncella y les dijo que junto al galeno empezaran a amortajar el cadáver. Después debían trasladarlo al salón de audiencias para velarlo hasta que su séquito se lo llevara al día siguiente. Salió de la habitación diciendo a los centinelas que no dejaran pasar a nadie hasta que ella volviera.

Se dirigió rápidamente a hablar con el señor feudal. Cuando llegó al salón donde se encontraba, le dijo que el hijo del conde había muerto y que había dado órdenes de preparar todo para su velatorio. Le comunicó que sus súbditos lo trasladarían al día siguiente a su castillo. Además, sugirió la conveniencia de que él encabezara la comitiva con algunos de sus caballeros más relevantes y con el séquito del hijo del conde. Debía de ser el primero en dar la noticia de su muerte al conde y de cómo había sucedido. Como siempre, él estuvo de acuerdo con lo que le decía su esposa, aunque intuía que algo le ocultaba.

Por supuesto, debido a este incidente se suspendió el resto de los festejos y se proclamó un bando de condolencias por el suceso.

El fiel criado de la señora, después de terminar de amortajar el cadáver, se fue a ver a su novia, que era la doncella que había adiestrado a la chica. Él no pensaba revelar nada de lo que había visto, pues era consciente del riesgo que corría. Lo que no esperaba era que su amada se hubiera encariñado de la frágil joven, sintiendo una gran pena por lo que le pudiera pasar, a la vez que una inmensa ira y rabia hacia su señora y su amante, pues sospechaba que todo había sido una trama urdida por ellos para acabar con el hijo del conde y posiblemente con la moza.

La doncella enseguida lo empezó a interrogar y le comunicó sus sospechas. Le insinuó que estaba segura de que él sabía algo y lo conminó a que se lo dijera, porque si le mentía y ella lo descubría su amor habría acabado. Él, que estaba muy enamorado, terminó contándole lo ocurrido.

La doncella, después de una fuerte discusión con su amado, se fue a la habitación que compartía con la joven, que estaba tendida sobre la cama en un mar de lágrimas. Después de consolarla le contó lo ocurrido y le dijo: «Al caer la noche te ayudaré a abandonar el castillo, pues si no lo haces te matarán. Para la señora y su amante, tú eres la culpable y la que ha provocado la ofensa». La doncella salió, al momento regresó y le dio un pequeño hatillo donde había colocado algunas viandas para que repusiera fuerzas en el camino hacia su aldea. Enseguida, sin tiempo que perder, la conminó a que la siguiera. Conocía muy bien todos los vericuetos del castillo y la llevó por un subterráneo en desuso que pasaba por debajo de los muros del castillo y del foso. El final del subterráneo desembocaba en la espesura del bosque, donde estaría esperándolas su novio. Este la acompañaría hasta dejarla en el camino que se dirigía hacia su aldea, la cual estaba a una distancia de cuatro leguas. Como estaba acostumbrada a andar, seguro que antes de amanecer, si iba ligera, estaría en su casa.

La doncella estaba transida de dolor por lo ocurrido y llena de odio hacia el caballero y su señora. Después de dejar a la joven, se encaminó con sumo cuidado, sin que nadie la viera, hacia la jaima que usaban los caballeros del hijo del conde, pues el resto de los invitados ya habían abandonado el lugar.

En la puerta estaba uno de sus súbditos. Le dijo que quería hablar con el escudero del hijo del conde, porque tenía una valiosa información que trasmitir.

La jaima estaba iluminada solo con dos antorchas. Había zonas en penumbra, aun así se podían ver y percibir la pena, dolor y rabia que inundaban la estancia. Allí se encontraba el séquito de cinco personas que habían acompañado al difunto.

Rápidamente, el escudero se apartó con la doncella a un rincón y esta le contó cómo le habían tendido la celada, el escudero se lo agradeció. Respondió que eso corroboraba lo que ya ellos suponían, pues al recoger al caballo notaron que cojeaba y al revisarlo vieron que tenía una esquirla clavada en una de las patas, cosa que les hizo pensar que no se la había clavado accidentalmente, sino que se la habían colocado.

El escudero le recomendó prudencia, pues se estaba arriesgando mucho. Insistió en que no se preocupara por ellos, que pasarían la noche velando a su señor y que marcharían al amanecer con su cadáver, pero que volverían. En la frase se advertía venganza, ella se dijo que cuando eso pasara trataría de estar lejos.

La señora, antes de entrar en la sala donde se velaba, mandó a un caballero vigilar a la joven. Al rato, este volvió diciéndole que esta no se hallaba en su aposento, que nadie sabía dónde estaba. Esto le causó un gran enojo y dijo bruscamente que la buscaran, que si había huido seguro estaría tratando de refugiarse en su aldea, que salieran raudos para traerla al castillo y la metieran en una de las mazmorras de la torre.

Durante el velatorio, la señora y su amante estuvieron distantes, pues ante los ojos del séquito del hijo del conde habían sido los causantes de su muerte y los miraban con cierto recelo, o, mejor dicho, con rabia contenida.

A ella la detuvieron a dos leguas del castillo y, como había ordenado la condesa, la subieron a una de las mazmorras de la torre.

Al amanecer se puso en marcha la comitiva. Esta estaba compuesta por el carruaje que contenía el cadáver del hijo del conde, los cinco componentes de su séquito, el señor feudal y dos de sus caballeros, uno de ellos el amante de la señora.

La distancia entre los dos castillos era de cinco leguas, por lo que llegarían al atardecer.

La joven estaba sentada en un rincón de la celda y encadenada a una de las

argollas colocadas en la pared de piedra, llorando y pensando que todo se había acabado, que la única persona de la que se había enamorado, que la podía defender y podía liberarla, había muerto por su culpa. Se dio cuenta de que a partir de ese momento su vida carecía de sentido.

Estando semidormida, oyó pasos lejanos en el corredor que daba a las mazmorras. Poco a poco fueron más sonoros, hasta que pararon en la puerta de su celda. El sonido estridente del cerrojo deslizándose para abrir la gruesa puerta la sobresaltó. Cuando abrió los ojos vio entrar a la señora, acompañada de uno de los vigilantes. Este se retiró por orden de la dama, que, dirigiéndose a ella, le dijo: «Tú eres la causante de la tragedia, pero te perdonaré si me dices quién te ha ayudado a escapar del castillo». Ella contestó que nadie, que había aprovechado un momento en que los guardias estaban distraídos hablando de lo ocurrido durante los juegos. La señora no la creyó y le dijo que volvería, y que cuando la tumbaran en el potro de tortura seguro que diría la verdad. Riéndose como una hiena, añadió: «Antes de morir serás la más alta del reino».

El séquito con los restos del joven llegó al atardecer al castillo del conde, como habían previsto. El conde ya estaba al corriente de lo sucedido, pues un súbdito que había visto el accidente y había conocido el triste final estuvo durante toda la noche galopando para ir a contárselo.

El señor feudal relató a su señor cómo ocurrieron el fatal accidente y el luctuoso desenlace, y que los galenos no pudieron hacer nada por salvarle la vida. El padre lo escuchó atentamente sin mover un solo músculo de la cara, solo se le apreciaba un gesto de amargura. Recibió a la comitiva solemnemente en el patio de armas, sentado en una silla que le servía para que dos sirvientes lo desplazaran por las habitaciones y dependencias.

Pasaron después el féretro a la sala de armas, pues su padre consideraba que, siendo su hijo un gran guerrero, aquel era el mejor lugar para rendirle homenaje.

Se había dictado un bando para que toda la ciudad tuviera conocimiento de la muerte del joven, así como de las exequias y actos que tendrían lugar durante esos días.

Al segundo día, trasladaron los restos a la iglesia catedral de la ciudad para celebrar el funeral y posteriormente se trasladó y se depositó el cuerpo en un gran sarcófago de piedra colocado en el panteón de la cripta.

El señor feudal y sus caballeros partieron al amanecer del día siguiente a su feudo. Pensaron que todo había salido bien, pues nadie les había hecho ningún reproche; tratarían de llegar al anochecer a su castillo para celebrarlo con su señora.

Lo que no se imaginaban era que, en esos momentos, el escudero y los caballeros le habían relatado al conde los pormenores y la realidad de lo ocurrido.

Cuando terminaron de contárselo guardó una larga pausa y les dijo que

desde que llegó uno de sus súbditos y le contó el motivo de la justa, y conociendo las ansias de poder del señor feudal y su mujer, intuía que todo había sido una celada para acabar con su hijo y apoderarse del condado. Después los tranquilizó: él no lo iba a consentir. Les mandó preparar a sus huestes y leales para, en unos días, dirigirse al castillo del señor feudal y deshacerse de ellos y de sus caballeros, aunque antes del asedio le gustaría poder recuperar a la joven, por lo que les pidió que hicieran todos los preparativos con sigilo.

El escudero dijo al conde que la doncella que les había contado lo ocurrido les podría ayudar, pues durante su conversación había detectado cierto odio hacia sus señores.

Los hechos ocurridos en el torneo corrieron como la pólvora por todo el condado y llegaron a oídos de la familia de la moza, sumiéndola en una gran pena. La madre murió repentinamente a los pocos días de tener conocimiento de los mismos. El hermano, intuyendo el peligro que corría su hermana, se puso en camino hacia el castillo. En esos momentos no sabía cómo lograría salvarla, pero estaba seguro de que lo conseguiría y de que podría traerla de vuelta a la aldea.

El señor feudal llegó entrada ya la noche y contó a su mujer que todo había ido bien. Pero creía que ella le tenía que contar algo que él ignoraba. Le preguntó por qué el hijo del conde dijo que ella y su fiel caballero la estaban maltratando y mancillando. Ella rápidamente contestó, con tono apenado y melodramático, que todo lo que contó el hijo del conde habían sido invenciones de la joven. Por eso, hasta que él llegara, había decidido encerrarla en la torre, para decidir entre ambos qué castigo darle, pues ella se sentía muy ofendida por haberse hecho público durante el torneo toda esa sarta de mentiras.

El señor asintió. Dijo: «Mañana veré a la muchacha para que me cuente su versión antes de tomar una decisión sobre ella». La señora mantuvo la calma y contestó: «Querido, estoy totalmente de acuerdo contigo. Además, hoy he tratado de hablar con ella y se niega a contestarme».

Se levantó despacio de la silla y contestó: «Mañana veremos, ahora me voy a descansar, que la jornada ha sido dura».

Una vez sola, la mente de la señora empezó a maquinar la forma de evitar que la moza hablara con el señor. La solución era deshacerse de ella, pero ¿cómo? El señor ya sabía que la tenía cautiva. Pensó que mejor hubiera sido eliminarla cuando la capturaron. En fin, eso ya no tenía remedio, ahora había llegado la hora de idear cómo deshacerse de ella.

A la mañana siguiente, temprano, el señor ordenó a su ayuda de cámara que llevaran a su presencia a la muchacha, quería hablar con ella antes de que su mujer despertara. No imaginaba que su ayuda de cámara le comunicaría al

volver que cuando entraron en la celda la muchacha estaba muerta. Se hallaba tendida en el suelo y a su alrededor había un gran charco de sangre. Según parecía, se había cortado las venas con un trozo de argolla manchada de sangre que había al lado de ella.

El enojo del señor fue evidente, pues le hubiera gustado saber la verdad de lo acontecido, pero pensó que no era hora de rencillas con su señora y su caballero. Debía centrarse en esos momentos en ganarse otra vez la confianza de su señor conde, así que ordeno a su sirviente que la bajaran de la celda, la adecentaran y llamaran al capellán para que dijera un responso antes de darle sepultura.

En ese momento, la señora llegó a la sala donde estaba su marido. Se lo contaron y sorprendida y airada preguntó: «¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo es posible que haya muerto? ¿Tienes tú algo que ver con su muerte? ¿Por qué ha ido tu ayuda de cámara sin saberlo yo?».

El ayuda de cámara contestó: «El vigilante de las celdas no vio ni oyó nada durante toda la noche. La comida que le dejó está intacta. Cuando hacía la ronda y miraba a través de la trampilla de la puerta, la veía acurrucada en el rincón, musitando cosas inconexas, estaba como ida. Él cree que se ha quitado la vida». El señor y la señora se dieron por satisfechos con esta versión, aunque el señor estaba seguro de que algo oscuro se le ocultaba.

La noticia de la captura de la joven había corrido como la pólvora por el castillo. La doncella supo por su novio que la tenían en las mazmorras. Cuando se disponían a ir hacia la torre, les contaron que esa mañana la habían encontrado muerta. La doncella y su amante sabían que esto podía pasar, pero no creyeron que fuera a ser tan rápido. Ella le preguntó: «¿Tú crees que ha muerto, o que la han asesinado?». «Dicen que se ha suicidado, pero yo creo que la han asesinado. Mejor será que nosotros no nos entrometamos si no queremos que nos ocurra una desgracia». «Si tú no quieres saberlo, yo sí, y trataré de descubrirlo. Además, te digo que el conde sabe lo que le pasó a su hijo y ten en cuenta que vendrá a vengarse, así que piensa que ya hemos tomado partido». Él no podía creerse que ella hubiera contado lo que le dijo sobre cómo se había urdido la celada. Por eso le espetó: «¿Cuándo lo has contado y a quién?». Ella le dijo que al anochecer del mismo día del asesinato tuvo un encuentro con el séquito del hijo del conde y relató todo lo ocurrido. Lo convenció de que deberían irse antes de que descubrieran que habían ayudado a la joven a huir.

La señora, después del desayuno, le dijo a su marido que iba a salir a dar un paseo a caballo por el campo y preguntó si la acompañaba. Él dijo que no, que tenía que ver cómo estaban de provisiones antes de que llegara el invierno. Ella se lo había propuesto por cortesía y porque no sospechara, en realidad quería ir sola, pues pensaba verse con su caballero para planear cómo actuarían a partir de ese momento. Aunque todo estaba saliendo según lo había previsto, en

ocasiones los acontecimientos iban por delante y tenía que improvisar, y eso le causaba una tremenda inseguridad. A ella siempre le gustaba tener todo bajo control.

Salió hacia las cuadras, pidió que prepararan su caballo, montó, lo espoleó para que se lanzara al galope y salió en dirección al Pisuerga. Siguió el curso del río hasta llegar a una alameda donde la estaría esperando su amante.

En esos momentos, estaban atravesando la aldea dos enviados del conde: uno era el escudero de su hijo y otro caballero. Pensaban, en primer lugar, localizar y hablar con la doncella de la señora, ellos se habían informado y sabían que todas las mañanas temprano salía del castillo hacia la aldea a realizar algunos recados.

Se apostaron cerca de un lugar por donde debería pasar y, como previeron, la doncella apareció enseguida. El escudero la abordó y le dijo que lo siguiera, que tenían que hablar. Ella rápidamente lo reconoció y lo siguió. Le contó que la joven había aparecido muerta esa mañana en la celda donde la habían mantenido encerrada. Añadió: «Creo que la han asesinado». Él contestó: «Iremos al castillo y hablaremos con el señor para saber por su boca lo que ha sucedido». La doncella le contó que tenía miedo de lo que les pudiera pasar a ella y a su novio, pues él era quien le había contado todo, y que por eso pensaban en fugarse del castillo una de esas noches y huir lo más lejos que les fuera posible del territorio. El escudero le pidió que de momento no se fueran, que esperaran, que les tenían que hacer un último favor y que el conde sabría recompensarlos como se merecían.

Los acontecimientos se desbordaban rápidamente, pues esa mañana había llegado el hermano de la moza, que se encontraba discutiendo con uno de los centinelas que guardaban la puerta del castillo. Insistía en que quería pasar, en que era un arrendado de su señor, y quería hablar con él y ver a su hermana.

La doncella, que en esos momentos también estaba entrando en el castillo y tenía confianza con el centinela, le dijo que ella se hacía cargo del asunto, y cogiendo del brazo al joven cruzó con él el foso. Le dio la triste noticia de la muerte de su hermana y le contó sus sospechas sobre cómo había ocurrido.

En la alameda del río Pisuerga se encontraron, como habían previsto, la señora y su amante. Ella lo informó de que el señor se había creído que la muchacha se había suicidado, y añadió que, si el vigilante de las mazmorras no decía nada de lo ocurrido la noche anterior, todo iría bien. Su caballero la tranquilizó diciéndole que lo había recompensado sobradamente para que no hablara sobre su visita nocturna a la celda y cómo la había asesinado.

Después salieron a galope rumbo al castillo.

Cuando estaban a la vista, la doncella le contó al hermano de la muchacha que

los que venían a caballo a lo lejos eran la señora y su caballero. Antes de dejar al muchacho y entrar en el castillo, le dijo: «No hagas tonterías, son gente muy peligrosa. Es mejor que regreses a tu aldea». Pero el hermano era joven y de sangre caliente, por eso esperó en la entrada del puente y cuando llegaron se puso en medio, interrumpiéndoles el paso. Cuando el caballero desmontó para hacerle frente, el hermano sacó un pequeño cuchillo, pero antes de que pudiera utilizarlo silbó una flecha disparada por un vigilante desde una de las almenas. Se le clavó al chico con tal potencia que este dio un traspié y tropezó con el pretil del puente. Se balanceó y cayó al foso. Su cuerpo no tardó en hundirse en el agua y desaparecer.

Los centinelas pusieron al caballero al corriente de quién era y lo que quería, aunque obviaron que también había hablado con la doncella. El caballero susurró a su señora: «Creo que tenemos un problema menos. Además, cuando vaya por su aldea veré lo que hago con sus padres».

La doncella, una vez dentro del castillo, se había apostado en una de las saeteras. Pudo desde allí ver todo lo ocurrido. En ese momento decidido que tenía que ayudar a los caballeros del conde a tomar el castillo y acabar con la injusticia que reinaba en ese feudo.

A media mañana, los caballeros del conde se dirigieron al castillo. Antes habían contactado y hablado en la aldea con súbditos afines a su señor para que estuvieran preparados, pues en pocos días vendrían a tomar el sitio para acabar con el señor feudal. Avisado este de la llegada de los caballeros del conde, mandó que los pasaran al salón de audiencias y dio órdenes de que los atendieran.

Una vez tomaron asiento, le plantearon que su señor el Conde quería que le fuera entregada la joven por la que había sido la justa, para poder conocerla y hablar con ella. El señor respondió que no le hubiera importado entregársela, pero que por desgracia había muerto esa misma noche, pues, apenada por lo pasado, se había cortado las venas. Ellos pidieron verla. El señor accedió de inmediato y llamó a su ayuda de cámara para darle orden de que llevara a los caballeros del conde a la sala donde había sido colocada la chica para ser velada a la espera de darle sepultura al día siguiente. Estaba colocada en un féretro de tablas, amortajada con un lienzo blanco y con las facciones tranquilas, aunque su palidez reflejaba la pesada carga de una vida llena de injusticias.

Al salir, el señor los invitó a comer con él y con su señora. Declinaron la invitación, pues querían llegar lo más pronto posible para contarle lo acaecido al conde.

La doncella, que había sido la encargada de atenderlos en la estancia antes de la llegada del señor y su caballero, les dijo que los esperaría a la salida de la aldea, en el camino que tenían que tomar para dirigirse al castillo del conde. Allí había un palomar y ella tenía que coger unos pichones para después llevarlos a

la cocina.

Cuando llegaron, les contó la muerte del hermano de la joven, que había querido vengar la ofensa hecha a su hermana. Les dijo también que los ayudaría a entrar en el castillo. Después, a la grupa del caballo del escudero, los llevó a una zona boscosa a la orilla del río. Allí, entre el follaje y la maleza, estaba la boca de un túnel que pasaba por debajo del foso y que llegaba hasta el castillo. Aunque estaba inutilizado, podía servir para que al menos unos cuantos caballeros se introdujeran y llegaran hasta una pequeña y vieja puerta cercana al aljibe del castillo. Llegado el momento, su novio la abriría para que pudieran entrar.

Después, ellos tendrían que llegar a la puerta principal, y mientras ellos la abrían para que entrara el resto de las tropas, ella podía ayudarlos distrayendo a los centinelas.

Antes de despedirse, le agradecieron el apoyo que les estaba prestando. Le aseguraron que se le contarían al conde y que él sabría recompensarla.

Los caballeros refirieron al conde lo ocurrido. Este dio orden de que terminasen los preparativos para ir a tomar el castillo de su súbdito para acabar de una vez por todas con las injusticias en sus dominios.

El plan trazado por el conde era que el escudero de su hijo, el día estipulado, fuera el primero en llegar a la aldea, al amanecer. Esperaría a que la doncella saliera como todas las mañanas a realizar los encargos de su señora, le diría que esa noche dejaran franca la puerta del túnel que daba al aljibe.

El escudero, después, se reuniría con los ocho caballeros apostados en la ribera del río para que al atardecer entraran en el pasadizo y se escondieran en él hasta la madrugada, momento en el que pasarían al castillo. Con la ayuda del novio de la doncella se dirigirían con suma cautela hacia la puerta principal, donde la doncella, con sus encantos, habría seducido a los centinelas. Ellos los reducirían y franquearían la puerta. De inmediato se dirigirían a una de las saeteras y desde allí mostrarían una antorcha. Esa sería la señal para que desde el bosque cercano cincuenta caballeros, llegados momentos antes, entraran y tomaran el castillo, reduciendo a todos los hombres de armas. Además, sabían por la doncella que algunos de ellos ni lucharían, pues estaban hartos de las artimañas y humillaciones que sufrían por parte de la señora y su amante.

El conde pensaba que, si ese plan se cumplía, no sería necesario tener que sitiar, pues eso suponía tener que desplazar torres de asalto, arqueros, arietes, catapultas para lanzar piedras y bolas de brea incendiarias.

Cuando llegó el día elegido, el plan se fue cumpliendo paso a paso. Con las primeras luces del alba el castillo estaba tomado, sin bajas en ninguno de los bandos, pues los caballeros del señor feudal se fueron rindiendo sin necesidad de lucha. Por eso fue muy fácil llegar a la torre del homenaje, donde estaban los aposentos de los señores: en la planta baja los de la señora y en una planta

superior los del señor.

Cuando entraron en los aposentos de la dama la sorprendieron con su amante. Este saltó de la cama, desenvainó la espada y dio una estocada de muerte al novio de la doncella. Esta entró en la habitación y al ver a su amado tendido en un gran charco de sangre la embargó una gran tristeza, pero entendió que era el castigo que Dios le había dado por hacer el juego a su señora, pues intuía también que en alguna ocasión esta lo había seducido.

Al atardecer de ese día llegó al castillo el conde en una carroza cerrada, escoltado por diez hombres de armas. El juicio fue rápido, lo siguieron con gran satisfacción todos los aldeanos.

Los señores y tres caballeros, entre ellos el amante de la señora, fueron condenados a ser decapitados públicamente. El patíbulo se levantó en la explanada del castillo. Tras la ejecución, el conde mandó colocar las cabezas en unas picas y colgarlas durante quince días en la puerta del castillo. Nombró nuevo señor feudal al escudero de su hijo, al que entregó el castillo y la explotación de todas las tierras y aldeas que componían el feudo.

La doncella estaba en su habitación recogiendo sus pertenencias para marcharse cuando llegó el nuevo señor. Al ver que preparaba su marcha, trató de convencerla para que se quedara como su ayudante de cámara. Además, le dijo que desde que la vio y hablaron en la jaima, sentía que había nacido un fuerte sentimiento hacia ella, creía que se había enamorado. Sabía que era demasiado pronto para que decidiera, pero él quería y tenía claro que en un futuro próximo fuera su señora.

Ella asintió y dijo que aceptaba el puesto, que tiempo habría posteriormente de curar las heridas y ver cómo se desarrollaban los sentimientos de ambos para estar seguros de querer unir sus vidas. Además, le pidió permiso para que la prepararan un caballo e ir a visitar al padre de los jóvenes muertos. Él mandó preparar un caballo y ella partió rauda hacia la aldea.

Instantes antes de que llegara, el padre ya había sido informado de la suerte de sus hijos. Se acercó al molino, pasó una soga por una de las vigas de madera y se ahorcó.

La doncella, con la ayuda de otros aldeanos, lo bajó y lo veló toda la noche. Al día siguiente le dieron sepultura cerca del molino. Después, la doncella partió hacia el castillo.

Al año siguiente se casó y fue la nueva señora. Durante mucho tiempo, el feudo vivió una época de paz y justicia.

⋆

Martín, riéndose, dijo: «La historia sería fantástica si fuera cierta». Su tío le respondió: «Es tan cierta como que yo soy tu tío, pero si quieres lo podemos

comprobar, pues todavía no he terminado de contarte el final». Continuó: «Hay algo misterioso que pasa todos los años desde que ocurrieron estos hechos. En las noches del solsticio de verano e invierno se ve vagar las almas en pena de los jóvenes y sus padres llorando y dando alaridos. Van desde la puerta del molino hasta la acequia, por donde desaparecen, por debajo de los ojos del puente que soporta la parte antigua del molino». Añadió: «Dentro de una semana es el solsticio de verano, puedes venir esa noche y lo compruebas, así podrás saber si es cierta la historia». Martín no lo creyó. Le pareció que su tío lo estaba retando y probando su valor, así que aceptó el reto y le dijo que esa noche irían. Su tío añadió: «Yo no he dicho que te vaya a acompañar, así que tendrás que venir solo». Entonces Martín miró hacia los ojos del pequeño puente y sintió un escalofrío que desde la nuca bajaba recorriéndole la columna vertebral hasta la rabadilla.

Su tío se dirigió a Martín y le dijo: «Ya casi ha anochecido, con la historia se nos ha pasado rápidamente el tiempo y empieza también a refrescar». Él pensó que por eso había sentido escalofríos y no por miedo a volver para comprobar si las almas en pena de la familia existían.

Iniciaron el camino a la casa y durante el mismo no volvieron a hablar. Martín iba dando vueltas a la historia y pensaba comprobarlo, hablaría con alguna de sus primas para que lo acompañara.

En la cena, el tío dijo a la familia que había contado a Martín la historia de las almas en pena y que iba ir a comprobarlo dentro de unos días. Su tía, riendo, le dijo que no hiciera caso a su tío, que eso eran supersticiones que contaban los lugareños. Pero su tío y algunas de sus primas al instante aseguraron que era verdad, que ellas tenían amigas en la escuela que contaban que sus padres habían visto a las almas de la familia vagar cerca del molino.

Esa noche, Martín no pudo dormir. Estuvo en la cama dando vueltas continuamente y con pesadillas. Los veía salir del molino en fila, vistiendo largos sayos con capucha. Se acercaban a él, que estaba paralizado y no podía ni gritar ni correr. La joven lo cogía de la mano y él la sentía fría como la escarcha, esta sensación de frialdad le recorrió todo el cuerpo. Ella se lo llevaba hacia la acequia y lo introducía con ellos en el agua. En esos momentos se despertó muerto de miedo y sudando. Estaba amaneciendo, y ya fue incapaz de volver a cerrar los ojos, pues sentía terror a seguir soñando pesadillas.

A la mañana siguiente, después de desayunar, se fue a pescar un rato, pero su cabeza seguía dándole vueltas a toda la historia, sobre todo a la parte final. Dudaba entre creerla o no creerla. A media mañana apareció una prima suya con un bocadillo de lomo adobado para que almorzara. Se sentaron en la orilla del río.

Mientras Martín daba grandes bocados al bocadillo, pues las ganas de comer

nunca se le quitaban, preguntó a su prima: «¿Tú me acompañarías la noche del solsticio de verano para ver si la historia es verdad y vemos las almas en pena de la familia?». Su prima contestó que sí, siempre que sus padres los dejaran.

Llegado el día, por la mañana, en el desayuno, les dijo a sus tíos que esa noche iría al molino, que si dejaban que lo acompañara su prima. Su tío le respondió: «Ya veo, te da miedo ir solo», y con una carcajada remachó: «¡Pues sí que sois valientes los chicos de la capital!». Él contestó que no tenía miedo y que su prima también quería ir, sus tíos les dijeron que de acuerdo.

Al llegar el atardecer, en una mochila metieron media hogaza de pan candeal, un cuarto de queso y un chorizo del picantito que hacia su tío y que a él tanto le gustaba. Se colgó el morral a la espalda, su prima cogió la cantimplora y con una linterna iniciaron el camino hacia el molino. Al partir, sus tíos, riéndose, les dijeron: «A la Santa Compaña a lo mejor no la veis, pero hambre no vais a pasar».

Aunque el molino estaba relativamente cerca, cuando llegaron anochecía. A su espalda, en el horizonte, aparecía la luna llena. Se instalaron en un claro de hierba que había a unos cien metros, desde allí se veían recortados en la noche perfectamente la silueta del molino y el puente de la acequia.

Pensaron que, hasta que llegara la medianoche, lo mejor era que cenaran las viandas que habían llevado. Con una navaja que siempre usaba en las excursiones, partió sendos trozos de pan, queso y chorizo, y empezaron a dar cuenta de ellos.

A Martín, aunque tenía el miedo en el cuerpo, le estaba sabiendo a gloria cada bocado que daba. Le pidió la cantimplora a su prima y a morro echó un trago. La sorpresa fue que, en lugar de agua, su prima la había llenado de vino clarete de cosecha que hacía su tío. Entonces soltó una carcajada y le dijo: «Si vienen los fantasmas, los podemos invitar y emborrachar. Eso sí, nosotros no bebamos mucho, no sea que los veamos doble».

Terminaron de cenar. No se veía que nadie saliera del molino, solamente empezó a oírse un fuerte siseo. Esto empezó a asustarlos, pero enseguida se dieron cuenta de que lo causaba el movimiento de las ramas de los altos álamos que había detrás de la vieja construcción, pues se había levantado un ligero viento.

Cerca de la medianoche observaron que el interior del molino se iluminaba tenuemente. Empezaron a ver entre los huecos de la fachada caída siluetas en movimiento, a la vez que oían lo que les parecieron lamentos y voces.

Martín y su prima se aplastaron sobre la hierba sin quitar ojo ni a la puerta ni a la fachada. Cuando pasaron unos minutos, que a ellos les parecieron una eternidad, vieron salir por la puerta a cuatro figuras fantasmagóricas que iban hacia la acequia. El miedo empezó a recorrerles el cuerpo y los paralizó. Su prima se levantó y tiró de él. Agachados, salieron del claro, y a la carrera se fueron del lugar hacia la casa de sus tíos, sin volver ni un instante la vista atrás.

Cuando llegaron a casa, ninguno todavía se había ido a dormir. Contaron atropelladamente lo que habían visto y el miedo que habían pasado. El resto de sus primos escuchaban ensimismados, hasta que su tío dijo: «Ya es tarde y hasta los fantasmas se van a la cama, así que a dormir. Mañana iremos tú y yo a ver si han dejado algún rastro los fantasmas».

Aunque esa noche no tuvo pesadillas, le fue difícil conciliar el sueño. Toda la noche la pasó en un duermevela.

Al día siguiente, después de desayunar, su tío le dijo que tenía que ir al termino de Ventosa de Pisuerga a dar agua a los regantes, que fuera con él y que después, a la vuelta, podían pasar por el molino y echarían un vistazo.

Dicho y hecho. De vuelta llegaron y entraron en las ruinas del molino. Su tío, acercándose al resto de lo que había sido una hoguera, dijo: «Sí, creo que anoche aquí hubo gente, pues estas cenizas son recientes». Soltó una carcajada burlona y exclamó: «No sería de extrañar que lo que vierais fueran algunos chicos y chicas del pueblo que hayan hecho algún aquelarre para celebrar la Noche de San Juan».

A Martín en ese momento lo invadió una gran frustración, pues todavía estaba convencido de que lo que habían visto su prima y él eran las almas errantes de la familia, las cuales no habían encontrado el sosiego después del maltrato de unos señores prepotentes y faltos de escrúpulos.

⋆

Martín y su primo seguían pedaleando. La tarde se había echado encima y querían llegar a Támara para enseñar a los demás los peces que habían capturado. Al bajar una de las cuestas a más velocidad de la normal, como el camino era de tierra, la bici derrapó y él y su primo cayeron a la cuneta y se dieron un morrocotudo costalazo.

Como eran flexibles, solo tuvieron algunos rasguños, las cañas no se rompieron y los peces seguían en los rejones, así que volvieron a subir a la bici y continuaron hacia Támara. Eso sí, su primo, riéndose, le dijo a Martín: «¡Pues sí que conducís bien los de Madrid, casi me matas!». Cuando llegaron al pueblo estaban rendidos.

⋆

Así fue pasando el verano. Al día siguiente regresarían a Madrid. Martín echaría de menos durante todo el año los días que había pasado unos pescando, otros trillando, otros cogiendo pichones o matando palomas con la escopeta de perdigones.

Al principio de llegar, a Martín le parecía que las vacaciones iban a ser eternas, veía muy lejana la vuelta, pero según iban pasando los días se daba

cuenta de que esta era inminente. Por eso trataría de alargar al máximo la última noche, con el fin de que no se acabara nunca. Pediría que le siguieran contando todo tipo historias. Compungido, pensaba que lo importante era repetirlo todos los años, y toda la familia hacía la promesa de seguir repitiéndolo.

El día llegó, y a primera hora de la mañana la familia fue colocando las maletas y bultos en el carro. Se despidieron entre una mezcla de risas y lágrimas y se subieron al carro. Su tío y un primo empezaron a arrear a la mula. Pusieron rumbo a Piña para coger el tren que los trasladaría a Madrid.

El viaje de vuelta era muy distinto al de ida. Ya se fijaba menos en los paisajes, ponía menos atención a las conversaciones e historias que contaban las personas que coincidían con ellos en el vagón. Ya pensaba en las nuevas situaciones a las que tendría que enfrentarse, como el nuevo colegio y los nuevos compañeros. Eso lo preocupaba, aun siendo un chico extrovertido y de comunicación fácil con la gente.

Los primeros días de vuelta a Madrid, antes de empezar el curso, Martín los pasaba con sus amigos del barrio, contándoles las historias que le había narrado su familia en el pueblo, además de las peripecias que había vivido.

Un año, cuando les contó la historia del molino y lo que les ocurrió a su prima y a él la Noche de San Juan, se descojonaron. Le decían: «Tu tío os ha tomado el pelo». Pero la realidad es que siendo jóvenes como eran a todos les hubiera gustado estar allí, viendo y viviendo todas las fantasías del molino, así como estar en plena libertad, rodeados de ríos y canales, pescando y bañándose.

Uno de los años, un amigo del barrio le estuvo dando la matraca para ir las próximas vacaciones con él al pueblo, pues era de los pocos cuyos ancestros eran aborígenes de Madrid, raro espécimen. Al no tener pueblo no salía ningún año de vacaciones, se quedaba solo y aburrido.

Tanta lata dio Martín en su casa que al final convenció a sus padres para que hablaran con los padres del amigo y poder ir los dos juntos al pueblo, cosa que al final ocurrió. Fue tal la experiencia que tuvo el amigo que todos los años quería volver a ir.

BACHILLER

Capítulo 16: Colegio nuevo

Por fin llegó el día de incorporarse al nuevo colegio. Allí Martín no conocía a nadie, excepto al hijo del tabernero, que vivía cerca. El resto de sus amigos iban a un colegio público que había en la misma calle; él no entendía el empeño de sus padres en que fuera a ese colegio, y la verdad es que después de años, de pasar en él desde los once años hasta los catorce, siguió sin entenderlo.

El colegio tenía la vitola de ser el mejor centro privado de la zona. Ocupaba toda la planta baja de un edificio, en la plantan superior vivía el dueño y director con su familia.

Desde el primer momento en que Martín, junto a su padre, vio al director, no le gustó nada. Como ahora se dice, no empatizaron. Fue por la forma prepotente de dirigirse a ellos. Para más inri, tenía un físico encorvado y poco agraciado, aunque de esto a buen seguro el pobre hombre no tenía la culpa. Siempre llevaba un pañuelo en la mano, pues padecía un defecto en un ojo, que le lagrimaba constantemente.

La mujer del director, sin embargo, era más bien alta, fuerte sin ser gorda, andaba tiesa como un palo. Sus facciones eran agradables, pero las marcaban un rictus y unos gestos que delataban su mala leche y la volvían desagradable. Ella era la encargada de que en las clases no faltara nada y estuviera todo en orden.

Aun así, lo que más le desagradaba a Martín era que el director también daba alguna materia, pero, más que darla para enseñarles, dedicaba gran parte de la clase a afear la conducta de los chicos fuera del colegio. Así parecía que tenía justificación para castigarlos y pegarles. ¡Parece ser que esa era la mejor forma de tratarlos para que cogieran confianza y fueran felices todos los días al colegio!

Era habitual en esa época que algunos maestros hicieran uso del refrán «la letra con sangre entra», y esto, que él anteriormente no había visto, lo vio y lo sufrió en este colegio. Vio como en ocasiones no solo les castigaba dándoles con una regla gruesa de madera en la palma de la mano, sino que a veces se les pegaba hasta hacerles sangre, humillándolos y vejándolos.

Muchos fueron los momentos de frustración que pasó Martín allí, no solo porque en alguna ocasión le tocara recibir, sino porque esto se hacía con el beneplácito de los padres. Él fue testigo de cómo su padre, en una ocasión, estando con el director en su despacho, le daba permiso para infligirle el castigo o los guantazos que creyera necesarios.

Durante la primera época, Martín aborrecía ir al colegio, sobre todo a las clases que impartía el director. En ellas era incapaz de centrarse, pues siempre estaba alerta por si le preguntaba y no sabía la respuesta. Si esto ocurría, el director tendría el argumento preciso para, antes de darle un guantazo, recriminarle que en lugar irse a casa a estudiar después de salir del colegio se

dirigiera al solar de enfrente para subirse a una gran morera a coger hojas y moras, o a jugar al fútbol o a cualquier otra cosa con los amigos.

Gracias que tenían el fútbol y las excursiones por el río como válvula de escape. Esa válvula de escape era la que hacía más llevadera la carga del colegio.

Sin embargo, la realidad fue que Martín enseguida hizo amigos, y todos los días, por la tarde, al salir del colegio, echaban un partido en el descampado cercano.

La composición de los equipos se echaba a suertes. Normalmente, los dos que mejor jugaban competían para ver quién era el primero en elegir o pedir, porque así tendría ventaja para coger al mejor siguiente y así sucesivamente, has-ta que quedaban formados los equipos. Lo cierto es que en su curso había dos o tres muy buenos. Ese rumor se extendió rápidamente por el colegio, y enseguida conformaron un equipo. Eran capaces de retar a los cursos superiores y de ganarles casi siempre, con revancha incluida.

Algunos sábados o domingos jugaban en la ribera del río, entre el puente de Toledo y el puente de Praga, donde en San Isidro se instalaba la verbena —después, ese gran descampado se convirtió en el parque de la Arganzuela y hoy forma parte de Madrid Río—. Al ser una zona de grandes dimensiones, se podían juntar y jugar hasta seis partidos simultáneos. Así, disputaban torneos durante todo el día, cruzándose los equipos de las distintas calles del barrio y de los colegios, para, por eliminación, llegar a una gran final anual.

La gran final la jugaban en un gran campo. Alquilaban el campo del Moscardó, en la modalidad del que pierde paga y se lleva la copa. El dilema para Martín era que jugaba en dos equipos, el del barrio y el del colegio, y debía elegir dónde jugar antes de empezar el torneo por eliminatorias. Después no podría cambiar. Decidió alternar: un año con el barrio y otro con el colegio. El balance final de esos años fue que su equipo ganó algún partido más.

Cuando fue algo mayor, jugaba muchos partidos en la zona llamada Siete Campos, estos estaban ubicados en Vía Carpetana, cerca del cementerio de San Isidro y el canódromo.

Estos campeonatos creaban una rivalidad sana entre los distintos barrios y colegios, aunque en ocasiones cualquier motivo era excusa para que degeneraran en quedadas de pandillas, para pegarse y echar dreas, pues en ese tiempo, las décadas de los 50 y los 60, eso era normal entre adolescentes. Estas casi siempre acababan con algunos heridos.

Martín recuerda la quedada de un sábado para echar una drea entre su barrio y otra pandilla de la colonia de Moscardó, separadas ambas por el paseo de Santa María de la Cabeza, cada banda en una acera. Cuando llegaron vieron que estaban en inferioridad, pero en su zona había una obra, pues se estaba construyendo un edificio de diez plantas que iba a ser el más alto del barrio, por lo que tenían muchas más piedras para lanzar. Lo que no previeron fue que

algunos de los del barrio del Mosca se desplazaron sin ser vistos y cruzaron la pista de Santa María de la Cabeza, cerca del puente de Praga, para posteriormente subir la calle Parador del Sol y pasando entre las casas de Ulloa y la vaquería y sorprenderlos a pedradas por la espalda, momento que aprovechó el resto de la banda para cruzar el paseo.

La desbandada de Martín y sus amigos fue general. Martín acabo refugiándose en la obra (esta se encontraba con la estructura de pilares y de forjados realizada) y empezó a subir por una de las escaleras, creyendo que no lo habían visto, pero se equivocó. Cuando iba por la segunda planta sintió que subían, gritando: «¡Ha subido por aquí!».

Él, andando por la planta, se fue acercando a la fachada que daba al paseo, miró hacia abajo y vio que no había nadie. Oyó otra vez voces a su espalda. Entonces vio que tres de ellos ya habían llegado a la planta y lo miraban desde el rellano de la escalera. Uno, en tono amenazante, le decía: «So mariconazo, ¿ves esta sangre que me habéis hecho?, pues no va a ser nada comparada a la que te va a salir a ti cuando te tiremos del edificio». En ese momento, lo primero que pensó fue tratar de negociar, pero ellos iban acercándose y algunos llevaban en las manos palos gruesos que habían cogido de la obra.

Cuando antes miró hacia abajo, vio que había una montaña de arena de miga, la que se usa en las obras para mezclarla con el cemento y hacer argamasa. Aun así, la altura era considerable. Antes de darse la vuelta y sin pensarlo, les dijo: «A ver si es verdad que sois tan valientes y tenéis huevos suficientes para saltar».

Se impulsó, saltó y cuando se quiso dar cuenta estaba rodando por la montaña de arena. Se levantó, vio que aparentemente no se había roto ningún hueso, tampoco tenía ningún rasguño. La verdad es que Martín en estas situaciones tenía experiencia, pues en el río se estaba haciendo la nueva canalización y él había saltado en alguna ocasión desde alguno de los puentes nuevos que estaban haciendo a los montones de arena que para la construcción habían acumulado en el cauce.

Miró hacia arriba y vio que los otros no habían tenido huevos de saltar. No había nadie a la vista. Inició una larga carrera hasta que llegó a la calle donde vivía, sin encontrarse ni cruzarse con ningún enemigo. ¿Por qué siempre que hay malas situaciones todos nos refugiamos donde están nuestro entorno y las personas queridas?

Este era el tiempo en el que empezaban a proliferar las bandas musicales como los Beatles o los Rolling Stones, que estaban creando en los adolescentes, a todos los niveles, nuevas tendencias. En la música, en la forma de vestir: se imponían en los chicos los pantalones campana y el *minipull*; en las chicas, cortísimas minifaldas y escotes generosos; largas melenas en ambos sexos… En definitiva, era el momento de transgredir las normas establecidas o impuestas, después de la Guerra Mundial y de la Guerra Civil.

Un día, en clase, el director sacó a la palestra al hijo del tabernero, que no supo las respuestas a una serie de preguntas. El hombre le dio tal somanta de hostias que el chico empezó a sangrar abundantemente por la nariz. Eran tales la furia y saña que daba miedo. Consiguió acojonar a toda la clase porque, además, entre golpe y golpe, alardeaba, diciendo el refrán: «Cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar».

A Martín este hecho le causó gran pena y frustración, pues ese mismo año al tabernero lo habían metido en la cárcel, acusado de participar en un atentado frustrado en las cercanías de los depósitos de gas situados en el paseo de las Acacias, entre el paseo de los Olmos y la calle Gasómetro.

Lo acusaban de haber guardado en el almacén de la taberna las bombas y de haber alojado a cubanos afines al castrismo. Se rumoreaba que estos pretendían dos cosas: realizar una gran masacre y acabar con el régimen del generalísimo Franco.

En el barrio, esta noticia causó una fuerte conmoción, y durante semanas solo se hablaba de ello. Como ocurre casi siempre, unos decían que eran unos terroristas y que había que colgarlos, y otros decían que el tabernero era un buen hombre, que o lo engañaron o todo era una mentira urdida por el Estado para efectuar algunas detenciones de republicanos.

Las bombas para el atentado no se encontraron, pero aun así el tabernero pasó unos cuantos años en prisión. Cuando volvió al barrio, toda la gente decía que había envejecido muchos más años de los que había pasado en la cárcel.

⋆

En unos terrenos anexos a las instalaciones y los depósitos de Gas Madrid había un campo del fútbol al que Martín iba en ocasiones con sus amigos, algunas veces a ver jugar los partidos y torneos de fútbol regional que allí se celebraban, pues este fue el campo de algunos equipos como C. D. Cuatro Caminos, C. D. Plata o Unión Delicias, e incluso C. D. Getafe.

Sin embargo, después sería mucho más conocido por las importantes veladas de boxeo que se celebraron, llegando albergar combates de boxeadores míticos como Legra o Carrasco. Pero lo que más les gustaba a los adolescentes del barrio era ir en verano, los sábados por la noche, a ver grandes veladas de lucha libre. Allí peleaban grandes luchadores como Chausson, L' Ange Blanc y un largo etcétera. Uno de ellos era mítico. Era el gran Hércules Cortés, ganador de varios títulos del mundo y de Europa en el mismo año, aunque desgraciadamente murió en Estados Unidos en circunstancias un tanto extrañas.

Las peleas eran espectaculares, aunque en la mayoría de los casos estuvieran pactadas, pues la lucha libre es tan peligrosa que, si no fuera así, los encuentros siempre acabarían con alguno de los combatientes en el hospital.

Para Martín lo importante era pasar la noche de verano disfrutando con los

amigos del espectáculo, comiéndose el bocadillo y vociferando y lanzando improperios contra los luchadores y el árbitro.

En los combates siempre había un luchador que hacía de malo y otro que hacía de bueno. Al principio, el malo sometía al bueno con todo tipo de llaves sucias y atrocidades, siempre llevaba ventaja. Además, para mantener el clima y caldear más el ambiente se subía a las cuerdas en una de las esquinas del ring en tono retador y desafiando al público. El culmen, en ocasiones, era saltar desde esa esquina hacia las primeras filas de espectadores, dando alaridos y fingiendo que los iba a agredir. No lo conseguía porque, como pactado que estaba, siempre había personas de seguridad preparadas para retornarlo al ring. Todo esto transcurría entre la algarabía del público, que lanzaba al malo multitud de abucheos estridentes y continuos insultos.

Todo cambiaba a mitad de pelea, cuando el bueno parecía que estaba noqueado y moribundo tumbado en la lona. De pronto, se deshacía de una de las llaves del malo y conseguía hacerle una contrallave, lo lanzaba por los aires y lo dejaba semigrogui. En ese momento, aprovechaba la situación, se subía también a las cuerdas, se lanzaba contra el cuerpo del malo tendido en el suelo, lo agarraba de un brazo y se lo retorcía, haciendo que su cuerpo diera infinidad de vueltas sobre el ring. El malo lanzaba aullidos de dolor, con el consiguiente jolgorio del público.

En el año 1983 se celebró uno de los últimos acontecimientos del Campo del Gas. Se contrató al famoso grupo británico Supertramp para dar un fabuloso concierto con un lleno absoluto.

⋆

El tratamiento déspota del director creó en una parte de los chicos del colegio un sentimiento de repulsa contra ciertas normas establecidas en el centro. Así, los jóvenes se empezaron a organizar y reunir para rebelarse contra esas normas.

Pero todo lleva su tiempo, y no fue hasta el último año del Bachiller elemental cuando Martín y sus compañeros, ante lo que ellos entendían como injusticias continuadas, decidieron hacer un día de huelga, nombrar una comisión de tres de ellos y plantear una serie de demandas al director.

Se situaron en las puertas del colegio, sin entrar a las aulas. Lo primero que les dijeron fue que el director se negaba a reunirse con ellos, y los amenazaron con avisar a sus padres si no entraban en clase. ¿Por qué esa manía de ciertos grupos o personas, cuando no los asiste la razón, de emplear como acción o estrategia la amenaza?

Ante la negativa del director, los chicos siguieron con la huelga de no asistir a las clases. Estuvieron toda la mañana por las cercanías del colegio. Cuando Martín fue a comer a casa, comentó con sus padres la situación, así como la forma de actuar el director con ellos, pues más que enseñarles e ilusionarlos

con las materias a estudiar lo que lograba era que sintieran pánico de asistir a sus clases. Martín les hizo ver a sus padres que él ya tenía edad para hacerse responsables de las decisiones que tomara, y les pidió por favor que, si los llamaba el director, cuando fueran a verlo le preguntaran cuál era el motivo del malestar que se había generado entre los chicos y sobre todo por qué no querían pasar a las clases que él impartía. También les pidió que no le dieran la razón solo por ser el director, que no siguieran dándole la potestad de pegarle si lo creía necesario, que si alguien tenía que darle a él una hostia por mal comportamiento era su padre. En tono amenazante, Martín añadió: «Si eso vuelve a ocurrir, se la devolveré».

Él no tuvo constancia de si hubo conversación entre su padre y el director, lo que no tuvieron fue la reunión con el director. Este delegó en dos profesores para que los recibiera. A esta reunión asistió Martín junto a dos de sus compañeros.

A los profesores no hizo falta convencerlos de nada, ellos conocían y sabían de los excesos del director, por lo que les dijeron que ya se lo habían hecho saber y que no se preocuparan, porque esos hechos no se volverían a repetir.

Eso hizo que desistieran y volvieran a las clases. A partir de ese momento el director no volvió a darles clase. Ellos estaban ya en el último curso del Bachiller, el director debió de entender de que a algunos no les llegaba ni al hombro, todos tenían cerca de catorce años o más. Podía ser que en un arrebato de hombrecito de uno de ellos fuera este el que le diera la hostia a él. Por eso pensó: «Me dedicaré mejor a los jovencitos de los primeros cursos, para tratar de que no se tuerzan».

A Martín, esa etapa le sirvió para fortalecerse y no desfallecer ante situaciones que consideraba duras. Además, también tuvo algunos profesores que lo motivaron a entusiasmarse con el estudio y con una serie de materias, como el Dibujo, las Matemáticas y la Historia. Estas asignaturas fueron fundamentales después en su vida, dos de ellas para aplicarlas en su profesión y otra, no menos importante, para tenerla como *hobby*.

Al final, llegó la época de exámenes. A Martín, al estudiar en un colegio privado seglar, le correspondía examinarse por libre en el instituto Ramiro de Maeztu, que está al final de la calle Serrano.

Y, como dijo Julio César al Senado romano tras la batalla de Zela, donde derrotó al rey Farnaces II del Ponto, Martín también *veni, vidi, vici*. Eso, traducido al castellano puro, quiere decir que aprobó todo el cuarto curso y la reválida, en parte, como es lógico, porque había estudiado y se había esforzado, todo el año.

¡Bueno, bueno, casi todo!

EL DESCUBRIMIENTO

Capítulo 17: La cripta

Uno de los años del Bachillerato, sus padres y hermana no pudieron ir al pueblo en verano, y permitieron ir solo a Martín a pasar el mes de julio.

Como siempre cogió el tren, en esta ocasión el expreso a Santander. Llegó a Piña al atardecer de un día de caluroso de finales de junio con su maleta, las cañas y la escopeta de perdigones. En esta ocasión, en la estación no lo estaban esperando con el carro tirado por la mula, sino con un dos caballos, el famoso coche de Citroën, pues coincidió que también habían llegado a Támara conduciendo ese coche sus dos tíos de la congregación de los Maristas para, junto a su tía y tío de Támara, ir a Santander. Allí estaba hospitalizado desde hacía tiempo otro tío de Martín por una enfermedad difícil de curar. Ellos querían visitarlo y animarlo, pasar junto a él unos días y a la vez visitar la ciudad, que, aunque cerca de Támara, era sin embargo desconocida para ellos.

Durante la cena, sus tíos le preguntaron a Martín si quería ir con ellos. Él, aunque apreciaba mucho al tío que estaba hospitalizado, contestó que estaba cansado del viaje y prefería quedarse. La verdad era que, como adolescente, prefería aprovechar todo el tiempo posible para zascandilear por el pueblo, pescar, cazar palomas y sobre todo investigar sobre las historias del pueblo que había oído tantas veces contar a su tío y su padre, pues estaba seguro de que en algún sitio tenía que existir algún rastro que demostrara que eran ciertas.

Al día siguiente, de madrugada, partieron sus tíos hacia Santander. Él, después de desayunar, se fue a pescar con su primo más pequeño, aunque este, en esos años, ya había crecido y estaba cercano a la adolescencia. Por la tarde estaban en un arroyo cerca de Piña pescando cangrejos cuando un paisano, al verlos, los avisó de que sus tíos habían tenido un accidente. Habían chocado de frente con un camión en el puerto del Escudo. En el accidente falleció uno de sus tíos maristas y quedaron en estado grave todos los demás.

Dos de sus primos mayores ya casados viajaron ese mismo día a Santander para estar con sus padres y su tío. A Martín esto le impactó y pasó varios días sin querer salir ni a pescar ni a cazar pájaros o pichones con su primo.

Un día, su primo le contó que ese invierno el agua de las lluvias, al filtrarse, había producido un pequeño derrumbe en la parte final de una de las galerías de la bodega. Enseguida le vino a la cabeza: «Habrá sido donde está el tapial». Cuando le preguntó si había sido allí, el primo le contestó que sí, que se habían desprendido algunas pequeñas piedras del muro y que su padre pensaba repararlo ese verano.

Martín se preguntó qué habría detrás del tapial. Y se contestó a sí mismo: «Creo que ha llegado el momento de descubrirlo».

Al día siguiente, cogió unos ganchos que servían para colgar y secar racimos

de uvas, para que se hicieran pasas, así como un cortafrío y una pequeña maza. Se adentró él solo en la bodega, se dirigió al final del túnel y, como le dijo su primo, había alguna piedra caída y algunas grietas. Con mucho tesón y con los ganchos, poco a poco fue descarnando las llagas de algunos adobes más para hacer hueco.

Martín, como era delgado, solo necesitaba quitar unos cuantos para poder pasar al otro lado y ver lo que había. Eso sí, debía tener mucho cuidado de no romper ningún adobe ni ninguna piedra, porque después quería volver a colocar todo en su sitio y dejarlo como estaba; no quería que su tío supiera que alguien, aprovechando el derrumbe, había tratado de descubrir lo que había al otro lado.

Al poco tiempo ya había hecho hueco. Pudo meter la cabeza y un brazo con una vela encendida. Lo que vio le causó cierta desazón: no parecía que fuera otra bodega, el túnel descendía con bastante pendiente. La intriga lo superaba, pues con la poca luz no veía el final, así que quitó dos piedras más de la parte inferior y logró hacer hueco suficiente para pasar al otro lado.

Cogió el gancho, se lo colgó del cinturón y se metió en los bolsillos alguna vela más y cerillas. Temía no poder continuar explorando si se apagaba la vela, y también tener que volver a oscuras.

Deslizándose por el pequeño hueco pasó al otro lado del túnel, que era algo más bajo y estrecho que el de la bodega. Empezó a descender. Tenía la sensación de que le faltaba aire, a la vez la respiración y el corazón se le aceleraban. La humedad le hizo sentir un frío que le recorría todo el cuerpo. Hubo un instante que pensó en volver, pero la curiosidad que sentía por lo que podía ver o descubrir era más poderosa que el miedo que tenía.

Tras recorrer unos cien metros rectos que a Martín le parieron interminables, el túnel giraba a la derecha, y a unos diez metros terminaba en una pequeña estancia cuadrada con la base y el zócalo de las paredes construidos de mampostería de piedra. Vio a la izquierda el hueco de lo que parecía haber sido una puerta, pues al acercar la vela observó que el cerco estaba hecho con pilastras de piedra, aunque no era piedra arenisca de la zona: más bien parecían pilares de alabastro muy bien trabajados.

Arrastrándose, pasó al otro lado y se topó con una escalera de subida con siete escalones. Los subió y pasó a una estancia mucho mayor, pues no se veía el final, aunque intuía que era de forma rectangular.

Sacó todas las velas que llevaba, las encendió y empezó a distribuirlas a lo largo de la sala. Lo que vio le impactó. Ese lugar por supuesto que no era una bodega. Tenía dibujos en las paredes, y no era dibujos cualesquiera, eran imágenes alegóricas de santos. En ese momento su mente se encontraba llena de pensamientos confusos y su cuerpo era un manojo de nervios. Pensó que lo mejor era tranquilizarse, se sentó en el suelo y se dedicó largo rato a observar cómo era la sala y a pensar en qué lugar del exterior podía mentalmente situar

ese conjunto.

Después de calmarse se levantó y empezó lentamente a recorrer la estancia. El suelo estaba lleno de piedras, había algunos muros derrumbados. Al recorrer los dos muros longitudinales vio que en algunos sitios estaban retranqueados, formando pequeñas capillas. Había dos en cada muro, muy deterioradas, y el muro transversal del fondo a la izquierda de la puerta por donde había entrado tenía lo que intuía había sido una gran puerta de entrada tapiada. Alrededor de ella había grandes bloques de piedras. El muro transversal de enfrente tenía colgada en el centro una gran cruz de madera.

En ese momento estuvo seguro de haber realizado un gran descubrimiento, pues se encontraba en los restos de una antiquísima iglesia. Supuso que esta se encontraba situada debajo de la nave derecha de la iglesia de San Hipólito, ocupando un espacio que iría desde la proyección del órgano hasta el final de la nave. Esta era de dimensiones mucho más pequeña que la de San Hipólito, pero seguía la misma orientación. La pared donde se encontraban la puerta tapiada y parte de la derrumbada era la entrada orientada al oeste, y la pared frontal donde se ubicaba la cruz era la del altar, orientado al este.

Siguió recorriéndola y en el rincón izquierdo de la pared del altar vio un pequeño hueco en el suelo que daba entrada a otro lugar. Volvió a arrastrarse y desembocó en una pequeña estancia. La iluminó con la vela que llevaba en la mano y tuvo la seguridad de que esta había hecho las veces de sacristía, pues en sus paredes había huecos donde se podían alojar los elementos necesarios para la liturgia.

La recorrió paso a paso, fijándose en algunas pinturas muy deterioradas realizadas al fresco, como en las paredes de la nave central. Había también alguna pequeña copa de metal, y en un rincón halló un arcón de madera con signos de podredumbre. Lo abrió. Dentro había restos de cirios y algunos objetos de poca importancia.

Salió de la sacristía para volver al túnel que lo conduciría de nuevo a la bodega. Iba pegado a la pared del altar. Al llegar cerca del rincón derecho, sintió que al pisar una de las losas del suelo se había movido, y por un pequeño hueco se le coló un pie. Lo sacó como pudo, pero perdió la zapatilla. Alumbró con la vela que llevaba, metió la mano y haciendo fuerza pudo deslizar un poco la piedra. Entonces se dio cuenta de que el suelo en esa zona era diferente. Con la mano procedió a limpiar esa parte y vio que las losas estaban colocadas como cerco de un armazón de madera. Siguió limpiando, encontró una argolla en uno de los extremos, tiró de ella y vio que, por el largo tiempo que hacía que no se abría, era imposible levantarla.

Cogió el gancho que se había colgado del cinturón y empezó a sacar la tierra que había en la llaga de unión entre el armazón y las losas. Igual que en el tapial de la bodega, al poco rato había sacado ya toda la podredumbre, así que puso en sus manos toda la fuerza mental que su cerebro fue capaz de

trasmitirles y al tercer intento logró que empezara a moverse. Fue capaz de levantarla lo suficiente como para meter las dos manos debajo y subirla totalmente, apoyándola en la pared.

Acercó la vela y vio que descendía una escalera hecha de losas de piedra. Pensó que era mejor volver a la sacristía para coger los cirios, con ellos siempre dispondría de más luz para ver. Colocaría uno en el suelo de la entrada de la escalera y el otro se lo llevaría para poder ver mejor lo que había cuando llegara abajo.

Volvió con ellos. Encendió uno y lo colocó en el suelo, y con una vela en la mano y el otro cirio debajo del brazo inició el descenso. Dos escalones más abajo, lo primero que encontró fue su zapatilla. Se agachó, se la puso y siguió descendiendo.

El primer tramo tenía siete escalones antes de llegar a un rellano que permitía que la escalera girara noventa grados. Seguía otro tramo de otros siete escalones.

Al llegar abajo encendió el otro cirio y se quedó impresionado. Lo primero que vio al reflejar la luz fue que esta estancia estaba en buen estado de conservación, como si no hubiera pasado el tiempo. El techo estaba lleno de pinturas policromadas, alegorías religiosas de gran belleza. Lo cautivaron de tal forma y era tal el misticismo que desprendían que recordó lo que había estudiado ese año. Pensó rápidamente que era como si estuviese en las cuevas de Altamira o la Capilla Sixtina, aunque las que tenía delante no las hubiesen pintado hombres prehistóricos o Miguel Ángel.

Después de recorrer la estancia, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Deseaba descansar del esfuerzo físico realizado para levantar el armazón, y sobre todo necesitaba tranquilizarse por todo lo que estaba viendo.

Una vez que las pulsaciones volvieron a su ritmo normal, observó y valoró la estancia donde se encontraba. Estaba claro que estaba situada debajo del altar de la iglesia primigenia. Era de planta rectangular, y los lados mayores tenían la misma dimensión que los lados menores de la nave de la iglesia.

Se levantó y los recorrió. Pudo observar que en ambos muros longitudinales había grandes hornacinas. Dentro de ellas había sarcófagos de piedra, y en cada sarcófago se habían esculpido relieves e imágenes. En la base figuraba una inscripción que a él le resultaba imposible descifrar.

Martín lo iba observando lentamente con suma atención. Le recordaba a una visita que había hecho en una ocasión con sus padres al monasterio de El Escorial, donde visitaron la cripta y el panteón real. Pensó: «Esto es una cripta, y los sarcófagos son los sepulcros… ¿de quién? ¿De reyes o nobles importantes del lugar que hace muchísimos siglos fueron enterrados aquí?».

Las otras dos paredes transversales, aparte de bellas pinturas, tenían en el centro de cada una de ellas, a media altura, un candelabro de metal con siete brazos, con un cilindro también de metal en cada brazo para albergar los cirios.

Pero lo que le llamó realmente la atención fue que en el centro de la estancia había un ara o altar. Era un cubo de alabastro de una sola pieza, con relieves ornamentales sobre el mismo alabastro. Encima había colocado un paño púrpura que lo cubría. Le llamó la atención que no tenía signos de envejecimiento ni estaba descolorido. Lo retiró y lo que vio lo dejo sin aliento: en el centro había encastrado una especie de cuadro formado por un mosaico de líneas y figuras geométricas al que las incrustaciones de piedras preciosas que tenía hacían brillar con intensidad. Producía un gran impacto y a la vez daba a todo el conjunto un aspecto místico y esotérico.

Cuando acerco más las velas para iluminar mejor el cuadro y fijó la vista atentamente en él, tuvo la sensación de que se iba haciendo transparente. Producía una atracción y un magnetismo fuera de lo normal, que posiblemente se debía a que el conjunto de líneas y círculos, al confluir en el centro, le daba vida propia. Tuvo la sensación de que iba a caer a un vacío para pasar a otra dimensión.

Estaba en *shock*, no podía soportar más impresiones. Cuando estaba a punto de irse, otra cosa llamó poderosamente su atención. Había una hornacina más pequeña en un rincón. Estaba dividida en tres alturas. Dos estaban vacías; en la otra, al arrimar la vela al fondo, vio que algo relucía. Era como una caja. Dejó la vela en otra de las partes de la hornacina, metió las manos y tiró y arrastró hacia sí la caja. Cuando la sacó vio que no era una caja, era un cofre de metal. En algunas partes estaba bastante oxidado, era tal el deterioro que, con el gancho, haciendo un poco de palanca, se abrió. Lo primero que pensó al ver lo que había dentro era que se enfrentaba a otro misterio más. Martín, sonriendo, se dijo a sí mismo: «¡Hoy no voy a ganar para sustos!».

Lo que encontró, envueltas en un paño de color marrón, fueron dos especies de carpetas. Una tenía la cubierta de piel de color negro y la otra, también de piel, de color púrpura.

En la de color negro había, repujado en el centro, un relieve con la alegoría de un caballero portando una cruz, y debajo la inscripción «Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén». Contenía un voluminoso manuscrito.

En la de color purpura, el relieve era la alegoría de un guerrero o noble montado en un caballo, apoyando este en el suelo las patas traseras. En su interior había otra especie de carpeta, con pastas rígidas como de cartón, que estaba atada con una lazada. Tiró de la cinta y lo que vio fue un montón de legajos muy bien ordenados. En el primero, a modo de portada, estaba escrito el título de su contenido: «Rex Vermudo III».

Inundado de emoción, con el corazón latiéndole de nuevo de una forma descontrolada y llorando de alegría, pensó: «Por fin veo escrito el nombre de muchas de las historias que me han contado en el pueblo sobre la vida y muerte de este rey». No entendía a qué se refería el título de la otra carpeta.

Salió de la cripta con las carpetas. Recorrió el pasadizo hacia la bodega, volvió

a tapiar la parte que había quitado y lo dejó como estaba desde siglos atrás.

Llegó a la casa de sus tíos y subió rápidamente a su habitación para guardar las carpetas sin que lo viera su prima, que estaba en la cocina preparando la comida. De momento no quería contar a nadie lo que había descubierto y encontrado.

El Castillo, iglesia-hospital para peregrinos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén.

ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE JERUSALÉN

Capítulo 18: El castillo

Después de comer, Martín subió a su habitación y empezó a hojear el manuscrito del caballero. Vio que este recogía la historia de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén. La parte final estaba dedicada a describir la construcción de una iglesia hospital en lo alto del cerro del pueblo. Esto le llamó tremendamente la atención.

En ocasiones había preguntado a sus tíos y abuelo por qué se llamaba *castillo* a una construcción que no se parecía en nada a cualquier otro castillo. Era muy distinto a los que él veía viniendo desde Madrid al pueblo, como el de Arévalo, el de La Mota en Medina del Campo o el de Monzón de Campos, muy cercano al pueblo. A esta pregunta, su abuelo, en una ocasión, cuando al atardecer se sentaban arriba del cerro, le contestó que desde que llegó al pueblo todos los vecinos lo llamaban «el castillo», aunque a él tampoco le parecía un castillo. Cuando había insistido, preguntando a los más antiguos del lugar, le contestaban siempre lo mismo: «En Támara este siempre ha sido el castillo». A ellos también les parecía más una iglesia, pero podía ser que en la antigüedad, antes de hacerse la iglesia, hubiera habido un castillo.

Puede ser que en épocas lejanas en Támara hubiera existido un castro celta o celtíbero, pues ahí está el único cerro que hay en algunos kilómetros a la redonda. Desde ahí se tiene una visión de todo el territorio mucho mayor que desde cualquier otro sitio próximo. Se pudo haber construido dentro del castro, en la parte más alta, una pequeña fortaleza. A su alrededor, en la loma del cerro, se habrían levantado las casas del castro. La verdad es que con el trascurrir de los años la intriga seguía ahí y la pregunta también.

Martín pensó que ese manuscrito daría contestación a todas las preguntas que se había hecho siempre sobre quién mandó construir el castillo y para qué se construyó.

Capítulo 19: El relato del caballero de la Orden

Martín comenzó a leer. Vio que la narración empezaba con el nacimiento de la Orden. Quien lo escribía era un caballero perteneciente a esta.

⋆

A finales del siglo XI, alrededor del año 1094, el papa Urbano II, durante el Concilio de Clermont, proclamó la Primera Cruzada para recuperar los Santos Lugares. Este hecho dio lugar a que se creara un fuerte sentimiento de identidad y solidaridad entre los reinos cristianos de Europa para marchar a Tierra Santa, logrando conquistarla en tres años. Los cristianos entraron en el año 1099 en la ciudad santa de Jerusalén, cuna de la cristiandad, después de haberla sometido a un asedio durante un mes las tropas del noble francés Godofredo de Bouillón. Una vez tomada, los cristianos masacraron a la mayoría de los habitantes musulmanes y judíos. Esa masacre y esa ofensa sirvieron para acrecentar el germen de odio entre las religiones.

A partir de ese momento, los cruzados crearon el reino de Jerusalén.

Durante el periodo de dominio cristiano llegaron infinidad de nobles europeos con sus caballeros para, entre todos, contribuir a la expansión de los cristianos en Tierra Santa. Las órdenes vivieron un periodo de esplendor y expansión por el reino de Jerusalén, Palestina, Siria y Europa.

En España, en esa época se vivían tiempos convulsos. Aquí teníamos nuestra propia cruzada para reconquistar gran parte de los territorios que todavía estaban en manos de los árabes. Por ello no hubo ningún rey de la Península combatiendo en Tierra Santa, sin embargo sí hubo una fuerte participación de nobles y caballeros españoles, y, aunque no abundan las referencias, se sabe que participaron activamente en la recuperación de ciudades y lugares, como por ejemplo la conquista de Antioquía.

Lo cuenta Martín Fernández de Navarrete al hablar de las tropas que allí estuvieron:

> Entre estos se distinguía un tercio de españoles veteranos, que constaba a lo menos de siete mil hombres muy bien armados y de respetable presencia y ánimo esforzado, de quienes la misma historia, recontando las tropas que salían a la famosa batalla de Antioquía, y la descripción que iba haciendo de ellas al rey Corvalán su privado Amegdélis, se explica de este modo: «Y pasaron así el puente y pararon sus haces cerca de una oliva que estaba en el campo. Y dijeron así unos a otros: "Gran merced nos hizo nuestro señor Dios, y muchos nos ama, que de tantos peligros nos ha librado y nos ayuntó aquí ahora para conquerir la su heredad. Y vil y deshonrado sea todo aquel de nos que huyere por moro. Catad la tienda de Corvalán cómo es rica. Si los caballeros mancebos antes la conquirieren que nosotros, seremos escarnidos y alabarse han ante nos. Y nosotros no osaremos parecer ante

ellos en ningún lugar do ellos sean"». Entonces Corvalán, que estaba en su tienda cuando vio aquella gente tan desemejada de la otra preguntó a Amegdélis y díjole: «¿Sabes tú quién son aquellos que están apartados? Nunca vi otros tales, ni otra tal gente, ni semejante a ellos». Dijo Amegdélis: «Señor, bien lo puedes saber que aquellos son los muy buenos caballeros del tiempo viejo que conquirieron a España por el su gran esfuerzo, que más moros mataron ellos después que nacieron que vos no trajisteis aquí de toda gente: y aunque los otros huyan del campo, sepas que estos no huirán por ninguna manera, que conocen que han logrado ya bien sus días: y si les acaeciere querrán antes aquí morir en servicio de Dios que tornar las cabezas para huir».

Esto indica que desde la Primera Cruzada hubo españoles, y que debido a su larga experiencia en las guerras continuas que libraban contra el islam en la Península se convirtieron en unos excelentes guerreros.

Una de esas primeras expediciones fue auspiciada por don Raimundo, conde de Tolosa, y su esposa española, Elvira. En ella se alistó para viajar a Tierra Santa el primer antepasado mío. Él era un caballero al servicio de un conde castellano. Tras años de lucha y avatares, se estableció en Jerusalén, formando una familia y sirviendo a su rey, Balduino I, hermano de Godofredo de Bouillón.

En la segunda mitad del siglo XII, yo nací en Jerusalén, de madre musulmana convertida al cristianismo y padre cristiano, ambos nacidos en Jerusalén. Me pusieron de nombre Juan, como el apóstol. Enseguida tuve una fuerte predisposición hacia el estudio de la Biblia y hacia las órdenes religiosas de los Templarios y de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Entré a formar parte de esta última Orden con dieciocho años. Serví en el hospital que habían creado cerca del Santo Sepulcro.

A mediados del siglo XI, había constantes peregrinaciones a los Santos Lugares, por lo que los peregrinos tenían necesidades sanitarias o médicas debido a la dureza del viaje y a las penurias que pasaban al realizarlo. Esto alentó a que mercaderes de la ciudad de Amalfi, en el reino de Nápoles, decidieran fundar un hospital para peregrinos, anexo a la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. La iglesia estaba consagrada a san Juan Bautista y así se dio nombre a la nueva Orden, bautizada como Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén.

En ese tiempo, los Santos Lugares estaban bajo el dominio del islam. Esto no supuso un impedimento para que le dieran la aprobación al proyecto y se otorgara la licencia para su construcción.

Los miembros de la Orden se guiaron por la regla de san Agustín. Vestían hábito negro con, en el centro del pecho, una cruz blanca de ocho puntas que aludía a las ocho bienaventuranzas.

La vida en el hospital en esa época era intensa. Todos estábamos volcados en dar cobijo a los peregrinos que llegaban y en curarlos de las múltiples dolencias

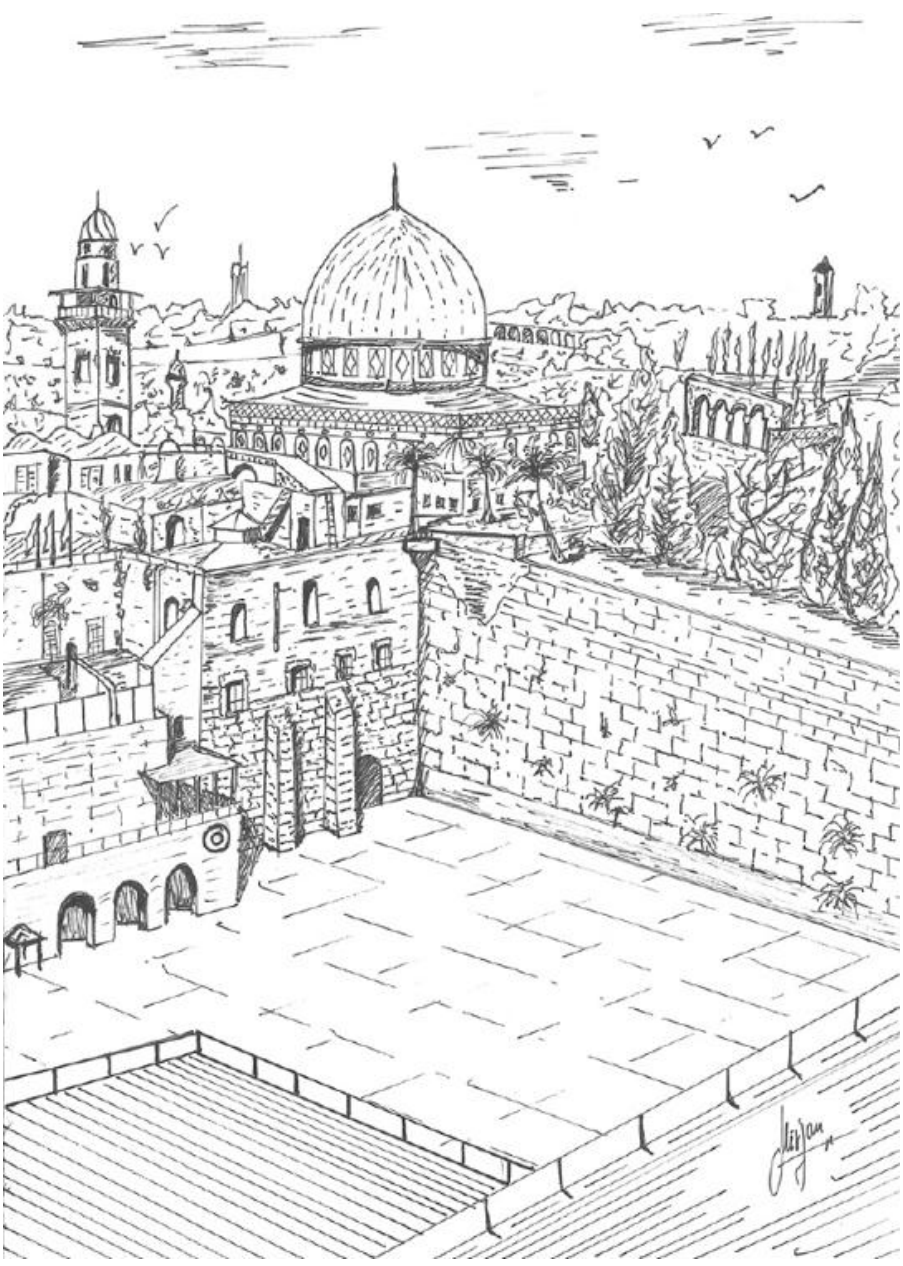
que durante el camino habían sufrido, así como de alimentar su fe en Cristo, pues habían alcanzado su meta. Los convencíamos de que en ese momento debían albergar en sus corazones y en su mente una enorme ilusión por estar sanando justo al lado del Santo Sepulcro, lugar que ocupó nuestro Salvador cuando murió.

En la Orden nos volcábamos en sanar a los peregrinos, y cuando se curaban nos ofrecíamos para ayudarlos y guiarlos en sus peregrinaciones por la ciudad.

Una vez instaurado el reino de Jerusalén, las órdenes religiosas fuimos conscientes de que lo que deseaban los peregrinos después del largo viaje era visitar el lugar donde Jesús había nacido, donde impartió sus enseñanzas, donde realizó los milagros…, y sobre todo recorrer el camino desde donde fue condenado hasta llegar al Gólgota, lugar de la crucifixión. Después deseaban dirigirse al Santo Sepulcro, lugar donde fue depositado y llorado. A partir de ese siglo, hicimos una guía del camino que siguió Jesús por la Vía Dolorosa, al cual denominamos Via Crucis. Contenía catorce estaciones.

La primera estación es la fortaleza Antonia, lugar donde Jesús fue interrogado por Pilatos y juzgado. Este no encontró motivos suficientes para condenarlo, pero, ante las presiones del sanedrín y del pueblo judío, lo condenó a ser crucificado y se lavó posteriormente las manos en señal de desacuerdo.

La segunda estación se encuentra en el arco de Adriano, es la de la flagelación de Jesús. Antes de cargar con la cruz, fue azotado por los soldados romanos, que le colocaron también una corona de espinas sobre la cabeza y sobre los hombros un manto rojo. Se mofaron y lo abofetearon, diciéndole: «¡Salve, rey de los judíos!».



Jerusalén.

La tercera estación penitencial es donde se produjo la primera caída de Jesús en su camino a la crucifixión.

La cuarta estación es donde tuvo lugar el encuentro con su madre y María Magdalena.

La quinta estación está marcada con una inscripción en el arquitrabe de una puerta. Indica el lugar donde Jesús fue ayudado por Simón de Cirene a llevar la cruz hasta el lugar de la crucifixión, en el monte Gólgota.

La sexta estación es el lugar donde se conmemora el encuentro entre Jesús y una mujer, Verónica, que seca el sudor y la sangre del rostro de Jesús, quedando impresa la imagen de su rostro en el pañuelo.

La séptima estación está cerca del cruce de la Dolorosa con la calle del Mercado. Es allí donde Jesús cae por segunda vez.

La octava estación es donde tuvo lugar el encuentro entre Jesús y las piadosas mujeres, según refleja el evangelio de san Lucas.

La novena estación es donde se produce la tercera caída de Jesús, a la entrada del monasterio copto. Está señalada con una columna de la época romana.

Las estaciones de la décima a la decimocuarta están dentro de la iglesia del Santo Sepulcro, donde Jesús fue crucificado y depositado hasta su resurrección.

Todas las estaciones son recorridas por los peregrinos con gran recogimiento y un profundo sentimiento de fe. A la vez, intuyen que con su sacrificio nos estaba dando un mensaje de justicia y esperanza a los oprimidos.

Jesús nació en una familia inmigrante de bajo extracto social y en un país que en esos momentos estaba bajo el dominio del Imperio romano. Las diferencias de Jesús no fueron tanto con los romanos como con los fariseos, grupo político y social judío que tiene su origen en el periodo de cautividad babilónica, entre los años 587 a. C. y 536 a. C. Para Jesús, estos eran los verdaderos culpables de las penurias del pueblo. Eran unos sectarios: habían abandonado la esencia de la religión, la defendían de forma teórica y oral, pero no practicaban los verdaderos preceptos de las tablas entregadas a Moisés por Dios. Sin embargo, se creían los poseedores de la verdad absoluta.

Los fariseos eran el poder establecido, sus rabinos marcaban la línea estricta y ortodoxa a seguir por el pueblo.

Siendo esto así, a Jesús lo veían como a un agitador contra la ley verdadera. Hay un pasaje en los Evangelios donde se refleja la incomodidad que les producía, pues cuando escuchaban las palabras que Jesús dirigía al pueblo, estos procedían a «rasgarse las vestiduras», y para todavía incomodarlos más se hacía llamar por sus seguidores «el Mesías», esto significaba que venía como salvador, liberador del pueblo y de la humanidad.

Aun así, para los fariseos, Jesús era un advenedizo al que había que parar y condenar. Hoy en día, también sería condenado por el sistema establecido, pues este no da cabida a ninguna opinión contraria a sus intereses políticos o económicos.

El judaísmo nunca ha aceptado a Jesús como el mesías de sus profecías, rechazándolo como ser divino o intermediario entre Dios y su pueblo. Hoy día, todavía los judíos siguen esperando a su mesías, a buen seguro tardarán en encontrarlo. Es cierto que hay traumas difíciles de olvidar. Los judíos han sido un pueblo perseguido durante siglos sobre el que se han cometido infinidad de atropellos y crímenes por parte de regímenes absolutistas, pero eso no los debe llevar a tener comportamientos iguales o parecidos a los que otros han tenido

con ellos.

Posteriormente, ante el avance imparable del cristianismo, el emperador romano Constantino, en el siglo IV, lo reconoció como religión oficial del Imperio, pero, si esto tenía que ser así, había que realizar grandes cambios, vistiéndola y adornándola con el boato necesario. En eso, los romanos eran unos verdaderos expertos. Así que rápidamente la operación de *marketing* se puso en marcha. La familia donde nació Jesús seguiría siendo humilde, eso siempre entusiasmaba a la plebe, pero su madre, María, a partir de ese momento debería pasar a ser una virgen, pues a Jesús había que divinizarlo: no podía seguir siendo un simple hombre mortal, debería ser también hijo de Dios y para ello tenía que ser concebido por un espíritu divino, el Espíritu Santo.

Las fechas también debían ser importantes, por eso su nacimiento y muerte tendrían que ser coincidentes con fiestas paganas anteriores, como las Saturnales, y adornar la religión con otros hechos festivos y lúdicos que la harían mucho más pomposa. Aunque eso fuera a costa de perder su esencia más pura, como la búsqueda de la justicia y la armonía entre iguales.

Como suele ocurrir cuando se desvirtúa la esencia, el espíritu del cristianismo poco a poco fue desviándose de sus orígenes. Ya no primaba la lucha por conseguir la justicia para los débiles y oprimidos.

Las desviaciones y malas praxis del nuevo cristianismo establecido se debieron al posicionamiento de sus dirigentes a favor de los poderosos. Además, esta curia ostentó en infinidad de ocasiones los poderes políticos, religiosos y económicos de la sociedad, los cuales siguen manteniendo en algunos países.

Estos desmanes y agravios trajeron consigo una nueva desviación, auspiciada por Mahoma en el siglo VI. Mahoma era un erudito y estudioso de la religión hebrea y de la vida de Cristo, él se dio cuenta de que el cristianismo se apartaba de los preceptos marcados por Jesús.

Mahoma recibió revelaciones que le hizo el arcángel san Gabriel. Las memorizaba y recitaba continuamente, y pasaron posteriormente al Corán, libro sagrado. Así nació una nueva religión, el islam.

Es cierto que algunas congregaciones y algunos sacerdotes siguen el ejemplo que marcó Jesús, luchando denodadamente sin ninguna ayuda en países, en pueblos y en barrios deprimidos; en, nunca mejor dicho, lugares dejados de la mano de Dios. Pero todos estos sacerdotes, en comparación con el resto, son una minoría.

También es cierto que la corriente del ateísmo va ganando cada vez más adeptos, debido en gran medida a la creencia de que las religiones y sus fanáticos son los culpables de los males que arrastra nuestra sociedad.

Aun así, es verdad que, desde la prehistoria, todos nuestros ancestros, ante el miedo a la muerte y a lo desconocido, siempre han tenido que creer en algo sobrenatural. Esto está tan arraigado en nuestros genes y en nuestra memoria

colectiva que tenemos que preguntarnos si debemos seguir creyendo en un Dios o ser superior.

Yo, Juan, creo que las intolerancias y la falta de comprensión hacen que las guerras entre cristianos y musulmanes sean continuas en Tierra Santa, cada uno tenía una razón para pensar y decir que los Santos Lugares les correspondían a ellos.

Debido a todos estos avatares, nuestra Orden se convirtió en una fuerza militar para, junto con las otras órdenes militares, como los caballeros templarios, combatir al islam.

A partir de ese momento no solo atendíamos a los peregrinos para sanarlos, sino que a la vez nos ejercitábamos en el uso de las armas para defendernos de los avances de islam.

El reino de Jerusalén duraría en manos cristianas algo menos de un siglo. La ciudad fue conquistada para el islam por Saladino.

Capítulo 20: Saladino

Martín estaba fascinado. Siguió leyendo el antiguo testimonio del caballero.

⋆

La historia de Saladino es muy extensa. Me la contó durante ratos de conversación un amigo musulmán beduino, de nombre Bahij, que viajaba en una caravana comercial entre La Meca y Damasco. Él y su familia suministraban infinidad de artículos a los súbditos de Saladino y también a nuestra Orden.

Siempre, cuando Bahij llegaba a Jerusalén, buscábamos cualquier pretexto para estar juntos hablando de lo que ocurría, en una parte u otra de las fronteras, entre musulmanes y cristianos.

Saladino fue un ejemplo de tesón, de liderazgo, de fuerte convicción en las propias creencias y de fuerzas suficientes para lograr los fines. También ambicionaba acaparar todo el poder para conseguir un fin: derrotar a los cristianos y expulsarlos de Tierra Santa.

Yo, como caballero de la Orden de San Juan, sufrí en mis propias carnes algunas de las batallas y refriegas entre cristianos y musulmanes. Para mí, nacido de madre musulmana y padre cristiano, era incomprensible que no pudiéramos vivir todos en armonía, manteniendo un respeto mutuo por nuestras creencias y ejerciendo cada uno nuestro culto religioso en unas tierras y lugares comunes.

Saladino fue posiblemente uno de los líderes más brillantes del islam. Nació en una respetable familia kurda de Tikrit, en Irak, en el año 1137.

Bahij me contaba que no había o era muy escasa la información sobre la infancia de Saladino. Algunos contaban que fue un buen estudiante, entusiasta de la Aritmética, el Derecho, la Filosofía y la Astronomía, y sobre todo un gran estudioso de las leyes del Corán y la Teología. También tuvo una gran formación militar impartida por su tío Asad al-Din Shirkuh, que era general del ejército de Nur al-Din, sultán de Siria.

Cuando contaba veintiséis años, Saladino partió junto a su tío hacia Egipto, mandado por el sultán Nur al-Din, al que había pedido ayuda el califa Al-Adid para reponer a su visir Shawar, el cual había sido expulsado de Egipto por la poderosa tribu Banu Ruzzaik.

Sus campañas y estrategias militares en Egipto fueron exitosas y extrajo de ellas una gran experiencia, aunque también le sirvieron para conocer las intrigas y luchas de poder entre las distintas tendencias religiosas dentro del islam. Entendió que eso los debilita en la tarea principal, recuperar las tierras conquistadas por los cruzados para el reino de Jerusalén, las cuales permanecían en poder de los cristianos desde hacía ya alrededor de setenta años.

Después de luchas y revueltas, consiguió la victoria sobre los enemigos,

reponiendo el orden en el califato y consiguiendo a la vez el agradecimiento del califa Al-Adid y el respeto de las tropas, que veían ya en Saladino a un gran caudillo del islam.

El califa nombró visir a Saladino, aunque su sultán, Nur al-Din, no estaba totalmente de acuerdo. El califa de Egipto era su súbdito, aunque gozaba de una gran autonomía. Esto era lógico al estar Siria y Egipto tan alejadas y encontrándose en medio, como una cuña, las tierras conquistadas por los cristianos. Estas estaban defendidas fuertemente mediante fortificaciones hechas por los cruzados en todo el territorio.

Este hecho le supuso la enemistad del sultán Nur al-Din de Siria. Saladino lo estuvo evitando, no estuvo con él en alguna de las batallas que este realizó contra los cruzados, pues temía que lo hiciera regresar a Siria.

En el año 1171, Saladino contaba treinta y cinco años. Entonces se produjo la muerte del califa de Egipto Al-Adid. Sus amigos egipcios le contaron que en ese momento este hecho tiene una gran trascendencia, pues casi todos en Egipto se posicionan para que Saladino fuera el sucesor del califa.

Saladino sabía que su ejército y leales lo apoyaban al haberles demostrado su independencia y autonomía de Siria. Además, si era elegido conseguiría una posición de fuerza mayor y tendría que aceptarlo el sultán Nur al-Din.

Al final, como se preveía, Saladino fue elegido califa, pero sin la aceptación del sultán de Siria. Este pensaba que habían existido infinidad de intrigas para la muerte del califa, pues según parecía tenía evidencias claras de que había sido envenenado por los partidarios de Saladino.

El sultán Nur al-Din de Siria estaba tan molesto con Saladino por no plegarse a sus deseos que en el año 1174 preparó un ejército para invadir Egipto. Saladino, que contaba con espías y familiares importantes en Siria, fue informado y rápidamente comenzó a preparar las defensas para repeler el ataque, pero antes de producirse el sultán de Siria murió, siendo elegido sucesor su hijo de once años as-Salih Ismail al-Malik.

En ese momento, Saladino se sintió libre y totalmente independiente. Envió una carta al heredero donde le prometía «actuar como una espada contra sus enemigos». Le decía que había sentido la muerte de su padre como «el *shock* tras un terremoto».

Viéndose libre de ataduras, creyó llegado el momento más importante para el islam. Esto suponía atacar a los cruzados, recuperar el reino de Jerusalén y echar para siempre a las órdenes militares de Tierra Santa.

Poner en marcha este plan lo traía de cabeza, pues estaba en una encrucijada, con dos posibles opciones: iniciar los ataques con sus fuerzas desde Egipto o esperar hasta que el pequeño sultán de Siria, as-Salih Ismail al-Malik, estuviera de acuerdo para, conjuntamente, iniciar la guerra santa contra el cristianismo.

Durante el tiempo de reflexión que se tomó para decidir qué opción elegir, le llegó por parte de sus espías y familiares desde Siria la noticia de que, al ser

menor de edad, el sultán estaba siendo manipulado. Lo habían apartado de las decisiones y trasladado de Damasco a Alepo. Había asumido la regencia Gumushtigin, emir de dicha ciudad y oficial de alto rango del ejército de su desaparecido padre, Nur al-Din. Gumushtigin maniobró e intrigó para acabar con los demás emires, empezando por el de Damasco. Este, viéndose en peligro, pidió ayuda a Saladino.

Este hecho supuso para Saladino una nueva alternativa. Partió de Egipto inmediatamente en su ayuda con setecientos jinetes. Atravesó el desierto y el paso de Kerak. Según iba avanzando, se le iban uniendo infinidad de fuerzas compuestas por «emires, soldados, turcos, kurdos y beduinos en cuyos rostros se veían las emociones de sus corazones», según le conto Bahij; todos los árabes intuían ya que había nacido y forjado un nuevo líder.

Cuando llegó a Damasco a finales de 1174 fue recibido con gran solemnidad por el emir y por la población.

Gumushtigin se negó a abdicar y el pequeño sultán as-Salih conminó a la población a que luchase y no se rindiese, diciéndoles: «¡Mirad a este hombre injusto e ingrato que quiere quitarme mi país sin consideración para Dios ni para los hombres! ¡Soy huérfano y cuento con vosotros para defenderme en memoria de mi padre que tanto os amó!».

Los enemigos de Saladino de Siria y Mesopotamia iniciaron una guerra de intoxicación basándose en que no mostraba respeto y gratitud hacia su antiguo señor, con la siguiente proclama: «¡Saladino ha olvidado su condición de vasallo, declarándose en rebelión contra su señor!». Contrarrestó esta proclama afirmando que su único enemigo eran los cruzados, de los que debía defender al islam. Poco después, gracias a su perseverancia y dotes de mando, lograba una gran victoria contra los manipuladores del sultán.

Aun así, me cuentan algunos comerciantes de caravanas que todavía Saladino no lograba completar su éxito en Siria, pues el primo de Gumushtigin, Saif al-Din, del clan de los Zénguidas, al haber muerto el sultán Nur al-Din se sentía en parte dueño y señor de esas tierras. Reclutó un ejército y marchó en abril del 1175 hacia Hama, en Siria central, donde se encontraba Saladino.

Aunque este estaba en inferioridad de tropas, puso en marcha una magnífica estrategia que consistía en coger una posición ventajosa en las colinas cercanas al río Orontes. Esto le proporcionó una mejor defensa y una gran victoria. Aniquiló las tropas de su enemigo y su ejército sufrió muy pocas bajas.

Tras esta victoria, Saladino se proclamó sultán de Siria, pero todavía siguió la confrontación con Saif al-Din y sus afines, que se prolongó hasta 1176.

Ante una tentativa de asesinato por parte de sus enemigos, Saladino se dirigió a Alepo y la sitió. Consiguió firmar un pacto con Gumushtigin y Saif al-Din en que estos reconocían la autoridad de Saladino como sultán a cambio de conservar ellos sus vidas y la gobernanza de la provincia de Alepo.

Saladino posteriormente se trasladó a Egipto. Necesitaba supervisar su

situación, pues habían pasado dos años desde que partió.

Al poco tiempo le llegaron noticias de que seguían las intrigas en sus dominios de Siria, lo que lo obligó a continuas campañas militares hasta que, en el año 1183, consiguió sofocar totalmente todos los levantamientos.

Una vez conseguida la tranquilidad en todos sus dominios, Saladino vio próxima la hora de declarar la yihad contra los cristianos. Estaba seguro de que en cualquier momento los cruzados le darían la justificación para hacerlo, pues continuamente estos hostigaban a las caravanas comerciales árabes entre Egipto y Siria. Masacraban a todas las personas, sin importarle ni mujeres ni niños.

Detrás de esto estaba el señor del Kerak, Reinaldo de Chatillon, título y propiedad que consiguió al casarse con Estefanía de Milly. No solo atacaba, sino que a quienes no morían en la lucha los torturaba en el castillo del Kerak cruelmente, hasta la muerte.

El Kerak es un punto estratégico vital. Los cruzados durante el reino de Jerusalén construyeron una fortaleza en la parte más alta del cerro. Desde esta dominaban todo el valle y controlaban las caravanas de beduinos que hacían la ruta desde Damasco a Egipto o a La Meca. Reinaldo no solo quería conseguir poder y beneficios económicos mediante los asaltos y robos a las caravanas, sino que en sus planes estaba conquistar La Meca, lugar sagrado y de peregrinación para el mundo musulmán.

Saladino, conocedor de los planes de Reinaldo, juró matarlo con sus propias manos.

Todos en el reino de Jerusalén éramos conocedores de los desmanes de Reinaldo y de su crueldad. También en las órdenes hubo muchos señores, nobles y gente sin escrúpulos que se alistaban en las cruzadas para obtener un beneficio propio, expulsar a los musulmanes de sus tierras y nombrarse señores de ellas.

En esos momentos nuestro rey de Jerusalén, Balduino IV, llamado el Leproso o el Santo, era conocedor de las correrías de Reinaldo de Chatillon, el cual además era aliado de Guido de Lusignan, cuñado del rey al estar casado con su hermana Sibila, viuda de Guillermo de Monferrato.

Al rey lo llamábamos el Santo por algo, y ese algo es porque en verdad lo era.

El rey estaba rodeado de familiares ansiosos de poder. A su hermana, como al resto de familiares, no le importaba intrigar para conseguir el poder, aprovechándose de su debilitada salud.

En esos momentos, siendo yo caballero de la Orden y ejerciendo como tal, tenía entre mis obligaciones la de escoltar, junto con otros caballeros, a grupos de peregrinos egipcios coptos que querían visitar los lugares más santos e importantes para los cristianos siguiendo parte de la ruta elegida por Moisés en su salida desde Egipto a Tierra Santa en el siglo XIII a. C.

Eso nos llevaba a realizar un recorrido de ida y vuelta, partiendo desde Jerusalén hasta el golfo de Aqaba, donde los peregrinos embarcaban en trirremes para volver a Egipto. Recogíamos a su vez a los nuevos peregrinos coptos en Aqaba e iniciábamos la ruta hacia Tierra Santa, con paradas para visitar en recogimiento los Santos Lugares.

Empezábamos visitando el monte Sinaí, donde Dios habló a Moisés y le entregó las Tablas de la Ley. Después, en duras jornadas, atravesábamos el desierto Wadi Rum. Durante la travesía pernoctábamos en campamentos, como lo habían hecho los hebreos en su ruta hacia la Tierra de Promisión. Así los peregrinos podían vivir la dureza que supusieron estas jornadas para los antiguos cristianos, aun habiendo recibido el sagrado maná por parte de Dios.

Lo cierto es que para mí estas etapas suponían gozar tremendamente de paz espiritual y recogimiento. Siempre, en la última etapa por el desierto, me subía al atardecer a uno de los montes desde el que podía estar en perfecta armonía con el entorno, meditando y orando al señor nuestro Dios, sintiéndome mucho más cerca de Él. A la vez disfrutaba de una maravillosa puesta de sol sobre el valle del Wadi Rum. Deslumbraba ese color rosáceo que tiene la tierra y que es tan característico de ese desierto.

Desde allí seguíamos la ruta hasta la siguiente visita, en Wadi Musa, cerca de Petra. Este importante enclave era el punto de encuentro de las rutas de las caravanas comerciales que van desde Egipto a Siria o desde Siria a La Meca. Esta es tierra de los nabateos, es el lugar bíblico donde Moisés, dando un fuerte golpe con su cayado en una fisura de las rocas, consiguió que brotara un manantial para saciar la sed de su pueblo. Luego, Moisés oró y pidió a su hermano Aarón y a su hijo Eleazar que hablaran a la roca para expresarle su gratitud por la abundancia de agua que les había dado. Al día siguiente, Moisés, con su hijo Eleazar y su hermano Aarón, ascendieron a la cima del monte Hor. Allí murió Aarón. Moisés lo despojó de sus vestiduras sacerdotales y se las entregó a Eleazar como signo de continuidad. Aarón fue enterrado en una tumba construida en lo alto del monte y los hebreos lo lloraron durante treinta días.

La subida al monte Hor es tan dura que muy pocos peregrinos se atreven con ella, y más después de llevar ya varias jornadas de viaje. El cansancio acumulado la hace casi imposible para los mayores; sin embargo, a casi todos los jóvenes les encanta subir, pues, aparte de ver la tumba y orar, son espectaculares las vistas desde estas montañas de rocas arenisca, que, al igual que el desierto de Wadi Rum, están vetadas con de una amplia gama de colores rosas. Este macizo de rocas rodea y oculta Petra de los ojos indiscretos.

Petra, en la antigüedad, mucho antes del nacimiento de Jesús, era la capital del reino nabateo. Este reino llegó a ser tan importante que en el siglo I a. C., reinando Aretas III, hijo de Obodas I, extendió sus fronteras hasta Damasco, en Siria. Esa fue su época de máximo esplendor.

En el año 63 d. C. fue conquistada por el general Pompeyo para el Imperio romano. Roma dio cierta autonomía a la ciudad y a los nabateos, pero a partir de la muerte del último rey nabateo, Rabbel II, en el año 106 d. C., el emperador Trajano ordenó su total anexión al Imperio.

Petra es una ciudad con un acceso natural difícil de encontrar. Para llegar a ella tienes que atravesar un cañón de un kilómetro y medio de longitud llamado el Siq, que fue horadado por el agua durante miles de años. Cuando pasas el cañón y llegas al valle, lo que ves es una ciudad antiquísima, de una belleza espectacular, toda ella esculpida en la roca y dentro de un oasis rodeado de montañas con abundante agua. Cuenta con bellísimos e importantes templos, como el del Oro y el Monasterio, así como construcciones y calzadas romanas, incluido el teatro romano, esculpido en la propia roca.

Todo su conjunto la hacía muy atractiva para las caravanas de beduinos, cuyo principal comercio eran el incienso, la mirra, los perfumes y las semillas, además de sedas de preciosos colores. Hacían parada obligada para reponerse ellos y sus camellos de los largos viajes.

La ciudad y los nabateos, con el paso de los tiempos, fueron perdiendo importancia e influencia en la región. Aun así, allí seguía parando cualquier caravana.

En los tiempos en que nos encontramos, el rey Balduino de Boulogne, del reino de Jerusalén, la conquistó en esta Primera Cruzada. Así pasó a formar parte del territorio de Al-Karak cuyo dueño y señor era Reinaldo.

⋆

Ya adulto, Martín sabría que la ciudad cayó en el olvido. Fue redescubierta para el mundo occidental en el año 1812 por el explorador suizo Jean Louis Burckhardt. Mucho más adelante, en 2007, resultó elegida como una de las nuevas siete maravillas del mundo.

⋆

Esta peregrinación de ida y vuelta de Jerusalén al golfo de Aqaba hizo que pasáramos en muchas ocasiones por la fortaleza del Kerak y pernoctáramos en ella. Para mí, esa fortaleza construida en el año 1140 en lo alto del cerro es una obra de arquitectura e ingeniería fantástica. Se asienta sobre los restos de una antigua ciudad moabita del año 850 a. C. Desde ella se tiene una magnífica visión del vasto territorio que era el valle del Kerak. Se podía decir que los cruzados habían construido una fortaleza inexpugnable, tomando Reinaldo en el año 1177 posesión de ella y de su territorio. Debido al contacto continuo que tenía con el Kerak, sabía que Reinaldo gobernaba la zona con mano de hierro. Hasta sus más afines lo temían, pues sus reacciones eran impredecibles.

Otro lugar importante en la ruta, antes de llegar a Jerusalén y peregrinar por

todos los lugares donde impartió sus enseñanzas Jesús, está en la desembocadura del río Jordán, en el mar Muerto. Ese lugar mágico es el monte Nebo, subida obligada para los peregrinos, pues desde la cima de este monte, según las sagradas escrituras, Moisés, antes de morir, vio y dio a conocer a su pueblo la llegada a la tierra de Canaán (aunque ni en el monte ni en ningún otro sitio se ha encontrado su sepultura).

Moisés nunca llegó a entrar en la Tierra Prometida.

La Biblia, en algún pasaje, señala este monte como el lugar donde el profeta Jeremías escondió, en una cueva oculta por mandato de Dios, el Arca de la Alianza con las Tablas de la Ley.

Saladino, en 1183, puso cerco al castillo del Kerak como respuesta a los continuos asaltos de caravanas por parte de Reinaldo. Cuando estaba a punto de tomar al asalto la fortaleza, el rey de Jerusalén, Balduino IV, con un fuerte ejército de cruzados y caballeros de nuestra Orden Hospitalaria de San Juan, entre los que me encuentro, negoció y lo convenció para que se retirase, comprometiéndose a castigar a Reinaldo y conviniendo una nueva tregua.

Sin embargo, todos intuíamos que la tregua iba a ser frágil. El rey era incapaz de controlar a Guido y Reinaldo. Además, las intrigas y luchas políticas eran continuas entre las órdenes militares cristianas, todas querían aglutinar más poder, sabedores de la mala salud del rey.

Nuestro querido rey Balduino IV el Santo murió en 1185 a la edad de veinticuatro años víctima de la lepra, terrible enfermedad en aquellos tiempos. A pesar de su juventud y de su enfermedad, era un rey admirado y respetado incluso por su enemigo Saladino. El imán Isapahán escribió: «Ese joven leproso hizo respetar su autoridad al modo de los grandes príncipes como David o Salomón».

La dolorosa figura de Balduino IV, su nobleza y buen hacer fueron posiblemente lo más importante que tuvo la Primera Cruzada. Si no hubiera muerto tan joven, quién sabe si Saladino y él, aliándose con el destino, hubieran conseguido una paz entre musulmanes y cristianos más duradera, cambiando quizás los designios de la historia.

A su muerte, fue nombrado sucesor su sobrino Balduino V, el hijo que su hermana Sibila tuvo con Guillermo, su primer marido. Al ser menor de edad, tuvo como regente a Raimundo III de Trípoli, pero el reinado sería breve, pues el rey murió al año de subir al trono.

Ese momento lo aprovecharon Guido de Luisignan para hacerse con el poder, con el apoyo de su mujer, Sibila, y Heraclio, patriarca de Jerusalén. Logró destituir a Raimundo y proclamarse rey consorte. Este hecho hizo que empezara a gobernar sin haber encontrado la totalidad de la aceptación de las órdenes militares que estaban en Tierra Santa, entre ellas la orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Una vez en el trono Guido de Lusignan

y apartado de él Raimundo de Trípoli, Reinaldo de Chatillon, con el beneplácito de Guido, se vio con las manos libres para seguir hostigando y masacrando a las caravanas que atravesaban el Kerak. En una de esas caravanas iba la hermana de Saladino, que fue asesinada, degollada por la mano y daga del mismo Reinaldo.

Esto parece indicar que Reinaldo estaba provocando, sin saberlo, lo que quería Saladino. ¿O lo sabían los dos y lo que querían eran justificaciones para desatar una terrible guerra? Aunque tanto Guido como Reinaldo eran buenos en el combate, ninguno de los dos estaba a la altura como diplomático ni como estratega. No se dieron cuenta de que, si había una guerra, estaría perdida para el reino de Jerusalén antes de empezar, pues en esos momentos había una enorme diferencia de tropas a favor de los musulmanes, contando además con que Saladino era un líder sin fisuras, que aglutinaba a todas las corrientes del islam en una sola fuerza, con una gran moral, prometiéndoles que serían guiados a una yihad victoriosa.

Después de esta última masacre y del asesinato de su hermana, Saladino envió un embajador con su séquito a Jerusalén para que fuera castigado Reinaldo y se empezasen negociaciones para la retirada de las órdenes militares de Tierra Santa. La contestación de Guido fue asesinar al embajador y preparar al ejército para marchar contra Saladino.

Corría el año 1187 cuando salió de Jerusalén el rey Guido de Lusignan encabezando el ejército de los cruzados, formado por contingentes de templarios y hospitalarios. Al frente de estos últimos iba nuestro gran maestre Roger de Molins.

Guido dirigió el ejército hacia el norte de Palestina, lugar donde se encontraba Saladino con todas las fuerzas del islam. Una pequeña parte de nuestra orden, entre los que me encontraba yo, se quedó en Jerusalén para protegerla. Es cierto que la gran mayoría no creíamos en Guido y tampoco en la victoria, vivíamos y veíamos que nuestro tiempo en el reino de Jerusalén se acababa.

La distancia que el ejército cristiano tenía que cubrir desde Jerusalén hasta donde se hallaba Saladino es de casi doscientos kilómetros. La marcha se planificó mal y fue un desastre desde el principio. La logística y los suministros para un ejército tan numeroso eran escasos, les faltaba incluso el agua.

Saladino los esperó sin salirles al encuentro, sabía que el tiempo jugaba a su favor y que el cansancio haría mella en sus enemigos. Sus tropas, sin embargo, estarían frescas y descansadas para la lucha cuando llegara el momento.

Antes del enfrentamiento final, Saladino jugó con ellos al gato y al ratón. Firmó una tregua con Raimundo III de Trípoli, recibiendo este garantías de que durante las incursiones que iba a realizar al frente del ejército del islam por la baja Galilea no atacaría las fortalezas y dominios donde él se había refugiado desde su salida de Jerusalén. Sabiendo esto, Guido mandó una embajada para

negociar la reconciliación con Raimundo III. Esta embajada estaba formada por Gerardo de Ridefort, maestre de la Orden del Temple, y por Roger de Moulins, maestre de los Hospitalarios.

La negociación acabó en un fiasco, como no podía ser de otra forma; todavía existían grandes diferencias y rencillas entre Guido y Raimundo, debido a la forma en la que Guido de Lusignan se había proclamado rey de Jerusalén. Terminada la negociación, los dos maestres marcharon a Nazaret, donde reunieron, entre caballeros y tropas auxiliares, a unos quinientos hombres. El día 1 de mayo inician el camino hacia El-Mahed, que está cerca de la aldea de Seforia, al noreste de Nazaret.

Allí se tropezaron con una numerosa tropa de caballería comandada por el hijo de Saladino. En una lucha desigual fueron rápidamente derrotados y masacrados. Murió mi señor Roger, gran maestre de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén.

Durante estos hechos, Saladino consiguió fortalecer todavía más sus posiciones.

El enfrentamiento final se produjo el 4 de julio de 1187 cerca del lago Tiberíades.

La caballería del ejército del islam empezó a hostigar al ejército de Guido de Lusignan mediante una serie de cargas para encaminarlos al lugar que Saladino previamente había elegido, este lugar es el llamado Cuernos de Hattin.

Una vez dentro, desde lo alto de las colinas que dominan estos cañones, los arqueros sarracenos diezmaron una parte importante del ejército cruzado y lo obligaron a retirarse hacia el lago Tiberíades. Acamparon en la llanura de Maskana, pero, faltos de fuerzas y sin aliento para la lucha, fueron masacrados por Saladino. Sus tropas capturaron a Guido de Lusignan y a Reinaldo de Chatillon. También fueron raptados o eliminados los principales caballeros de las órdenes religiosas, y se arrebató a los cristianos la Vera Cruz, enseña y reliquia que encabezaba los ejércitos cristianos.

La victoria de Saladino fue total. El trato que dispensó a los prisioneros fue ejemplar, excepto a Reinaldo. Un caballero de nuestra orden que vivió la batalla me contó el hecho trágico que presenció.

En un gesto de hospitalidad, Saladino ofreció una copa de escarcha de nieve al rey Guido. Este, después de beber, se la pasó a Reinaldo, pero cuando trató de cogerla Saladino no lo consistió, pues él no había dado su permiso para que este gesto se extendiera a Reinaldo. Él mismo lo degolló después, como había prometido, por todas las ofensas y asesinatos que había infligido al islam, diciendo: «No es deseo de reyes matar reyes, pero ese hombre había transgredido todas las fronteras y por eso lo traté así».

Después de la batalla, antes de preparar y lanzar el ataque definitivo al reino de Jerusalén. Saladino siguió afianzando sus posiciones en el norte con la conquista de Galilea y Samaria. En la costa, conquista la importante ciudad de

Acre, cortando así todas las comunicaciones con Egipto.

A finales de septiembre 1187, Saladino puso cerco a Jerusalén. Derribando después de varios asaltos sus defensas, entró el 2 de octubre triunfante en la ciudad, respetando a la población y los Santos Lugares.

Asimismo, nos permitió la salida de la ciudad, estando al frete de ella Bailán de Ebelín, miembro de una noble familia y último defensor del reino de Jerusalén, el cual combatió y dirigió a las escasas fuerzas de las órdenes que quedábamos con nobleza y brillantez. En la salida lo acompañamos todos los caballeros de las órdenes y un número importante de cristianos.

⋆

De adulto, Martín reconocería este relato en el cine. De esta última época del reino de Jerusalén se realizó una magnífica película titulada *El reino de los cielos*, del director Ridley Scott y con guion de William Monahan, donde quedan reflejadas las disputas y luchas internas entre las órdenes militares de los cruzados, que además no contaban con un liderazgo sólido, para enfrentarse a la sabiduría de Saladino y la fortaleza del islam en ese tiempo.

⋆

Las órdenes nos fuimos retirando de Tierra Santa hacia Europa, entre ellas la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén. En la época de esplendor no solo habíamos construido hospitales en Tierra Santa, sino que estos se habían extendido también a las rutas de peregrinación por Europa.

Yo desciendo de un importante caballero castellano de Tierra de Campos, el cual había servido al conde de Urgel Armengol VI (1096-1154), más conocido como «el de Castilla», pues era hijo de Armengol V y de María Pérez, hija de Pedro de Ansúrez, conde de Saldaña y de Carrión. Este último sería el encargado de la tutela y educación de su nieto durante su minoría de edad.

En el año 1147, Armengol VI participó junto al rey de León Alfonso VII (1105-1157) y su ejército en la conquista de Almería, expulsando de ella a los musulmanes.

Teniendo yo conocimiento de estos hechos y sabiendo que la hija del conde de Urgel, María de Almenara (1124-1196), más conocida como señora de Almenara, mujer piadosa, quería hacer una donación y limosna para la construcción de un hospital de peregrinos, me dirigí a ella junto con mi noble maestre de la Orden para interceder y consentir la construcción de una iglesia hospital bajo la tutela y administración de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén en Támara, esta obra estaría dedicada para auxiliar y sanar de cuerpo y espíritu a los peregrinos del Camino de Santiago.

Después de validar el rey la limosna y fundación del hospital, de realizarse la construcción y de vivir un tiempo en Támara, seguí mi camino como caballero

de la Orden, creando más hospitales en la ruta del Camino de Santiago.

★

En ese momento Martín entendió que lo que en el pueblo se conocía popularmente como castillo fue en realidad un conjunto iglesia hospital de estilo románico, cuya construcción se realizó a finales del siglo XII. Se conserva hoy en día solo la iglesia, de la que sobresale su esbelta espadaña de tres arcos.

Martín, después leer el manuscrito, estuvo varios días ensimismado con infinidad de pensamientos.

Verdaderamente existía una conexión entre Támara y hechos históricos tan importantes como la fundación de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, que se fundó para atender a peregrinos que llegaban a Tierra Santa y se convirtió después también en una orden militar que luchó para tratar de que el reino de Jerusalén no cayera otra vez en manos del islam. Después construyeron hospitales en Europa, uno de ellos el de Támara de Campos.

Qué coincidencias y misterios encierra la vida, uniendo lazos y creencias, consiguiendo que estos hagan fortalecer en las personas el orgullo de pertenencia del lugar donde han nacido o donde vive.

Lo que no entendía era por qué nadie en el pueblo sabía lo que encerraba el inframundo de la iglesia y las bodegas. ¿Podía todavía estar usándose la cripta para algunos rituales? También se preguntó por qué la curiosidad, el destino y el azar había hecho que lo descubriera.

Martín se daba cuenta de que paso a paso iba desentrañando los misterios y conociendo la verdad de todas las historias populares que le habían contado sobre las luchas entre cristianos y moros a cuyo frente iba un gran rey, así como la importancia del castillo. A buen seguro, también sería cierto que en las tierras próximas a las murallas del pueblo se desarrolló la batalla en la que encontró la muerte el rey de León Vermudo III.

Vio que las historias, al ser contadas y trasmitidas de forma oral, de generación en generación, presentaban algunas diferencias con la realidad, pero no en lo esencial, sino en detalles y nombres. Y él, aunque descubría nuevas cosas, siempre tenía más preguntas y cosas por descubrir. Por eso se dijo: «¡Tengo que seguir! ¡Siempre quedaran más hallazgos por encontrar!».

Los siguientes días los pasó en la bodega, terminando de arreglar el tapial y dejándolo como estaba.

Antes de terminar los arreglos, había tenido un montón de contradicciones, había sido como deshojar una margarita. ¿La pequeña iglesia primigenia que estaba encima de la cripta podría haber sido construida por los visigodos? ¿La cripta, antes de haberse edificado la iglesia y entrar a formar parte de ella, podría haber sido una cueva que en tiempos remotos hubiera servido para

realizar rituales oficiados por chamanes y dedicada al estudio de ciencias ocultas? ¿El retablo o cuadro que estaba encastrado en el ara de ritos u oficios de la cripta pudiera ser la tabla del rey Salomón, escondida en su huida por los visigodos, que sellaron después la cripta para que no la encontraran los musulmanes? ¿Por qué y qué sentido tenía que estos valiosos documentos todavía estuvieran en la cripta situada en el subsuelo de la antigua iglesia que había descubierto? ¿Qué hacía, dejaba los manuscritos y legajos encontrados otra vez en su sitio o los seguía leyendo y estudiando? Pues a la vez se preguntaba quién los iba a echar en falta, si llevaban allí siglos sin saberlo nadie. Y además, tiempo tendría después de volver a dejarlos.

Lo que de una forma consciente asustaba a Martín era que alguien supiera que había violado un lugar sagrado y místico sin que nadie le hubiera dado su consentimiento.

También inconscientemente, dejaba pasar los días sin atreverse a leer lo que él consideraba posiblemente el descubrimiento más importante, que no era ni más ni menos que los legajos del rey Vermudo III.

Martín sabía que las respuestas a estas preguntas no eran fáciles de desentrañar, pero pensó que como era joven tendría tiempo de encontrarlas. Se conminó a seguir teniendo fe e ilusión en conseguirlo.

Lo más inmediato para él en esos momentos era ver si se sentía capaz de enfrentarse a la lectura de los legajos de rey Vermudo. En una primera ojeada vio que no le iban a ser fáciles de leer, pues estaban escritos en castellano antiguo y alguna parte del texto en latín. Durante el Bachiller había tenido que estudiarlo, por lo que hacía algún pinito. También pensó que se podía ayudar con el diccionario que tenía en Madrid.

En ese momento se dio cuenta de que el manuscrito de la historia de la Orden, aunque con alguna dificultad, lo había podido leer y comprender. Revisándolo, comprendió que posiblemente no era el original, alguien lo había traducido a un castellano más moderno.

Convencido de que era mejor esperar, leer los legajos tranquilamente e ir a la vez traduciéndolos, pasó a guardarlos en su carpeta y, junto al de la Orden, procedió, con sumo cuidado, a colocarlo en la maleta.

Martín llegó a Madrid, pero nunca habló con nadie de la familia del descubrimiento que a través de la bodega había hecho de la iglesia primigenia ni de las carpetas encontradas.

Aunque eran muchas las ganas de leer los legajos del rey Vermudo III de León, como sentía cierto desasosiego ante lo que podía encontrar en ellos, durante un tiempo no se atrevió desatar las lazadas de las tiras que abrían la carpeta. Por eso los legajos estuvieron durmiendo en Madrid en un armario de su casa, en lugar de en la cripta.

REX VERMUDO III

Capítulo 21: La leyenda

Al fin, un día Martín se decidió a abrir la carpeta para seleccionar los legajos, estudiarlos y leerlos, pues tenía la seguridad de que había llegado el momento de saber cuán importante era su contenido.

Según desataba las lazadas, sintió que sus pulsaciones se aceleraban. El nerviosismo empezó a apoderarse de él; tanto era que sus temblorosas manos no lograban desatar las cintas. Sentía a la vez que su mente se bloqueaba. Paró un momento y se dijo para sus adentros: «Debo tranquilizarme. Solo voy a ver cuál es el contenido».

Desde que hizo los descubrimientos, tenía la sensación de que estaba invadiendo espacios sagrados. La superstición lo llevó a temer lo peor, pues cabía la posibilidad de que algunos de los espíritus de las personas enterradas en la cripta volvieran del inframundo para vengarse mediante conjuros o sortilegios de los que violaran su descanso, por eso sentía miedo de las consecuencias que le pudiera acarrear su hallazgo. En ocasiones había leído las maldiciones que encerraban tumbas o lugares sagrados como panteones o pirámides, y las posteriores desgracias que les habían ocurrido a las personas que osaron violarlos.

Una vez abierta la carpeta, empezó a separar los legajos, que estaban compuestos por una serie de mapas: uno de la Península Ibérica, datado en el año 1002, según inscripción del margen inferior derecho; otro del califato de Córdoba, datado en el año 1002; otro del reino de León, datado en el año 990; otro del reino de Pamplona, datado en el año 990; otro del condado de Castilla, datado en el año 1000; otro de las tierras comprendidas entre los ríos Cea y Pisuerga, datado en el año 1035, y por último un mapa de la disposición de las tropas del reino de León el día del enfrentamiento contra su condestable de Castilla y las del reino de Navarra entre los pueblos de Támara y Frómista. Además, había distintos legajos de actas de *Consiliium et Coloquium* de reuniones y negociaciones entre distintos reinos cristianos y andalusíes.

Lo más sorprendente para Martín fue ver que también había un manuscrito encuadernado con hilo de cáñamo que recogía la vida del rey de León Vermudo III.

¿Por fin podría saber la realidad de la historia?

Los pergaminos de los mapas, aun después de los siglos pasados y aunque algo deteriorados, podían ser legibles en buena parte. En el mapa de la Península Ibérica había cuatro zonas que representaban los cuatro reinos o condados más importantes en ese momento. La zona más extensa correspondía al califato de Córdoba. Sus límites eran el océano Atlántico en el oeste, el límite norte estaba situado por debajo del río Duero, el límite noreste por encima del río Ebro y el límite este era el mar Mediterráneo. En Gibraltar

estaba el límite sur.

El reino de León se emplazaba en la zona noroeste de la Península. Sus límites eran: en el oeste, el océano Atlántico; en el norte, el mar Cantábrico; en el este, desde Numancia, subiendo hacia San Millán de la Cogolla, llegaba hasta los Pirineos; el límite en el sur estaba por debajo del río Duero, haciendo frontera con el califato.

Los límites de reino de Pamplona eran al oeste con el reino de León, al norte limitaba con el mar Cantábrico y con Francia por los Pirineos, al este limitaba con el condado de Barcelona y en el sur con el califato de Córdoba.

El condado de Barcelona limitaba al oeste con el reino de Pamplona, en el norte con Francia por los Pirineos, al este con el mar Mediterráneo y al sur con el califato por encima del río Ebro.

Los mapas del califato, así como los del reino de León y del reino de Pamplona, marcaban unos límites fronterizos similares, aunque con unas pequeñas diferencias a los reflejados en el general de la Península.

Dentro del mapa del reino de León, se marcaban a su vez los límites de su condado de Castilla. Al oeste, el límite era el río Pisuerga; el límite este era el reino de Pamplona; el norte, el mar Cantábrico; el sur limitaba con el califato.

El mapa del condado de Castilla marcaba límites similares en escala mayor. El mapa de las tierras comprendidas entre los ríos Cea y Pisuerga marcaba como límites claros los dos ríos, el Cea al oeste y el Pisuerga en el este, en el norte el mar Cantábrico y al sur el califato. Tenía a su vez dos importantes condados, el de Monzón y el de Saldaña.

Una de las cosas que a Martín le llamaron la atención fue que entre los pueblos importantes que destacaban en el mapa de las tierras comprendidas entre los ríos Cea y Pisuerga estaba reflejado Támara. ¿Qué hechos históricos importantes en esa época ocurrieron en él o sus en sus cercanías para que su nombre figurara de una forma destacable?

⋆

El manuscrito sobre la vida del rey Vermudo III estaba escrito por Fabila Sánchez; en la parte inferior figuraba el año, MCXXX. En él se reflejaban hechos ocurridos hacía más de un siglo. Lo escribió de acuerdo con lo que se había relatado y transmitido en su casa de generación en generación.

La historia inicial había sido trasmitida oralmente por su bisabuelo, Ordoño Sánchez, que había nacido el año 1007 en León. Era primo lejano del conde de Castilla Sancho García y murió en Támara de Campos en el año 1068.

Ordoño, desde su nacimiento hasta la batalla donde perdió la vida su señor el rey Vermudo III el Mozo en el año 1037, había vivido y prestado servicios en la corte de León. Su padre también había servido al padre del rey Vermudo III, Alfonso V el Noble.

Su padre había participado junto a Alfonso V, en el verano del año 1028, en

la expedición emprendida para recuperar las tierras portuguesas de Coímbra y Viseo, en manos de los musulmanes. Estos, después de la muerte de Almanzor, estaban tremendamente debilitados por las disputas y la guerra civil desatada entre sus hijos Abd al-Malik y Sanchuelo. El rey Alfonso V vio y estimó que había llegado el momento de arrebatárselas para que volvieran a formar parte de su reino, tomándose a su vez revancha por todas las calamidades y ofensas que Almanzor les había infligido durante largos periodos de tiempo.

En agosto, llegaron a Viseo, acamparon y cercaron la ciudad. En una de las rondas de inspección cerca de las murallas, el joven rey Alfonso V, que en esos momentos contaba treinta y cuatro años, encontró la muerte al ser alcanzado por una andanada de flechas disparadas con ballestas desde lo alto de las almenas de la muralla.

Este hecho produjo un gran revuelo en las filas cristianas y produjo la retirada del ejército. La noticia llegó a León a través del mayordomo del rey y de uno de sus fieles caballeros. Estos se adelantaron a la llegada del grueso del ejército y, una vez en León, informaron rápidamente de su muerte a la reina doña Urraca.

Vermudo, que tenía once años, se encontraba con Ordoño entrenándose en la lucha con la espada cuando lo avisaron de que su madrasta, Urraca, quería verlo urgentemente en la sala de audiencias. Se presentó allí y la reina Urraca y el mayordomo le contaron la noticia. Vermudo entró en una profunda tristeza, pues cuando empezaba a superar la muerte, hacía seis años, de su madre, a la que estaba tremendamente unido, ocurría la muerte de su padre. Esto suponía un duro golpe.

Antes de partir el rey Alfonso V con su ejército hacia tierras portuguesas, Vermudo, que aunque niño era espigado y pura vitalidad, le dijo que quería ir con él en la expedición, pues se consideraba lo bastante diestro ya tanto con la espada como con otras armas como para acompañarlo. Su padre se negó: «Hijo, tiempo tendrás, pues las batallas que tendremos que librar serán tantas que necesitarás muchas vidas para combatir en todas ellas. Es mejor que te quedes en León con Ordoño para que te siga formando y entrenando en el arte de la guerra y que cuides del reino y de tu hermana Sancha».

Vermudo adoraba a su hermana y estaba tremendamente unido a ella. Eran casi de la misma edad y jugaban de continuo, se apoyaban y tenían una gran complicidad, más desarrollada desde la muerte de su madre. También los unió el hecho de que ninguno de los dos vio con buenos ojos o agrado la boda posterior de su padre con doña Urraca, hermana del rey Sancho III el Mayor de Navarra, boda que Ordoño y su padre consideraban que se llevó a cabo por una razón de Estado, para formar una cohesión más fuerte entre los reinos cristianos y así resistir mejor contra los musulmanes.

Según contaba Ordoño, la boda del rey Alfonso V con doña Elvira había sido muy distinta. Ella era hija del conde Menendo González, perteneciente a

la alta nobleza de Galicia y Portugal, que había sido tutor y regente de León durante la minoría de edad de Alfonso V.

Esa sí que había sido una boda por amor y sin imposiciones, pues desde pequeños crecieron juntos, compartiendo juegos y experiencias que terminaron en enamoramiento, un tórrido romance al que daban rienda suelta sin ningún tipo de pudor en cualquier ocasión en que creían no ser vistos.

Lo que Ordoño no se imaginaba era que en la refriega de Viseo su padre también había sido herido. Él y su familia se enteraron cuando, a la semana siguiente, llegaron las tropas a León. Su padre llegó herido de muerte, y aunque los galenos estuvieron haciendo todo lo posible por curarlo, una de las dos heridas de flecha le había dañado y perforado un pulmón y le provocó una hemorragia interna que le causó la muerte al día siguiente de la llegada.

Estos hechos consiguieron que se fortaleciera mucho más la relación entre Vermudo y Ordoño. Este tampoco tenía una relación fácil con su madre, porque cuando llegó doña Urraca a la corte de León y la conoció, le concedió el privilegio de ser una de sus damas de confianza.

Esta relación a Ordoño no le gustaba, pues consideraba que podía ser utilizada por doña Urraca, a la que consideraba una posible usurpadora: estaba seguro de que esta era un títere al servicio de su hermano, el rey Sancho III de Navarra, un rey con unas ansias de poder ilimitadas. Ordoño creía con firmeza que el monarca ambicionaba convertirse en el emperador del reino de León.

Ordoño, en esos momentos de tristeza y amargura, se dio cuenta de que parte del presagio que le habían hecho, y al que no había prestado en parte mucha atención ni últimamente había recordado, en esos momentos se estaba cumpliendo.

Entristecido y desolado, empezó a recordar.

Todo empezó un verano de hacía tres años, cuando viajó con una expedición de diez caballeros del reino. Su padre iba al frente de ella y llevaba el mandato del rey Alfonso V de supervisar y evaluar los trabajos de reconstrucción que tenían que realizar en los pueblos, aldeas, caminos y tierras comprendidas entre Astorga y La Rúa. Habían sido tales los destrozos que sufrió la zona en las razias de Almanzor hacía treinta años que aún había que seguir afianzando las defensas y las calzadas para poder transitar por los caminos del reino. Además, también tendrían que asegurar las fidelidades de los señores feudales hacia su rey, pues Alfonso V había creado una estructura basada en el establecimiento de leyes, disciplina y normativas que aglutinaba a toda la nobleza y señores feudales en torno al imperio leonés para que este fuera un reino más fuerte y pudiera seguir con la Reconquista hasta la expulsión definitiva de los árabes.

Aun así, las alianzas, las intrigas y rebeliones en algunos momentos convulsos seguían produciéndose.

La primera parada fue Astorga, una de las ciudades importantes del reino.

Hacía muchos años, en la guerra que mantuvo Roma con los cántabros, fue allí donde se estableció el campamento romano de la Legión X Gemina. Después, una vez pacificados, el asentamiento pasó a ser un centro civil dentro de la provincia tarraconense. Cuando Vespasiano llegó a emperador, la ciudad asumió gran importancia como capital del Conventus Iuridicus Asturum o Conventus Asturicensis, pues era donde los romanos depositaban todo el oro extraído de las minas de Las Médulas. Además, la ciudad era el punto de partida en el norte de la vía de la Plata, que terminaba en Emérita Augusta, capital de la provincia Lusitania, en el sur.

A Ordoño esta ciudad le encantaba, pues era un lugar que invitaba al esparcimiento, donde podía escapar de la vida rígida que había en la corte de León. Recorría con sus compañeros las impresionantes murallas construidas encima de las primitivas romanas, levantadas por la Legión X. También tenía la oportunidad de conocer gente nueva cuando frecuentaban los mesones o las posadas para tomar alguna cántara de vino. Era una ciudad bulliciosa que rezumaba vida. Además, siempre podía tener la ocasión de algún romance con alguna muchacha del lugar, o encontrar a alguien que le pudiera contar alguna historia antigua que había oído sobre un lugar lleno de cuevas, que decían que era mágico y espiritual, de donde los romanos habían extraído hacía siglos infinidad de oro que después se llevaban a Roma. Algunos se aventuraban a decir que en el lugar todavía podrían existir vetas o pepitas ocultas.

Cuando terminaron los trabajos encomendados en Astorga siguieron camino hasta la parroquia de A Rúa, en Valdeorras. Ordoño, intrigado con las historias que le habían contado y después de realizar durante varios días los trabajos que le encomendó su padre, le pidió permiso para visitar ese fantástico lugar de donde los romanos habían extraído ingentes cantidades de oro. Su padre debía seguir en el pueblo unos días más, resolviendo asuntos, y, aunque a regañadientes, le dio permiso para ir.

Capítulo 22: Las Médulas y Plinio el Viejo

Ordoño se despertó antes del amanecer. Después de pasar un rato estirándose entre las sábanas se levantó, se lavó en una jofaina que tenía en la habitación, desayunó unas gachas, colocó en unas alforjas comida y una botija de vino y montó en su corcel, negro como la noche.

En esos momentos ya despuntaba el alba. Se despidió de su padre prometiéndole que a más tardar volvería al día siguiente, arreó el caballo, salió de la aldea y puso rumbo hacia Las Médulas.

Ordoño sabía que era imposible, aunque quisiera, hacer el recorrido en un día, pues desde La Rúa hasta Las Médulas había ocho leguas y algunos de los tramos tenían pendientes importantes. A él no le gustaba forzar al caballo si no era necesario. Su padre le había regalado al animal cuando cumplió los catorce años, y se había convertido en una de sus posesiones más importantes y queridas. El caballo era su fiel amigo. Cuando iba trotando o galopando tranquilamente sin tensión, le parecía que formaban un solo cuerpo. La armonía era absoluta, casi no tenía que realizar ninguna presión con las piernas sobre su vientre ni ninguna tensión con las riendas sobre el bocado para que el caballo supiera lo que quería. Por eso estaba convencido de que, si todo iba bien, estaría de vuelta al día siguiente al anochecer.

Saliendo de La Rúa cogió la margen derecha del río Sil e inició la subida por el valle hacia El Barco de Valdeorras. Antes de llegar, cruzó a la margen izquierda a la altura de Arnado e hizo una pequeña parada en la ermita románica de San Clemente de Arnado, donde oró unos minutos, pidiendo que el viaje se desarrollara sin ningún percance.

Después inició un trote ligero. Así entró en El Barco, situado a los pies de la sierra de Eixo. Las casas de la aldea estaban situadas a la derecha e izquierda de la antigua calzada romana que une Astorga con Braga, la Via Nova. Al salir de El Barco, una de las cosas que más lo impresionó fue el puente construido por los romanos sobre el río Galis, afluente del Sil, en el pequeño valle de Entoma. Después siguió su camino por el valle y, terminado este, se adentró río arriba entre montañas hasta Puente de Domingo Flórez, lugar donde antiguamente estuvo situada la *civitas* romana Metola Asturum. Allí el Sil hace un fuerte recodo de más de noventa grados, formando un meandro. Aguas arriba hay una isla que hace que la corriente del río en ese lugar sea más apacible.

Cerca de la orilla se divisaba una pequeña aldea. Ordoño vio desde el caballo que entre el camino y el meandro había una pequeña pradera sombreada donde podrían descansar. Abrevaría al caballo, tomaría un bocado y, como era verano y la temperatura apretaba, podía también refrescarse en el río, pues ya era media mañana y llevaba más de tres cuartos del camino recorridos. Salió del camino que bordeaba el río, dejó el bosque de hayas y robles y se dirigió hacia

la izquierda, donde se encontraba la pradera junto al río. Cuando llegó, vio que era perfecta para realizar la parada.

Descabalgó, desensilló al caballo y lo llevó a la orilla para que bebiera. Después lo ató al tronco del árbol más próximo, dejándole las riendas con holgura suficiente para que pudiera pastar. Se dio cuenta de que el camino le había abierto el apetito, así que dicho y hecho. Se sentó, abrió una de las alforjas, sacó un trozo de queso y un pedazo de hogaza y en menos que canta un gallo lo engulló.

Cuando acabó, se tumbó a descansar un rato, pero al instante oyó voces y risas. Se incorporó y vio que donde acababa el recodo que formaba el río había otro pequeño meandro, formado por un afluente que desembocaba en el Sil. El jolgorio lo producían tres chicas jóvenes y un chaval. Ellas estaban lavando ropa y tendiéndola sobre un cañizo de juncos verdes y pardos de la orilla. El muchacho, en calzones, estaba chapoteando con los pies en el agua. Estuvo un rato observándolos sin que ellos lo vieran, hasta que de repente el caballo relinchó. Ellos miraron hacia donde él se encontraba, aunque rápidamente, entre risas, ellas siguieron con su tarea y el chico jugando con el agua en la orilla.

Ordoño se levantó, ensilló al caballo y se acercó hacia donde estaban, pues quería preguntar a las jóvenes cuál era la mejor ruta para seguir hasta Las Médulas. Le habían dicho que había dos caminos. Uno era seguir por el Sil río arriba hasta el lago de Carucedo, para desde allí desviarse a la derecha y subir montaña arriba hasta Las Médulas; esta era una ruta más suave. El otro suponía, desde ese mismo lugar donde se encontraba, coger el camino de la derecha, subir hasta la cresta de la montaña y desde allí, cresteando y bajando suavemente, recorrer Las Médulas; esta distancia era más corta pero más dura al tener una pendiente más pronunciada.

Ellas, desde que lo vieron ensillar, coger las riendas, subir al caballo y caminar por la orilla hacia donde se encontraban, no apartaron los ojos del caballero y su montura. Dudaban entre recoger las ropas aún sin secar y correr a su pequeña aldea, pues al ser un extraño les preocupaban las intenciones que pudiera tener, pero les pudo más la curiosidad y siguieron como si no pasara nada.

Ordoño, según iba llegando a donde se encontraban, pensaba que tenía que tratar de que no se asustaran, pues hasta que les hablara no sabrían cuáles eran sus intenciones. En tiempos revueltos siempre había desmanes, estos casi siempre se infligían a los más débiles.

Enseguida llegó cerca de donde estaban. Amarró las riendas del caballo a los juncos más próximos y, según andaba hacia ellos, saludó con una sonrisa y empezó a contarles el motivo que lo llevaba a pasar por ese lugar: estaba interesado en conocer y ver las cuevas de las minas romanas, pues en la corte de León le habían contado maravillas de ellas.

Los jóvenes sonrieron. Pudieron observarlo con tranquilidad mientras hablaba y comprobaron que se trataba de un caballero joven, apuesto, con un tono de voz encantador y finos modales. El chaval fue el primero en hablar: «Sí, las cuevas son muy bonitas y dicen que todavía hay gente que encuentra oro». Las chicas rieron y dijeron que tenía razón en lo fantásticas que eran las cuevas, pero no en que todavía se encontrara oro.

El mozo, entre risas, siguió insistiendo en que decía la verdad. Añadió además que sabía en qué sitio podían encontrar lascas y alguna pepita, y que si lo dejaban sus padres podía acompañarlo.

Antes de que pudiera seguir diciendo algo más, una de las chicas dijo: «Mocoso, ya les diré yo a los padres las tonterías que dices tratando de confundir al caballero». Él se fijó en la hermana y vio que de las tres jóvenes era la más hermosa. Tenía unos inmensos y bonitos ojos verdes y unos largos cabellos rubios que le caían sobre los hombros hacia la cintura. La camisa blanca abotonada que llevaba dejaba traslucir unos bonitos pechos.

Ordoño les dijo que les agradecería si le indicaban, a partir del lugar donde se encontraban, cuál era el mejor camino a seguir hasta las minas de Las Médulas. La misma joven le indicó que para ella el camino más bonito era seguir un pequeño tramo del río Sil corriente arriba y donde acababa la isla coger a la derecha el cauce del arroyo de Valdebría. Siguiendo el arroyo hacia arriba llegaría al pico Pedrices, y desde allí empezaría a contemplar la maravillosa zona creada por la explotación minera. Por ese camino, por la cresta de la montaña, llegaría a otro pico donde se encuentra una cueva llamada de Reirigo. Desde ahí, las vistas sobre Las Médulas son fantásticas. Sin abandonar el camino llegaría al pico Orellán, situado en la parte más alta de Las Médulas. Después debía girar a la izquierda y empezar a bajar la montaña: entraría en un submundo de cuevas y galerías que horadaron los romanos para conseguir, dijo, «las riquezas de nuestro reino».

A Ordoño este último comentario le hizo gracia: ¿cómo era posible que una aldeana tuviera ese sentimiento de reino y de propiedad? Además, la explicación de la ruta le pareció extensísima y de un gran contenido paisajístico. Como remate, terminó asegurándole que ese era un camino más duro, aunque mucho más bonito, y que con ese caballo tan fuerte y precioso que tenía llegaría a la parte más alta al mediodía.

Él le preguntó si en las cuevas vivía o merodeaba alguien. La joven contestó que no; únicamente algún día de fiesta, en verano, al atardecer, subían algunos jóvenes a ver la puesta del sol desde la parte más alta de La Cuevona, aunque también en una de las cuevas, llamada la Encantada, vivía en ocasiones un ermitaño que subía a ella a meditar y a guardar ayuno durante varios días. La gente de la aldea lo tenía por sabio, y se rumoreaba que en algunas ocasiones predecía o adivinaba lo que en el futuro podía ocurrir.

Ordoño estuvo meditando un rato sin hablar, pues esto último le pareció un

aliciente más en su viaje. A él, aunque joven, le entusiasmaba leer sobre predicciones y sobre la vida de estos ascetas. Se preguntaba siempre si eran embaucadores o si realmente adivinaban el futuro.

Ordoño le preguntó si al estar dentro del laberinto de cuevas y galerías se podría perder y no encontrar la cueva Encantada, pues le gustaría hablar con el ermitaño.

La chica le contestó que era fácil perderse, y difícil encontrar la cueva sin conocer bien la montaña.

Ordoño volvió a preguntar si sabían de alguien de la aldea que lo pudiera acompañar y estar la jornada con él. Añadió que le pagaría o recompensaría.

La chica contestó que ella le podía acompañar, pues conocía muy bien la zona, porque le gustaba y disfrutaba recorriéndola. Además, también conocía al ermitaño y sabía que esos días estaba arriba.

El hermano rápidamente dijo: «Sí, vayamos y pidamos permiso a los padres para subir». Ella asintió y se pusieron en marcha hacia la casa, no sin antes intercambiar una pícara mirada con sus amigas.

De camino a la casa, Ordoño les preguntó cómo se llamaban. La muchacha dijo que ella, Mabel, y su hermano, Diego. El chico dijo que la gente le decía el Negro. Ordoño, al fijarse en él, se dio cuenta de que, al contrario que su hermana, era muy moreno; tanto que en realidad el mote le venía como anillo al dedo. Además, se fijó en las facciones y le parecieron completamente diferentes a las de su hermana. Pensó que era muy raro que fueran hermanos de padre y madre.

Cuando llegaron a la casa, estaban solo la madre y otro niño pequeño, que dormitaba en una desvencijada cuna. La madre dijo que su marido estaba río arriba aserrando unos maderos para arreglar el tejado y rehabilitar un pequeño granero.

Él se presentó diciéndole que se llamaba Ordoño, que su familia y él servían en la corte del rey Alfonso V, que por mandato del propio rey se encontraba en la zona de La Rúa con su padre y otros caballeros que supervisaban los trabajos realizados en las obras de las calzadas y de las iglesias de las aldeas y que afianzaban los lazos de fidelidad establecidos con sus nobles. Que había tenido conocimiento de las antiguas minas romanas y, con el permiso de su padre, se había desviado y adentrado en esta zona para recorrerlas, pues su señor el rey, aunque nunca había estado, le había contado historias fantásticas sobre ellas. Así, en el futuro podría atestiguar ente al rey si verdaderamente eran tan maravillosas como le habían dicho. Que no sabía muy bien por dónde seguir hasta las minas y que cuando encontró a sus hijos les pidió que le indicaran el mejor camino o, si era posible, que lo acompañaran, él sabría recompensarlos por servirle de guía.

La madre, mujer de unos treinta y muchos años, intuyó que el joven era de fiar, pues el relato le parecía real. En alguna ocasión se había hablado en la aldea

de que el rey quería visitar y conocer Las Médulas. Además, el joven era amable, agraciado y hablaba muy bien.

Rápidamente se preguntó: «Si dejo que mi hija lo acompañe, ¿qué puede pasar? ¿Que se enamoren?». Era consciente que su hija era joven y hermosa y de que estaba ya en edad casadera. «¿Y en esta aldea qué porvenir le espera? Ninguno».

La madre estuvo durante un rato ensimismada en estos pensamientos, en un silencio sepulcral, que tanto a Ordoño como a la hija les pareció eterno.

Al final dio su consentimiento para que lo acompañara su hija, con la condición de que al caer la tarde tendría que estar de vuelta. Él se comprometió a estar allí de vuelta antes del anochecer. Pensó que, siendo los días más largos en verano y yendo a caballo, aunque subieran despacio, podrían realizar un primer reconocimiento y al día siguiente regresar, aunque fuera solo.

La madre dio a la chica un hatillo con un poco de comida y un pequeño pellejo lleno de agua. El hermano, mientras, había permanecido fuera de la casa con el caballo, que estaba comiendo la hierba que había a su alrededor.

Sin tiempo que perder, subieron a la grupa del caballo y se pusieron en marcha. Siguieron el arroyo de Valdebría y crestearon después por las cimas, Llegaron al mediodía a la cueva de Reirigo. Descabalgaron y entraron en ella. Desde dentro, mirando hacia Las Médulas, Ordoño pudo observar que las vistas que tenía ante sí eran maravillosas, como le había dicho Mabel. Era como si estuviera viendo las montañas asomado desde una ventana. Eran un conjunto de agujas y farallones que apuntaban hacia el cielo y conformaban un paisaje que parecía esculpido de forma natural y no por la mano del hombre.

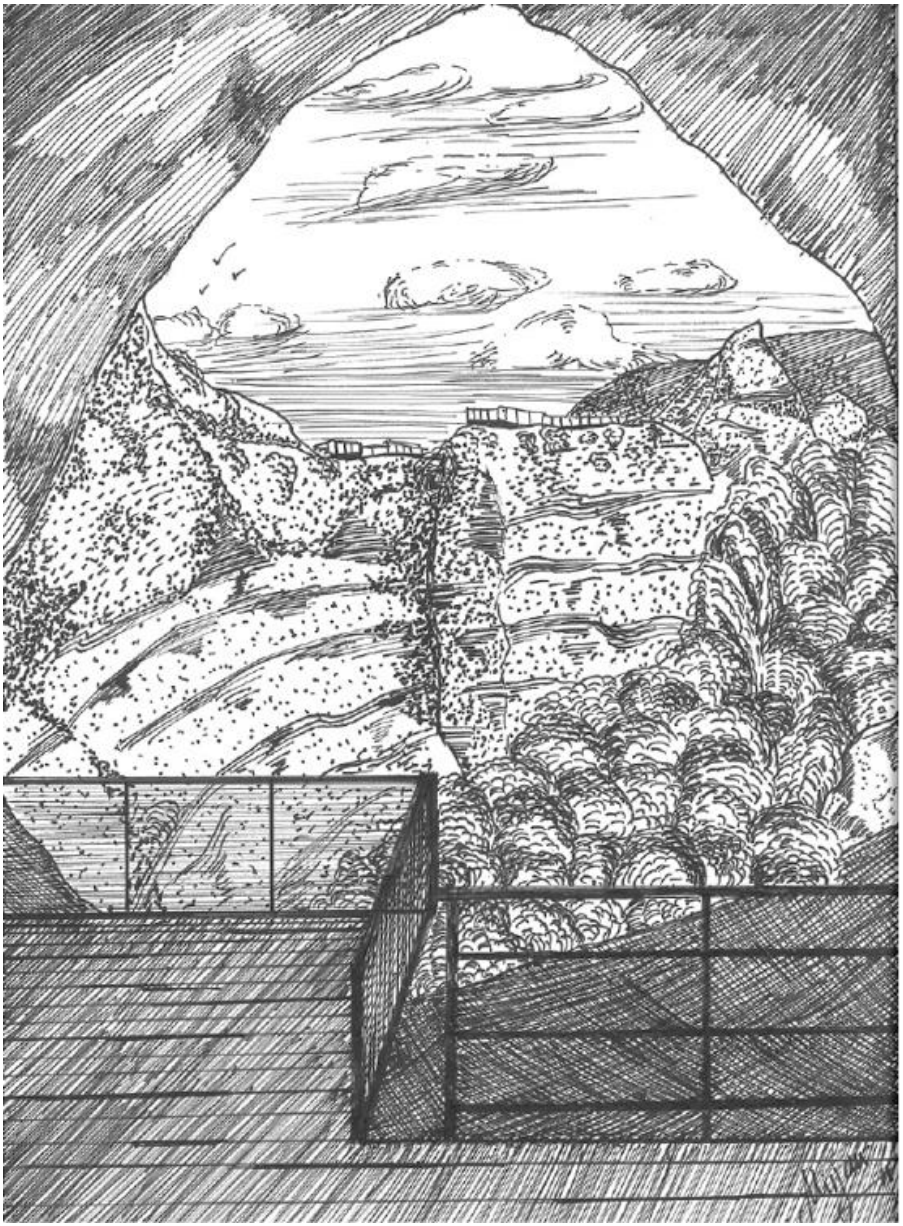
Aprovecharon la parada para almorzar. Él sacó del morral parte de una hogaza de pan, un trozo de lomo adobado, queso y la botija de vino, y ella extrajo del hatillo un trozo de carne seca y chorizo de jabalí. Le contó que los hacía y adobaba su padre; acompañado por otros hombres de la aldea, daban batidas para matarlos, pues estos animales bajaban a las huertas de la orilla del río y las hozaban completamente, se comían las patatas y las zanahorias. Según se lo contaba le dio un trozo de chorizo. Ordoño, después de darle un bocado, sintió que era muy sabroso y con un toque picante. Le dijo que estaba riquísimo. Ella, por su parte, estaba degustando un pedazo de queso que le había ofrecido Ordoño y le devolvió el cumplido.

Mientras almorzaban, Ordoño estuvo fijándose en Mabel. Sus facciones le parecieron esculpidas por los dioses, con una perfección que nunca había visto en ninguna otra joven. Su belleza era tan natural como el paisaje que había estado admirando hacía un momento. Ella lo devolvió a la tierra diciéndole que irían desde allí directamente a la cueva Encantada para ver si estaba el ermitaño o mago. Lo de «mago» lo dijo la madre de Mabel cuando la informaron de que querían aprovechar para verlo. La mujer les advirtió: «Cuidado con el mago,

muchas veces dice cosas sobre el futuro que ve que no a toda la gente le gustan».

Ordoño estuvo de acuerdo. Pensó que, después de verlo, tendrían todavía unas horas más para visitar, a la vuelta, algunas cuevas y galerías.

Recogieron los morrales, subieron al caballo iniciaron una suave subida hasta el pico de Orellán. Si las vistas desde la cueva de Reirigo le parecieron maravillosas, desde este lugar el conjunto de Las Médulas era espectacular. Allí iniciaron el descenso suave de la montaña que los llevaría hasta la cueva Encantada. Delante de ellos de repente cruzó el camino un zorro, lo que hizo que el caballo reculara un poco. La joven, en esos momentos, se asió fuertemente a la cintura de Ordoño.



Cueva de Las Médulas.

Una vez recompuestos, siguió el caballo bajando la cuesta con un trote que, aunque lento, hacía que Mabel se pegara más a él. Ambos sentían que entre sus cuerpos se generaba una energía cálida y grata. A ella no le habían pasado desapercibidas las miradas de admiración que de vez en cuando él, con discreción, le había echado. A Mabel le parecía él un joven bello y apuesto. Ante estos pensamientos sintió que se estaba ruborizando y el calor de ambos cuerpos subió de intensidad. Cuando quiso volver de los pensamientos en los

que se estaba recreando, se dio cuenta de que tenían que desviarse por una trocha a la derecha o se pasarían, por lo que extendió el brazo derecho y le indicó que girara a la derecha del camino. Le dijo que esa trocha los conduciría directamente hacia la cueva Encantada.

Antes de la entrada a la cueva había un paso estrecho con una fuerte pendiente escalonada hacia arriba. Mabel indicó que era mejor descabalgar y seguir andando. Bajaron del caballo, ataron las riendas a un tronco de árbol e iniciaron la subida hasta la plataforma anterior a la entrada de la cueva, donde estaba el ermitaño sentado y en meditación, o eso parecía, porque enseguida se incorporó y los saludó.

El ermitaño era de mediana estatura, delgado pero tieso como un junco. Aparentaba unos cincuenta años. Tenía una larga melena y barba, ambas le caneaban.

Ellos le devolvieron el saludo. Él les reveló que los había visto venir por el camino hacia la cueva y que los estaba esperando.

Ordoño repuso que más bien parecía que estuviera meditando, a lo que el hombre contestó que sí, que meditaba y que pedía a Nuestro Señor que el encuentro fuera beneficioso para todos, pues tenía que revelarles cosas importantes que vivirían y que tendrían que contar a otras generaciones.

Los jóvenes, después de presentarse diciéndole sus nombres, tomaron asiento alrededor del ermitaño frente a la entrada a la cueva. El ermitaño les dijo que se llamaba Santiago, como el apóstol, y que había sido caballero a las órdenes del obispo Vestruario de Santiago de Compostela, al que había abandonado hacía dos años por voluntad propia, pues había tenido ciertas discrepancias con otros caballeros y con el propio obispo por el comportamiento depravado y obsceno de la diócesis con sus súbditos y feligreses. Él mismo se desterró a esos parajes místicos donde podía dedicarse a la oración, meditación y contemplación, lo que, unido al ayuno, le había abierto la mente y el alma. Les confesó también que había momentos en que, estando en meditación, lograba ver cosas que les ocurrirían a algunas personas en el futuro.

Esto a Ordoño lo intrigó, y le preguntó si con ellos había sentido esa percepción. Él contestó que sí. Afirmó que antes de que fueran hacia la cueva montados en el caballo ya había tenido una revelación, pues durante esa noche había estado soñando con ciertos hechos que ahora estaba convencido que se convertirían en realidad. Advirtió: «Dentro de la visión que he tenido os diré que hay cosas agradables y otras que causarán tragedias y sufrimientos. La vida, por suerte o por desgracia, es así y no se puede cambiar. El destino de las personas está marcado desde nuestro nacimiento, como el del universo».

Ordoño no salía de su asombro. Amablemente quiso saber si les podía contar la revelación que había tenido durante su sueño y qué punto de conexión podía existir con ellos, pues solo habían subido a conocer las cuevas y galerías. El ermitaño contestó con una pregunta: «¿Y por qué, desde la cueva de

Reirigo, habéis venido directamente a esta gruta donde habito, en lugar de ir a ver el resto de las galerías horadadas por los romanos, que era lo que venías buscando?». Ordoño, ante esta respuesta, se quedó asombrado. Con rapidez, Mabel contestó que ella había sido la que le había hablado de su existencia dentro de estas montañas. El hombre repuso: «Hija, has hecho bien. Tú eres el punto de conexión de lo que os voy a contar».

Y empezó a referirles la revelación que había tenido.

«Mi sueño empezaba con una bella joven de la aldea, de cabellos rubios, como tú, hablando con un caballero de buen porte y noble, como él. Después los dos, sobre un precioso caballo negro, subíais hacia la cueva donde nos encontramos. Intuí en el sueño que sois almas gemelas, estáis hechos el uno para el otro, y la buena noticia es que, ya antes de llegar aquí, os habéis enamorado irremediablemente. Seréis felices, os casaréis y tendréis hijos.

»Sin embargo, en la vida siempre, y más en estos tiempos convulsos, hay sombras negras, como nubarrones que descargarán en fuertes tormentas. Sobre todo para ti, Ordoño. Tú vivirás muy de cerca infinidad de intrigas, batallas, muertes de nobles y de seres queridos. En el plazo de diez años morirán dos reyes a los que tú y tú familia servís, y de una de esas muertes violentas tú serás testigo directo.

»Estos hechos acabarán con el reino de León por la vía paterna y se impondrá un rey impostor. Después durante muchos siglos se forjará un reino mucho más fuerte, nacido en el inicio por la vía materna. Al final, este reino, guiado por una gran soberana, expulsará a los sarracenos de nuestro país».

Mabel preguntó qué quería decir con lo de «vía materna». Él les explicó su opinión sobre las incongruencias se dan en la vida con las trasmisiones genealógicas y hereditarias impuestas por los hombres. Se hablaba siempre de los hijos engendrados por ellos; muy pocas veces, por no decir ninguna, de los hijos de las mujeres. Eso debía ser porque se entendía que las mujeres casadas son propiedad del marido y era imposible que pudieran mantener otras relaciones. Sin embargo, ¿cuántos reyes habrían sido bastardos por parte materna? ¿Era mejor una sociedad matriarcal o patriarcal? ¿Quién marcaba mejor el árbol genealógico o linaje familiar? Desde luego, la naturaleza ha dado exclusivamente a la mujer la potestad del alumbramiento de una nueva vida. ¡Ellas sí marcan el linaje familiar!

Ordoño aprovechó una pausa del ermitaño para preguntarle si todas las profecías que decía se cumplían. Él contestó que algunas sí, otras no y otras en parte sí y en parte no: «Yo cuento lo que se me revela en sueños o meditando, pero es mejor que seáis vosotros los que sigáis vuestro camino, pues el destino, como os he dicho al principio, puede ser que esté ya marcado, y será difícil, por no decir imposible, cambiarlo. Así que recoged estas palabras mías como algo pasajero y no les deis más vueltas ni os obsesionéis con ellas, pues si lo hicierais no viviríais la vida en su máxima plenitud. Sois jóvenes y debéis vivirla

y ser felices juntos, si es que en esa parte de la revelación no me he equivocado».

A continuación, Santiago les preguntó si durante la excursión y las paradas que habían hecho para la observación de la montaña les había gustado lo que veían. Los dos contestaron que sí; es más, Mabel le confesó que ella, al vivir en la aldea, subía en algunas ocasiones y siempre se sorprendía con algo diferente en lo que antes no había reparado. Además, siempre sentía una sensación de paz cuando se sentaba en las zonas altas de la montaña y en completo silencio observaba cómo se elevaban al cielo las agujas y farallones de las minas.

Ordoño le dijo que él nunca hasta ese momento había estado y que se había acercado a conocerlas por las historias fantásticas que había oído sobre ellas, aunque nunca nadie le había contado cómo los romanos realizaban el trabajo de explotación para conseguir sacar el oro de la montaña.

El ermitaño les aseguró que estaría encantado de hacerles una breve descripción de cómo lo extraían, creando, además, unas montañas mágicas y de gran belleza.

El objetivo de los romanos para la explotación era exclusivamente económico, se trataba de extraer todo el oro que guardaban en sus entrañas las montañas para poder mantener su Imperio y el nivel de vida de sus patricios, aun a costa de la muerte de infinidad de personas en la explotación minera.

Los romanos empezaron la explotación minera en el año 20 a. C. Era emperador en esa época Octavio Augusto, sobrino de Julio Cesar.

Santiago comenzó: «La historia que os voy a contar sobre la forma de trabajar para la extracción del oro me fue narrada por personas que tuvieron acceso a los relatos de Plinio el Viejo, un erudito y estudioso de la naturaleza y un gran escritor que dedicó buena parte de su vida a elaborar una de las enciclopedias más importantes y voluminosas sobre ciencias naturales. Es un referente sobre los fenómenos naturales, etnográficos y geográficos.

»Plinio llegó a la Hispania Tarraconense siendo emperador Vespasiano. Contaba alrededor de cincuenta años. Lo había enviado directamente el emperador como *legatus* y supervisor de la administración de las minas. Plinio aprovecharía también este mandato para elaborar un tratado sobre el trabajo de explotación y extracción de oro en las minas, más concretamente en Las Médulas.

»Según el relato de Plinio, en ellas trabajaron obligados por el Imperio cincuenta mil personas, entre esclavos y nativos, en condiciones penosas. Esta mina era la mayor a cielo abierto que tuvieron los romanos en todo su Imperio. Conseguían, según Plinio, veinte mil libras de oro al año. La mina estuvo en explotación unos dos siglos».

El ermitaño hizo una pausa y les dijo que, si eso era cierto, el valor de lo que consiguieron los romanos en estas montañas durante tantos años se escapaba del límite del pensamiento.

«El sistema utilizado para la extracción era llamado *arruguia*. Consiste en recoger en embalses el agua del río Cabo, que proviene del deshielo de la nieve del monte Teleno, a dos mil metros de altitud. Se hizo mediante la construcción de una red de siete canales que bordeaban la montaña para llevar esa agua hacia los estanques. Los canales se realizaron en la parte superior de Las Médulas, se estima que su longitud fue superior a los trescientos kilómetros. Los canales contaban con compuertas para la regulación del caudal. La montaña se fue horadando cuidadosamente con una red de galerías en vertical y horizontal en pendiente, para después, desde los embalses, soltar ingentes cantidades de agua que a través de los canales inundaban la red de galerías. La fuerza y presión del agua y del aire provocaba *ruina montium*, derrumbes de las galerías.

»Después, la tierra era arrastrada por el agua, a través de canalizaciones de madera, hacia la parte inferior de la montaña. En estas canalizaciones se colocaban trasversalmente ramaje de brezo o similar a modo de esclusa o filtro donde se iba depositando el oro.

»Los cantos y piedras, llamados *murias*, se separaban y amontonaban entre las canalizaciones. Los aluviones de arena extraída y agua que bajaban de la montaña, después de ser lavados y bateados para conseguir el oro, se fueron depositando en el valle formando taludes y lagunas como el lago Carucedo.

»Esta forma de extracción usada por los romanos está documentada en los escritos de Plinio el Viejo, recogidos en su maravillosa enciclopedia. Este sistema es lo que contribuyó a que estas montañas se convirtieran en esculturas gigantes esculpida por la mano del hombre, difíciles de encontrar en cualquier otro lugar. Unos paisajes que causan admiración desde cualquier lugar que los observes».

Santiago siguió diciendo: «Estoy seguro de que nunca los romanos pensaron que por azar conseguirían crear este paisaje sublime, donde se mezclan grandes cuevas con largas galerías y un inmenso bosque natural. Tampoco creo que se les ocurriera que en el futuro esta infinidad de galerías y rutas serían recorridas por las personas, para admirarlas por su belleza y no por el oro que ofrecían.

»Plinio murió en Italia a los pocos años de su vuelta de Hispania, cuando sobre el terreno quiso estudiar la erupción del Vesubio que sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano».

El eremita paró un instante. Contempló los rostros de su joven auditorio y prosiguió: «Pero, como os adelanté antes, todas estas montañas encierran grandes tragedias: infinidad de muertes durante la explotación, por las condiciones inhumanas en las que se realizaban los trabajos, y otras muchas debidas a la codicia por conseguir oro de forma furtiva, bien durante el desempeño del trabajo en la mina o bien en el transporte posterior a Roma.

»Una de esas tragedias me la refirió un peregrino que vino desde Roma a Santiago de Compostela para postrarse sobre la tumba y las reliquias de

Santiago. Este peregrino era descendiente de una de las familias de patricios más importantes de Roma. Guardaban un relato de Plinio sobre su viaje a Hispania y sobre la trama de desaparición de oro en la que estuvieron envueltas un sinfín de personas: supervisores romanos que trabajaban en de las minas, el alcaide de Astorga y su hija, centuriones y legionarios, la doña y las chicas de un lupanar de Astorga y distintos artesanos que realizaban trabajos en la mina.

»Pero como la historia es larga, la tarde está empezando a caer y tenéis que volver a la aldea, creo que lo mejor es que dejemos el relato para otro momento. Y si no volvemos a vernos, pensad, con estos ingredientes, la cantidad de historias que pueden haber ocurrido en este lugar. A buen seguro que serán magníficas, posiblemente mejores que como ocurrieron en la realidad. Yo tengo la necesidad de encontrar un momento de paz en mi interior para poder dedicarme a escribir esta historia y evitar así que se pierda en el tiempo».

Ordoño le contestó que le hubiera gustado disponer de más tiempo para oír la historia, aunque también era cierto que tendría que imaginársela, pues él tenía que partir a León y posiblemente sus tareas en la corte no le permitirían volver a esa zona, pero si regresaba, lo buscaría. Mabel prometió que ella sí que subiría en otra ocasión desde la aldea con algunas amigas para que les contara la historia. El ermitaño le contestó: «Creo que a ti, Mabel, tampoco te volveré a ver. La historia os la tendréis que imaginar juntos».

Ellos se miraron sonriendo, le agradecieron todo lo que les había contado e iniciaron el descenso de Las Médulas hacia el valle del Sil.

Pasaron por La Cuevona y siguieron por las galerías de la mina horadadas en las montañas. Entrada ya la tarde se encontraban a los pies de Las Médulas y echaron la vista atrás para contemplar el paisaje una vez más.

Mabel le susurró al oído que iban a ir hacia la aldea por un camino más largo pero más suave que los llevaría hasta el lago de Carucedo, otro de los sitios artificiales creados por el hombre según el relato del ermitaño. Allí, en su orilla, podían hacer una parada para refrescarse y merendar. Después bajarían aguas abajo el río Sil por la izquierda para llegar antes del anochecer a la aldea.

Cuando llegaron al lago, Mabel eligió un sitio que conocía. Era una pradera sombreada, en la orilla había un pequeño arenal donde las aguas batían suavemente. Desmontaron, desensillaron al caballo, sacaron las viandas y estuvieron comiendo, bebiendo y hablando de cosas banales.

Mientras conversaban, Ordoño estuvo pensando en lo que dijo el ermitaño de que estaban hechos el uno para el otro. Era cierto que él sentía una gran atracción y que en tan pocas horas se había enamorado totalmente de ella, pues, aparte de su belleza natural, durante la conversación con el ermitaño había observado la atención con que lo escuchaba y la calma que trasmitía su rostro ante las cosas que les estaba contando, así como la precisión de sus preguntas.

Él, como caballero y entrenador de armas del príncipe Vermudo, estaba acostumbrado a las luchas por defender el reino y sabía que la posibilidad de morir formaba parte de su vida, por eso no dio mayor importancia al resto de la revelación. Lo único importante era saber si ella sentía lo mismo por él. Por eso, cuando terminaron de merendar, le pidió su opinión sobre lo que había dicho el ermitaño. Mabel, como buena gallega, repuso que debía ser él el primero en opinar, pues a ella solo la primera predicción que hizo el ermitaño le podía incumbir. El resto, aunque muy importante, tenía más que ver con servicios al reino, en los que él estaba más implicado.

Ordoño entendió que, aunque algo más joven que él, el razonamiento de ella había sido tremendamente preciso, y reafirmó sobre la buena impresión que había tenido de la muchacha. A continuación, le dijo que para él lo importante era lo que ella pensara sobre lo primero que había predicho el ermitaño, pues, aunque se habían conocido hacía pocas horas, él ya se había enamorado de ella. Con una sonrisa, le preguntó si ella sentía lo mismo hacia él.

Mabel le respondió que sí, haciendose visible el sonrojo en sus mejillas. Él apartó sus cabellos echándolos hacia la espalda, atrajo la cabeza de ella hacia su cara y se besaron tierna y profundamente. Enseguida se desató en sus cuerpos jóvenes un raudal de sensaciones placenteras. Él pasó a besar su cuello y echó el cuerpo de ella hacia atrás, apoyándolo con suavidad sobre la hierba. Después, despacio, empezó a desabotonar su camisola y hundió su cara entre sus turgentes pechos. Ella, a la vez, con suma delicadeza le empezó a acariciar la cabeza metiéndole los dedos entre los cabellos. Después de un rato descubriendo y acariciando sus cuerpos con juegos y carantoñas, ella le susurró: «Creo que debemos recoger e irnos, pues no quiero que mis padres se enfaden si llegamos tarde». Él asintió, ensilló el caballo y partieron hacia la aldea.

Durante el camino, ambos, sin decir nada, estaban pensando en lo mismo: en cómo, en el trascurso de pocas horas, se habían conocido, se habían enamorado y les habían revelado que serían felices.

Mabel rompió el silencio para preguntarle si pensaba seguir camino a La Rúa después de dejarla en la aldea. Él respondió que se iría al día siguiente, pues era ya tarde para seguir. Así podrían descansar tanto el caballo como él, y además, lo más importante, quería hablar con sus padres.

En ese momento, ella sintió que el corazón la latía más rápido, pues suponía que quería hablar con ellos sobre sus intenciones hacia ella. Esto llenó su corazón de una alegría inmensa. Aun suponiéndolo, le preguntó: «¿Por qué quieres hablar con mis padres?». Entonces él, con gran solemnidad, paró el caballo, echó pie a tierra, extendió los brazos para bajarla de la montura y, una vez la tuvo en pie junto a él, hincó una rodilla en el suelo y, sin soltar su mano, con gran solemnidad le comunicó que, si estaba de acuerdo, pediría a sus padres que consintieran su relación.

Ella en esos momentos no cabía en sí de gozo. Lo ayudó a levantarse, le echó los brazos al cuello y lo besó apasionadamente, se apartaron del camino y se adentraron en la alameda de la orilla del río. Siguieron besándose y jurándose amor eterno. Después, durante un corto trayecto, anduvieron entre el camino y la orilla del río y hablaron de la forma de contárselo a sus padres.

Volvieron, subieron al caballo y, con un sentimiento de plena satisfacción, el muchacho lo espoleó y lo puso al galope. Cuando entraban en la aldea ya empezaba a anochecer.

Cuando entraron en la casa estaba toda la familia, el padre saludó a Ordoño con una leve inclinación. Él, observando el lenguaje corporal de la madre, se dio cuenta de que ella ya había puesto al corriente a su marido sobre quién era él y por qué se encontraba en la aldea.

El padre quiso saber qué le habían parecido las antiguas minas romanas. Él contestó que le había parecido una obra de ingeniería gigantesca para aquellos tiempos. El padre asintió con la cabeza y añadió que esa obra había sido posible gracias a la gran cantidad de esclavos que habían trabajado en ellas, aunque desgraciadamente habían muerto muchos de ellos enterrados por los aluviones de tierras desprendidas. Añadió: «Aun así, es una pena que no quede ningún resto de oro para extraerlo y poder vivir mejor». Después, siguió relatando historias antiguas del trabajo en las minas y los poderes magnéticos que ejercían las cuevas y galerías sobre las personas, hasta el punto de que se comentaba que si el ermitaño entraba caminando despacio por una parte de una de las galerías y salía por la otra parte, tenía durante el recorrido revelaciones sobre el futuro más inmediato.

Ellos aprovecharon para decir que lo habían visto, que habían hablado con él y que los asombró diciéndoles que los estaba esperando, pues por la noche había tenido una visión del encuentro. La madre intervino: «Os lo advertí, en ocasiones acierta y otras no. No sé si vais a contar lo que os dijo, pero espero que sea bueno». Los jóvenes se miraron sonrieron y dijeron los dos a lo unísono que sí.

Ordoño aprovechó la ocasión para decirles que el motivo de que hubiera pasado a la casa era agradecerles que hubieran dejado a su hija acompañarlo y ejercer de guía por la zona, que ella había sido una guía fantástica y que lo había llevado a lugares donde las vistas eran espectaculares. Añadió que, durante el recorrido, al pasar por la cueva Encantada, vieron al ermitaño y este les había augurado que juntos serían felices. Les narró cómo después, durante el resto del día, los dos se dieron cuenta de que estaban enamorados, y declaró que quería pedirles que consintieran la relación.

Los padres se miraron y los miraron. Se dieron cuenta rápidamente, sin preguntar, de que su hija estaba radiante de felicidad.

El comentario que hizo la madre fue: «Creo que sois muy jóvenes, puede que esto que os ha ocurrido sea pasajero».

Ordoño contestó que, aunque joven, siempre había sabido que cuando se enamorara lo sabría inmediatamente, y que, al igual que en otras cosas su intuición nunca le fallaba, en este caso tampoco le iba a fallar. Añadió que, además de comentarlo con ellos, él al día siguiente, cuando volviera a La Rúa, pediría permiso a su padre no solo para que aceptase la relación, sino para, a su regreso a la corte de León, pasar antes por la aldea y pedirles la mano de su hija.

Hubo un silencio absoluto durante unos segundos, hasta que el padre dijo: «Creo que esta noche vamos a ser uno más a la mesa, así que cortaré algo de cecina y chorizo de jabalí y cogeré algo del vino que tenemos para los momentos especiales».

El Negro estaba absorto escuchando la conversación. Cuando acabaron, dijo pícaramente: «Entonces va a haber boda, porque eso sí que me va a gustar, y me dejarás montar al caballo». Ellos se rieron y la madre bromeó: «Antes ocúpate de ver si cabe el caballo en la cuadra donde está el burro».

A Ordoño la cena le resultó muy agradable. Le pareció una familia de clase humilde, sencilla, modesta y bondadosa. En la corte y en los ambientes en los que él se movía había de todo, pero predominaban los ambiciosos y arrogantes, algunos de ellos faltos de escrúpulos, pues trataban de conseguir lo que querían sin importarles por qué medios.

Después de la cena, salieron a la puerta de la casa a tomar el fresco. Como suele ocurrir cuando las personas se acaban de conocer, las conversaciones derivaron en ofrecer detalles de las familias de cada uno.

Ordoño enseguida los puso al corriente de que todos en su familia, desde hacía muchas generaciones, habían servido como caballeros y damas a los reyes en la corte de León. Los campesinos le comentaron que su vida había sido y era en la actualidad difícil, que antes de llegar a esas tierras habían estado viviendo en una parroquia cercana al sepulcro de Santiago, en Compostela, pero que debido a una de las razias de los árabes tuvieron que huir, pues les quemaron la choza y los humillaron y vejaron. En su huida hacia el sureste llegaron a esta zona del Sil.

El señor de esas tierras les cedió ese terreno cerca del río para que pudieran hacerse la casa y poder cultivar hortalizas. A cambio, el padre trabajaría ayudando en tareas de construcción y mantenimiento de la hacienda y como leñador. Al poco tiempo de llegar tuvieron a Diego.

Ordoño intuyó que cuando el padre se refería a «humillados y vejados» quería decir que Diego nació al ser su madre víctima de una violación. Lo inaudito, y lo que no se atrevió a preguntar, era como habían sobrevivido y podido huir, cuando era sabido que normalmente en esos saqueos y actos vandálicos no dejaban a nadie con vida.

Al estar la casa cerca del río, y aunque era una noche de verano espléndida, empezaba a refrescar, por lo que la madre dijo que ya debían entrar a dormir.

La casa contaba con cuatro pequeñas estancias. En comparación con lo que otras familias de la zona tenían, era lujosa. Contaban con cocina, un cuarto de estar y dos habitaciones: en una dormían los padres y los dos chicos pequeños y en la otra Mabel. Los padres le dijeron que habían pensado que lo mejor era que él durmiera en la habitación de Mabel y su hija en la habitación de ellos. Él se opuso, diciendo que un caballero y soldado siempre va preparado, y que, previendo que tendría que dormir a la intemperie, había traído en las alforjas del caballo una manta y un capote y que podría pasar la noche en el suelo de la sala.

A la mañana siguiente se levantó temprano, recogió su manta y su capote y fue a la cuadra anexa a la casa. Cuando estaba ensillando el caballo apareció Mabel. En ese momento Ordoño creyó estar ante una aparición, pues su rostro era puro nácar e irradiaba felicidad. Se abrazaron y besaron con avidez y desenfreno, pues sabían que había llegado el momento de partir y ninguno de los dos quería estar lejos del otro. Se juraron amor eterno y salieron con el caballo ensillado y ataron las riendas en el tronco de la parra que tenían a la entrada de la casa. Cuando entraron en ella los demás ya se habían levantado y la madre preparaba el desayuno de gachas calientes. A media mañana el joven se despidió, diciéndoles que antes de quince días volvería con su padre.

Cuando ya anochecía llegó a La Rúa. Le contó a su padre cómo había sido el viaje y que la zona era espectacular; que al atardecer, cuando los rayos de sol dan en las aristas de las agujas de las montañas de Las Médulas, estas parecen talladas en oro; que la montaña estaba llena de pasadizos y cuevas, y que aun siendo esto asombroso, lo más importante y maravilloso del viaje era que se había enamorado perdidamente de una muchacha y que le había jurado amor eterno.

Su padre respondió: «¡Pues sí que te ha cundido el viaje, casi me vienes casado! ¿Quién es la joven y a que familia pertenece?». Él intuía lo que quería saber su padre, y le dijo: «Ni conoces a la familia ni son de origen noble, pero, conociéndote como te conozco y sabiendo los valores que siempre me has inculcado, seguro que te gustarán. A la vuelta tendrás la oportunidad de conocerlos y pedirles para mí la mano de su hija. Esto, padre, será una de las mejores cosas que me puedas regalar».

El padre le dijo que siendo de familia noble y con la buena formación recibida, siempre había pensado que su futura mujer sería de la alta nobleza. Ordoño argumentó que siempre que habían hablado sobre el particular, le decía que lo importante era encontrar a alguien con quien ser feliz, y que él sabía que con esa joven lo iba a ser. El padre transigió: «Sea. Si es lo que tú deseas, no me opondré».

Esa noche, cuando se fue a la cama, aunque estaba muy cansado no podía conciliar el sueño. No paraba su cerebro de dar vueltas sobre las visiones que había tenido el ermitaño, sobre las cosas buenas que le ocurrirían, como el

amor entre Mabel y él, y sobre las malas. ¿Sería verdad que vería morir a dos reyes? También le intrigaba todo lo que les había contado relativo a las minas y los romanos. ¿Y qué hechos trágicos ocurrieron durante la explotación por parte de los romanos? ¿Cuál sería el relato que le habían contado al ermitaño sobre Plinio? Además, nunca hasta ese momento había oído hablar del tal Plinio, y, según parecía, había sido un hombre muy importante para el Imperio. Había leído y estudiado sobre los romanos, pero siempre lo relativo a sus grandes batallas en tierra y en mar. Pensó que además tendría que estudiar sobre grandes hombres y hechos ocurridos en la antigüedad.

Ordoño sintió que el sopor se apoderaba de su cuerpo. Antes de caer dormido, siguió pensando en Plinio. Soñó con su historia.

⋆

Me encuentro a bordo de un trirreme en el puerto de Ostia. Desde la cubierta observo cómo los estibadores desarrollan una gran actividad cargando canastas y grandes vasijas con alimentos y ánforas llenas de agua y vinos; estas provisiones servirán para alimentarnos durante la travesía. También cargan infinidad de enseres y otros productos para comerciar en destino.

El nuevo destino al que me envía mi emperador Vespasiano se encuentra en una de las provincias más occidentales del Imperio. Algunos senadores amigos y parte de mi familia me cuentan que Hispania se ha convertido en una de las provincias más prósperas desde que dos siglos atrás, en tiempos de la República, Publio Cornelio Escipión el Africano se la arrebatara a los cartagineses.

Años después, cuando Aníbal puso cerco a Roma, Escipión, al frente de sus legiones, en lugar de acudir en su auxilio, partiría con ellas desde Sicilia a África, desembarcó en sus costas y puso cerco a la capital de Cartago. Con esa maniobra consiguió que Aníbal abandonara su cerco a Roma y se dirigiera a Zama, produciéndose una de las batallas más épicas de la historia, donde Escipión infligió una gran derrota a Aníbal, acabando así con el dominio cartaginés. A la vez Roma consiguió ser la potencia dominante en todas las orillas del mar interior, al que a partir de ese momento pasamos a llamar Mare Nostrum.

Recuerdo que, durante mi formación militar, las estrategias usadas en las batallas por Escipión eran estudiadas y simuladas continuamente, pues se convirtieron en un referente por su gran eficacia.

Ahora me informa mi fiel centurión Máximo, a mi servicio desde que estuve de campaña en Germania, que está ya próxima la hora de zarpar hacia Tarraco, en Hispania, y que todo mi equipaje está a bordo y colocado en el camarote que me han habilitado para la travesía.

Dirijo mi mano a la abertura de la túnica y extraigo de mi faltriquera la pequeña tablilla dada por el emperador en la que me otorga el cargo de procurador en la Hispania Tarraconense. Tengo la misión de realizar la

descripción geográfica y cartográfica de Hispania, la historia de su naturaleza y entorno social. También me encomienda otra tarea, quizá la más importante: supervisar los trabajos de extracción de oro de las minas cercanas al río Sil en Asturica Augusta, más concretamente en la zona de Las Médulas.

Nosotros empezamos la explotación minera en esa zona hace más de dos siglos, siendo emperador el divino Augusto. Esas minas, desde entonces, han reportado todos los años a Roma ingentes cantidades de oro, necesario para mantener la provincia, y una parte importante de ese oro engrosa las arcas del Imperio.

Sigo a Máximo y me dirige al camarote. Allí se encuentran mi criado Lucio y mi criada Aureliana, que están terminando de colocar mis pertenencias. Además de ellos, me acompaña en esta expedición una pequeña escolta de cinco hombres, antiguos legionarios bragados en infinidad de batallas.

Después me acerco a un atril cercano a la cama, donde veo que también han dispuesto pergaminos, papiros, tablillas y *stilus* y *calamus*, estos últimos hechos de las cañas de los juncos procedentes de Egipto. Son utensilios que nunca pueden faltarme, vaya donde vaya, pues son posiblemente la parte más importante de mi vida. Con ellos puedo dar rienda suelta a mi imaginación y dejar constancia de todo lo que veo, realizar mapas del Imperio o escribir cualquier cosa que me llame la atención y sea importante para completar la gran enciclopedia de Ciencias Naturales que me tiene absorto desde hace muchos años.

Después de haber revisado todo, vuelvo a subir a cubierta y me dirijo al puesto de mando para hablar con Cornelio, un viejo amigo y capitán del trirreme, al que conocí en Roma cuando los dos estudiábamos filosofía, retórica, botánica e historia natural bajo la tutela del gran poeta y general Publio Pomponio.

En estos momentos, mi mente se inunda de recuerdos de mi infancia en Como, ciudad donde nací y donde disfrutaba enormemente a la orilla del lago que la baña. Junto a mis amigos, hacía barcos con trozos de madera, después los saltábamos en los arroyos para ver cómo derivaban en zigzag salvando las rocas, para acabar, arroyo y barquichuelo, desembocando en el inmenso lago.

En el lago Como fue donde empecé a dibujar e intuir todos los viajes que el destino me tenía reservados. Allí fue donde nació dentro de mi ser la pasión por la naturaleza y por todo lo que guardaban sus entrañas esperando a ser descubierto.

Había un viaje que realizábamos en barca, por el lago, en verano, para ir a la villa de campo que tiene mi familia. Era la época del año en que la temperatura te invitaba a realizarlo sin grandes sobresaltos, pues en otras estaciones las aguas y la temperatura ambiente eran demasiado gélidas para aventurarse a llegar a la pequeña aldea de pescadores de Bellagio, situada en la punta de una península que divide el lago en dos brazos orientados al sur. Me encantaba, durante la

travesía, subir a la parte alta del pequeño barco. Mirando al frente, me veía en el futuro feliz surcando los mares. Yo estaba ya llamado a ser un servidor de Roma, pues ese sentimiento se respiraba en mi familia: mi padre había pertenecido a la orden ecuestre del Imperio y mi abuelo materno había sido senador en Roma.

Desde la casa de campo que teníamos en la parte alta de Bellagio podía divisar el lago en toda su plenitud, así como las altas montañas de los Alpes que lo rodean. Además, me podía dedicar a curiosear, indagar y estudiar los secretos que guardaba la naturaleza. Siempre estaba inquieto, observando cualquier cosa que me pudiera interesar. Como mi madre decía, tenía el azogue metido en el cuerpo.

Subiendo la escalera hacia el puesto de mando del trirreme, diviso la silueta de Cornelio. Nos saludamos efusivamente y recordamos algunas anécdotas de nuestra adolescencia en Roma, así como los avatares vividos en los distintos destinos donde el Imperio nos ha mandado para servirlo.

A continuación, pasa a darme información sobre el viaje. Prevé que la travesía será plácida, pues los oráculos le han augurado que el tiempo será bueno. Estima que al quinto día estaremos atracando en Tarraco. Haremos dos escalas cortas, una en la isla de Córcega y otra en la isla de Menorca, donde podremos aprovisionarnos de los alimentos frescos que necesitemos. Asimismo, espera no tener ningún sobresalto ni abordaje, pues Roma ha limpiado el mar de los piratas liburnos y sus rápidas embarcaciones.

Acabada nuestra conversación, Cornelio da la orden de partir. Empieza la embarcación, con una lenta cadencia, a salir del puerto. Luego la boga será más rápida, hasta alcanzar la velocidad estimada para, al quinto o sexto día, arribar a Hispania.

He de reconocer que, aunque el trabajo que me ha encomendado el emperador es arduo y peligroso, estoy deseoso de llegar para conocer esa provincia de las que todos hablan maravillas, donde todas las tribus autóctonas fueron doblegadas hace tiempo y las únicas rencillas que hay en la actualidad son internas, debidas al egoísmo, por ostentar más poder o por el dinero.

Esta misión es muy distinta a las que me asignaron cuando era más joven. Pasé doce años en Germania a las órdenes de Corbulon y llegué a ostentar el cargo de comandante de caballería Prefectus Alae. Allí, los combates con algunas tribus rebeldes eran habituales, siempre alguna de ellas estaba dispuesta a sublevarse contra la poderosa Roma. He de reconocer que yo siempre disfruté ejecutando las misiones que me encomendaban, aunque cuando más disfruté fue participando en la realización del proyecto y la obra del canal entre el río Rin y el Mosa.

Mientras, en Tarraco, esa mañana, el gobernador de la Hispania Tarraconense, Quinto Vibio Crispo, acaba de recibir en su residencia un correo imperial en el

que el mismísimo emperador Vespasiano le comunica la próxima llegada de Caius Plinio Secundos como procurador o *legatus* de la Hispania Tarraconense y con dependencia directa del emperador. Los encargos encomendados son de geografía e historia de Hispania. También deberá encargarse de la administración y supervisión de la explotación minera de Las Médulas en Asturica Augusta.

La misiva termina con la orden de que le debía prestar cualquier ayuda que pudiera necesitar.

Quinto intuye que el emperador manda a Plinio porque no le ha parecido creíble el informe que le envió sobre las bajadas anuales de la producción en la extracción de oro. En el informe, Quinto exponía al emperador la razón de esa pérdida de producción: aducía que el que fuera gobernador de la provincia en años anteriores, Servio Sulpicio Galba, había usado grandes cantidades de oro para financiar su campaña contra el emperador Nerón y hacerse con el poder de Roma.

Él es consciente de que en el informe no reflejó toda la verdad, y sabe que, si esto llega a oídos del emperador, su puesto y posiblemente su vida estarán en peligro. Para él fue muy difícil conseguir y mantener el puesto de gobernador, más habiendo sido fiel a su amigo Vitelio en su lucha contra Vespasiano para conseguir ser emperador de Roma, por eso no está dispuesto a perder la vida ni el puesto.

Quinto, aunque le han hablado de Plinio en alguna ocasión como una persona cercana al emperador, desconoce en realidad quién es, pues no han coincidido nunca ni en Roma ni en las provincias del Imperio. Por eso, rápidamente traza un plan que necesitará tener ultimado antes de su llegada. Manda que lleven a su presencia a Casio, su amigo y jefe de la guardia personal.

Cuando Casio llega, le comunica la próxima llegada de Plinio y el correo que ha recibido del emperador. Le ordena que recabe toda la información sobre él y su familia a través de su red de contactos y espías y que lo informe al día siguiente.

Casio se cuadra, saluda y rápidamente sale de la estancia. Se va directo al cuerpo de guardia del palacio. Durante el recorrido, empieza a sospechar que esta llegada les puede causar problemas. Él es consciente de que el viaje puede estar motivado por la desaparición de remesas de oro que se producen desde hace tiempo en el trayecto de Las Médulas a Tarraco. Los ladrones están usando las mismas técnicas que utilizaba Galba para el desvío del oro: manipular a la baja los registros semanales de la extracción y usar el metal para comprar voluntades y potenciar su ejército para derrocar al emperador Nerón. Han dedicado varios meses a descubrir quiénes son los autores y dónde guardan el oro y aún no han conseguido nada.

Quinto manda que le preparen el baño, pues debido al calor y la humedad que hace en Tarraco a principios de verano y la facilidad con la que suda tiene

la necesidad de sumergirse en él varias veces al día. Cruza el *peristylum* y se adentra en la zona de la piscina, donde al instante se acerca su fiel esclava Claudia, que le desata las sandalias y lo despoja de la túnica. Quinto baja los escalones y se baña en sus aguas templadas. Durante el baño sigue pensando en la llegada de Plinio, aunque sabe que ese asunto deberá estudiarlo a partir de las informaciones obtenidas por Casio.

Al salir del baño, la atenta Claudia le hace un leve ademán para que se tumbe en un *triclinium*, pues sabe que a su señor después del baño le encanta que le dé un masaje con aceites olorosos traídos de Oriente. También, en ocasiones, puede demandarle otros servicios que ella atenderá, pues dentro de su trabajo como esclava está satisfacer a su amo.

Sin embargo, Quinto hoy prefiere prescindir de ese servicio. Sabe que lo puede obtener en cualquier momento y ahora debe prepararse para los grandes acontecimientos que tendrán lugar esa noche en el teatro.

Uno de ellos será celebrar el homenaje que le harán los patricios por los servicios con los que ha dotado a la ciudad. Entre ellos destacan la ampliación del foro y del puerto, lo que significará la ampliación del comercio con las ciudades costeras que baña el Mare Nostrum y, por ende, más beneficios para todos, tanto para los jerarcas como para la plebe.

El otro gran acontecimiento será la puesta en escena de la comedia titulada *Pluto*, del griego Aristófanes.

Esa noche, la obra de Aristófanes le deja un sabor agridulce. Por una parte, reconoce que, sin ser él entusiasta del teatro y de las tendencias griegas, más bien al contrario, esta comedia le ha parecido una gran obra, pero su sátira disfrazada de comedia le ha parecido extremadamente peligrosa, pues sibilinamente pone en escena lo peor de los ricos y de las clases dirigentes y las calamidades y las penalidades de los pobres, además de enaltecer el sufrimiento de los esclavos. Próximamente hablará con el edil de juegos y espectáculos y le ordenará que quite esa obra del programa de espectáculos lo antes posible. Él es consciente que la vida en Tarraco es plácida y rezuma prosperidad en comparación con otras provincias fuera de Hispania y hasta con la misma Roma, por eso no es conveniente tentar a la plebe y a los esclavos con estas obras de teatro, aunque su puesta en escena se realice para la distracción y el jolgorio del pueblo.

A la salida del teatro y durante el recorrido a su *domus* junto con su esposa y su séquito, la plebe le honra con aclamaciones, vítores y aplausos. Una vez dentro ordena que todos se retiren, pues después de un día tan intenso quiere descansar. Manda llamar a su esclava Claudia, pues necesita que le dé un masaje relajante antes de conciliar el sueño…, aunque puede que el masaje dure más, todo depende de si las manos de Claudia logran despertar sus bajas pasiones, incitándolo a tomarla. Esto ocurre con frecuencia, pues Claudia está a su servicio desde que era casi una niña.

A la mañana siguiente, Casio se encuentra en la antesala del *tablinum*. En sus manos lleva los papiros con la información que ha requerido Quinto, está seguro de que dicha información será de su agrado. Cuando Quinto llega al *tablinum,* manda entrar a Casio, que después de saludarlo marcialmente extiende en la mesa los papiros con la información sobre Plinio y su familia. En su exposición, Casio hace una descripción de la biografía de la familia de Plinio. Los informes que le han pasado son los de una persona inteligente, culta, con una fuerte personalidad, difícilmente manipulable, de convicciones profundas; un fiel servidor de Roma y del emperador. Es un erudito en muchas materias y sobresale en ciencias naturales, cartografía, ingeniería y administración.

Ha prestado servicios al Imperio en el ejército durante doce años en Germania, a las órdenes del general Gneo Domicio Corbulon, participando activamente en el proyecto y la construcción de la Fossa Corbulonis, excavada para comunicar los ríos Rin y Mosa. Sus últimos servicios se han desarrollado en las Galias.

Las dos familias tienen la cuna familiar en la misma zona de la península itálica, remarcando que la de Plinio es Como, encontrándose esta cerca de Vercellae, origen de la familiar de Vibio. También es coincidente que sus padres han pertenecido y han tenido puestos importantes en la orden ecuestre, sirviendo de forma eficaz a Roma. Ambos han tenido miembros de sus familias en el Senado.

Quinto, después de escuchar atentamente a su fiel Casio, se da cuenta de que tienen muchas cosas en común. Piensa que es posible que puedan entenderse y es consciente de que debe planificar la estrategia a seguir con Plinio. El que este llegue investido por el emperador como *legatus* en Hispania para supervisar la administración de la extracción de oro de Las Médulas no tiene por qué hacerlo sentirse debilitado, pues él seguirá siendo el gobernador de la provincia. Eso sí, debe ser sumamente prudente, empatizar con Plinio y facilitarle la tarea encomendada por el emperador. Lo recibirá con los honores que le corresponden a un *legatus* del emperador y dará una fiesta en su honor, evitando, eso sí, las estridencias y los grandes dispendios. En la reunión posterior que tengan, escuchará de boca de Plinio la misión que le ha encomendado el divino Vespasiano y cuáles son las necesidades que tiene. Deberá ser cauto y estar atento al comportamiento no verbal de Plinio para saber si le está contando toda la verdad: es consciente de lo bueno que es para detectar mentiras, no en vano sirvió como espía durante algunos años al emperador Nerón para descubrir posibles complots.

Vibio intuye que si todo se desarrolla dentro de lo que podría considerase normal, habrá llegado el momento de compartir y hacer partícipe a Plinio del secreto que ha guardado a Roma, pues nunca ha estado implicado en la desaparición del oro. Ha realizado infinidad de actuaciones y ha llegado incluso

a ejecutar a algunos sospechosos, lo que lo libra de cualquier sospecha. Además, es el más interesado en recuperar el oro, que todavía no han sido capaces de encontrar, aunque está seguro de que este sigue escondido cerca de la zona de Las Médulas. Mostrará a Plinio toda la pesquisas e interrogatorios que se han hecho, pues hay una trama muy bien organizada y muchas personas importantes implicadas.

Despues de estas reflexiones, Vibio ordena a Casio que ponga en marcha todos los preparativos para recibir a Plinio en Tarraco, que tenga en orden todas las investigaciones realizadas sobre la desaparición de oro y posibles participantes para que Plinio pueda estudiarlas y que prepare los medios y la intendencia que pueda necesitar Plinio en su traslado a la ciudad Asturica Augusta y a las minas de Las Médulas.

En esos momentos, en Asturica Augusta, Antonino, alcaide de la ciudad, se encuentra en el *tablinum* de su *domus,* intranquilo y con las facciones desencajadas. Acaba de recibir un mensaje de un senador, traído expresamente desde Roma por uno de los antiguos centuriones que sirvió a las órdenes de Galba, donde se le avisa de la próxima llegada de Plinio como *legatus* para supervisar la explotación y administración de las minas de las riberas del río Sil. En el mensaje se le ordena que termine con todos los implicados en el robo del oro, pues cualquiera de los participantes puede delatarlos y eso supondría perder el oro guardado y acabar crucificados, expuestos públicamente en la ciudad como escarnio por los crímenes cometidos, en lugar de decapitados, como sería lo adecuado a su rango.

Antonino, en esos instantes, se da cuenta de que los buenos tiempos, cuando Galba era el gobernador de la Hispania Tarraconense, han acabado.

Durante estos últimos años habían estado usurpando parte del oro extraído con los mismos métodos que utilizaba Galba. Tenían personas en las minas que realizaban un doble registro de las extracciones de oro, el registro oficial para Roma era más bajo que el real. La diferencia se guardaba con el resto del oro en los almacenes, donde era custodiado hasta que posteriormente se enviaba a Tarraco. Durante el trayecto desviaban a un lugar seguro ese oro sustraído para después repartirlo. El cargamento que llegaba a Tarraco era el que coincidía con el registro oficial que salía de las minas y el que se enviaba posteriormente a Roma.

Galba fue emperador de Roma durante un corto espacio de tiempo, hasta que fue asesinado. Después Hispania, al igual que parte del Imperio, cayó en una corta época de anarquía; esto fue aprovechado por Antonino y algunos senadores para hacerse con remesas mayores. Cuando Vespasiano fue nombrado emperador, creyeron llegado el momento de acabar con el doble registro y con el desvío del oro para pasar a repartírselo. Cuando tuvieron conocimiento de que el emperador nombra nuevo gobernador a Vibio, y sabiendo que este había sido amigo de Vitelo, rival de Vespasiano en la lucha por el poder,

creyeron que podían seguir con la usurpación y desvío de oro hasta saber cómo iba a gestionar Vibio la administración de las minas. Tenían también la intención de hacerlo cómplice y repartirlo con él: con eso evitarían cualquier tipo de problema con Roma, el rastro se disiparía y todos saldrían ganando, aunque fueran más a repartir el botín. Era tal la cantidad de oro sustraída y guardada que aun así los cinco serían muy ricos. Aunque en la trama había más personas, eran meros peones a los que compraban, corrompían y además los hacían sentirse siempre en deuda con ellos.

Lo que no habían previsto es que la avaricia puede truncar y echar a perder el plan. Vibio, en la primera visita realizada a las minas de la zona de Asturica Augusta, donde le dispensan un recibimiento extraordinario, intuye, como gran observador que es, que hay ciertas contradicciones en las respuestas a las preguntas que hace a los responsables sobre los asientos contables. Esto lo lleva a pensar que no es verdad todo lo que le cuentan. También sospecha de algunos comentarios hechos por Antonino en una reunión anterior que han tenido. Está seguro de que detrás de todo esto se esconde un complot que en ese momento es incapaz de descifrar.

Casio, que acompaña a Vibio durante esos días, hace por su parte algunas indagaciones fruto de su observación. Tiene la certeza de que hay cosas raras y gordas que tendrá que comentar con Vibio durante el viaje de vuelta a Tarraco.

En esa visita a las minas, Casio habla con Alexius, un centurión amigo suyo con el que coincidió sirviendo en la Legio X Gemina en las Galias. Años atrás lo trasladaron a Hispania para estar al servicio de Antonino, habiendo llegado a ser el jefe de su guardia personal.

Al caer la noche, Casio y Alexius se ven en una taberna que también ejerce las funciones de lupanar, cercana a la residencia de Antonino en Asturica Augusta. Alexius comenta que lo había sorprendido gratamente verlo esa mañana y saber que lo habían destinado a Hispania como persona cercana y de confianza de Vibio, y que está encantado por ello, pues a partir de entonces podrán verse más y compartir buenos momentos, como en los tiempos en los que estuvieron destinados en las Galias.

Después de tomar unas garras de vino y reírse de las anécdotas pasadas en la Legio X, se acerca a su oído le susurra que ahora están en una tierra tan próspera y tranquila que, si son listos y audaces, pueden prosperar tanto como para no preocuparse del futuro y volver licenciados y ricos a Roma, capital del Imperio.

Casio, sonriendo, también le susurra: «Ya me contarás cómo podemos volver ricos a Roma con la paga que ganamos». En ese momento, un legionario se acerca a la mesa con una actitud hosca, recriminándole y exigiéndole a Alexius que le pague lo que le debe por los servicios prestados, pues si no todo el mundo sabrá los tejemanejes en los que anda metido. Casio se da cuenta de que el legionario no solo está enojado, también borracho como una cuba, pues

sobrio no habría sido capaz de hablar así a un superior.

Antes de que intervenga Alexius, otro legionario, acompañado de una mujer, lo separa de la mesa y les pide perdón por el espectáculo, haciéndoles ver que debido a la borrachera el hombre no sabe lo que dice.

Casio observa a Alexius durante el tiempo que duró el bochornoso espectáculo y lo ve pasar del estupor al odio por lo que dice el legionario, al que mira de forma amenazadora cuando lo retiran su compañero y la mujer del lupanar.

Rápidamente, Alexius se repone del incidente, y con voz encantadora, pues es un gran seductor, le comenta a Casio que el pobre legionario, siempre que se emborracha, si ve a cualquier superior le dice lo mismo, y que al día siguiente él mismo tendrá que hablar con el superior del legionario para ver cómo parar esos espectáculos.

Casio intuye que detrás de este hecho hay algo raro, y también que puede haber cierta verdad en las palabras del legionario. ¿Por qué Alexius le lanzó esa mirada de odio y no se lo tomó como una chanza, sabiendo además que eso era habitual cuando el legionario se emborrachaba? Aun así, Casio sigue con la conversación que tenían como si no hubieran sido interrumpidos. Dice, con una amplia sonrisa en su rostro: «Bueno, ¿me cuentas cómo nos vamos a hacer ricos?, ¿o tú ya lo eres? Si es así, dímelo para que yo me pueda aplicar y conseguirlo también». Alexius le dice que no es rico, pero que espera serlo en un futuro próximo. A la vez le lanza una pregunta: «¿Es que esta mañana no has visto la cantidad de oro que tiene esta tierra?». Casio contesta: «Por supuesto que lo he visto, pero ese oro pertenece al Estado y nosotros somos servidores de él, ¿o es que existe alguna forma legal de conseguirlo?». Alexius dice: «Creo que puede existir alguna forma de conseguirlo, pues existen rumores de que Galba, cuando era gobernador, para conseguir oro impuso un sistema contable doble, dándole legalidad consular. Nadie desde entonces ha revocado ese sistema».

Casio es consciente de que lo que le acaba de contar Alexius es de una gravedad absoluta, pero, aunque interiormente lo inunde una terrible rabia, prefiere evitar que Alexius se dé cuenta de cualquier atisbo de ella, pues así podrá seguirle el juego, llegar al fondo y averiguar quiénes están usando ese sistema para robar oro de la explotación minera y enriquecerse. Casio le pregunta que, si esto es así, quién o quiénes son, según esos rumores, los que manejan esa contabilidad doble después de la muerte de Galba.

Alexius, en ese momento, entiende que ha ido demasiado lejos, pues Casio, al que conoce bien, en lugar de interesarse por la forma de entrar en la conjura para conseguir oro, se está interesando en saber quiénes son las personas responsables del desvío del oro, y eso supone un terrible riesgo, aunque Antonino está enterado de que iba a verse con Casio para sondearlo y valorar la posibilidad de contar con un aliado tan próximo a Vibio, incluso si el propio

Vibio estaría dispuesto a seguir con la doble contabilidad impuesta por Galba y así seguir enriqueciéndose todos.

Alexius le dice a Casio que, aunque ha estado indagando desde hace tiempo, no ha podido averiguar nada sobre la existencia del desvío del oro.

Casio esboza una sonrisa y soltando una carcajada le dice: «Entonces, si no sabes quiénes tienen la llave para conseguir el oro, ¿cómo vamos a volver a Roma ricos?».

Casio se ha dado cuenta de que Alexius está reculando, pues sabe que ha ido demasiado lejos y puede estar en peligro su vida; además, este desliz lo ha colocado en una situación débil para el futuro. Casio ya tiene a alguien para tirar del hilo que lo lleve a descubrir quiénes son los que roban el oro y dónde lo esconden. Todo esto se lo contará a Vibio durante su viaje de regreso a Tarraco.

Después siguen disfrutado de la comida y bebida de una forma distendida, recordando sus buenos tiempos en las Galias y cómo, despues de las batallas, se iban a emborrachar y a follar a algún lupanar. Entrada ya la noche, Alexius le propone a Casio que elija a las dos chicas que más le gusten y suban con ellas a las habitaciones. Este, de una forma cortés, le dice que en otra ocasión, pues temprano al día siguiente parten de regreso, pero, como con toda seguridad volverán a verse, bien en Asturica Augusta bien en Tarraco, tendrán tiempo de disfrutar de una velada inolvidable.

Se despiden y Alexius elige a una chica que los ha estado observando en la distancia. Sonriendo, le dice: «Tú te lo pierdes». Después inician la subida hacia las habitaciones. Casio intuye que la chica es una fija en las preferencias de Alexius.

Casio, seguidamente, sale de la taberna-lupanar y después de haber andado un pequeño trecho es abordado por el legionario del incidente en la taberna. Parece sobrio y lo alerta exclamando: «¡Mi centurión, tenga en cuenta que aquí se está robando oro a espuertas! Yo estoy metido hasta el cuello contra mi voluntad, pues he sido manipulado y chantajeado. Por eso le pido que lo investigue». Sin darle a Casio tiempo a reaccionar, el legionario corriendo desaparece.

⋆

A partir de ese momento, todo se vuelve confuso y tortuoso: senadores conspirando y utilizando engaños para atraer voluntades, agresiones entre bandidos, prostitutas manipuladas por los poderosos para conseguir adeptos, soldados sobornados que asesinan sin piedad, oro derramado por los suelos enfangados y llenos de sangre, de la sangre derramada por los que han muerto violentamente.

Ordoño se revuelve en la cama. Le duele la cabeza y está cansado. Aun así, vuelve a conciliar el sueño. Ve de nuevo a Plinio en un tirreme, de vuelta a

Roma. Consigo lleva mapas cartográficos, así como infinidad de escritos sobre la naturaleza y vida social en la Hispania Tarraconense, entre ellos un informe para Vespasiano sobre la explotación minera y su contabilidad en Asturica Augusta.

Cuando Ordoño salió de esta especie de vigilia y terminó de despertar, se sintió más confortado. Desaparecido su dolor de cabeza, empezó a recordar las palabras del ermitaño sobre la habilidad del hombre para montar sus propias historias. No entendía cómo, sin saber nada de Plinio, había sido capaz de elaborar durante el sueño esa historia. Le gustaría saber si había algo de cierto en todo lo que había soñado, aunque sabía que le sería difícil indagar en ello, pues él era un hombre de armas, y, aun gustándole la historia y queriendo aprender, en esos momentos no podía distraerse con historias épicas.

Lo que no sabía ni intuía Ordoño era que él también estaba viviendo una historia.

A los pocos días, de vuelta a León, pararon en la aldea. La visita a la familia de Mabel se desarrolló según lo previsto y todos estuvieron de acuerdo en que se celebrara la boda, que tuvo lugar dos meses después, aunque con una fuerte oposición de la madre de Ordoño, que había previsto casarlo con una mujer mayor que él, pero de muy buena posición.

Ordoño en esos momentos de pena y recogimiento, interrumpió sus pensamientos, pues oyó que alguien llegaba. No se equivocaba: era su madre, que entró en la estancia, se colocó frente a él y le dijo: «Tenemos que preparar el entierro de tu padre. También me ha pedido la reina Urraca que la ayude en la preparación de las exequias del rey Alfonso».

Asintió con un movimiento de cabeza y siguió pensando que en las revelaciones que les hicieron en Las Médulas él se había engañado inconscientemente, pues solo quiso creerse la primera premonición, que se estaba cumpliendo hasta el momento plenamente: ya tenían un hijo y Mabel estaba embarazada del segundo. Ahora se daba cuenta que las malas predicciones también estaban cumpliéndose, pues murió en combate su padre, que era uno de sus seres más queridos, y perdió la vida también en esa misma batalla uno de los dos reyes que el ermitaño le predijo que fallecerían.

Ordoño, tenía la sensación en esos momentos de estar bloqueado. La cabeza le daba vueltas por la cantidad de pensamientos nefastos que se agolpaban en ella. A partir de entonces tendría que cuidar al próximo rey, Vermudo III, de todos los peligros que lo acechaban.

Los días siguientes estuvo totalmente ocupado en dar sepultura a su padre, ayudar en los preparativos y ceremonias para el traslado del rey Alfonso V al sepulcro del panteón real de San Isidoro de León y, sobre todo, en estar cerca del rey Vermudo III. Se sentía en la obligación de estar cerca para apoyarlo y consolarlo por tan terrible pérdida.

Capítulo 23: Disputas entre los reinos de León y Navarra

Al sepelio del rey Alfonso V asistieron su cuñado el rey de Navarra, Sancho III el Mayor, todos los condes de su territorio, entre ellos el de Castilla, García Sánchez y la más alta nobleza. También la gente del pueblo llano acudió en masa, desde el más alto artesano hasta el labrador o sirviente más humilde. El cariño que profesaban al rey era único, no se había visto una lealtad así hacia ningún otro monarca. Era tal la veneración que le tenían que con sumo cariño lo apodaban el Noble, pues en verdad lo era: fue un rey valeroso y siempre dispuesto a combatir por una causa justa y beneficiosa para su pueblo.

Pasado el sepelio, ante la minoría de edad de Vermudo III, los mayores del reino nombraron regentes a su madrasta Urraca y al hermano de esta, Sancho III el Mayor; además, Sancho sería también su tutor. Antes de partir hacia Navarra, dejó en la corte de León a algunos de sus caballeros de armas, así como a personas ilustres de su máxima confianza, dotados de grandes conocimientos en leyes y tareas administrativas.

El conde de Castilla, García Sánchez, dejó a Munio, uno de sus caballeros más fieles y pariente lejano de Ordoño. Además, eran grandes amigos, pues habían participado juntos en batallas y torneos. Ordoño y Munio vieron rápidamente que había una maniobra urdida por Sancho III para controlar el reino y a Vermudo III.

Munio contó a Ordoño que su señor, García Sánchez, había sido informado por uno de sus espías en la corte de Navarra de las aspiraciones de su cuñado, Sancho III. El monarca navarro pretendía unificar bajo su mando todos los reinos cristianos para ser su emperador. Quería aprovecharse de la debilidad del reino de León para ser el líder en la lucha y la reconquista de todos los territorios que dominaban unos debilitados árabes inmersos en continuas luchas internas. Deseaba ser recordado por la historia como el Almanzor cristiano, pues desde pequeño había sentido gran admiración por él.

En la corte de Pamplona, el nombre que más se oía decir, para bien o para mal, era el de Almanzor. Su abuelo, el rey Sancho Garcés II Abarca de Pamplona, había sido humillado por este en múltiples batallas, consiguiendo Almanzor que, para respetar los tratados y las treguas, le entregara a su hija Urraca de Pamplona, apodada la Vascona, aunque una vez en la corte del califato ella decidiera cambiar su nombre por el de Abda. Tuvo un hijo con Almanzor al que llamarían Abd al-Rahmán, apodado Sanchuelo por el tremendo parecido con su abuelo materno. Sanchuelo murió degollado en el año 1009 en una de las múltiples luchas internas de los árabes. Sin embargo, su hijo Abd al-Aziz ibn Ámir, huido y enemistado a muerte con el califato de Córdoba en el año 1021, consiguió, con la ayuda de su primo Sancho III, ser rey y señor de las taifas de Valencia y Almería, por eso Munio y Ordoño veían

claro que Sancho III dominaba la partida en el tablero o mapa de la Península.

Sancho III era rey de Navarra y desde ahí dominaba el noreste de la Península. Su hermana Urraca era la madrasta de Vermudo III, él sería regente del reino de León y dominaría todo el noroeste. Al haberse casado con Muniadona de Castilla, hija del conde de Castilla, y habiendo muerto este, si le ocurría cualquier desgracia a su hermano García Sánchez, actual conde, sería su mujer la legítima heredera del condado. Además, contaba con los dominios de su primo y vasallo Abd al-Aziz ibn Ámir en el Levante y Almería. Esto suponía, en esos momentos, tener bajo su control y liderazgo más de la mitad de la Península.

Munio comentó que su señor, el conde de Castilla, quería prescindir de la influencia que ejercía sobre él su cuñado Sancho III para lograr sus ambiciosos planes. El conde había logrado que Munio se quedase en León, con el consentimiento de Vermudo III y de Sancho III, alegando que era el hombre por él designado para estudiar y analizar conjuntamente y de forma amistosa los límites fronterizos de las tierras comprendidas entre los ríos Cea y Pisuerga, tierras que desde hacía muchos años eran causa de rencillas y litigios entre los reyes de León y sus condestables de Castilla. Una vez realizado el estudio, tendrían que reunirse el rey Vermudo III y el conde y decidir su pertenencia, aunque su señor seguiría pidiendo al rey la incorporación de esas tierras al condado de Castilla, con la posibilidad de pasar de ser un condado a ser un reino independiente.

Munio también le dijo que tenía un mandado extraoficial de su señor todavía más importante. Su señor estaba enamorado de Sancha, hermana del rey Vermudo III, y ella, al parecer, también lo estaba de él, por eso le había pedido que sondease discretamente la predisposición de los nobles de León a un posible enlace. Esto sería bueno para el reino de León y su señor el conde, además los haría más fuertes y frenarían a la vez el afán expansionista del rey navarro.

Después de un largo silencio entre ambos, Munio le pidió a Ordoño su opinión. Ordoño le hizo notar que ese era un asunto sumamente delicado, que encerraba un gran peligro y que se debía llevar con total discreción, pues estaba seguro de que tanto Sancho III como Maniadona de Castilla, su mujer y hermana del conde García, preferían que la infanta Sancha casase con alguno de sus hijos y tener así mucha más fuerza en León. Ordoño estaba seguro de que muchos nobles de León no estarían de acuerdo con ese enlace, pues lo verían como una posible usurpación futura del reino si le ocurría algo a Vermudo III, por eso él estaba de acuerdo y prefería que la boda fuera con el conde castellano. Ordoño le prometió indagar discretamente para saber lo que pensaban otros nobles leoneses, creía que en un principio ellos también lo verían como la mejor alternativa para el reino. Además, ya había rumores de que Sancha estaba enamorada del conde, y como su hermano el rey la quería y

estimaba profundamente, seguro que daría su consentimiento. En lo que Ordoño no estuvo de acuerdo, y creyó que tampoco lo estarían los altos dignatarios y principales de León, fue en que el condado de Castilla se convirtiera en un reino.

Ordoño, muy querido en la corte, tenía información por algunos afines de que, reunidos el rey Sancho III, su hermana Urraca y algunos principales del rey navarro, este les ordenó que una de las primeras medias a tomar era retomar el control de todos los dominios del reino que fueron delegados por el rey Alfonso V.

Ordoño sabía que eso podía entrañar un peligro grave, pues el rey Alfonso V había establecido y basado su reino en una relación clientelar, potenciando una fidelidad mutua entre él y sus nobles, consiguiendo durante muchos años acabar con las rencillas e intrigas y luchas dentro del reino.

Ordoño vio cómo rápidamente Urraca y los altos dignatarios que dejó el rey Sancho III en León aislaban a Vermudo III de cualquier influencia externa a ellos, siéndole muy difícil hasta a él poder acceder al rey. Eso le reforzó la creencia de que los navarros lo querían manipular, lo que podía tener esto graves consecuencias para el reino.

Para cumplir con el plan trazado por el rey navarro, una de las primeras medidas que tomó Urraca fue reclamar todos los dominios de una gran parte de Galicia que su marido, Alfonso V, había dejado bajo el liderazgo del conde Menendo González, padre de su primera mujer, Elvira. Esta decisión causó un gran malestar y esos nobles no la aceptaron. Se declararon desde ese momento en rebeldía contra su rey, Vermudo III. La mayor rebelión la protagonizó el conde Oveco Rudesíndiz, primo de la reina Elvira. Este tenía, por delegación del rey Alfonso V, Lugo y varios castillos y plazas de Galicia. Convencido de que era una injusticia promovida por los navarros, se hizo fuerte en Lugo y desoyó el mandato regio.

El rey Vermudo III, aunque solo contaba doce años, tenía un fuerte sentido de la lealtad y consideraba desleales a los nobles que no aceptaban el requerimiento del reino para que devolvieran la delegación de los territorios que su padre les había entregado. Como había sido formado por su padre y por Ordoño en las artes de la lucha y la guerra, partió al frente de un ejército formado por caballeros del reino hacia los dominios del conde.

Oveco, ante la magnitud del ejército real y después de perder un número importante de caballeros en las primeras escaramuzas, antes de que el rey alcanzase Lugo decidió acogerse a la protección y patrocinio del conde Rodrigo Romaniz, que estaba enemistado desde hacía algún tiempo con el reino de León y era afín al rey Sancho III.

Ordoño vio claramente cómo Sancho intrigaba: por una parte, como regente, pidió a su hermana que reclamase los derechos a recuperar para León

la delegación de los territorios gallegos; por otra parte, trataba, a través de esta medida, de debilitar el reino con luchas internas entre sus nobles. Después, Sancho III aparecería como el salvador, al lograr convencer a Rodrigo Romaniz para que devolviese todos los bienes y territorios al rey Vermudo III. Este, tras la recuperación, los legó a la Iglesia de Lugo.

Otros sucesos tristes y luctuosos ocurrieron en el reino simultáneamente a la muerte del rey Alfonso V. Uno de los más graves, en el verano de 1028, fue el asalto a la sede episcopal de Astorga por parte de Ecta Rapinatiz y sus hijos ante el vacío de poder y la ausencia de su obispo. Este hecho produjo graves conflictos internos en el reino, con levantamientos y enfrentamientos armados entre iguales. En ellos murió el delegado regio Berino al enfrentarse con los sublevados. Otro de los sucesos fue el conato de sublevación del alcaide del castillo de Monzón, Fernán Gutiérrez, que, aunque súbdito del rey de León, era sin embargo afecto en esos momentos al rey navarro; como una cometa, iba siempre a favor del viento que creyera mejor para sus intereses.

A principios del año 1029 se dieron por terminadas las rebeliones y aparentemente se inició un periodo de tranquilidad, truncado en mayo de ese mismo año al ocurrir uno de los sucesos más tristes para el reino de León y su condestable de Castilla.

Desde la llegada de Mabel a la corte, y dada la relación personal entre Ordoño y Sancha, la infanta la eligió como su dama de confianza, creándose entre ambas una gran amistad, pues Sancha veía en Mabel más a una amiga o hermana mayor que a una súbdita. La complicidad era tal que Sancha le había contado al poco tiempo de llegar a la corte que estaba enamorada del jovencísimo conde castellano García Sánchez, al cual había conocido dos años atrás, cuando él visitó León para participar en los torneos que se iban a celebrar en honor a san Marcelo. En ellos tomarían parte infinidad de nobles, incluidos Ordoño y el propio conde. Y aunque era casi una niña, quedó prendada, por lo apuesto y valeroso que era.

La gran final en la lucha de espada del torneo enfrentó a Ordoño y al conde García; ganó este último. La infanta reía al decir que estaba convencida de que Ordoño, aunque luchó con bravura, no puso todo su pundonor, pues se decía en la corte que acababa de llegar de un viaje por Las Médulas y que en las correrías por esos feudos alguna dama le debió de causar un gran cansancio. Ante estas chanzas las dos reían.

Sería coincidencia o sería puro azar, pero las dos se habían enamorado en las mismas fechas. Eso hacía que su relación fuera mucho más fuerte al considerarse las dos almas gemelas.

Sancha le aseguró a Mabel que el conde García estaba también enamorado de ella y que se habían prometido amor eterno, aunque en esos momentos no se lo dijeron a nadie en la corte, pues Sancha era y se consideraba demasiado

joven. Tampoco en el condado de Castilla estaban todos de acuerdo con un posible enlace entre el conde y la infanta de León, pues había caballeros y nobles castellanos partidarios de Navarra, pero el conde estaba decidido a sacudirse la tutoría que desde pequeño ejercía sobre él su cuñado Sancho III.

El conde creía que había llegado el momento de apostar fuerte, por eso le pidió a Munio, cuando lo dejo en León, que indagara discretamente entre los caballeros y nobles del reino sobre los apoyos que tendría cuando realizara la petición a Vermudo III para desposar a su hermana, la infanta Sancha.

Al inicio de la primavera del año 1029, el conde recibió un mensaje en el que Munio le comunicaba que a través de múltiples indagaciones que había realizado había percibido fuertes tensiones e intrigas en la corte de León entre los partidarios del clan de Navarra, que deseaban que la infanta se desposase con algún hijo del rey Sancho III, y los que no querían que estos siguieran cogiendo relevancia en las toma de decisiones del reino. Esto le estaba colocando al rey Vermudo III entre la espada y la pared, pues, aunque adolescente, se sentía utilizado. Munio terminaba su misiva con buenas noticias para su señor, pues el rey, después de escuchar a su hermana, a los mayores del reino, a los nobles más relevantes y a Ordoño, comunicó a Munio que, si había una petición oficial del conde de Castilla, García Sánchez desposaría a Sancha con él. Asimismo, el rey dijo que su hermana Sancha aportaría como dote al matrimonio las tierras que reclamaba, comprendidas entre los ríos Cea y Pisuerga, extendiendo así los límites del condado de Castilla, pero que no cedería a las pretensiones de su señor conde y de su cuñado el rey Sancho III para que pasara Castilla a ser un reino independiente y dejara de ser un condado del reino de León, porque si cediera, el reino se debilitaría y reduciría su extensión enormemente.

Aun a su pesar, Munio finalizaba comunicándole al conde que los nobles y caballeros leoneses estaban convencidos de que el rey navarro era el verdadero rey de León y de que manejaba a su antojo a Vermudo III.

El conde contestó a Munio mandándole la petición oficial para que se la hiciera llegar al rey y para que fuera haciendo los preparativos para el enlace. A la vez, le comunicaba que les demostraría a los leoneses que la decisión era acertada, que su fidelidad al reino de León era absoluta y que a partir de ese momento serían más fuertes.

Munio entregó la petición formal al rey y a los pocos días le envió un mensaje al conde, su señor, informándolo y mandándole el documento de la decisión del rey Vermudo III donde daba fe y permitía el enlace entre la infanta Sancha de León y el conde de Castilla García Sánchez.

Capítulo 24: Asesinato de García Sánchez, conde de Castilla

Munio sabía que en la corte hubo intrigas hasta última hora para evitar la boda por parte de la madrasta de Sancha y de los afines al rey Sancho III. Le constaba porque a Ordoño y Mabel los informaron personas a su servicio infiltradas en la corte del rey Sancho y de Urraca.

Ante la decisión el rey Vermudo de desposar a su hermana con el conde de Castilla, Sancho III de Navarra y su hermana Urraca, haciendo uso de su sagacidad y maestría para maniobrar, no solo no se opusieron, sino que se alzaron como patrocinadores del enlace.

La boda se celebraría en León el 9 de mayo del 1029. El conde rápidamente comenzó los preparativos para iniciar el viaje partiendo desde Nuño de Arlanzón, en Burgos, acompañado de sus caballeros, magnates castellanos y de su cuñado, el rey de Navarra, Sancho III, que había llegado a la villa con un importante número de caballeros y principales de su reino para continuar juntos el viaje. Creía que, además de la dote, juntos tenían que convencer a Vermudo III para que el condado de Castilla fuera proclamado reino.

De camino a León, pasaron antes por el castillo de Monzón, en Tierra de Campos, cuya gobernanza de dicho condado la tenía, por mandato del rey Alfonso V, Fernán Gutiérrez, conde y alcaide del castillo, descendiente de los Ansúrez.

Avisado del fuerte despliegue de fuerzas que estaban llegando y rodeando la fortaleza, Fernán mandó a sus saeteros que tomasen posiciones en las almenas, mandando salir a algunos de sus caballeros para saber quiénes eran los llegados y cuáles eran sus intenciones. Informado de que entre las fuerzas estaban el rey Sancho III y el conde de Castilla, salió del castillo a recibirlos.

El rey y el conde pusieron en su conocimiento que, dentro del acuerdo de los esponsales entre la infanta Sancha y el conde García Sánchez, el rey Vermudo III entregaría al conde como dote de boda las tierras entre los ríos Cea y Pisuerga, dentro de las cuales estaban sus dominios. Fernán se arrodilló, le besó la mano al conde, le juró fidelidad y le hizo entrega de los castillos de Monzón, Cea, Grajal, Toro y San Román. Con este hecho, Sancho III logró que el conde castellano, antes de la boda con la infanta, fuera ya dueño de parte de las tierras comprendidas entre los dos ríos.

La comitiva, después de abandonar Monzón, siguió viaje a León. Cruzaron los ríos Carrión y Valderaduey y al atardecer instalaron su campamento para pasar la noche en las cercanías del santuario de San Facundo y Primitivo, lugar donde los romanos, hacía siglos, habían construido un campamento a orillas del río Cea.

⋆

La historia de estos santos es como sigue: cuando el cónsul romano Ática, en el siglo III, visitó el campamento y se enteró de que estos dos hermanos practicaban la religión cristiana, ordenó que fueran martirizados hasta morir. El monje Romualdo de Escalona contó ese martirio de esta manera en el siglo XVIII:

> Persistiendo firmes los dos jóvenes en la confesión de su fe, Ático […] multiplicó en ellos las más crueles torturas, desde el horno encendido al que fueron arrojados hasta hacerles beber una pócima mortal que aquellos apuraron sin que les hiciera daño alguno, lo que motivó la conversión del sofista acusador. Siguiéronse los tormentos del potro, las uñas de hierro con que les arrancaron los nervios, de aceite hirviendo con que fueron rociados sus cuerpos y las teas encendidas que luego les aplicaron. Más tarde se les vaciaron los ojos de sus órbitas, se les colgó de un hastial muy alto, cabeza abajo, del que se les bajó cuando creyó ya muertos; pero el pasmo de los circustantes rayó casi en la asonada […] cuando la muchedumbre les vio indemnes y curados, mientras uno de la multitud exclamó estar viendo a dos seres divinos que traían por los aires sendas palmas y coronas para Facundo y Primitivo. Oído lo cual, ordenó Ático que les fueran cortadas las cabezas, para impedir la proclamada coronación, brotando al punto de los cuellos mutilados sangre y agua, signo claro de que a Dios eran aceptos tanto su martirio cuanto la ofrenda casta de su fe. Acto seguido […] los sagrados restos fueron arrojados al río Cea.

★

En la madrugada del día siguiente, el conde, deseando encontrarse con su amada, abandonó el campamento con cuarenta de sus caballeros. Sancho III iniciaría el camino a León más tarde con el resto de la comitiva.

El conde, llegando a León, acampó en el pueblo de Trobajo, cerca de la orilla del río Bernesga, extramuros de la capital del reino. Ese era el lugar donde se habían preparado gradas para los nobles y asistentes a la boda, así como otros espacios para el pueblo. Todos podrían disfrutar de los torneos, juegos de caballería y festejos que ya se estaban celebrando en honor de los esposos.

El rey Vermudo III y Munio, caballeros leoneses y caballeros castellanos llegados con el conde empezaron a ejercitarse en el juego del bohordo, consistente en montar el caballero su caballo y, al galope, lanzar las jabalinas contra castilletes y almenas que simulan fortalezas. El conde fue invitado a participar, pero prefirió entrar en la ciudad para ver los preparativos de la ceremonia, hablar con el obispo que oficiaría la ceremonia y ver a su amada.

García Sánchez, junto con algunos de sus caballeros, entró en León, donde fue recibido por el obispo Servando. Junto al obispo aguardaba un reducido número de señores que habían ido a rendirle pleitesía. Entre ellos se encontraban los hermanos Íñigo, Diego y Rodrigo, de la familia Vela. Esta familia había estado enemistada con el condado de Castilla desde que uno de

los antepasados del Conde García los desterró del condado y confiscó sus bienes y tierras. Sin embargo, consiguieron que el rey Alfonso V los acogiera. Rodrigo llegó a tener cierta influencia en la corte de León y ostentó el cargo de *armiger* o escudero. Se les concedieron también unas tierras para su gobernanza en Las Somozas, desde las que habían llegado junto a sus huestes para asistir a la boda del joven conde. Le hicieron saber lo molestos que estaban por la afrenta que uno de sus antepasados hizo a su familia y le pidieron que la reparase. El conde, después de escucharlos, se sintió magnánimo y les levantó el destierro, haciéndoles saber también qué les devolvería sus tierras. Ellos le besaron la mano y le juraron fidelidad. Acompañado del obispo, el conde entró en la iglesia a oír misa.

Dentro de los planes de los Vela no estaba conseguir la benevolencia del conde, pues esperaban que este no atendiera sus demandas y les diera así una justificación para tomarse venganza. Aunque le hubieran jurado fidelidad delante de testigos, no se dieron por satisfechos y no olvidaron la afrenta. Siguieron fieles al plan trazado.

Durante el tiempo que el conde estuvo en misa, los Vela reunieron a sus huestes, y, junto con algunos de los cuarenta caballeros con los que el conde había entrado en León, pero que eran afines al clan castellano-navarro, entraron en la ciudad, cerraron las puertas y prepararon una celada contra el conde.

Los poetas lo narrarían en crónicas y en romances de la siguiente forma:

> Salieron los fijos del conde Vela del palacio, é fuéronse para la posada de Íñigo Vela, é hobieron ende su consejo malo é falso de cómo matasen al infante don García. E dijo Íñigo Vela: Yo sé bien en qué guisa lo matarémos, é qué razón é achaque podemos levantar para ello. Alcemos un tablado en medio de la rúa, é los caballeros castellanos, como son homes que se pagan desto, querrán venir a solazarse, é nos volverémos con ellos pelea sobre el lanzar, é matarlo-hemos ende, é así fue fecho. E los traidores, luego que lo movieron, mandaron cerrar las puertas de la villa, porque non podiesen entrar nin salir ningunos…

García Sánchez, después de la misa, se encontró con su amada, la infanta Sancha, en el pórtico de la iglesia de San Juan Bautista, lugar donde se estaban haciendo los preparativos para celebrar posteriormente la boda. La infanta observó que el conde estaba casi sin escolta y le recriminó su imprudencia; le recordó que había gente que no quería su boda y que estaba dispuesta a todo. Él la tranquilizó diciendo que no tenía enemigos y que nadie le iba querer ningún mal, pues su cuñado Sancho III estaba de acuerdo con la boda, lo había acompañado en el viaje y se hallaba acampado con su gente en las cercanías. Sancha no insistió por no preocuparlo, pero ella siguió desconfiando, pues hasta por el pueblo llano circulaban ya coplillas que decían: «En León el rey es el joven Vermudo III, pero los que gobiernan son los usurpadores navarros, Sancho III y su hermana».

Estaban hablando de los preparativos sentados en el banco de piedra situado

en el interior de la puerta de entrada al convento cuando oyeron gritos de pelea y tumulto. El conde salió y vio combatiendo a su exigua escolta con la gente que había seguido a los Vela. García Sánchez, sin casi tiempo de reaccionar, desenvainó la espada y desde los escalones que daban entrada al pórtico se defendió con bravura. Sancha, que había seguido al conde, les pidió compasión para su amado y se ofreció a ser ella a la que matasen. Mientras, el conde era asesinado con los venablos de los traidores caballeros castellanos Nuño Gustios, Nuño Rodríguez y Gonzalo Muñoz; este último fue el que le dio las definitivas estocadas. Los hermanos Íñigo, Diego y Rodrigo Vela trataron de evitar que la infanta interviniese, derribándola y arrastrándola sobre las frías losas de las escaleras.

Todo esto fue visto y consentido por Fernán Laínez, gobernador de León. Este, al llegar con su gente al lugar de los hechos, en lugar de intervenir para parar la celada no hizo nada por evitarla, e impidió además que algunos de los que llegaban al lugar de la tragedia alertados por el tumulto ayudasen a los jóvenes amantes.

La infanta, en cuanto pudo, se lanzó sobre el cuerpo de su amado, tratando de reanimarlo, sin darse cuenta de que el conde estaba ya sin vida. Aun así, al estrecharlo sobre su pecho sintió el calor de la sangre que empezaba a empapar sus vestidos.

La escena era dantesca. Las escalinatas estaban llenas de sangre, pues los caballeros fieles de la escolta también habían muerto. Llorando desconsoladamente y con el cuerpo de su amado en el regazo, Sancha juró venganza contra los traidores.

La infanta fue llevada en estado *shock* a palacio. Fue la propia Sancha la que contó a Mabel, más tarde, cómo se habían desarrollado estos horribles hechos.

Los Vela y los caballeros traidores se retiraron de la escena y, reunidos con sus afines, salieron al galope de León.

Cuando tuvo Sancho III conocimientos de los hechos, se encaminó a la entrada de León y reclamó el cuerpo del conde. El cadáver fue entregado por Laínez, que le dijo que todo había sido una *vendetta* originada por las afrentas familiares entre los Vela y los condes de Castilla. Afirmó que los Vela y afines tomaron la ciudad por sorpresa y que él no pudo hacer nada por evitarlo.

El rey navarro se fijó en el cuerpo del joven conde. Vio que el cadáver presentaba infinidad de heridas de espada, pero no ha sido ni ultrajado ni mancillado. Mandó a su vez que el difunto fuera trasladado a la iglesia de San Isidoro.

Mientras, Munio y Ordoño, con otros caballeros, acompañaron al rey Vermudo III a palacio, donde se encontraba ya la infanta. Vermudo, al ver el estado lamentable que presentaba su hermana, con parte del vestido desgarrado y ensangrentado, y en el rictus de su cara y ojos una mezcla de tristeza y odio, pidió que los dejasen solos.

Ordoño y Munio se vieron con Mabel, que les contó el relato que la infanta le había hecho sobre cómo había ocurrido la tragedia. Se juró que no perdonaría la afrenta y que se tomaría venganza, pues Sancha estaba segura de que, aunque hubiesen sido los Vela los artífices de la conjura contra el conde, también lo habían traicionado y pasado a hierro tres de los caballeros de su séquito, y de que todos ellos habían contado con la condescendencia de Fernán Laínez gobernador de la ciudad.

El cuerpo del joven conde fue velado y homenajeado por sus caballeros y la nobleza de León en la capilla de la iglesia. Durante esos días, en la corte de León las intrigas y bulos fueron constantes. Lo primero que hicieron el rey Sancho III y su hermana Urraca fue aislar totalmente a los jóvenes huérfanos Vermudo y Sancha, que estaban traumatizados por todas las tragedias que les habían ocurrido en el corto espacio de años: perdieron a su madre y a su padre y estaban ahora a punto de perder también su reino y que este fuera anexionado a Navarra, aunque, de cara a ellos, sus tutores, los hermanos Sancho y Urraca, trataran de aparentar lo contrario.

Posteriormente, su cuñado el rey Sancho III, acompañado de sus súbditos, de nobles y caballeros de Castilla, entre los que se encontraba Munio, trasladaron el cadáver al monasterio de San Salvador de Oña para que lo enterraran en el panteón condal junto a su padre, el conde de Castilla Sancho García.

Capítulo 25: Muerte de los hermanos Vela

Mientras, los hermanos Íñigo, Diego y Rodrigo Vela huyeron con sus huestes y se refugiaron en el castillo de Monzón, donde el alcaide de la fortaleza, Fernán Gutiérrez, los acogió, aunque no con agrado. Estaba enterado de los acontecimientos acaecidos en León, y sabía que si se posicionaba de su parte sería aniquilado por los leoneses, por los castellanos o por los navarros. Como buen estratega que era, y sabiendo sobrevivir reinase quien reinase, sabía que en ese momento el más fuerte era el rey de Navarra. Rápidamente mandó un mensajero al rey Sancho III, comunicándole que los Vela se encontraban en su castillo.

La noticia le llegó al rey Sancho cuando estaba en el monasterio de San Salvador de Oña dando sepultura al conde. Mandó mensajes a sus hijos para que reuniesen a sus caballeros de armas y se reunieran con él en la vega de Castro, para posteriormente desde allí dirigirse al castillo de Monzón.

Cuando llegaron a Monzón sitiaron el castillo y el rey Sancho III pidió a Fernán Gutiérrez que les entregase a los Vela. Advirtió de que, si no se atendía su demanda, arrasaría y masacraría a todos los ocupantes de la fortaleza.

En un principio, Fernán temió por su vida, pues los Vela, intuyendo que habían sido traicionados, pensaron en un primer momento apoderarse del castillo y hacerse fuertes en él, pero, conscientes de que la lucha por el control los debilitaría más y de que con eso solo ganarían un poco de tiempo, optaron por negociar. Pidieron al rey Sancho III que los escuchara cuando se entregasen, pues creían que el rey, al que habían prestado múltiples de servicios, era sabedor de que esa situación lo beneficiaba a él más que a nadie. El monarca aceptó y los hermanos salieron y rindieron sus armas.

Sancho rápidamente mandó apresarlos y, sin escucharlos, mandó que los quemasen vivos a la vista de todos en la explanada de entrada a la fortaleza. Munio contó a Ordoño que nunca olvidaría los gritos y alaridos que daban, así como las frases inconexas dirigidas al rey con las que parecía que acusaban a este de haberlos manipulado, enviándole embajadas a Laínez para que juntos actuaran contra el joven conde.

Fernán Gutiérrez, una vez más, rindió pleitesía a Sancho III, y besándole la mano le juró fidelidad, haciéndole a la vez entrega de todas las posesiones de su condado sin consultas previas a Vermudo III, el verdadero dueño y señor. Una vez más, Fernán jugaba sobre seguro, posicionándose al lado del poderoso.

Sancho III vio cómo, en poco menos de un año desde la muerte de su cuñado, Alfonso V, sus planes se iban cumpliendo. Consiguió ser regente junto a su hermana Urraca del reino de León y manejar a su antojo al jovencísimo Vermudo, y al ser a su vez el marido de Maniadona, hermana del joven conde asesinado, consiguió hacerse con el condado de Castilla por derecho propio de

heredad de su mujer. Desde entonces, Sancho no iba a parar hasta verse coronado rey e *imperator* del reino de León.

⋆

Martín, según leía este pasaje, se daba cuenta que esa historia relativa a la muerte de los Vela y al asesinato del conde de Castilla la había oído contar cuando yendo en tren a Támara pasaban por Monzón y en lo alto del cerro se divisaba el Castillo.

En ese momento pensó que después de casi mil años tenía en sus manos unos legajos y un manuscrito que daban fe de una historia cruenta pero maravillosa de la cual se habían escrito hasta romances que cantaban los juglares, pero con muchas lagunas y contradicciones según las fuentes que leyeras.

⋆

Munio fue consciente de que desde ese momento se había quedado sin señor y que sería muy difícil, por fidelidad al condado, pasar al servicio del nuevo conde de Castilla, porque en definitiva eso sería pasar al servicio del rey Sancho III. Además, al estar trabajando sobre los límites de las tierras entre el Cea y el Pisuerga para que quedaran claramente definidas, había tenido algunas desavenencias con doña Urraca y los súbditos navarros destinados en la corte de León por mandato de Sancho III, pues, al conseguir el condado de Castilla las tierras entre el Cea y el Pisuerga, dadas por León como dote, Munio se opuso a las pretensiones de Navarra de desplazar el límite de su reino hacia el oeste ganando tierras de Álava y de Burgos que pertenecían al condado de Castilla. Debido a esto, tenía que ser hábil y cauteloso, pues su vida estaba en riesgo.

También tenía otros motivos para querer quedarse sirviendo definitivamente en la corte del rey Vermudo: se había enamorado perdidamente de Griselda, una joven dama de la corte.

Capítulo 26: Las intrigas del rey Sancho III, el Mayor

Munio, antes del triste acontecimiento de la muerte del joven conde, en una ocasión en que se hallaba comiendo con Ordoño y Mabel, les contó que un día, cuando iba cargado con los rollos de planos del condado de Castilla desde su aula hasta el gabinete donde se encontraban reunidos el rey y otros nobles para revisar los límites del condado, al recorrer el pasillo del patio porticado del palacio y doblar una de las esquinas, vio venir corriendo y riendo a dos jóvenes. Una de ellas tropezó con él, la joven le era desconocida. La otra era la infanta Sancha.

A Munio en un principio le sobrevino un arranque de cólera, pues los planos rodaron por el suelo algo mojado y temió que su trabajo se hubiera estropeado, pero, cuando subió la mirada, vio a la joven que le clavaba los ojos con una mirada radiante y una sonrisa encantadora. Munio tuvo conciencia de lo muy bella que era. Enseguida, con cierto rubor, le devolvió la sonrisa, y las dos jóvenes, entre risas, partieron a la carrera por el pasillo y se perdieron por una de las puertas.

Munio recogió los planos con sumo cuidado y vio con alivio que no tenían ningún daño, pues si se hubieran mojado posiblemente se habría echado a perder el trabajo de muchos meses. Sin darle más importancia al incidente, siguió rumbo al gabinete.

Fue Mabel quien días después le contó a Munio que la damita se llamaba Griselda y que era hija del gobernador de León Fernán Laínez. Era una joven muy jovial, algo caprichosa y muy culta, cosa poca habitual en esa época, menos aún en las mujeres. También lo puso al corriente de que Laínez estaba maquinando para buscarle un esposo de alta cuna y rico y así asegurarse una mejor posición. De hecho, ambicionaba casarla con alguno de los hijos de su primo carnal el rey Sancho III.

Munio, como era de esperar, convenció a Mabel para que le concertara una cita con Griselda. Mabel sabía que en esos menesteres había que andar con cuidado, pues, aunque tenía un cierto estatus en la corte al estar casada con Ordoño y por ser en ocasiones también cómplice y confidente de la infanta, no quería sin embargo dar la impresión de ser una celestina.

Aun así, le dijo a Munio que hablaría con Griselda en tono jocoso sobre el tropiezo que había tenido él con las jóvenes en los pasillos del claustro del palacio, y que actuaría según su reacción. Munio estuvo de acuerdo y le agradeció su intermediación.

A los pocos días, Mabel le dijo a Munio que había hablado con Griselda. Esta le contó a la esposa de Ordoño que la escena había sido muy graciosa y cómica, así como la cara desencajada que había puesto él al ver rodar los planos por el suelo. Añadió que le pareció encantador el cambio efectuado cuando la

miró, y que también ella había experimentado cierto rubor, por eso se marchó corriendo, para que no se le notara. Mabel aprovechó la conversación para invitarla a una comida que iba a celebrar por el aniversario de su boda con Ordoño a la que asistirían Munio y algunos caballeros y damas de la corte. Ella aceptó de inmediato.

Desde ese día los dos sintieron una atracción mutua, y siempre que a Munio el trabajo y las cuestiones de Estado le daban algo de tiempo libre se encontraban. Uno de sus lugares preferidos para verse a solas era en el puente de San Marcos sobre el río Bermesga, construido por los romanos, cuando la Legio VII Gemina se estableció en León definitivamente en el año 74 d. C. A Griselda le gustaba salir a caballo de la ciudad por las mañanas, actividad que hacía casi a diario, y Munio se dirigía al puente para verla cuando ella volvía a la ciudad. Se sentaban en los arenales que formaba el río con la orilla, y entre carantoñas y besos hacían planes de futuro. Ella siempre le decía que no consentiría que su padre le impusiera ningún marido, por muy normal que eso fuera en la época y más entre la gente noble, como su familia. Sin embargo, Munio sabía que eso era imposible, pues dado el puesto relevante de su padre y siendo primo del rey Navarro, no consentiría que se desposara con él. Aunque era de familia noble y pariente lejano del conde castellano, su posición social en la corte era de menor relevancia.

Otro sitio donde se veían era el palacio, pues ella iba a ver con asiduidad a la infanta Sancha. Les gustaba pasarse por el gabinete donde él trabajaba. La infanta a veces hacía un mohín y los dejaba a solas un rato. Antes de irse les decía: «Enseguida vuelvo, os vigilaré, así que cuidado con lo que hacéis». Estos espacios de intimidad les permitían contarse las intrigas y cotilleos de la corte, aunque por respeto nunca hablaban de esas cosas si estaba presente la infanta.

Munio trataba de informarse sobre el punto de vista del padre de Griselda en las relaciones entre el reino de León y el de Navarra, así como el posicionamiento del condado de Castilla entre los dos reinos. Esto lo hacía por fidelidad a su señor el conde y porque sabía que en esos tiempos se estaba librando una batalla política entre los reinos y el condado que podía marcar el devenir de la historia. Aunque en una ocasión le dijo claramente a Griselda que no quería que se sintiera utilizada, que le contara solo hasta donde ella creyera que podía o quería. Su contestación lo asombró. Fue: «Por fin puedo hablar con alguien de cosas importantes, y no solo, como ocurre con las jóvenes damas de la corte y las señoras de alta alcurnia, de cosas banales y de la moralidad, aunque después muchas de ellas sean las más inmorales del reino».

En una de las conversaciones sobre las preferencias de su padre, le dijo que, sin ninguna duda, su padre estaba alineado con las ideas del rey Sancho III de Navarra. Ella conocía al rey desde que era una niña, aunque al vivir este en Pamplona se habían visto pocas veces. Le parecía afable, en ocasiones hasta encantador; eso sí, muy ambicioso.

También le dijo a Munio: «Por desgracia, creo que Sancho III tiene razón en lo que postula, pues él cree que las monarquías actuales tienen que adecuarse a los nuevos tiempos, siendo más abiertas a sus señores feudales, dotándolos de facultades para gobernar sus dominios, pero a la vez permaneciendo fieles al rey y a los objetivos comunes que quieren lograr». Añadió: «Sancho III piensa que los señores feudales, la nobleza de León y el condado de Castilla no tienen un objetivo común, que solo miran por sus intereses individuales y por preservar su patrimonio, rivalizando entre ellos y desangrándose en disputas y guerras. Por ese camino tardarán muchos siglos en conseguir el objetivo común de expulsar a los árabes. Además, nunca a los reyes leoneses, al considerarse *imperatores* por la gracia de Dios, les ha interesado o preocupado la política exterior, ni relacionarse con otros reinos europeos como los carolingios o el papado de Roma». Se detuvo un momento y finalizó: «Sancho III, sin embargo, considera que esto es de suma importancia para el futuro, por eso él sí ha establecido embajadas con el Sacro Imperio Romano Germánico, con el reino de Francia y con el papado. Él sabe que el tener buenas relaciones con Europa le ayudará a conseguir los apoyos y bendiciones que necesitará en sus luchas internas para hacerse con todo el poder de los reinos cristianos, pero, como buen estratega que es, todo lo tratará de hacer mediante la intriga, evitando en lo posible guerras para no parecer un usurpador».

A Munio, aunque no le gustaban las conclusiones a las que Grisela había llegado, tuvo que reconocer lo acertadas que eran. Ella le había contado que lo que más le gustaba era observar y escuchar, por eso, desde pequeña, cuando su padre estaba reunido con nobles o con el clero, se colocaba apartada en una esquina del gabinete donde estaban reunidos, fingiendo que hacía cualquiera labor, para enterarse de lo que hablaban —aunque en ocasiones su padre, cuando lo consideraba oportuno y no quería que escuchara sobre qué hablaban, la mandaba salir—. Esto a ella le había servido para formarse, para pensar y para tener una opinión propia de las cosas.

La verdad es que Munio estaba impresionado de que una joven de buena posición se preocupara tanto por la política y casi nada por otras cosas mundanas, aunque su elegancia y su coquetería realzaban su figura femenina de gran belleza. A Munio le gustaba hablar con ella de estos temas, pues siempre aprendía cosas nuevas y su punto de vista lo ayudaba a considerar realidades distintas a las que él había pensado. Aparte, dedicaban mucho tiempo a debatir sobre lo que sería mejor para el reino.

También tenían tiempo para dar rienda suelta a su pasión juvenil, aunque debían reprimir sus instintos y bajas pasiones, pues ella en ningún momento quería violentar a su familia con comportamientos que pudieran acarrear deshonra, sobre todo a su padre.

Griselda siempre decía que la sociedad era tremendamente hipócrita porque ejercía una doble moralidad para aparentar, aunque las ciudades y aldeas

estuvieran llenas de hijos bastardos. Eso era más habitual todavía en la nobleza, cuando era la que tenía que dar ejemplo al resto, incluido el rey de Navarra, que tuvo su primer hijo, Ramiro, fuera del matrimonio, aunque lo reconociera y le diera su lugar.

Munio siempre se quedaba impresionado ante los razonamientos y oratoria de Griselda cuando le contaba sus pensamientos y conclusiones. Cada vez entendía mejor lo que en su día le había dicho Mabel: «¡Munio, Griselda no es solo una de las personas más cultas que yo haya conocido, sino que, siendo tan joven, también es la más inteligente!».

Cuando Griselda tuvo conocimiento de la boda de la joven infanta con el conde se puso contentísima, porque sabía la ilusión que les hacía a los dos por el gran amor y cariño que sentían el uno hacia el otro, y a la vez porque pensaba que eso sería bueno para el reino de León, que saldría fortalecido en su pugna por la hegemonía, debilitando a su vez las pretensiones del rey de Navarra, aunque, como ella decía, no había que olvidarse de que el conde era muy joven y el rey Sancho era su cuñado y había sido su tutor.

Unos días antes de la boda, Munio veía a Griselda cabizbaja y sin ese rictus de alegría que inundaba todas sus facciones. Su lenguaje corporal no era el habitual. Lo achacó a lo involucrada que estaba en los preparativos de la boda de la infanta. Más tarde, estuvo seguro de que su intuición sobre que algo le pasaba era cierta.

Griselda, por fin, le contó que había sido testigo de un hecho ocurrido la noche del tercer día anterior a la boda que tenía que ver con los sucesos posteriores.

Su padre, esa noche, se había reunido con uno de los hermanos Vela. Este había llegado a la casa de forma discreta, nadie tenía conocimiento de la visita. Ella estaba en su gabinete leyendo, pues no podía dormir, cuando oyó un leve ruido. Se asomó a la ventana que daba a la entrada de la casa y vio que franqueaban la entrada a una persona embozada. Rápidamente bajó por una de las escaleras que daban a la planta baja, pues sabía que si lo hacía rápido podría ver quién era antes de que entraran en el gabinete donde su padre recibía a la gente importante. Cuando llegó al pasillo y se cruzó con ellos, su padre la increpó, preguntándole qué hacía levantada a estas horas. Ella le contestó que iba a la cocina a beber agua.

Aunque todavía embozado, vio lo suficiente para saber que la persona era Rodrigo Vela, pues lo conocía de verlo en la corte y en ocasiones en su casa. Ella era consciente de las desavenencias de la familia Vela con el condado de Castilla, pues sabía que fue el conde Fernán González, bisabuelo del joven conde García Sánchez, el que les confiscó sus tierras y propiedades y los desterró del condado, por eso le causó intriga y preocupación esa visita inesperada.

Al día siguiente preguntó a su padre cuál había sido el motivo de la visita que le había hecho Rodrigo. El progenitor, de una forma seria y cortante, respondió: «Ha venido para ver las posibilidades que tiene de desposarte con su hermano pequeño. Le he contestado que tengo que pensarlo. Esa familia, aunque cayó en desgracia, se está recuperando y se les vislumbra un buen futuro».

Griselda conocía a su padre demasiado bien y sabía que le estaba mintiendo. De todos modos, repuso indignada: «Ya sabes que me casaré con quien yo decida, no aceptaré ninguna imposición».

Munio contó a Griselda la acusación velada que Rodrigo Vela hizo entrecortadamente antes de morir quemado a las puertas del castillo de Monzón sobre la participación de su padre en la conjura para asesinar al conde. Griselda le contestó que ya se imaginaba que nada bueno podía salir de la reunión que había habido en su casa aquella noche.

Los dos estuvieron de acuerdo en que a partir de ese momento algo grave podía ocurrir. No se sabía en qué posición quedaría la familia de Griselda a partir de entonces, debido al posicionamiento poco claro de su padre en el asesinato del joven conde. Tampoco tenían clara la actitud que a partir de ese momento tendrían el rey Vermudo III y la corte de León ante los luctuosos hechos ocurridos, ni cómo sería la relación que tendría Griselda con la infanta Sancha, pues, desde entonces, Sancha no la había recibido ni le había dado audiencia.

Durante las siguientes semanas la actividad en el reino fue intensa. Se estaba tratando de investigar y de delimitar las responsabilidades en el asesinato del conde, pero rápidamente se dictaminó que los únicos responsables habían sido los Vela y que ni los caballeros castellanos a los que se suponían traidores ni el gobernador Fernán Laínez habían participado directamente en los hechos; es más, se puso de manifiesto que llegaron al sitio alertados por el ruido de las espadas y voces de caballeros luchando en las calles cercanas, y que lo que hicieron fue tratar fue evitar lo que por desgracia ya había ocurrido.

Después de esta investigación, los nobles castellanoleoneses creían que no se había hecho justicia y que había habido una tremenda manipulación en su contra. Vieron, sin embargo, que las piezas que manejaba en el tablero el rey navarro seguían intactas: Laínez seguía como gobernador de León, a Gonzalo Muñoz posteriormente se le otorgaría un pequeño condado en tierras asturianas… Solo había perdido algún peón, pero a su favor había ganado para su familia un gran condado, extenso y muy fuerte.

Munio se dio cuenta de la sagacidad del rey Sancho III, como le había dicho Griselda. Enseguida su mujer, Maniadona, hermana del difunto conde, se proclamó heredera del condado de Castilla e incorporó también a este las tierras entre el Cea y el Pisuerga que el rey Vermudo III había prometido otorgar como dote al conde antes de que fuera asesinado. Aunque ni el rey

Vermudo III ni sus nobles aceptaban esos hechos consumados, la realidad es que esto colocaba al rey Sancho III como conde de Castilla, pero, para desviar cualquier atisbo de sospecha sobre su participación en el asesinato, una de las primeras medidas que tomó su mujer fue nombrar conde de Castilla a su joven hijo Fernando. Maniadona estaba de acuerdo con su esposo el rey Sancho en que una cosa es quién figura como conde o como rey y otra bien distinta quién verdaderamente gobierna, tanto en León como en Castilla. En esos momentos, tanto el rey Vermudo III como Fernando eran menores de edad, y el que verdaderamente gobernaba era Sancho III, regente y tutor de Vermudo y padre de Fernando.

Munio, después de reflexionar sobre su situación, confesó a Griselda que quería estar más cerca de ella, y aunque sabía que sería difícil, le gustaría poder casarse y formar una familia, así que estaba decidido a quedarse en León, pues pensaba, al haber muerto su señor, que podía ser más útil al reino y al rey Vermudo III trabajando a su servicio. Ella se lanzó a sus brazos y se besaron apasionadamente.

Los dos acordaron buscar la intermediación de Ordoño y Mabel.

Munio y Ordoño se pusieron de acuerdo para solicitar al rey Vermudo III que permitiese al primero quedarse en León. Ordoño logró una audiencia privada con el rey y le pidió que Munio entrase a formar parte del servicio real. Le hizo ver que sería una persona de gran valía tanto como caballero de armas como en cualquier otro trabajo importante.

El rey pidió consejo a otros nobles, que estuvieron de acuerdo, pues Munio gozaba de gran prestigio. El rey aceptó su incorporación a la corte, en contra de la opinión de su madrasta, y lo nombró geógrafo, pues una parte importante de los nobles estimaban que su trabajo durante los meses que estuvo delimitando las fronteras fue preciso, aunque también se había ganado algunos enemigos.

Ordoño y Munio, en el trascurso de muy poco tiempo, se dieron cuenta de que sus posiciones en el reino y en el condado eran muy débiles, pues los signatarios navarros puestos por Sancho y su hermana eran los verdaderos gobernantes. Es más, empezaban a surgir rebeliones de los nobles y condes del reino de León y del condado de Castilla. Esas sublevaciones le dieron la oportunidad a Sancho III de anexionarse los condados de Saldaña y Carrión.

Además, Sancho III logró convencer a Vermudo III para que partiese con un ejército de caballeros y nobles del reino, entre los que se encontraban Ordoño y Munio, a batallar hasta conseguir la pacificación de los condes rebeldes de Galicia; uno de estos condes rebeldes es otra vez el conde Romaniz. Con esta decisión, Sancho III logró que León quedase desprotegido, y aprovechó esa situación para extender su poder hasta Astorga de forma pacífica. Y ante el vacío de poder reinante entre los años 1030 y 1032, ocupó con sus leales todos los estamentos del reino de León.

Una vez más, se ponía de manifiesto la capacidad de Sancho III para provocar acontecimientos sin ser la cara visible ellos y que posteriormente esos hechos derivasen en la necesidad de que él se presentase como salvador, en lugar de como provocador. Durante ese periodo, Sancho III, en ocasiones, firmaba documentos como rey de León.

Antes de la partida de Munio a batallar por tierras gallegas, fue recibido en audiencia por el padre de Griselda para pedirle la mano de su hija y desposarla. Como era habitual, en la audiencia solo estuvieron los dos, mientras Griselda estaba fuera al acecho esperando con ansiedad y preocupación. Intuía que iba a ser rechazado y así fue. Su padre no solo lo rechazó, sino que lo trató de forma humillante. Lo conminó a que dejara de ver a su hija y le espetó que nunca más quería volver a verlo por su casa.

Después de la partida de Munio, Griselda libró una dura batalla con su padre, pues este le comunicó que había convenido en desposarla con Gonzalo Muñoz, con el que ya estaba todo hablado; aseguró que con esa boda la familia iba a resultar más fortalecida. Lo que no intuía ni esperaba era que su hija le contestase que se sentía como moneda de cambio para comprar el silencio de Gonzalo, y que la visita de Rodrigo Vela aquella noche en la casa familiar fue para conjurarse todos ellos en un complot para asesinar al conde. Lo conminó a que aceptase su boda con Munio porque, si la obligaba a casarse con Gonzalo, estaba dispuesta a informar en su momento de todo eso al rey Vermudo III y a la infanta. Su padre, enfurecido, le contestó: «Ten cuidado con amenazarme y chantajearme. Todos nos jugamos mucho, tú también». Sin embargo, pasados unos días informó a Gonzalo de que necesitaba algo más de tiempo, pues su hija era de ideas propias, pero que al final la convencería. Lo que no intuía es que Gonzalo estaba enterado de los pormenores de la conversación que el padre había tenido con su hija, pues esa noche, después de la discusión con ella, su padre se había ido a visitar a Gumersinda.

Gumersinda era una joven viuda de alta alcurnia cuyo marido era un noble leonés, ayudante de campo del rey Alfonso V, que había muerto al poco tiempo de la batalla de Viseo. A su muerte, Laínez, que era un gran amigo del noble, la acogió bajo su protección y la ayudó a gestionar su hacienda.

Gumersinda era una mujer muy bella y dotada de una fuerte sensualidad, que lograba que los hombres de cualquier condición se volvieran locos por ella. En la corte gozaba de buenas amistades entre los caballeros y enemistades entre las damas, que le reprochaban sus coqueteos continuos y la acusaban veladamente de usar ciencias ocultas, pócimas y elixires, como las brujas, para cautivar a los varones.

Cuando el conde Laínez llegó a casa de Gumersinda, su doncella la avisó de su llegada. Ella, en esos momentos, se encontraba en sus habitaciones, fornicando con el joven escudero a su servicio. No entendió por qué iba

Laínez a esas horas sin avisar. Mandó a una criada arreglar la habitación y ventilarla, pues el ambiente olía a efluvios corporales y a los aceites y elixires que había empleado durante los actos amorosos.

Mandó también que hicieran pasar al gobernador al gabinete, donde tenía por costumbre despachar con él, y ordenó que mientras ella llegaba le sirvieran una copa del vino que le tenía reservado para cuando la visitaba.

A su joven doncel lo instó a que se vistiera, pero sin prisas, pues todavía quería contemplar su maravilloso y fornido cuerpo. El joven se levantó y, como ella le había pedido, lentamente introdujo los pies en las calzas y las deslizó a lo largo de sus esbeltas piernas hasta llegar a la cintura mientras su señora y la doncella lo observaban maravilladas. En esos momentos, Gumersinda se volvió hacia la criada y, riendo, le preguntó: «¿No te he dicho lo que tienes que hacer?, ¿qué haces como una bobalicona mirando lo que no se ha hecho para ti?». Pese a sus palabras, la dama intuía que el joven semental, siempre que podía, y siendo tan ardiente y viril, también da, afecto a su doncella y a su criada. En una ocasión los pilló a los tres en actitud indecorosa y semidesnudos en la bodega de la casa, riendo y bebiendo.

A Gumersinda eso no le importaba, pues para ella el joven era un entretenimiento más y entendía que ellos, como jóvenes que eran, tenían que disfrutar. Además, ellos sabían que su ama estaba al tanto de sus escarceos y los consentía siempre que fueran fieles y discretos, por eso les pedía que lo que pasara en la casa se quedara en la casa, sin posibilidad de que fuera de ella alguien pudiera poner en entredicho la decencia y el buen hacer de su señora, pues sabía el tremendo peligro que corría en esa época al ser promiscua y permisiva. Esos comportamientos iban en contra de los mandatos de la Santa Madre Iglesia, aunque entre sus amantes hubiera también algún importante miembro de la curia; eso sí, ninguno sabía que recibía a otros. Ella se arriesgaba, pero era consciente de que en esos tiempos, si quería sobrevivir y no ser manipulada por los hombres, tenía que ser seductora y complaciente, si bien llevando siempre ella las riendas. Gracias a su personalidad y carácter lograba que ellos cayeran postrados a sus pies.

Una vez que el doncel salió de la habitación, Gumersinda se encaminó a la parte baja de la casa, donde estaba el gabinete. Entró, se dirigió hacia el conde y le dio un efusivo beso. Él reparó de inmediato en que solo llevaba un batín de seda trasparente. Ella, con un mohín y una amplia sonrisa, giró a su alrededor y le dijo: «Querido, ¿qué te trae por aquí a estas horas?, mira con qué pintas me has pillado. Yo ya te creía entre las sábanas de otra, por eso estaba aburrida en mi habitación, leyendo un libro de caballería de esos que tanto os gustan a los hombres».

Fernán, aunque llegó ofuscado, agradeció como siempre en ella esa actitud encantadora y arrebatadora, y pudo admirar su espléndido cuerpo al contraluz de las velas, perfectamente definido debajo del batín. En ese momento pensó

que ir allí era lo mejor que podía haber hecho. Además, tenía que confesarle lo hablado con su hija, tanto sobre su boda como de la amenaza velada que esta le había hecho de la conjura.

También quería saber si conocía a Munio, aunque ya de antemano estaba seguro de que sí, pues no había nadie en la corte que en algún momento, para bien o para mal, no hubiera tenido algún coqueteo con ella, aunque fuera sin importancia.

Saborearon los dos una copa del vino preferido de ambos y la puso al corriente de la situación. Después de un breve silencio, ella le dijo: «Los padres estáis acostumbrados a imponer a vuestras hijas con quién se deben casar, sin tener en cuenta en ningún momento sus preferencias y sus sentimientos, pero cierto es que en cuestión de amor vuestros sentimientos son siempre nulos. Os limitáis a meter la verga en un agujero y para eso no necesitáis una esposa, os vale cualquier ramera a la que luego trasladáis vuestras penas y sinsabores de la vida, porque ni tan siquiera sois capaces de hablarlo con vuestras mujeres. Porque, contéstame, ¿has hablado de esto con tu mujer?». Él contestó: «No, eres la primera persona con la que lo hablo. Además, mi mujer querrá siempre lo mejor para ella, pues hay mucha diferencia de que se case con Munio a que se case con Gonzalo».

Gumersinda, despectiva, respondió: «Sí, ya, como siempre, lo que queréis es lo mejor para mantener una posición, no para que sea feliz». Él replicó: «Eres tú la que me dice esto cuando me aceptas no solo como administrador de tu patrimonio, sino como tu amante». Ella rebatió: «Es cierto, pero yo soy una persona libre. Además, si me lo has contado es porque esperabas mi opinión sincera, ¿o quieres que te diga lo que te gustaría oír?». Laínez reconoció que, aunque no le gustaba lo que le decía sobre un asunto tan peliagudo, su opinión sobre el mismo y la forma de explicarlo eran de una lógica contundente. Aun así, no pensaba hacerle caso, y le dijo que seguiría con su plan de casarla con Gonzalo, pues lo más importante en la vida era la posición. «Después ya tendrá tiempo, si le apetece y su marido se lo permite, de tener amantes, sea Munio o cualquier otro».

Gumersinda, aun sabiendo que su opinión y razonamiento eran los más loables para que triunfase el amor sobre los intereses, en el fondo era consciente de que era una tremenda manipuladora. Por eso su opinión había sido totalmente interesada. La boda entre Griselda y Gonzalo no era buena para sus intereses, y podía estar jugándose mucho, aunque también sabía que en esos instantes era mejor dejar el asunto. Le sirvió otra copa y le dijo: «Querido, puede ser que tengas tú razón. Debemos pensar que la vida será larga, y por eso es mejor que elijas a alguien que le dé una existencia cómoda y sin sobresaltos. De eso sé yo bastante por experiencia, porque gracias a tu buen hacer llevándome las rentas de mi hacienda y a los regalos y caprichos que me has dado siempre, aun en los tiempos en que vivía mi marido, he podido sobrevivir

holgadamente e incluso hacer obras de caridad con donaciones a monasterios, como al cenobio de San Miguel de Almázcara de los monjes benedictinos, fundado por mi tío Gonzalo Ramírez, alférez real y alcaide del Castillo de Luna, construido siendo rey Vermudo II, abuelo de Vermudo III». Y reclinándose sobre el triclinio mostró todo el esplendor de su cuerpo y añadió, riéndose de una forma pícara y sensual: «Que conste que lo hago con el fin de que los monjes recen por mi alma y mi reputación».

Gumersinda sabía lo importante que era en la buena sociedad ser mecenas de instituciones eclesiásticas, sobre todo de ese cenobio, el preferido de la familia real de León. Por eso, cada tres meses salía de León acompañada por su doncel y su doncella para pasar una semana en la hacienda que tenía en la aldea cercana al cenobio. Aprovechaba su estancia en el campo para hacer una visita a los monjes. En esa visita realizaba su donación y se aseguraba de que su apuesto confesor rezara por su alma. Para que ella no perdiera su reputación, se brindaba a darle el calor físico y espiritual que tanto necesitaba.

Los dos, además, intercambiaban aprendizajes. Ella le enseñaba las diferentes y variadas artes amatorias mientras retozaban en un pequeño molino que tenían los monjes en la ribera del río Sil. Para él estas lecciones eran muy importantes, pues estaba inmerso en la redacción de un códice donde explicaría las distintas formas que tenía el diablo para corromper y poseer las almas. Él, que era dado a la observación de la naturaleza y al comportamiento de los animales con su entorno, le mostraba el arte de pescar grandes truchas. Al atardecer, sin hacer ruido alguno, se sentaban en la orilla del río y veían cómo las truchas subían a la superficie del agua a coger insectos para alimentarse. El monje había ideado un arito de hierro abierto en forma de U. En una de las puntas del arito ataba una cuerda fina que elaboraba con cáñamo y untaba con grasa; la otra punta de la cuerda la ataba fuerte a una larga vara de bambú. En la punta del arito, terminado en un arponcillo curvo y afilado, colocaba muy bien atadas con hilo de seda algunas pequeñas plumas de los gallos criados en el monasterio, logrando simular insectos y moscas. Después las lanzaba a las aguas del río. Las truchas, tremendamente voraces, rápidamente se lanzaban a la superficie a por su bocado preferido, pero era el monje el que al tirar de la fina cuerda obtenía rápidamente su trofeo. A ella esto la fascinaba, pues en definitiva el monje usaba con las truchas el arte del engaño. Era lo mismo que ella hacía con los hombres, y siempre picaban, aunque entendía que con el monje el engaño era mutuo.

Después, en ocasiones, en la misma orilla y junto a la pared de piedra del molino, encendía un pequeño fuego y las cocinaba. Las comían acompañadas de un trozo de hogaza y de un buen vino. Ella aprovechó uno de esos días para preguntarle de una forma pícara y desvergonzada si también estaba escribiendo un tratado sobre el arte de la pesca con mosca. El religioso dijo que por supuesto, que sus dos tratados serían únicos y famosos en el futuro.

Ella estaba encantada con esas salidas, pues le permitían descansar de la vida agotadora y llena de intrigas y de peligros de la corte. Nunca se sabía si al caer en desgracia te iban a desterrar, o peor, si en cualquier momento podías tener un *accidente*. Ella allí se sentía libre, sin encorsetamientos. Podía salir a cazar y a pescar y podía dar rienda suelta a sus pasiones carnales, tanto con el monje en las escapadas que hacían al río como en la hacienda con su doncel, con la doncella y en ocasiones los tres juntos.

Gumersinda interrumpió sus remembranzas sobre sus temporadas en la hacienda. Dejó la copa y levantándose le dijo a Laínez: «Creo que es hora de que me retire a mis habitaciones y de que tú, después del día que has tenido, regreses a tu casa a descansar. Deja que pasen algunos días y con tranquilidad vuelve hablar con tu hija sobre su futuro, pero no desde de la imposición por ser su padre, sino desde la perspectiva de que es lo mejor para ella y la familia, pues son tiempos revueltos e imprevisibles». Él se acercó, la besó y salió hacia su casa.

Gumersinda reflexionó sobre el riesgo que estaba corriendo su protector si se sabía, o llegaba a oídos de alguien, la visita que le había hecho en su casa Rodrigo Vela una noche próxima al asesinato del conde. Aún era mucho más peligroso que fuera su propia hija la que pudiera decírselo a la infanta en un momento de ofuscación.

Mandó a su doncel con un aviso a una hacienda próxima a León que pertenecía a uno de sus familiares. Allí se había refugiado Gonzalo Muñoz después de los sucesos. Este había sido absuelto por los mayores del reino debido al testimonio a favor que había dado el gobernador Laínez, totalmente contrario a lo que la infanta había contado y opinado.

La infanta, al final, había claudicado. Era consciente de que tanto su hermano Vermudo como ella eran dos muñecos en manos del clan navarro, y esa fuerza cada día era mayor. Se había acrecentado con la llegada a la corte, con la intención de quedarse un largo tiempo, de doña Jimena Fernández, madre de doña Urraca y de Sancho III, que aparte de haber sido reina de Navarra estaba fuertemente emparentada con las casas de Saldaña y de Monzón. Aun con todo en contra, la infanta había jurado que esperaría el tiempo necesario para tomarse venganza.

Cuando llegó a la hacienda, el doncel le entregó en mano a Gonzalo el aviso de su señora y lo informó de que se quedaría esperando la respuesta para llevársela a su ama. Él entró en la casa, leyó la nota y al momento salió con otra para que se la entregase a Gumersinda.

La misiva mandada por Gumersinda era corta y en ningún momento traslucía ningún secreto, pues, como persona inteligente, ella sabía que no se podían escribir ciertas cosas, pues nunca sabías en qué manos podía caer, por eso solo le había escrito una escueta frase: «¡Necesito verte! Mañana al atardecer en mi casa». La contestación fue igual de escueta: «¡Allí estaré, ponte guapa,

pienso quedarme a dormir!».

El doncel, raudo, volvió a la casa y se la entregó a su señora. Lo primero que pensó al leerla fue: «Parece mentira que siendo tan buen mozo y viril sea tan imbécil, poner por escrito cosas como estas sin pararse a pensar que alguien puede enterarse de nuestros líos». Aunque rápidamente llegaron a su cabeza pensamientos de las noches locas de pasión que vivían siempre que estaban juntos. Discretamente, la noche que Gonzalo iba a su casa, ella dejaba sin atrancar la puerta trasera, que daba a uno de los patios y al establo. Él, sigilosamente, pasaba y se dirigía al establo para dejar el caballo. Ella, en multitud de ocasiones, sobre todo cuando vivía su marido, lo esperaba de forma provocativa, encima de unas mantas extendidas sobre las mieses con suficiente vino y elixires para disfrutar y hacer el amor durante horas.

Su marido había sido un hombre bastante mayor que ella y de una frágil salud, muy respetado en la corte. A ella sus padres la obligaron a casarse con él. En un principio eso supuso un gran sacrificio, pues de quien Gumersinda estaba verdaderamente enamorada era de Gonzalo, pero después se dio cuenta de que si era hábil y prudente podía tener ambas cosas: dinero y amantes. Al poco tiempo de casarse, usó una pócima embriagadora para ayudar a su marido a pasar a la otra vida de una forma feliz.

En esos momentos, Gonzalo se había convertido para Gumersinda en un juguete que hacía lo que ella quería en todo momento y sobre cualquier cosa que le apeteciera. Había llegado a atarlo a las argollas de los caballos en el establo y a practicar con él cualquier juego sexual que le apeteciera, por ese motivo no estaba dispuesta a desprenderse de Gonzalo, aunque el gobernador lo quisiera para que se casase su bella hija. Sabía que aun casado podía seguir utilizándolo, pero, posesiva como era, no quería compartirlo, y por supuesto tampoco quería casarse con él. En ocasiones este se lo había propuesto, pero ella no estaba dispuesta a perder su libertad.

Al día siguiente, entrada la noche, Gonzalo se presentó según lo previsto. Ella lo esperaba en el gabinete con gesto de preocupación, pero aun así su aspecto seguía siendo imponente, de una belleza arrebatadora. Él, intuyendo que el tema del que tenían que hablar era serio, se dejó de chanzas y la besó en la mejilla con cortesía, ella le devolvió el beso. Se sentaron y se sirvieron una copa de vino, seguidamente ella lo puso al corriente de la situación. Después de un silencio, Gonzalo dijo: «A mí me parece fantástico, mi situación después de lo ocurrido mejorará en la corte y tendré la posibilidad de tener en mis brazos a las dos mujeres más bellas del reino». Seguidamente pasó a preguntarle: «¿Cuál es el problema que tanto te preocupa?».

Ella con gran calma, le dijo: «Mi querido Gonzalo, en ocasiones pareces tonto. Tú llamas "incidente" a un asesinato en el que has estado involucrado, y además se rumorea que tu espada fue la que más estocadas infligió al conde. Además, das por hecho que Griselda va a aceptar la imposición de su padre

para que se case contigo. Yo no estoy tan segura, pues se sabe que es una joven inteligente, con ideas propias y poco manipulable, y en cualquier momento Munio y ella pueden pedir audiencia al rey Vermudo III y a la infanta Sancha y contarles la visita que hizo Rodrigo a su padre una de las noches anteriores al asesinato. Se podría reabrir la investigación de los hechos, y eso no os beneficiaría a ninguno de los dos. Ten en cuenta que si ella no dio ese paso antes fue para proteger a su padre. Como ves, mi querido Gonzalo, eso es lo que me preocupa». Él lo consideró: «Y entonces, según tú, ¿qué debemos hacer?». Ella explicó: «Creo que solo hay dos alternativas. Una es que Laínez logre al final convencerla; aun así, siempre existirá el riesgo de que ella pueda recurrir a chantajearos. La segunda…, si no logra convencerla, aunque sea duro, habrá que deshacerse de Griselda sin que su padre lo sepa. Gonzalo, es fundamental que de esto no digas ni una palabra a nadie». Él quiso saber: «Si al final llega ese momento, ¿qué hacemos con Munio?». Ella respondió: «Eso me preocupa menos, al final Munio no vio ni oyó nada, si alguna vez dice algo es su palabra contra la vuestra, y aunque él goce de buenas relaciones, la fuerza que vosotros tenéis en la corte es mayor».

Gumersinda estaba disfrutando del momento y de lo dicho. Una de las cosas que más anhelaba era que Munio claudicara a sus encantos, pues era el único con el que no lo había conseguido. Cuando en visitas asiduas a la corte pasaba por el gabinete donde trabajaba, siempre estaba absorto entre sus planos y no le prestaba atención, lo que a ella la desesperaba. Aun así, pensaba que lograría su fin y que gozaría también de él.

«Bien», dijo Gonzalo, «veremos cómo trascurren los acontecimientos y después decidiremos, pues he recibido mensaje de Laínez para que vaya mañana a verlo. Seguro que será para contarme que su hija no me quiere como marido». Y con una carcajada sonora y cínica añadió: «Como si me importara, cuando a mí solo me importas tú, así que ¿por qué no me invitas a pasar la noche contigo? Se ha hecho tarde para andar por ahí, a saber con quién me puedo encontrar». Ella, sonriéndole y provocándolo, asintió: «Claro que sí, porque si te digo que te vayas seguro que acabarás con una ramera en algún lupanar de mala muerte».

Cuando a la mañana siguiente Laínez le pidió a Gonzalo tiempo para convencer a su hija, este le dijo: «Con el poder de convicción que tienes y lo inteligente que es Griselda, seguro que recapacitará y se dará cuenta de que es lo mejor para nuestras familias. Sigue insistiendo y cuando la decisión esté tomada haremos todos los preparativos para el enlace».

Munio siguió en campaña por tierras gallegas con las tropas del rey, librando duros enfrentamientos contra los rebeldes.

El rey Vermudo III por fin logró prender a Romaniz y pacificar una vez más a los condes rebeldes gallegos. Durante esa campaña, la relación del rey con

Ordoño y Munio se fortaleció de tal forma que este habitualmente les pedía consejos, aunque siempre debían recordarle que fuera precavido, pues, cuando entraba en el campo de batalla, siempre era el primero en lanzarse contra el enemigo sin pensar que, como rey, tenía que reservarse en la retaguardia para revisar continuamente la estrategia. El rey, en ocasiones, les dijo que para eso contaba con ellos, pues creía que era más útil yendo en cabeza y espoleando a sus hombres hacia la victoria. Era cierto que esa estrategia en algunos momentos funcionaba, pues era un joven valiente, altivo, que aparentaba además mucha más edad de la que tenía entonces y al que todos sus súbditos seguían con la convicción de que los guiaría a la victoria.

Vermudo III retornó a León con su ejército y se deprendió de la tutoría y regencia de su madrasta. Llegó a un acuerdo con el rey Sancho III, que consistía en casar a su hermana, la infanta Sancha, con el hijo de este, Fernando.

El acuerdo no les terminaba de gustar a Ordoño y a algunos otros nobles, sin embargo hicieron saber al rey que aceptaban el matrimonio, pues creían que era la mejor opción para terminar con las disputas constantes entre leoneses, castellanos y navarros.

Capítulo 27: La venganza de la infanta Sancha de León

La infanta estuvo de acuerdo con ese matrimonio, pues vio en la unión la única forma de fortalecer su posición. Confesó a Mabel que se sentía traicionada por todos. Culpaba sobre todo al rey Sancho III y a su hermano, el rey Vermudo III: estaba convencida de que se habían priorizado los intereses de Navarra a hacer justicia condenando a todos los implicados en el asesinato del conde. Creía que los verdaderos culpables seguían en puestos importantes del reino, y también que su hermano no contaba con el apoyo total de la nobleza de León para sentirse fuerte y poder gobernar libremente sin la tutela de Sancho III. Aunque en su corazón habían decrecido las ansias de venganza, no quería sentirse indefensa y manejada en el futuro. Casándose con el joven Fernando tenía la posibilidad de ser ella la que manejase la situación, pues sería condesa de Castilla y seguiría siendo infanta de León, y quién sabía si en esos tiempos convulsos al final podría ser ella la que influya en las decisiones del reino y marcase una nueva línea dinástica.

Mabel hizo partícipe a Ordoño de estas confesiones. Añadió que adivinaba en los ojos de Sancha y en su lenguaje corporal una seguridad nunca vista antes. Mabel opinaba que había sido Sancha la que verdaderamente había urdido el plan, con su madrasta Urraca, de casarse con Fernando.

Durante el tiempo que Vermudo III estuvo batallando por Galicia, Laínez siguió en su puesto de gobernador. Estuvo todo ese tiempo tratando de convencer a Griselda para que se casase con Gonzalo, llegó a amenazarla con desheredarla y meterla en un convento de clausura que hay en el norte de Carrión de los Condes, en la orilla del río Carrión. Ella se mostró dispuesta a aceptar el sacrificio, pues no traicionaría al amor de su vida casándose por interés con otro hombre.

Gonzalo estaba al tanto de la deriva de la situación y pensaba que sería difícil reconducirla. Temía que Griselda cumpliese la amenaza de hablar con la infanta sobre los lamentables sucesos y se decidió a actuar antes del regreso de Vermudo III a León.

Decidió acompañar a Gumersinda en uno de sus retiros al palacete en la aldea cercana al monasterio de San Miguel. Pensó que lo mejor era hablar discretamente con ella, y ese era un buen lugar para estudiar de qué forma podían parar la amenaza potencial de Griselda. Además, después de las tensiones vividas últimamente, esa estancia le vendría bien para pasar unos días de esparcimiento. Podría disfrutar de días y noches de pasión y desenfreno con Gumersinda sin estar pendientes de que los pudieran ver. Gumersinda estuvo de acuerdo con el plan, siempre que él saliese un día después que ella y regresase a León un día o dos antes, para que nadie sospechase.

De camino a la aldea, Gumersinda pensó que lo primero que haría al llegar sería ir a ver a su confesor espiritual. En esa ocasión no sería para buscar la paz espiritual ni la práctica de las distintas artes amatorias para que las reflejase en el dichoso códice sobre las tentaciones que estaba escribiendo. Gumersinda quería hablarle de la situación que la preocupaba y pedirle consejo sobre lo que debía hacer para no perder su influencia en la corte y la protección de Laínez y Gonzalo. Tendría que hacer un planteamiento hábil, pues ella nunca debía aparecer como implicada en los acontecimientos, aunque fuera conocedora de los mismos.

Al día siguiente por la mañana, coincidiendo con el final de la hora canónica tercia de oración, Gumersinda se dirigió al cenobio. Primero presentó sus respetos al abad e hizo una donación, como de costumbre. El religioso se lo agradeció enormemente y le dio un presente para que se lo llevase a la infanta y otro para ella. Eran sendos libros de oración escritos y realizados en pergaminos por los monjes con ilustraciones de bellos colores, una técnica que dominan ellos perfectamente. Ella se los agradeció enormemente y le aseguró que se lo entregaría a la infanta y que esta sabría corresponder con futuras donaciones para mantener el monasterio y a las personas de la aldea que dependen de él. Después pidió al reverendísimo padre permiso para ver a su confesor.

Este la recibió enseguida. Lo primero que le preguntó fue que si estaba todo bien. Le dijo que estaba preocupado de que le hubiera ocurrido algo, pues había pasado más tiempo del normal desde que estuvo allí la última vez.

Gumersinda se dio cuenta de que este prolegómeno le daba pie para plantearle la situación y saber su opinión. Aun así, no pudo reprimir su coquetería y le contestó pícaramente, mientras se giraba sobre sí misma: «Estoy como una rosa, ¿no lo ves?, aunque por dentro, mi buen padre, me corroe la preocupación por el futuro de algunas de las personas que me protegen. Ya sabes lo desvalidas que estamos las mujeres y más aún las viudas en la corte; siempre tenemos que tener gente que nos apoye ante la cantidad de aprovechados y víboras al acecho que hay para llevarnos por el mal camino y dejarnos sin hacienda».

Después de una breve pausa, continuó diciendo: «Bueno, posiblemente no debería abusar de tu confianza y hablar de estas cosas mundanas cuando hay otras almas más necesitadas de consejo». Él la interrumpió: «Al contrario, cualquier preocupación tuya es también preocupación para nuestra comunidad, y mía en particular, al ser tu confesor. Dios nos ha puesto aquí para ayudar y velar por vosotros. Mi mayor satisfacción sería poder servirte de apoyo y ayuda, pues ocupas un lugar muy importante en mi corazón, así que cuéntame qué es lo que tanto te preocupa».

Entonces, ella pasó a detallarle la situación en la que se podían encontrar sus protectores si Griselda cumplía la amenaza de contar a la infanta o al rey que

existió un complot para tender la celada y asesinar al conde. Cuando acabó, él debía dirigirse a los oficios religiosos, para la oración de la hora sexta, por lo que se levantó y se despidió diciéndole: «Después de la oración, me retiraré a mi celda a reflexionar sobre lo que me has contado». Quedaron en volver a verse al atardecer en la ribera del río Sil, cerca del molino, como en otras ocasiones.

Después de comer, ella se dirigió a la cita. Sabía que arribaría antes, pues el monje llegaría después de la oración de la hora nona y antes de las vísperas, así que aprovechó para descansar un rato en la ribera del río. Descabalgó, ató las riendas en un tronco y notó que algunas gotas de sudor se estaban deslizando desde el cuello a sus senos. Sintió que el calor apretaba a esas horas, así que, como el sitio era solitario y protegido de miradas indiscretas, decidió tomar un baño, pues existía una pequeña poza en la intersección del canal de drenaje del agua del molino y el río.

Se desprendió de las ropas excepto de las calzas y se sumergió en las frescas aguas. Estar dentro de ellas le produjo una sensación placentera, lo que la llevó a pensar, mientras nadaba, en lo maravilloso que sería estar con alguno de sus amantes disfrutando juntos de esa sensación y de otras que se les ocurrieran.

Salió del agua, cogió la manta que llevaba en la grupa del caballo, la extendió encima de una lanchera de piedra donde el sol daba de pleno y se tumbó sobre ella. Sonriendo, pensó: «Como esté mucho tiempo al sol, mi cutis se va a poner como el de una aldeana y después en la corte me criticarán. ¡Bah!, no me importa, si no me critican por eso ya buscarán otra cosa para hacerlo, aun así tendré que tener cuidado y no estar mucho tiempo». Al instante percibió que sus músculos estaban empezando a relajarse totalmente y que sus sentidos se inundaban de una paz absoluta. Entró en un sueño ligero, pero tan reparador que parecía más de vigilia.

El monje salió de la oración de la hora nona y se dirigió al lugar con el que soñaba constantemente cuando ella no estaba, rememorando los momentos plácidos que pasaba con ella en la pasión desbocada de cuando se da rienda suelta a los más bajos instintos. Eso lo llevaba después a sentir remordimientos por romper el celibato que él mismo se había impuesto, pues la Iglesia no tenía definido cómo debían actuar. Una parte del clero interpretaba que el yacer con una mujer no rompía ninguna norma predicada por Jesús, pero otros estimaban que, siendo ellos portadores de la palabra de Dios, no debían caer en placeres mundanos y lascivos. Él creía que eso no podía crear un cisma, y opinaba que ellos, como hombres que eran, tenían la necesidad de entender el amor en todas las vertientes: mentales, espirituales y físicas.

Al doblar la trocha que conducía al molino vio el caballo de Gumersinda atado y pastando en la hierba, y cerca de la poza, en la gran lanchera, tendido sobre una manta al sol, halló la espalda de un esbelto y maravilloso cuerpo. Se fue acercando, sigiloso, recogiendo pequeñas flores silvestres de variados colores

para formar un pequeño ramillete. Ató sus tallos con un junco que cogió de la orilla del río y se dirigió hasta la lanchera.

Al llegar, deslizó el ramillete por uno de los brazos subiendo hacia el hombro y el cuello. Gumersinda dio un respingo y cuando se dio la vuelta se encontró a su querido monje con el pequeño ramo de flores, acercándoselo para que lo cogiera a la vez que le decía quedamente: «Esto es para mi virgen preferida». En esos momentos se le inundó y ruborizó la cara ante el detalle, y, sonriendo, le dijo: «Si cojo el ramo no puedo coger la camisa para tapar mis pechos». El religioso siguió deslizando el ramo hasta llegar a sus turgentes pezones mientras ella lentamente extendía las manos, cogía la camisa y se la ponía. Después se llevó el ramo a la cara y lo acercó a la nariz para apreciar el maravilloso olor. Gumersinda dejó luego el ramo sobre la lanchera, le rodeó a él el cuello con sus brazos y, acercando su boca, le dio un largo beso y las gracias. Añadió: «Para ser un monje tienes con una mujer detalles que normalmente no tienen los demás hombres. Deberían aprender de ti y no actuar como patanes, pues solo piensan con una cosa y esa no está en el cerebro». Después de soltar una sonora carcajada volvió a decirle: «Qué pena que seas monje, pues si no lo fueras ni hubieras hecho voto de castidad, contigo sí que me volvería a casar, pues tanto tú como yo estamos viviendo en pecado, aunque espero que reces mucho para no vernos toda la eternidad en el infierno».

Terminada las chanzas, el monje le comunicó que había estado reflexionando y que había llegado a unas conclusiones claras. Le pidió que no participase en ninguna acción que pudiera no solo perjudicarla, sino incluso llevarla a la muerte como cómplice de algo nefasto. Ella debía adelantarse y contarle a la infanta lo que sabía, pues esta, al ser testigo y perjudicada de los hechos, sabría cuál era la intervención de Gonzalo y Laínez. Si lo hacía así, se ganaría la confianza de la infanta, y el futuro para ella sería más claro. La infanta, aun sabiendo algo nuevo sobre las intrigas del complot, no iba a poder actuar, pues los que ostentaban el poder no habían querido, e iban a seguir sin querer, actuar contra los verdaderos culpables, pues eso era contrario a sus intereses. Ni ella ni Gonzalo debían urdir plan alguno para hacer desaparecer o apartar a Griselda de ninguna forma, pues ese plan nunca lo aceptaría Laínez, al ser su hija, y si lo llevaban a cabo a espaldas de él y le ocurría algo a la muchacha, sería el fin de los dos.

Y terminó así: «Tú, además, no tienes necesidad de contar con ellos, pues eres lo suficientemente inteligente como para llevar tu hacienda o buscar a alguien que te la lleve y ser tú la que maneje las finanzas sin necesidad de protectores. Y si necesitas protección, tienes armas y carácter para apuntar más arriba, pues me han llegado rumores de que el rey Sancho III te mira con unos ojos que no son precisamente cándidos, sino todo lo contrario».

Gumersinda sabía que esto era cierto. El rey pasaba mucho tiempo en León, alejado de su mujer, y le había hecho llegar mediante embajadas sus

pretensiones, que en definitiva eran llevársela a su cama. Tanto al rey como a ella les gustaba el juego de la seducción, y en esas estaban, jugando al ratón y al gato.

Gumersinda se dio perfecta cuenta de lo torpe que había sido en sus pensamientos y de qué acertada era la forma de afrontar la situación del monje, porque cierto era que ella no tenía ninguna necesidad de inmiscuirse en la relación personal entre Laínez, Gonzalo, Griselda y Munio. Al fin y al cabo, debía seguir mirando por su bienestar y su futuro. Por eso, desde entonces tendría sutilmente que prescindir del lastre que suponía estar en manos de dos participantes en la celada que le tendieron al conde. Como acertadamente le había dicho su confesor, debía apuntar más alto, y eso ella sabía muy bien cómo hacerlo.

Tendría que actuar con cautela y prudencia para ganar tiempo y aplacar los ánimos de Laínez y Gonzalo por casar a Griselda. Además, en esos momentos, Munio todavía seguía con el rey Vermudo III batallando por Galicia, aunque todo indicaba que las rebeliones habían sido sofocadas victoriosamente y que en breve volverían a León.

Gumersinda le agradeció a su confesor de corazón los consejos que le había dado y le prometió que cuando volviera dedicarían más tiempo a sus juegos, así él podrá seguir escribiendo su códice sobre las distintas formas que tiene el diablo de tentar.

Cuando llegó Gonzalo, Gumersinda le contó que, después de dedicar mucho tiempo a pensar en el asunto y con la seguridad de que Griselda no diría nada a la infanta a no ser que su padre siguiera presionándola para que aceptase casarse con él, creía que debían esperar. Griselda no volvería a plantear el enlace con Munio hasta que este llegase a León. Además, aunque se lo dijera a la infanta, ¿qué extrañeza le iba causar, cuando ella fue testigo directo de su actuación en los hechos? Añadió: «Si no habían creído a la infanta era porque el más beneficiado había sido el rey Sancho III, por eso los había protegido».

Él hizo una mueca, y afirmando con la cabeza le dijo: «Creo que tienes razón en todo lo que has dicho. Dejaremos pasar un tiempo y veremos cómo se desarrollan los acontecimientos».

El resto de los días hasta el regreso a León los pasaron disfrutando de la hacienda, comiendo, bebiendo, bañándose en el río en las horas de calor y abusando con desenfreno de unas noches locas de pasión y de lujuria, acompañados en una de ellas por su doncella y su doncel.

Cuando llegó a León, Gumersinda puso en marcha el plan que había maquinado. Fue a casa de Laínez y lo convenció para que esperase y no presionase a su hija. Le hizo ver que tampoco era necesario casarla rápidamente con Gonzalo. Además, en el futuro la situación de este podía ser más comprometida que la suya, pues Gonzalo iba con los Vela. Él, sin embargo, llegó después a parar la celada, según lo que él mismo había declarado en la

investigación. Él la miró con fijeza durante un rato y le dijo: «Querida, como siempre, tienes razón. Dejémoslo estar».

Cuando se disponía a salir de la casa, observó que Griselda la estaba mirando desde la parte superior de la escalera que conducía a la planta de arriba. En ese instante se dio cuenta de que tenía que operar con gran cautela.

A los pocos días, Gumersinda recibió en su casa la contestación de la infanta a la petición de audiencia que había cursado para, entre otras cosas, entregarle el presente que le enviaban los monjes del monasterio. También trataría de confesarle lo que sabía de la celada si se presentaba la ocasión, pues pasado un año del suceso eran muy pocas las veces que se habían visto, y nunca a solas. A Gumersinda le habían contado que gracias a su fortaleza lo había asumido y se encontraba mejor. Si era así, encontraría la forma de hablar de ello; eso sí, debería pensar muy bien cómo se lo contaba.

Al día siguiente, Gumersinda se vistió sencilla pero, como siempre, elegante. A la infanta no le gustaban las excentricidades, y en ocasiones habían advertido a Gumersinda de la opinión que la hermana del rey tenía sobre ella. La consideraba una mujer coqueta en exceso y frívola, aunque también le contaban que a la infanta le encantaban su vitalidad y su personalidad arrolladora.

Cuando llegó a palacio para la audiencia, el mayordomo la acompañó al gabinete donde la iba a recibir la infanta, que se encontraba acompañada de dos damas en lo que parecía una animada conversación; una de ellas era Mabel, y la otra, Griselda. Después de los saludos y la reverencia, se dio cuenta de que la infanta estaba radiante y de que, además, rápidamente se estaba convirtiendo en toda una mujer.

Gumersinda le explicó que el motivo de su visita era entregarle el presente que le habían dado para ella los monjes del monasterio. La infanta le hizo un ademán para que la siguiera y se retiraron ambas a una mesa cercana.

Gumersinda hizo otra reverencia, extendió las dos manos y le entregó el paquete. La infanta lo cogió, lo puso sobre la mesa y deshizo la lazada. Al retirar el papel de seda su sorpresa fue enorme. Se fijó con atención en la tapa del libro. Era de piel de color granate y se había realizado en ella un trabajo maravilloso. Mostraba, en relieve, a Jesucristo clavado en la cruz. Todo el contorno de la tapa llevaba incrustaciones de nácar. Su reacción fue soltar un tremendo «¡ooohhh…!» de sorpresa. Después empezó a hojear el manuscrito y vio que todo estaba realizado con imágenes en oración y escrito con una caligrafía perfecta.

La infanta pidió a Mabel y a Griselda que se acercasen a contemplar la perfección, el esmero y el cariño con el que estaba hecho el libro de oraciones. Ellas se aproximaron y durante un corto espacio de tiempo dedicaron abundantes elogios al trabajo realizado por los monjes. Después de una reverencia, le pidieron permiso a la infanta para retirarse. Sancha asintió y las

dos salieron del gabinete.

Enseguida, la infanta preguntó de una forma directa: «Gumersinda, he querido entender en el mensaje que me enviaste para pedirme audiencia que hay alguna cuestión más que quieres tratar». Ella contestó: «Sí, mi señora, es así, por eso os vuelvo a pedir permiso, pues es un asunto sumamente delicado en el que vos sois la que más estáis sufriendo, y además involucra a varias personas notables del reino, entre ellas Griselda».

La infanta, expectante, le pidió que continuase: «Por Dios, Gumersinda, tienes mi permiso, habla ya, pues por mucho que me digas sobre el hecho al que creo que te estás refiriendo no me va a escandalizar. Como bien sabes, fue testigo directo y perjudicada, y si además involucra a otras personas seré yo la que tenga que valorarlo. Sí te digo que espero que todo sea cierto y no sea una chanza, pues si fuera así, atente a las consecuencias». Gumersinda bajó la mirada: «Por supuesto, mi señora, mi fidelidad hacia vos es absoluta. En esta confesión también puedo ser perjudicada, pero al final será su alteza, mi señora, la que tendrá que valorarlo». Ella insistió: «Bien, empieza pues».

Gumersinda comenzó: «Como sabéis o habréis oído, desde que enviudé el gobernador Laínez es una de las personas que, por la amistad que tenía con mi marido, me ayuda en las tareas de la gestión de la hacienda. Tampoco voy a ocultar que en ocasiones hemos tenido algún escarceo amoroso. Sé por él que su hija pretende casarse con Munio y que su padre no solo se lo prohíbe, sino que quiere casarla con Gonzalo». La infanta interrumpió: «Todo eso lo sé. La he tenido apartada un tiempo de la corte debido a la negligente actuación de su padre, pero al final, ante la intercesión de Mabel y con la certeza de que ella no es culpable de los errores de su padre, accedí a que volviera, y hace poco tiempo me confesó que su padre la quiere casar con Gonzalo. Bien, Gumersinda, ¿y qué le contestaste al gobernador?». «Mi señora, le dije que aceptara la decisión de su hija, pues ella se guiaba por lo que le dictaba su corazón y por el gran amor que siente hacia Munio. Aunque, señora, estoy segura de que existe un compromiso de no agresión entre el gobernador Laínez y Gonzalo debido al comportamiento de ambos en la celada tendida al conde de la que vos fuisteis perjudicada». La infanta quiso saber: «Gumersinda, ¿por qué lo crees y lo aseguras?». Ella respondió tajante: «Porque ellos mismos me lo han contado».

Gumersinda le contó la relación sentimental que mantenía con Gonzalo y la alianza forjada entre este, Laínez y los Vela, aunque hizo saber a la infanta que ella se enteró mucho después de ocurrir los sucesos. Asimismo, le pidió que no pensase que la movía el despecho, pues su relación con Gonzalo era una necesidad carnal y no un amor espiritual.

La infanta le agradeció su sinceridad, aunque en su rictus había cierta expresión de odio. Clamando hacia al techo, dijo: «Menos mal que hay alguien que dice algo distinto sobre los sucesos, pues además del sufrimiento tengo que

soportar que me tomen a veces por loca». Y continuó: «Ahora me gustaría saber por qué me lo cuentas. ¿Qué intereses te mueven a ello?». Gumersinda respondió que eran varios los motivos: uno porque entendía que no se había hecho justicia con todos los participantes y culpables; dos, porque era posible que Griselda estuviese enterada, igual que ella, del complot y que estuviese en peligro, aunque uno de los conjurados fuera su padre; y, por último, porque le gustaría que Griselda pueda elegir libremente con quién casarse.

La infanta respondió: «Todo eso te honra, y te lo agradezco, pero no me has dicho lo que ganas tú con contármelo». Gumersinda, sin vacilar, de forma segura y rotunda, le contestó que nada más que tener la conciencia tranquila, que para ella ese era motivo suficiente.

La infanta reflexionó un instante y repuso: «Bien, Gumersinda, no creo que esto pueda cambiar lo que pasó aquel desdichado día ni tampoco la investigación posterior, pues para el rey Sancho y para el rey Vermudo este es un caso cerrado. Ellos antepusieron los intereses propios y la estabilidad en ambos reinos. Los castellanos-navarros hallaron en los Vela el brazo ejecutor con el beneplácito de muchos leoneses, entre los que se encuentra mi propio hermano, aunque también sé que esto es debido a que se encuentra en clara desventaja». Y añadió: «Antes de dar por finalizada esta audiencia, quisiera saber, pues me preocupa por ser tú parte interesada, si son ciertos los rumores de tu encelamiento con el rey Sancho III, pues si es así y no me lo cuentas deberé creer que estás realizando un doble juego en las intrigas continuas que vivimos en el reino. Así que, Gumersinda, ¿me puedes decir en qué parte te colocas?».

La contestación fue rápida: «Mi señora, es cierto el encelamiento, pero es por parte del rey Sancho, no por mi parte. Como requería mis favores, me encontré en una difícil situación y supe desde el primer momento que era mejor acceder a sus pretensiones que oponerme. Además, entendí que esto era lo mejor para, en el futuro, poder ayudar a mi señora y a mi reino». La infanta sonrió: «Gumersinda, veo que, aparte de bella, eres inteligente y astuta. Yo también he dejado de luchar contra imposibles. Si Dios me da una larga vida, en su momento tendré la posibilidad de resarcirme de todas las ofensas que me han hecho utilizando sus mismas armas».

La infanta se levantó y lo mismo hizo Gumersinda, que le hizo una reverencia a la vez que le reiteraba que estaba a su disposición. Luego abandonó el gabinete.

De camino a su palacete, Gumersinda pensó que Griselda tenía razón en su opinión de la infanta y su nueva actitud ante las intrigas. Ellas, después de que Griselda la hubiera visto salir de su casa en la visita que había hecho a su padre, habían mantenido una entrevista. En ese encuentro, Gumersinda la puso al tanto de todo lo que había hablado con su padre y con Gonzalo, y la tranquilizó diciéndole que estaba de su parte, y que Griselda misma podría

comprobarlo después de la audiencia que pensaba tener con la infanta, pues tenía que llevarle un presente que le habían dado los monjes del monasterio de San Miguel de Almázcara. Gumersinda le adelantó a Griselda que, si la infanta le daba pie, iba a posicionarse a su favor sobre la boda con Munio y a aclarar algunas sombras de la *vendetta*.

También en ese momento Gumersinda fue consciente de que Griselda, después de la reunión entre ambas, había intervenido a su favor con la infanta para que le concediera audiencia. Por eso estaba allí, acompañada de su amiga Mabel, cuando fue recibida por la infanta.

Gumersinda mandó a su doncella que entregara de forma discreta un mensaje a Griselda para mantener una reunión en su palacete.

Griselda acudió a visitarla. Gumersinda le contó lo que había hablado con la infanta y el cambio que más de un año después del asesinato del conde había experimentado. La había encontrado mucho más madura y con las ideas muy claras sobre la forma de actuar para, aun perdiendo batallas, ganar al final la guerra que estaba librando contra los verdaderos culpables.

Griselda asintió y le dijo: «Te voy a confiar un secreto. En muy poco tiempo ya no lo será, pero de momento te pido discreción. La infanta va aceptar con agrado casarse con Fernando, conde de Castilla e hijo del rey Sancho III, y lo va hacer por varios motivos. Uno es que Fernando es joven y apuesto, y le gusta. Otro, que esto soluciona problemas entre los reinos y es bueno para todos. Y el último, que ella será más fuerte para luchar contra sus enemigos».

Gumersinda en esos momentos contestó de forma concisa y clara: «Creo que está adoptando la mejor solución; es más, Griselda, puede que en el futuro no solo sea condesa, sino una gran reina». A Griselda este último comentario le creó cierta inquietud y zozobra, pues ella se casaba con un condestable que en teoría era súbdito de su hermano, el rey Vermudo. Aun así, pensó: «Bueno, Gumersinda tiene cierta fama de visionaria y de bruja».

Más adelante, Gumersinda habló con Gonzalo, pues al ser este el más impulsivo no quería que hiciese algo que pudiese desembocar en una tragedia, y después con Laínez. A los dos los tranquilizó y les refirió la visita que hizo a la infanta para entregarle el presente de los monjes. Les dijo que no se debían preocupar de que Griselda hablase de su posible implicación en la celada, pues para la infanta ese era un caso cerrado. Confidencialmente les reveló que en pocos días se comunicaría la decisión del rey Vermudo III y el rey Sancho III de casarla con Fernando, conde de Castilla.

Gumersinda se dio cuenta de que Gonzalo no tenía ningún conocimiento del hecho, no así Laínez, que enseguida le dijo: «Querida, ya me lo habían contado, y también sé que la infanta ha dejado de pelear por implicarme». Contestó Gumersinda: «Bien, ahora debes solucionar el casamiento de tu hija, pues Munio está al llegar y yo que tú no complicaría las cosas ahora que parecen encauzadas, pues creo que la infanta está al tanto y la apoya». El

hombre se mostró de acuerdo: «Como siempre, querida, tienes razón. Tendré que hablar con Gonzalo y ver cómo podemos arreglarlo». Y, riéndose, añadió: «Podrías hacerme un favor casándote tú con él en lugar de mi hija». Gumersinda lanzó también una carcajada: «No, gracias, yo ya he estado casada y ahora estoy muy bien así. Si no, ¿cómo íbamos a seguir viéndonos y siendo amantes?».

En el mes de febrero de 1032 se celebró en Burgos la boda entre Fernando y Sancha. Todos pensaban que esa unión daría estabilidad al reino León, pero esa tranquilidad duró poco.

Durante ese corto espacio de tiempo, Vermundo III se ocupó de afianzar su poder y los límites fronterizos en el oeste. Consiguió victorias importantes sobre los sarracenos en tierras portuguesas de Braga. Volvió a reconquistar Visedo, donde su padre Alfonso V el Noble encontró la muerte.

Sin embargo, los desencuentros con el rey Sancho III y el condestable de Castilla se recrudecieron debido a dos motivos principalmente. Uno de ellos era que Fernando creía que los límites del condado seguían incluyendo las tierras entre el Cea y el Pisuerga. El otro es que reclamó que el condado, con toda su extensión territorial, con sus señores feudales y nobles, pasase a ser un reino independiente de León.

La infanta Sancha, al casarse con Fernando, dejó la corte de León y partió a su nueva residencia en tierras castellanas. Griselda y Munio perdieron uno de sus fuertes apoyos en el reino, y, como continuaban las fuertes discrepancias en las disputas territoriales en las que tanto había trabajado Munio, vieron llegado el momento de buscar nuevos horizontes. Estuvieron de acuerdo en que debían hablar con Ordoño y Mabel para buscar apoyos en la propuesta que iban a hacer al rey Vermudo III, pues habían tomado la decisión de casarse y trasladarse a Roma, donde a finales del año 1032 había subido al trono de sumo pontífice el joven Teofilacto, con el nombre de Benedicto IX. Teofilacto era hijo de Alberico III, conde de Tuscolo, verdadero señor de Roma, que usaba los títulos de *consul, dux et patricius Romanorum* (cónsul, duque y patricio de los romanos) y *comes sacri palatii Lateranensis* (conde del sagrado palacio de Letrán). Era hermano de los papas Benedicto VIII y de Juan XIX. Esta familia antiguamente había tenido lazos familiares con los condes de Castilla y con la familia de Munio.

Munio creía que era el momento de que el reino de León tuviera una presencia importante en la sede pontificia, por eso desde hacía más de un año había enviado embajadas o misivas a título personal a la familia de los Tusculanos para sondearlos sobre cómo sería acogido en Roma si conseguía que su señor, Vermudo III, le diera el *plácet* para establecerse allí. Estos, que eran conocedores de que el joven rey de León estaba luchando bravamente contra los infieles y contra las intrigas internas de su reino, le contestaron que

podía contar con su apoyo. Además, lo acogerían dignamente en la curia de Roma para que desde allí pudiera servir a su rey y a la familia Tusculana.

Ordoño se entrevistó con algunos de los notables del reino en busca de apoyos para conseguir que Munio fuera enviado oficialmente a Roma. Entre todos ellos hubo coincidencia y unanimidad en que Munio partiese, pues entendieron que siempre era bueno tener a personas como Munio en la curia para conseguir apoyos, aunque algunos creían que no debía haber una implicación total del reino, pues también en Roma los tiempos eran revueltos. Teofilacto consiguió investirse como papa Benedicto IX a costa de grandes enfrentamientos entre los dos grandes clanes, los Tusculanos y sus rivales los Crescencios, involucrando en estas luchas al emperador Enrique II de Alemania, el cual al final tuvo que aceptar a Benedicto IX como sumo pontífice de Roma ante la fuerza desplegada por su padre, el conde Alberico III, y sus afines.

Munio, Ordoño y otros nobles se reunieron con el rey Vermudo III para plantearle la propuesta. Una vez escuchada, el rey estimó que podía ser altamente positivo que Munio y Griselda fueran a Roma, dada la buena relación que mantenía Munio con la familia Tusculana, verdaderos dueños y señores de la curia pontificia. Aun así, vio conveniente que, aunque fuera con el *plácet* real mediante un escrito a Benedicto IX, no ostentase ningún cargo oficial, pues en ningún caso el rey quería enemistarse con Enrique II y el Imperio germánico.

Por otra parte, Gumersinda había convencido a Laínez para que aceptase definitivamente la boda de su hija con Munio. De forma jocosa le había dicho que así estaría más cerca del cielo. La respuesta del gobernador fue: «El nivel de intrigas, corrupción y depravación que hay en la curia papal es mayor que el de cualquier parte del mundo». Apostilló: «¡Allí sí que son verdaderos genios en esos menesteres!».

A principios del año 1033, Griselda y Munio salieron hacia Roma convencidos de que sería muy difícil que volviesen, aun siendo conscientes de que en la vida nunca hay seguridad absoluta de lo que puede pasar, pues todos somos marionetas en manos del destino.

Durante casi todo el año 1033, Sancho III, con el apoyo de sus afines y siguiendo como siempre la misma estrategia, continuó intrigando contra el reino de León para desestabilizarlo. Aprovechando una serie de incursiones que hizo para sofocar algunas rebeliones por tierras de Zamora, entró pacíficamente con sus tropas en León en el año 1034, asegurando que lo hacía para ayudar a la estabilidad del reino y en defensa del rey Vermudo III.

A principios de ese mismo año, tanto Sancho III como Vermudo III firmaron documentos como reyes de León, apareciendo en los mismos el obispo Servando.

A finales de enero, Vermudo III, en Sahagún, firmó e hizo entrega del

monasterio de San Pelayo, en Grajal de Campos, al presbítero Florencio. En ese mismo acto el presbítero regaló al monarca un caballo rosillo. Este documento fue refrendado también por el obispo Servando.

Desde Sahagún, Vermudo III con sus afines partió una vez más hacia Galicia y Portugal, tratando de afianzar sus posiciones y recuperar las tierras lusas que estaban en manos de los sarracenos.

A finales del 1034, el rey volvió a León.

Vermudo III y sus mayores del reino, entre los que me hallaba, sabían que Sancho III contaba con un clientelismo de nobles y señores feudales mayor que el de ellos, entendiendo que debido a esa fortaleza no podían presentarle batalla.

Se dieron cuenta de que la boda de la infanta con Fernando no había eliminado las ansias del clan navarro sobre León y, estando el rey Vermudo III en edad de casarse, vieron la conveniencia de que el rey se casase con Jimena Sánchez, hija de Sancho III. Con la boda se podía lograr una descendencia real con el linaje de los dos reinos, el de León y el de Navarra.

Tras las negociaciones pertinentes, se logró el acuerdo entre los reyes y nobles de los dos reinos para la celebración de los esponsales, que tuvieron lugar en febrero de 1035.

Después de la boda, Sancho III se retiró con sus huestes a Pamplona, dejando en una posición predominante a su hija Jimena Sánchez como reina de León y a su hermana Urraca Garces como madrastra de Vermudo. Ambas contaban con el apoyo de su madre, Jimena Fernández. En esos tiempos había un dicho en la corte: «¡Se ha ido el navarro, pero nos siguen gobernando las navarras!».

Entre las huestes y súbditos que acompañaron a Sancho III se hallaba Gumersinda. Durante todo el tiempo que Sancho estuvo en León ella continuó complaciéndolo, hasta tal punto que Sancho pasó de los escarceos a querer tenerla y poseerla continuamente. Cierto era que Gumersinda había contribuido a que así fuera gracias a su arte y encantos. Por eso hizo valer su condición de capricho del rey para exigirle una condición para ir a Pamplona con él: ella viviría en el campo, fuera de la corte, como propietaria de su casa y con independencia absoluta. El rey aceptó, y una de las primeras cosas que hizo al llegar a la ciudad fue mandar habilitar un antiguo palacete que había a la salida, a orillas del río Arga. Este palacete pertenecía a uno de sus súbditos, al que convenció para que cediera su propiedad y la de las tierras adyacentes a Gumersinda. A cambio, Sancho III lo premiaría como era debido.

Después, mandó aviso a Gumersinda para que se trasladase. En la misiva le decía que fuera rápido, que no podía vivir sin ella. La mujer era consciente de que desde hacía un tiempo eso era así, pero no lograba entenderlo del todo, pues a él lo que le gusta verdaderamente y a lo que dedicaba casi todas sus energías, para bien o para mal, era gobernar e intrigar.

Cuando Gumersinda se trasladó, le encantaron el entorno del palacete, sus bonitos y cuidados jardines, así como la casa, que dentro de la sobriedad era tremendamente acogedora. Llegó acompañada de su fiel doncella y su doncel, a los que encargó que seleccionasen al resto de criados, aunque siempre, al final, sería ella la que decidiera quién entraba a formar parte del servicio, pues quería que fuera gente discreta y que le mostrase lealtad. No quería que nada de lo que se hiciera dentro de la casa trascendiese fuera de ella.

Una vez instalada, las visitas del rey Sancho III fueron continuas, y las noches de amor y pasión resultaron desenfrenadas, pues el rey se sentía joven y fuerte, y mostraba una actividad sexual fuera de lo normal.

Gumersinda acentuó esa pasión con ungüentos que, vertidos y masajeados suavemente sobre ambos cuerpos, activaban mucho más sus torrentes sanguíneos. Preparaba también algunas pócimas para tomarlas después y caer rendidos en los brazos de Morfeo. Debía reponer unas fuerzas que quedaban muy debilitadas con la infinidad de juegos y actos sexuales a los que se dedican durante horas.

Ese año, Vermudo III retomó del todo las riendas del reino. Le juraron fidelidad y vasallaje todos los notables. Él, a su vez, no tomó ninguna represalia contra los condes, los nobles ni los obispos que habían colaborado con el rey Sancho III en la expansión del reino de Navarra.

Hacia finales de verano, el rey Sancho III empezó a sentirse enfermo. Los galenos indicaron que la enfermedad les era totalmente desconocida, no encontraban la forma de pararla ni de hacerla retroceder. Cada día está más débil, hasta el punto de dejar de frecuentar la casa de su amada Gumersinda.

Ante el avance de la enfermedad y el aviso de los galenos de que la muerte podía ser inminente, pues no encontraban ninguna posibilidad de sanarlo, el rey Sancho III mandó llamar al notario mayor del reino. Hizo testamento en octubre de 1035. Repartió entre sus hijos el inmenso reino acumulado.

A su hijo primogénito, García, le dejó el embrión patrimonial del reino de Pamplona más el condado de Álava, una parte importante del condado de Castilla y otra parte de Aragón. García, a la muerte de su padre, se coronaría como García Sánchez III de Pamplona, apodado el de Nájera.

Al haber dejado a García una parte de Castilla, su hijo Fernando heredó un disminuido condado de Castilla, del cual ya era poseedor por ser su madre la heredera del condado.

A su hijo bastardo Ramiro le cedió una parte de las tierras de Aragón y de Navarra. Este, posteriormente, sería Ramiro I, primer rey de Aragón.

A su hijo Gonzalo le legó el condado de Ribagorza y el de Sobrarbe. Gonzalo murió muy joven, en el año 1045. No se sabe a ciencia cierta si fue de muerte natural, por una salud quebradiza, o lanceado y asesinado por un vasallo. Como no tenía descendencia, sus condados pasaron a su hermano

Ramiro I.

Ordoño consideró que Sancho III, aparte de ser el mayor enemigo del reino de León, había sido sin duda el rey más importante que había tenido el reino de Pamplona, pues extendió sus dominios y lo convirtió en el reino más importante en esos momentos. Además, fue el primero en unir a los reinos cristianos, desde Gerona en el este a Finisterre en el oeste, consiguiendo tener la mayor extensión de la Península Ibérica desde la invasión árabe. Modernizó la monarquía, buscando siempre alianzas y demostrando que es mejor ser un buen estratega y diplomático que un gran guerrero, aunque era una de las personas más diestras con la espada que él había visto.

Ordoño sabía que ese reparto crearía desde ese mismo momento fuertes tensiones entre los hermanos, pues el más beneficiado era el primogénito, García. Eso creó un enorme malestar en Ramiro, que, aunque bastardo, se consideraba el hijo mayor y el primogénito, y sin embargo solo había heredado algunos condados de Aragón y Navarra, quedando a la vez, según el testamento, bajo la tutela de su hermano, el rey de Pamplona.

Fernando se consideraba el gran perjudicado, pues, en lugar de heredar, vio mermado su condado en beneficio de su hermano García, cuando además el condado de Castilla le pertenecía por vía materna.

García Sánchez se encontraba de peregrinación en Roma cuando murió su padre. Lo primero que se encontró al regresar a Pamplona fue la rebelión de su hermano Ramiro, teniendo que dirimir sus diferencias con las armas en la batalla de Tafalla, localidad donde lo derrotó. En esa batalla, García recibió el apoyo de Fernando. Desde ese momento, Ramiro aceptó ser súbdito del rey de Pamplona, aunque siguió denominándose rey de Aragón.

En las honras fúnebres del rey Sancho III, la infanta y condesa de Castilla, Sancha, cruzó una serie de miradas de complicidad con Gumersinda. Entre ellas no necesitaban hablar nada, las dos sabían cómo se habían desarrollado los acontecimientos para que el rey muriera de muerte natural con apenas cuarenta años.

Durante ese año, Gumersinda había recibido, lo mismo que Mabel y Ordoño, misivas de Munio y Griselda. En ellas, les contaban el buen acogimiento que habían tenido en Roma por parte de la familia del conde Alberico III y de la curia pontificia.

Sabiendo Gumersinda que su misión en estos reinos hostiles y provincianos había terminado, decidió vender sus propiedades. Laínez no estuvo de acuerdo, pero la ayudó en todo el proceso.

A principios del año 1036, Gumersinda se trasladó a vivir a Roma. Pensó que el cambio de aires le iba a venir bien: los aires romanos a buen seguro serían igual de hostiles o peores, pero mucho más refinados, en consonancia con su inteligencia y personalidad arrolladora. Además, si había conseguido ser la amante de un rey, ¿por qué no podría conseguir ser la amante de un papa?

Capítulo 28: La última batalla de un joven rey

A partir de ese momento y ante las disputas entre los hermanos navarros, Vermudo III se dio cuenta de que tenía la oportunidad y el respaldo de condes y notables para recomponer los límites de su reino. Reivindicó la posesión del condado de Castilla y el condado de Álava, anexionados por Sancho III y cedidos en testamento a su hijo García Sánchez III, y la recuperación de los condados de Monzón, Saldaña y Carrión, que a partir de ese momento consideró otra vez como parte de su reino. El soberano quiso también que retornasen al condado las tierras comprendidas entre los ríos Cea y el Pisuerga, pues constató que nunca habían entrado en la dote de la boda de su hermana con Fernando. No tomó en consideración convertir ese condado en un nuevo reino, como le pedía su cuñado, y le ordenó, como su condestable en Castilla que era, que se reafirmase en el juramento de fidelidad hacia él como su señor y dueño de dichos territorios.

Vermudo III había conseguido el respaldo que necesitaba de la nobleza de León y se sentía fuerte, pero ni García Sánchez III de Pamplona ni su cuñado Fernando iban a consentir sus pretensiones, pues para ellos esto suponía una afrenta. Fernando, mediante embajadas, le comunicó a Vermudo III que se seguía considerando dueño y señor del condado de Castilla, incluyendo Tierra de Campos, y que era su intención convertir Castilla en un nuevo reino.

Ordoño vio con zozobra una vez más la reconciliación entre el clan navarro y el leonés. Intuyó llegado el momento de que las dos potencias cristianas dirimiesen en el campo de batalla sus diferencias y a partir de entonces solo una de ellas liderase la ansiada Reconquista, aunque en el fondo solo quisieran expansionarse y conservar su linaje y patrimonio.

Ordoño sabía bien, por su cercanía a Vermudo III, que este, desde la muerte de su padre, pasó su niñez y juventud luchando contra la manipulación de sus tutores o batallando contra los condes rebeldes para evitar el ocaso de su reino; muy poco tiempo tuvo para el esparcimiento. Esto le hizo pasar del niño extrovertido y jovial que entrenaba con él en la palestra a un joven de gran fuerza interior, tremendamente justo, protector de la vida monástica y de los pobres, honesto y temeroso de Dios, que no se permitía licencias para apropiarse de lo ajeno, aun teniendo numerosas posibilidades de hacerlo por ser rey. También tenía un carácter impetuoso en la lucha, debido a su gran vitalidad y seguridad en su fuerza. Esto lo demostraba día a día en todas las batallas en las que participaba. Como su padre, era el primero en ponerse al frente de sus tropas para entrar en combate.

Vermudo lamentaba que, por todos los avatares vividos, su hermana se hubiera alejado de él. Se veía inmerso en una casi segura guerra fratricida, pues ella era la esposa de uno de sus mayores enemigos en estos momentos.

Durante estos años, Sancha estuvo alejada de la toma de decisiones de su esposo, Fernando, pues este se consideraba los suficientemente hábil y astuto para conseguir sus fines. Sin embargo, en los momentos en que gozaban juntos durante la noche, alentaba y animaba a su marido a enfrentarse a su hermano, reclamándole unas tierras que consideraba suyas, para así proclamarse reyes de Castilla.

Sancha era consciente de que en el fondo de su corazón anidaba un ánimo de venganza. Además, alimentaba la idea de algo más grande, pues, al no tener descendencia su hermano, si este moría sería ella la única heredera, y por lo tanto se proclamaría reina de León. Por otro lado, Sancha tampoco podía olvidar que Vermudo III, aunque joven, debería haber tenido el valor suficiente para enfrentarse a Sancho III y a todos a los que consideraba verdaderos culpables del asesinato de su amado conde de Castilla.

Fernando, ante las misivas cruzadas con Vermudo III y previendo próximas hostilidades, era realista. Sabía que la única forma de vencer en una batalla a su rey era llegando a una alianza con su hermano García Sánchez III de Pamplona, que contaba con más fuerzas de magnates y caballeros por el reparto de la herencia que hizo su padre; además, evitaría las tensiones que estaban teniendo por el reparto de la misma.

En las reuniones que mantuvieron, Fernando convenció a su hermano para que le apoyase, con el razonamiento de que si perdía en un enfrentamiento con el rey de León, la próxima víctima será el, pues Vermudo III le reclamaría el condado de Álava al considerarlo parte de su reino, y no les perdonaría nunca las ofensas de su padre, Sancho.

El de Nájera accedió con la condición de que, si vencían a Vermudo, Fernando no volvería a reclamarle ni a disputarle la parte que por herencia le había correspondido del condado de Castilla, consolidando así sus fronteras. Fernando, por su parte, conseguiría las tierras entre los ríos Cea y Pisuerga, y tampoco pondría inconveniente a que proclamara Castilla como reino. En su fuero interno, el de Nájera prefería tener a su hermano como cuña con el reino de León.

En agosto de 1037, Fernando y García Sánchez III salieron de las tierras de Pamplona con un gran contingente de fuerzas hacia las tierras comprendidas entre los ríos Cea y Pisuerga.

Vermudo III, a su vez, antes de salir de León hacia lo que se preveía como la batalla más importante que tendría que librar para su reino, se reunió con sus magnates y nobles para marcar la estrategia a seguir. Todos estaban de acuerdo en ese momento en que la disputa era por Tierra de Campos, cuyos límites los marcaban los ríos Cea y Pisuerga. Era este último el que marcaba el límite con el condado de Castilla, por eso se limitarían a llegar hasta el río Pisuerga sin rebasarlo y retomar la propiedad de dichas tierras. Con esto no estarían

agrediendo ni al condado de Castilla ni al reino de Pamplona, y nadie podría acusarlos de usurpadores.

Viendo Vermudo III que las embajadas y misivas que enviaba a su cuñado Fernando no surtían efecto, ordenó a Ordoño, súbditos y nobles que preparasen a las tropas y, poniéndose al frente de su ejército, avanzó hacia las tierras en litigio desde hacía más de treinta años.

En el camino por sus dominios iba consiguiendo reunir un número importante de fuerzas. Se les iban uniendo condes, señores feudales y caballeros, así como gentes de toda condición, desde artesanos hasta campesinos, pues el joven rey era venerado por su pueblo, que lo consideraba un gran defensor de los pobres.

Las fuerzas las componían varios grupos. La caballería pesada la formaban condes y caballeros de alto rango, todos ellos enfundados en sus calzas y cubiertos con sus lorigas sobre las que iba colocado el sayo blanco, que llevaba bordado en el pecho el león enseña del reino. Montaban briosos y fuertes caballos cubiertos con cotas de malla. Como armas llevaban la lanza realizada con madera de fresno y punta de hierro y la espada damasquinada y escudo, con grabaciones geométricas en los laterales y en el centro un fiero león. La caballería ligera la componían caballeros de menor rango y escuderos. Iban ataviados con calzas y cubiertos con cotas de malla o de cuero y sayos de vistosos colores. Sus monturas eran caballos agiles y rápidos. Sus armas, jabalinas, espada y algunas ballestas. La infantería la integraban siervos, plebeyos y campesinos. Sus vestimentas y armas eran dispares, según su señor feudal. Llevaban espadas, mazas y hachas. Portaban los estandartes de sus señores y pendones del reino.

Al llegar al condado de Monzón, el rey Vermudo III y Ordoño enviaron exploradores para conseguir información sobre los movimientos del ejército de Fernando y del rey García Sánchez III.

Los ojeadores regresaron a sus filas e informaron de que los navarros no habían cruzado el río Pisuerga.

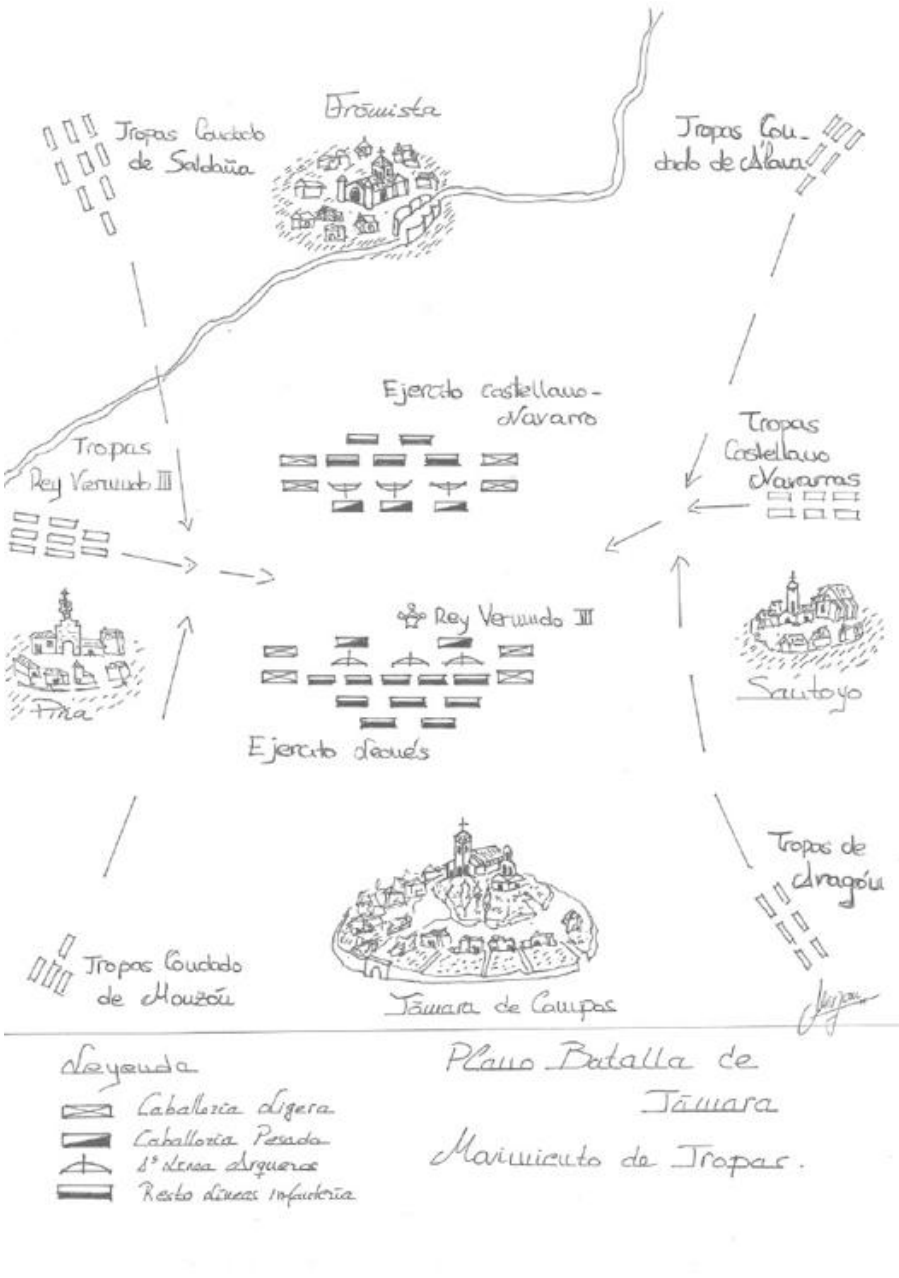
En esos momentos, el ejército del rey de León estaba llegando a Támara de Campos, pueblo importante dentro de la confederación de las Nueve Villas y cercano al río Pisuerga. Vermudo III mandó acampar a sus huestes extramuros de la villa de Támara, entre la puerta del Caño y el barrio de la Serna. Él, con sus próximos, ocupó el palacio con el que contaban los reyes de León en Támara.

El rey y sus próximos sabían que este era el lugar adecuado, pues podían, desde el cerro del antiguo castro, dominar todo el valle de Támara, abarcar con la vista un enorme espacio y ver el movimiento y despliegue de los ejércitos a muchos kilómetros de distancia. Además, en el estudio previo que hicieron consideraron que ese era el lugar ideal para una batalla a campo abierto.

Vermudo III mandó una última embajada al campamento de Fernando para

evitar el enfrentamiento, haciéndole saber que había vuelto a retomar las tierras en disputa. Entendía que, al no haber salido a su encuentro para evitarlo, ni haber cruzado el Pisuerga, había aceptado su dominio sobre ellas. Lo invitó a que se personase en Támara para besarle la mano en señal de fidelidad. Él, a cambio, lo seguiría considerando su condestable en Castilla y no tomaría ninguna represalia.

Como era de esperar, Fernando y García Sánchez III, que al igual que Vermudo III eran jóvenes y aguerridos, y más fuertes al haber conseguido reunir un gran ejército, respondieron negativamente a la misiva del rey de León y cruzaron el río Pisuerga para luchar dentro de las tierras en litigio donde los estaba esperado Vermudo III con su ejército.



Plano de la batalla de Támara.

El 30 de agosto de 1037 el día amaneció con un cielo de un azul intenso y claro que se fundía en el horizonte con el terreno árido y baldío de finales de verano. Este rápidamente se fue transformando, llenándose de hombres y caballos equipados con ropajes de vistosos colores y armados con relucientes corazas y yelmos.

Los ejércitos formaron dos grandes bloques perfectamente definidos. Los

castellanos y navarros tenían a su espalda Frómista, y los leoneses, Támara. Quedaban en medio y en los laterales grandes espacios para que pudieran maniobrar las tropas.

Vermudo III, que había estado observando desde lo más alto del cerro de la villa el movimiento y posicionamiento de sus huestes y las de sus enemigos, salió con su brioso caballo rosillo Pelayuelo para colocarse al frente de sus hombres. Con voz alta y clara los arengó, diciendo: «Este es un día muy importante para el reino, pues allí enfrente tenemos a los traidores castellanos, ayudados por los navarros. Los combatiremos con una bravura nunca vista, y aunque son mayoría, cualquiera de nosotros vale por cinco de ellos. Hoy, desde lo más alto de este cielo azul y claro, nos observa Nuestro Señor, y no os quepa la menor duda de que está de nuestra parte, pues sabe que nos asisten la razón y la justicia».

Después, mandó maniobrar a la caballería ligera para que atacasen los flancos del ejército castellano-navarro. Llegaron raudos, y disparando una fuerte andanada de flechas abatieron parte de sus defensas.

Detrás de ellos marchó parte de la caballería pesada para arremeter también violentamente en los flancos de las defensas enemigas, que en esos momentos ya habían iniciado también sus maniobras.

Vermudo ordenó el movimiento de la infantería y él se colocó al frente de ellos con sus afines y el resto de la caballería pesada, tratando de ser el ariete que rompiese el frente de sus enemigos para que posteriormente la infantería entrase en la lucha cuerpo a cuerpo.

Como casi siempre ocurría en los enfrentamientos con los felones castellanos, los leoneses empezaron a conseguir ventaja, pues su caballería estaba empezando a hacer estragos en los flancos castellanos. Llegado ese momento, el valeroso rey Vermudo III, impulsado por su osadía y convencido de que si la victoria era rápida se podían salvar muchas vidas, se precipitó y se lanzó al galope con su veloz caballo Pelayuelo, seguido por sus más fieles y mejor armados caballeros.

Al ser su montura mucho más veloz, Vermudo III alcanzó las líneas enemigas antes de que llegasen sus caballeros para derribarlas. Los hermanos Fernando y García Sánchez III, que se encontraban detrás de sus tropas, viendo la maniobra suicida que estaba realizando, mandaron dejar franco el paso al rey leonés. Una vez dentro lo rodearon y aprovecharon esa situación de desventaja para ensartarlo con multitud de lanzas que le clavaron por todo el cuerpo. Una de ellas fue mortal: le atravesó la celada y se le introdujo en la cara interna de la órbita derecha.

Cuando llegaron a las líneas enemigas los caballeros leoneses se produjo una importante refriega entre ambos bandos, pero ya era tarde para salvar a Vermudo III. Lo habían matado de una forma vil y cobarde, sin darle opción alguna a una defensa digna y justa.

El rey, herido de muerte, estaba tendido en ese suelo yermo, árido y estéril. Su sangre vertida llenaba las oquedades que habían marcado las pezuñas de los caballos y tornaba la tierra de un tono violáceo.

En ese momento, se gritó desgarradamente dentro del tumulto de combatientes: «¡El rey ha muerto!».

La batalla terminó en derrota para los leoneses. Es justo decir que, después de muerto el rey, los castellanos y navarros, aunque habían sufrido importantes pérdidas, pararon el combaten y respetaron a los caballeros y huestes leoneses.

Posteriormente, los restos mortales del rey Vermudo III fueron llevados al panteón real de San Isidoro de León. En la lápida de su sepulcro de piedra figuraba el siguiente epitafio:

HIC EST CONDITUS VEREMUDUS JUNIOR, REX LEGIONIS, FILIUS ADEFONSIS REGIS. ISTE HABEBIT GUERRAM CUM COGNATO SUO REGE MAGNO FERNANDO, ET INTERFECTUS EST AB ILLO IN TAMARA PRAELIANDO. ERA MLXXV[4].

Al no haber tenido descendientes Vermudo III, la infanta Sancha pasó a ser la legítima heredera del reino de León.

Pasados unos meses, los leoneses les abrieron francas las puertas de la ciudad de León a la infanta y a Fernando para que entrasen de forma pacífica y proclamarlos reyes de Castilla y León.

Fernando logró así su ansiado reino y antepuso Castilla a León. Gobernaría como Fernando I el Magno, rey de Castilla y León. También fue de este modo como, por azares del destino, en ocho años la infanta Sancha pasó de ser humillada a verse convertida en reina y marcar por vía materna la línea dinástica del reino.

Mis antepasados Ordoño y Mabel, después de la batalla recordaron el encuentro con el ermitaño en Las Médulas y se dieron cuenta de que las dos predicciones se habían cumplido.

En esos momentos, decidieron quedarse a vivir en Támara, pues era ahí donde su rey había encontrado la muerte. Dieron por terminada su relación con la corte de Fernando y Sancha.

LAS PACES DE TÁMARA

Capítulo 29: *Consiliium et colloquium* entre Alfonso VII y Alfonso I el Batallador

Fabila Sánchez, después de terminar de plasmar en pergaminos los relatos vividos por su bisabuelo Ordoño, siguió escribiendo, pues ella, próxima a la vejez, no quiso que cayera en el olvido un gran acontecimiento que acababa de ocurrir en Támara casi un siglo después de la muerte del rey Vermudo III. Este hecho, una vez más, se debió a las disputas entre reinos.

El 7 de Julio de 1127 volvieron a reunirse en Támara dos potentes ejércitos para dirimir los límites fronterizos entre los reinos de Castilla y León y el reino de Aragón.

El rey de Castilla y León, Alfonso VII, se presentó en Támara con un gran ejército para exigir a su tío y padrastro, Alfonso I el Batallador de Aragón, la devolución de las tierras y plazas que le había usurpado durante su minoría de edad.

La diferencia con lo ocurrido en el mismo lugar noventa años antes fue que los reyes, magnates, nobles y obispos de los dos reinos aceptaron tener un *consiliium et colloquium*. Después de unas largas conversaciones llegaron a un acuerdo al que titularon las Paces de Támara.

En la firma de dicho acuerdo, Alfonso I el Batallador deponía su actitud belicosa, devolvía las tierras y plazas usurpadas y aceptaba y reconocía a Alfonso VII como emperador, evitándose de esta forma que se repitiera en el mismo sitio una batalla cruenta entre los dos reinos.

⋆

Martín, una vez terminada la lectura, creyó haber encontrado unos extraordinarios documentos que avalaban como ciertas las fantásticas historias que le contaba su familia sobre lo ocurrido. En ocasiones había tenido dudas, porque en casi todos los pueblos se cuentan múltiples historias sobre hechos fantásticos que la mayoría de las veces son difíciles de comprobar. Él, con catorce años, tenía la certeza de que la famosa batalla se había desarrollado en Támara, y también otro hecho igual o más importante, las Paces de Támara, este menos contado en las reuniones de las noches de verano. Debía ser que siempre el morbo de la guerra y la sangre convierten esas historias en épicas, más si muere en ellas un rey combatiendo bravamente.

Martín envolvió los legajos y manuscritos y los guardó cuidadosamente, pensando que en el futuro algo tendría que hacer y decidir sobre ellos, aunque de momento pensó: «Este tesoro lo he encontrado yo, así que lo mejor es que lo guarde y lo mantenga en secreto».

Siguió con su vida de adolescente, y durante dos años estuvo copiando los

documentos, pues lo seguía embargando una gran zozobra por haberlos sustraído, así que aprovechó uno de sus últimos veranos de juventud para devolverlos y colocarlos en la cripta, su lugar primigenio.

Continuó yendo al pueblo los veranos, pero a partir de los diecisiete años dejó de visitarlo con asiduidad. Las visitas ya eran esporádicas, normalmente para ver a la familia, coincidiendo con las fiestas de la Cruz de Mayo. Estos viajes los hacía de forma rápida y sin apenas tiempo para dedicarlo a su pasión, que era vivir el pueblo en su total plenitud.

En su vida en Madrid trabajaba de día y estudiaba de noche.

Un día, cuando estaba cercano a cumplir diecinueve años, le ocurrió un hecho excepcional que iba a cambiar su vida. Conoció y se enamoró perdidamente de una joven bellísima, rubia y de nombre Mabel. ¿Cómo la vida y el destino podían jugar con esas coincidencias?

Como era de suponer y debido al gran amor que sentían el uno por el otro, Martín y Mabel se casaron.

Al cabo de unos años nací yo.

Desde pequeña, mi padre, cuando podía y su trabajo se lo permitía, por las noches, antes de dormir, me contaba historias sobre Támara; como se dice, trasmisión oral de generación a generación. Los cuentos eran muy variados, algunos sobre las pifias y juegos en Madrid y en el pueblo. También me tuvo fascinada durante algunos años con el relato de la vida y periplo de Ayla, protagonista de *El clan del oso cavernario*, *El valle de los caballos*, *Los cazadores de mamuts* y demás novelas de la magnífica serie de *Los hijos de la tierra*, de Jean M. Auel. Todo esto contribuyó a que ya desde muy pequeña sintiera una gran pasión por la historia, la arqueología y los caballos.

Cuando en la universidad estaba cursando la carrera de Historia, al llegar al estudio de la Edad Media en España me topé con la famosa batalla donde perdió la vida el rey Vermudo III de León y dio comienzo el reino de Castilla y León.

Lo que mi padre no sabía o no le habían contado era que algunos escritores, en siglos posteriores, situaban la batalla en otro pueblo, llamado Tamarón, en la provincia de Burgos. Este pueblo está situado a treinta kilómetros de distancia del río Pisuerga y a cuarenta y cinco de Támara. También allí las familias, desde tiempos inmemoriales, cuentan a sus descendientes que la famosa batalla donde murió el rey Vermudo III se desarrolló en sus pagos.

Este hecho me devolvió a la infancia de mi padre y a la mía y me motivó a, en un futuro, investigar, realizar los trabajos arqueológicos de campo necesarios para lograr desentrañar el misterio. ¿Dónde se desarrolló la famosa batalla, en Támara de Campos o en Tamarón?

¿Cómo podía ser que justo cien años después de la famosa batalla el rey Alfonso VII se presentase en Támara para reclamar lo que ilícitamente le había arrebatado Alfonso I, rey de Aragón? Y este hecho sí está suficientemente

documentado que ocurrió en Támara. ¿Y por qué en la lápida de la tumba de Vermudo figura Támara y no Tamarón? ¡Qué coincidencia!

Por eso, después de mil años, estoy aquí, realizando una prospección visual cerca de Támara. Sé que me encuentro en un callejón con escasas salidas, pues ambos pueblos están convencidos de que la razón y la verdad los asiste. Por eso me gustaría conseguir los permisos necesarios para realizar excavaciones que permitan encontrar pruebas que ayuden a saber la verdad sobre en cuál de los dos lugares se dio la batalla, pues los documentos escritos de una parte u otra contienen infinidad de lagunas.

¡Aunque sé que este trabajo será tremendamente laborioso, también estoy convencida que en el futuro la claridad se abrirá paso en la oscuridad!

Agradecimientos

A todos los mecenas y patrocinadores, que con su apoyo, confianza y colaboración en este proyecto han hecho posible que este libro pueda ser publicado.

A toda mi familia, que me hace inmensamente feliz, por el cariño demostrado durante tantos años.

A mi familia de Támara de Campos y de Herrera de Pisuerga, así como a mis vecinos de la infancia de Madrid, que, a través de las historias contadas en las noches de verano, crearon en mí la ilusión y el entusiasmo para profundizar en ellas.

A todos mis amigos y compañeros de trabajo, por animarme a que pusiera sobre el papel las historias que durante largos viajes les contaba.

A Daikin, por el gran apoyo y aportación realizados para que el proyecto fuera posible.

A César, de Libros.com, por su apoyo en la campaña de promoción del libro.

A Beatriz, de Libros.com, por ayudarme y dar forma a las historias.

A María Luisa, de Libros.com, por su soporte en las transiciones de los relatos y por la corrección de estilo.

Al resto de personas de Libros.com que han participado en la maquetación, cubierta e impresión del libro.

A mi hija Mirjan, por ser ella la inductora y promotora para que escribiera la historia sobre las leyendas que de pequeño me habían contado de Támara, con su fantasía y frescura infantil, así como por su trabajo y colaboración creando y dibujando las ilustraciones del libro.

A Mabel, mi mujer, por el soporte a todos los niveles que me ha dado, desde el emocional, animándome a que siguiera en el proyecto en momentos de incertidumbre, hasta su ayuda en la corrección y estilo del texto.

Mecenas

DAIKIN

SAN HIPÓLITO
HOTEL RURAL

inforPAL

C/ Eras del Bosque 5 bj
(PALENCIA)
T. 605 323 984
@. clientes.inforpal@gmail.com

A
Alberto Biencinto
Alberto Liz
Alfonso García Hitos
Alfredo Lozano Rodríguez
Álvaro Fernández Sagaseta
Ángel Arana Frías
Antonio Uriarte Rementeria

B
Beatriz Rebolledo | InforPAL

C
Carlos López Crespo
Carlos Martín Viejo
Carol C. Cavia
Clara Bahillo
Cristina Buitrago

D
Daikin AC Spain
Daniel Coll
Daniel Rincón de la Vega
David Díaz

E
Edmundo Salas Calvo
Elisa Maya

F
Fernando Pérez Casado
Florencio Fontcuberta Díaz
Francisco Cavia Ruiz

G
Gabriel González García-Uceda

I
Ignacio Bravo González
Igor Arceo

J
Jacobo Collantes

Javier Mendoza
Javier Molina
Jesús González
Jesús Martínez
Jesús Rodríguez
Joan Espluga Ardevol
Jordi Chic
Jordi Lladós
Jorge Juárez
José Alberto Hurtado Martín-Cleto
José Antonio Díaz Rubiales
José Antonio Romero Jurado
José Carlos Martínez Montoro
José Luis Carabias Bernal
José Luis Peña
José Martínez Sequera
Juan Blasco Asensio
Juan Carlos Pérez Fernández
Juan Redondo

L
Lázaro Gil
Luis Sevilla Tendero

M
M. Á. Pérez Martín
Maki Nakatani
Manuel Cáceres
Manuel Ugalde
María del Carmen Rey
María Jesús Ibáñez Álvarez
Marta Casado González
Matilde Rodríguez Mosquera
Miguel Ángel Gadea
Miguel Ángel Lorenzo

N
Naoko Kimura

O
Óscar Aizpuru

P

Pablo Carril
Paco Fdez. Luna
Paloma Avilés
Pedro Mariano Sanz
Pedro Rodríguez

Q
Quinidio Martínez

R
Rafael Pérez Cortines
Rafael Rochina
Ralf Knelleken
Raúl Arjona
Rosa María del Barrio
Rosana Rodríguez

S
Salvador Sauce Rijo
Santiago González Marbán
Sergio Serrano

T
Toni Soler
Trinidad Zamorano

U
Unai Felipe Casas

V
Víctor Martínez
Víctor Mizrahi López

Son los años 60. Unos meses en la vida de un chico sirven de puerta de entrada a un pasado añorado y extinto. El lector acompañará a Martín en sus correrías por Madrid, a la orilla del Manzanares, por el lado humilde de una ciudad más dura y a la vez más amable que la de hoy. Al llegar el verano, se irá con él a Támara, el pueblo de su familia, en Tierra de Campos, donde vivirá de nuevo un mundo rural perdido y, sin embargo, reconocible y entrañable. Aventuras, leyendas, historia y remembranzas son las teselas de este mosaico, un paseo por una memoria guardada con mimo en el corazón.

Francisco Cavia Ruiz (Madrid, 1950) es un hombre trabajador que siempre se marca nuevos retos. Cursó una maestría industrial y ha sido durante casi cuatro décadas empleado de la multinacional japonesa Daikin, donde ha desempeñado los puestos de Director Comercial, adjunto a la Dirección General y miembro del Consejo de Administración en España. Durante el confinamiento, comenzó a recoger por escrito los recuerdos de su infancia; fue dejando pasar a la pantalla lo que almacenaban su mente y su corazón. El resultado es este libro, personalísimo y a la vez espejo de toda una generación de españoles.

Otros títulos publicados

Juan M. Redondo Toral
Cuando las sirenas no eran las nuestras

Pedro López Aurrekoetxea
Los olvidados de Fortuna

Cristina Párbole Martín
¿Qué hay detrás del románico palentino?

Notas

[1] Aunque esta zona ahora es un club privado, se puede ver una gran descripción de esta área del Madrid antiguo en la página web *pasionpormadrid.com*.
[2] Esta novela fue considerada años después la primera novela cubana y un referente de la vida de aquellos tiempos en Cuba. De ella se realizarían zarzuelas y adaptaciones al cine.
[3] Las Ruinas del Ingenio Alejandría en Güines (norfipc.com) [4] Aquí está enterrado Vermudo el Mozo, rey de León, hijo del rey Alfonso. Este tuvo guerra con su cuñado el rey Fernando el Magno, y fue muerto por él en la batalla de Támara. Época 1075.